

LA FORTUNA DE LA VIDA

Dandezca



LA FORTUNA DE LA VIDA

Dandezca



La fortuna de la vida

Primera edición: 2021

ISBN: 9788418832147

ISBN eBook: 9788418832703

© del texto:

Dandezca

© del diseño de esta edición:

Penguin Random House Grupo Editorial

(Caligrama, 2021

www.caligramaeditorial.com

info@caligramaeditorial.com)

Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a info@caligramaeditorial.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A mi papito Viterbo. No he conocido hombre más extraordinario que vos, mi amado padre.
Gracias por contarme tantas historias.
Unas cuantas, esas de tu dura vida,
las tomé y helas aquí.*

A mami Leda, a quien amo tantísimo: ¡gracias por todo! Lo que soy y tengo se los debo a ustedes.

A mi hermano, Juan Cristóbal. Aunque nos fastidiemos mucho, te quiero. Y, cómo no, a ¡Misingo!

Prólogo

Ciertos puntos inverosímiles del contenido de esta historia nos hacen creer, la mayoría del tiempo, en lo falaz de la misma. Las menciones a fechas y acontecimientos particulares, así como a la antigüedad del diario y la época en la que esta historia se sitúa hacen poco factible que los avances médicos hayan permitido llegar a los extremos que aquí se afirman. No obstante, siempre existe, cada uno en su rama, profesionales inescrupulosos o de buen renombre aficionados a la experimentación que llevan sus investigaciones en lo privado, más allá de lo ético del momento. Partiendo de este hecho, no se puede descartar del todo la credibilidad parcial del escrito. Sin embargo, si nos atenemos a registros médicos aceptados oficialmente, el primer trasplante de órgano con miembro proveniente de otro humano en instituciones médicas facultadas para ello ocurrió en 1933 y tuvieron que pasar dos décadas para que se tuviera constancia de los primeros éxitos; es decir, que el paciente sobrevivió, se recuperó y tuvo cierta calidad de vida dentro de unos cuantos, pocos o muchos, meses y años de vida.

Particularmente, en el caso del tipo de trasplante que la mujer asevera, fue de los más delicados y temidos en la ciencia desde los inicios de estas operaciones. El primer caso «exitoso» fue el realizado a un hombre de más de cincuenta años, quien recibió el órgano de una joven de veinticinco años. Washkansky alcanzó a vivir dieciocho días posteriores a la, sin precedentes, intervención quirúrgica; eso ocurrió en 1967. Ya podrán entender lo poco admisible que termina siendo lo que la mujer asegura en sus escritos.

Por otra parte, no se sabe quién es la mujer en cuestión, no consta en ninguna parte del escrito su nombre real. Ha resultado muy difícil poder siquiera aventurar quién pudo ser en caso de, verdaderamente, haber existido. Hay registros policiales sobre madres que reclamaron la desaparición de una hija, pero no es uno ni dos, son decenas, y ninguno de ellos se han podido ligar con una posterior bonanza económica para la familia. Tal vez ni siquiera fue un caso denunciado a las autoridades o, simplemente, fue desestimado. La mención del nombre de la prima ayuda en poco o nada.

En cuanto al caballero y las particularidades de los miembros de su hogar, se conoce poco más que su nombre, siendo hasta ahora imposible identificarlo en la genealogía e historia de las familias adineradas de su época, aunque era natural que condiciones como estas se escondieran dentro de ese círculo social. Sí se tiene conocimiento de varios casos que calzan con enfermedades terminales en familias acaudaladas de San José, pero igualmente se llega a un vacío de información al tratar de descubrir operaciones médicas de tal calibre. Por tanto, hacemos la aclaración de que tomen con reserva y precaución esto que leerán.

Sin embargo, no por ser falsa esta historia, y reitero, no tenemos las evidencias tajantes ni para afirmarlo ni para negarlo, podemos invisibilizar el dolor del relato. Podrá resultar ser una simple vida sin norte e ilusión, podrá juzgarse que la mujer padeció por puro gusto, que fue víctima del sistema, que cada quien nace y carga su cruz, que por ser mujer, que por ser pobre, etc., aunque nos puede dar para pensar sobre la existencia de muchos tipos de miserias, sobre la enajenación humana, sobre el espíritu y las razones que nos mueven a cruzar cielo y tierra, luchar y triunfar o morir que, para ciertas personas y en ciertas condiciones, es también una forma de ganarle a la más poderosa forma de perder la vida: la desesperanza.

Capítulo 1

Yo tenía siete años cuando este rosal fue plantado.
Sus grandes rosas rojas se abrían bajo
el candente sol del trópico.

Y tenían también los estambres del más fino cristal, y esparcían alrededor un aroma sutil,
como una nube rosada de encanto.

JOAQUÍN GUTIÉRREZ , *Cocorí*

Parada en la esquina suroeste del Parque Central de Heredia, reconocí que ya estaba harta de vivir. En cuatro meses cumpliré treinta y cinco años, pero no llegaré a vivirlos, gracias al cielo y, si bien ahora soy una mujer adulta madura, fui joven, fui niña, fui sentidos, fui ilusiones, fui realidad, fui y dejé de ser, y el mundo fue y dejó de ser para mí; sin embargo, lo que prácticamente no ha cambiado desde que adquirí uso de razón y entendimiento en este nocivo mundo ha sido mi alma; esta ha sido desdichada aún y cuando la felicidad me citó en el Morazán.

Me dirijo hacia el correo ubicado en el edificio de la Gobernación, tengo correspondencia que recibir. Me sudan las manos, manos callosas reflejo de la vida que he llevado: es un reflejo necio; yo estoy decidida, porque cada día que pasa es uno menos.

La característica principal de la niñez es la inocencia, ¡una inocencia general! No sabemos que la Tierra gira alrededor del sol, aunque esto tampoco me es particularmente útil ahora de adulta mientras estoy fregando un piso, hincada y pegando los nudillos a cada nada en los bordes roídos de las paredes del hospital. De niños desconocemos también el bien y el mal, podemos maltratar a otro mocosito o animal sin tener plena consciencia de ello; y también está la inocencia más divina de todas, la del tiempo. Esa es la que anhelo.

Cuando estamos pequeños, no nos interesa ni el ayer ni el mañana, no sabemos que conforme pase el tiempo tendremos responsabilidades que nos desvelarán, que nos desgastarán, que deberemos a fuerza hacerle frente, que no hay quite, y también desconocemos que, amargamente, lo que somos hoy es producto de resultados del ayer, entre esos, de decisiones que ni siquiera tomamos y que igual nos joden la vida. Tampoco tenemos idea de que estaremos extrañando el pasado o quejándonos de él, que tendremos miedo del futuro o que estaremos deseando que pasen los malos tiempos aferrados a una esperanza tan idílica como irrealizable. Yo de niña no pensaba en nada de eso. Es cierto que ya llevaba una vida dura de trabajo en el campo; aun así, no tenía consciencia de que se puede ser tan infeliz al no encontrarle sentido a la vida.

Son ya casi tres décadas y media en las que no he hecho nada bueno con mi vida y no le sumaré un año más. No vislumbro camino más que ese. Me he terminado convirtiendo en una carga más para la familia a pesar de que soy la única que trae de comer. Los gemelos podrán estar postrados en sus camastros, mi madre y lo que queda de mi padre cacrecito podrán ser poco más que cuerpos andantes, pero lo que soy yo ya me pesa demasiado el alma y me asfixia. No exagero, me despierto de noche, después de haber dormido muy mal, y siento una opresión que me ahoga. Es un desasosiego que no se me calma con nada, una desesperación porque no hallo salida. «¿Para qué estoy viviendo otro día más? ¿Para qué? Todo es tan insulso». Me desespero pensando que todo seguirá tal cual.

Si agudizo la vista en medio de la oscuridad del cuartillo, puedo ver que en los jergones contiguos duermen bien que mal mis padres y los gemelos. Por no dejarlos morir de hambre es que sigo aquí. Sin embargo, ya no quiero, me niego. Quise darles tanto y tan poquito les he dado; quise cambiar nuestras vidas y, en la constatación del fracaso más grande e irreversible, me resulta insoportable lo intrascendental y humillado que se ha vuelto mi existir. Ellos ni lo saben, ni acaso lo comprenderán; han vivido toda su vida en ese estado de adormecimiento, haciendo lo mismo, aceptando lo que pasa y, si bien yo también me terminé conformando, ya no puedo más.

Desprecio. Sentía desprecio por mi condición. No era arrogancia, solo asco hacia la declinación, asco de la humillación que me producía verme inferior, convirtiéndose en un gran freno, minándome por dentro.

No era nada saludable esa vanidad y orgullo. ¿Humillación será una palabra que provenga de humildad? El latín *humilis* me daba la pista. Claro que tenía relación. No me avergonzaba tanto mi pobreza, sino mis expectativas arruinadas y ahora, al final de mis días, comprendí que todo el tiempo estuve pasando hambres de amor en medio de una pobreza de amor propio. Mi forma de ver todo giraba en torno al dinero y el bienestar: «Si hubiera tenido plata —me decía—, no viviría con la cabeza agachada; si tuviera plata, caminaría con paso firme, pues no me avergonzarían mis atuendos; si tuviera plata, no llegaría a un ambiente hostil, pues mi familia estaría desahogada y alegre al disponer de una serie de comodidades que solo un bolsillo abultado ofrece; si tuviera plata, no tendría que tomar cuanto trabajo mal pagado me apareciera ni partirme el lomo, las esperanzas ni los sueños. Y, sobre todo y lo más doloroso, si hubiéramos tenido plata, yo no hubiera tenido que dejar los estudios botados».

Si tuviera plata, si tuviera plata, si la tuviera, pero no la tengo, nunca la tuve, pronto la tendré, pero ya no estaré. Entonces, ¿qué? La solución que yo buscaba era radical: dejaría de existir y con ello el fin de todo el sufrimiento auestas. Que sí, ¿que moriría siendo la misma infeliz de siempre? Pues sí. Agrio consuelo me daría la muerte. Mas era la muerte la única que se apiadaba de mí y me extendía su abrazo terminal.

Y esta decepción de la vida comprendo que no atañe solo a quien carece delpreciado metal. «Él» tiene su dinero y a la vez no tiene vida, no al menos la que desea. Ni la de él ni la de su padre ni la de su abuelo ni la de quien sabe cuántos de esos opulentos. Entonces, ¿nos parecemos en todo eso? Será que somos «los pobres de una miseria existencial». ¿Será que a ricos y pobres nos une pobreza de otra índole, una de espíritu? ¿Podrá ser así? ¿Que el espíritu tenga más alcance que lo material, que estando en un castillo de luces y melodías o en una cueva hostil y oscura el espíritu atormentado no halle placer en nada y todo lo encuentre insulso y torpe?

No lo sé o no lo sabía. Pienso que, si hubiera vivido de una forma desahogada, en términos de holgura de dinero, mis grandes afanes hubieran sido completamente otros: nada de preocupaciones elementales, lo opuesto a la pura sobrevivencia del día a día resumida en la frase más frustrante que se pueda uno formular cuando se ha trabajado toda una vida: «¿Cómo me las ingeniaré para traer el pan para el día de mañana?». ¿Por qué? Porque ni eso había logrado asegurar. ¡Es terrible, eso es terrible!, vivir en la más absoluta incertidumbre de un futuro mejor y en la peor de las preocupaciones de no tener nada afianzado. Es la antítesis de la paz. Imagino que, para ciertos espíritus como el mío, poco aventureros, tener la noción de que la vida es una lucha eterna puede resultar desesperanzador. Así no se puede vivir, y mucho menos, «el disfrutar la vida», como dicen quienes se atreven a aconsejar. Y, cuando uno se da cuenta de que hay quienes sí la disfrutan, imposible no cuestionarse: «¿Por qué unos sí y otros no?».

Y, mientras yo vivía en esa pelea del día a día, él, de clase acomodada, hijo de oligarcas, también se enfrentaba a los devaneos propios de su condición: el precio del café que le

encaramaban los europeos, la plaga de la roya, el endeudarse a riesgo de invertir, el ataque de ladrones, anteriormente empleados fieles; las envidias de aquellos que se acercan como supuestos amigos, el cumplir los mandatos y planes del padre a rajatabla sobre la vida de uno, las ansias de más y más dinero, el fingimiento y la ostentación de alto burgués; tanta cosa que pude percibir de él y de su mundo; y, claro, la que más podía unir a pobres y ricos, porque, si abstraemos atuendos, alimentación, educación, nada diferencia uno del otro, y ahí estaba: las enfermedades que la riqueza no cura.

A esta edad de la vida y alcanzando hasta ahora a ver ambos mundos, logré comprender que, en efecto, independientemente del nivel de riqueza o pobreza, todos padecíamos en diferentes grados de pobreza de espíritu y que esta podía estar mucho más marcada, al punto de volverlos esclavos, en los ricachos que nos miran con desprecio. Ni por asomo trato de compadecerlos. No los eximo de su culpa. Tienen mucho y acumulan aún más; lo que trato de buscar es consuelo a mis sesgadas concepciones y a mi maltrecho orgullo.

Orgullo. Sí. Una distorsión de la pobreza espiritual que me dominaba. Una pobre orgullosa, eso era. ¿Y de qué sirve el orgullo cuando se tiene un cuerpo decaído y se vive en donde no vale ni sirve de nada ese orgullo? Ni siquiera es notado por los de su misma condición y menos sirve para cambiar esa vida humillante ¡Ah, pero era más fuerte que yo! Se convirtió en firme principio. Ya adulta, no me gustaba andar por las calles de Heredia, la Heredia de parte de mi niñez, de mi entera e ilusoria juventud y la de la declinación de mi vida. Me exponía a que me vieran aquellos que una vez me consideraron «prometedora». Entre más invisible fuera, mejor. De vez en cuando todo esto se me derrumbaba y quedaba expuesta y débil, y creyendo que los demás veían ese martirio que en mí palpitaba ácido y corrosivo.

El recuerdo del doctor Santamaría dándome una limosna por solicitud de su esposa reverberó. Y, tiempo atrás, el fin de mi amistad con Francisco Javier, Chico y, por consiguiente, cómo no venir a mi mente su hermana, que como pasatiempo compraba de catálogo europeo, y luego otra imagen grabada, enturbiada por las lágrimas, ofreciendo lo único que tenía: yo misma. Esa primera vez por algo que confundí con «amor», ahora también me entregaría, entregaría mi carne tasada al más alto precio.

Quisiera ser flor de temporada y despertar con las primeras lluvias, saber que mi tiempo de vida durará lo que dure la tierra húmeda. Desearía ser tortuga, regresar de cuando en cuando al lugar de inicio y partida, dejar generación tras generación y reemprender el encuentro con la mar amiga; poder llorar y cantar bajo los malinches al atardecer, ignorar el mañana y desconocer el ayer. Ser como la dormilona a un lado del camino, dejar pasar y, si se meten conmigo, hacerme la dormida.

¿Para qué quiero alcanzar las estrellas? ¿Qué hacer con ellas? ¿Para qué quiero alzar la voz y que me escuchen si las palabras se las lleva el viento ante oídos sordos de gente maldiciendo?

¿Qué quiero de esta vida? Volar más alto que los pájaros, escalar obstáculos, atender al enfermo, llegar antes de tiempo, preocuparme solo de mí, desarrollar el artificio para que las voces callen, las mentes se amplíen, las mentiras caigan, los corazones se amen y la Tierra descanse. Ahora solo sé que nada de esto puedo hacer, que solo quiero desaparecer sin dejar morir de hambre a mis viejos.

Pensaba y pensaba y, entre más pensaba, más sombríos eran mis pensamientos. Palabras muy sabias son aquellas que piden no tomar decisiones estando embargado por intensos sentimientos, solo que yo ya estaba en un profundo hoyo cerrado y mi sentimiento era solo uno, la indiferencia, el más peligroso de todos; ni el miedo ni la tristeza ni la alegría se le comparan. Por amor haces todo, pero con indiferencia te vale todo.

Con un impulso y una obstinación que no escatimaban fuerzas, consideré ponerle fin a mis días. Venía pensándolo de años, y por fin el hastío hasta la desesperación pudo más. Y nadie se daba cuenta. «¡Qué insustancial que era mi vida!». Nadie se percató porque para nadie yo era importante. Así que lo planeé con calma y sensatez, si así puede decirse. Lo que tenía pensado hacer lo haría con prudencia, no sería yo de las que se tiran desde un puente o se consigue un arma y se dispara. No, lo mío era meditado. Pensé muchas maneras. A pesar de que los accidentes son cosa común, me atemorizaba el sufrimiento, el quedar viva y dañada. Imaginar a mi madre recibiendo la noticia de que la única útil de sus hijos ahora era otra carga. ¿De qué vivirían? No podía hacerles eso. Decía que mi corazón ya era indiferente a cualquier dolor, incluso del que pudiera provocar en aquellos que eran mi todo, aunque también eran mi nada. Y, sin embargo, algo me impedía actuar de forma tan egoísta. Matarme yo está bien, ¿matarlos a ellos y de hambre? Jamás.

Así que pensé y pensé, y pensé un poco más y concluí que tenía que encontrar alguna forma en la que usándome a mí, y desechándome después a los dulces brazos de la muerte, pudiera generarle algún beneficio a mi familia.

Tirarme a las ruedas del carro de algún ricachón me hacía temer que, como a cualquier otro pobre diablo, ni mi muerte ni mi vida tendrían algún valor. La prostitución tampoco era un camino para mí, las enfermedades que pescaría no me matarían rápido y pocas esperanzas tendría de conseguir mucho dinero, pues de aspecto enfermizo, desgarrada y consumida, no podía esperar una fila de clientes. «¿Es que nada en mí podía valer algo... algo?».

Me carcomía encontrar una forma de desaparecer sin dejar a mi familia desamparada. El salario de mis trabajos nunca alcanzaba, ya a eso estaba resignada. Las donaciones de caridad que recibía las aceptaba con gran humillación, pero sobre todo estaba aquello. Sí, aquello. Unas ganas terribles de no vivir más. ¡Cómo se me había antojado la muerte! Deseaba saborearla, consumirme, probar ese exquisito manjar y terminar con hiel en los labios entreabiertos, pálidos e inertes. Sería algo sublime, liberador. «En verdad es una santa, la muerte», pensé. Y como una obsesa la añoraba, le suspiraba y le rezaba.

Hasta que ese día, de pie en aquella esquina del parque mientras esperaba que pasara un carro, reconociendo tan sencilla y honestamente que ya no quería vivir más, ella escuchó mis plegarias.

Terminé de cruzar Heredia y llegué al hospital San Vicente de Paúl donde trabajaba. Empecé la jornada como siempre y a media mañana recogí un periódico abandonado en una de las bancas de espera. Yo había amado leer, había sido una ávida lectora en mis años de espíritu joven, pero ahora recogía el periódico para reemplazar las planas con las que solía tapar las hendijas de la puerta de la covacha que alquilaba. Los ratones terminaban royéndolo y de forma regular necesitaba hacer el cambio de papel.

Las manos ásperas de tanto cloro y jabón las tenía cansadas e hinchadas de estar fregando todo el santo día, tal vez por ello no sujeté bien el periódico que cayó al piso; al juntarlo me quedé estática al ponerle atención a un anuncio de una página interna que se había descorrido. Era un anuncio pequeño, una sencillez perdida entre grandes titulares que resumían los tiempos convulsos dentro y fuera del país: Alemania atacaba a Finlandia, la Unión Soviética también fastidiaba a diestra y siniestra, y mientras, en mi chirrisco terruño, el periódico contaba que las gentes de Bagaces y Cañas entre gran algarabía recibían al candidato presidencial Calderón Guardia. Encontré:

¿CUÁNTO VALE UNA VIDA?

Para quien está enfermo, no tiene precio.

Pero por solo cinco colones recupere la salud.

Milagro del Dr. Brook.

Nosotros lo ponemos a su disposición en una cómoda presentación de jarabe.

La preparación es tan efectiva para corregir las enfermedades que inflaman y producen dolor del estómago e intestinos que es como si estrenara cuerpo nuevo.

De venta en droguerías.

Preparado expresamente por J. C. Eno, Ltd.

Londres, S. E., Inglaterra. 1940.

Capítulo 2

Le agradecí a la muerte su indulgencia.

Ahí estaba la solución.

Por más pobre que alguien pudiera ser, siempre iba a ser dueño de algo: su cuerpo y mente. Las conciencias se compraban por votos, por puestos, por dinero; los cuerpos se alquilaban, se vendían, se esclavizaban. Ofrecería mi cuerpo, no para sexo, no para emplearlo como fuerza laboral mal remunerada, no como instrumento de guerra, sino como repuesto y conejillo de indias. ¡Que tomen de mí lo que sirva y después que me desechen en brazos de la muerte! ¡Oh, sí! Yo sabía. Yo había escuchado de ello.

De mí se podía obtener algo lo suficientemente valioso como para venderlo a un alto precio. También sabía que debía buscarlos. Era una actividad marcadamente ilegal y hasta blasfema. Estaba segura de que pagaban bien y de que esos negocios eran más usuales de lo que se pensaba. Los adelantos médicos le daban una nueva oportunidad a quienes tienen el dinero para costárselos. Por primera vez en mucho tiempo, mi corazón se agitó con brío.

Solo tenía que saber dónde esculcar. Las amputaciones eran cosa común, lo que no resultaba ser común eran piernas y brazos de repuesto. Había centenares de ciegos, y ciegos ricachones, que podían recuperar la vista con un trasplante de córnea. Asimismo, tenían que haber personas gravemente enfermas a tal punto que ningún tratamiento ayudase y tenían que recurrir a tomar de otro lo que a ellos les fallaba. Era secreto a voces que había todo un mercado, y yo, pobre, arruinada y consumida, tenía algo valioso para ofrecer. Ahí estaba la solución. ¿Ojos, huesos, cuerpo, para qué los quiero? Esas gentes pagarían lo que fuera aun sabiendo que podría no funcionar. Estaban tan desesperados como yo. Y yo recibiría el anhelado descanso, la paz después de esta vida de sinsabores.

Aunque la remoción de una parte de mi cuerpo no significase en sí la muerte, yo me encargaría de que eso fuera lo siguiente una vez que tuviera el dinero en mano. Realmente, me convenció la idea. Al ser todo aquello un ilícito, mi desaparición de esta vida tendría que pasar desapercibida para mis padres, para mi madre. Había tanto niño huérfano, indigente olvidado, borracho trasnochado, bebé abortado, que una desaparición más, una desaparición menos no daría mucho que hablar. A como se había convertido mi madre de abnegada con sus hijos enfermos no echaría en falta a la mayor, sombra y remedo de hija.

Le puse afán a la búsqueda. Fue mucho lo que tuve que andar y poca la gente adecuada a quien preguntar. Visité a aquellos pseudomédicos conocidos por ser carniceros más que galenos y, poco a poco, fui enterándome del accionar de los mismos. Ellos no se encargaban de encontrar cuerpos; ellos simplemente hacían sus pedidos y una vez que les llegaban se encargaban de descuartizar. Así pues, tras semanas, pude dar con el lugar y con el contacto. Nunca había sido de ir a los lugares bajos de Heredia. Tenía uno que otro conocido y con eso bastaba.

No esperé mucho, dos días después me terminé de decidir. Llevaba ya once horas de estar de pie, hincada y de cuclillas fregando y limpiando, cuando la siempre educada y agraciada esposa del doctor Santamaría me vio antes de ingresar a los baños del ala de hombres del hospital y me detuvo para recordarme que no había pasado al club de damas para retirar la ropita que tenían para los gemelos.

—Incluso me dijeron que queda ropita que le puede servir a usted —dijo sonriéndome.

Lo decía con toda la buena intención del mundo, eso yo lo sabía. Ella había ayudado tanto a la

casa. Era yo la que en todo veía una humillación y una tristeza de ver como mi vida se había reducido a aceptar donaciones para poder vivir, porque, por más que me mataba trabajando, no era capaz de sostener a mi familia. De verdad, ya no quería eso. Todo mi cuerpo gritaba el hastío y agotamiento que me embargaba: mi espalda encorvada, el cuadril maltrecho, el dolor permanente en la chincaca, la cabeza gacha, los pies arrastrados, las manos rajadas —viva muestra de una vida de trabajo matado— y, si hubiera podido ver a través de mis ojos apagados, ella y cualquiera hubieran comprendido por qué el leproso no objetó por mucho tiempo el ir a buscar a aquellos tipos.

Una hora más y acabé de limpiar y dejar bien chaneados los baños de toda el ala, logrando sacar la jornada laboral de ese día. Aprovechando que no entraba nadie, me asee ahí mismo y, sin pensarlo mucho, acudí al área de enfermería más cercana que tenía, pedí prestado un par de tijeras, me quité las peinetas y me trocé la trenza desde su nacimiento.

—¿Alguna sería tan amable de recortar y emparejar mi cabello? Lo quiero bien corto, como de hombre, por favor.

Una de ellas me hizo el favor una vez superado el asombró que les produjo mi actuar.

—Pero ¿por qué se cortó el cabello?! —preguntó en un grito—. Y así, de forma tan abrupta. Siempre he pensado que, sacándole tiempo para darle forma a su cabello, usted luciría muy favorecedora. ¡Acharita! Es de lo más bonito que tiene —dijo tocando de manera protectora sus immaculados bucles.

—Era lo único bonito que tenía. Ahora me estaba estorbando —dije con llaneza, aunque internamente me asombró saber que no era tan invisible. A esta enfermera nunca antes en la vida le había hablado, así como a casi nadie en el San Vicente. Los conocía de pura vista y saludaba por simple rigor y, sin embargo, al parecer ella se lamentaba de mi cabellera perdida.

Si bien fui a firmar la hora de salida, me regresé a los baños y me vestí con las desgastadas ropas de mi padre que llevaba en un bolso desde el día anterior. Volví así a disfrazarme de hombre como ya hacía mucho tiempo que no lo hacía. Vestida como un particular y no queriendo ser reconocida por nadie, decidí no irme por la puerta de salida del personal, sino desde la entrada general del hospital. Ya había caído la noche afuera y en eso pasó a mi lado, sin reconocerme, el doctor Santamaría. Miré hacia la dirección a la que él se dirigía y allí estaba, en la acera opuesta, su esposa. Le había tocado esperarlo desde que nos vimos en el pasillo porque aún no había concluido una operación.

Lo usual era que ella le visitara en el consultorio. De hecho, le gustaba esas visitas. Lo sé, yo, que tantas veces, la vi entrar o estando yo adentro y limpiándolo, ella entraba. Ella, tan perfecta, tan señora de alcurnia, tan igual a él; y yo, bueno, tan lo opuesto. No me había percatado, cuando me alcanzó en la entrada de los baños de hombre, de que iba vestida muy elegante; él también lo estaba, ahora sin su bata de médico. A alguna velada importante irían. Me volví a asombrar, pues no les apartaba la mirada. Ella estaba impresionante en el vestido; él también lo notó y osó darle un beso en los labios en mitad de la calle. Ella rápido le rechazó. Yo nunca le haría eso. Jamás esquivaría una muestra de amor cuando había recibido tan poco en la vida. Continué estática, viéndolos. Un carro aparcó enfrente de ellos y el doctor abrió la puerta, se giró hacia mi dirección, y mi corazón se detuvo un instante. Aunque sabía que parecía un hombre flacucho, podía reconocer mi rostro y no deseaba que me viera ahora más afeada por aquel corte de cabello varonil, así que sin dudar giré sobre mis talones y emprendí la marcha hacia mi destino. Lo que yo tenía que hacer tenía que hacerse. El mundo era algo que yo solo veía a través de un lente. Me estaba vetado y era penoso ver que para los demás había mundo, excepto para mí.

Caminé sin juicio, sin importarme nada. Se trataba de una noche demasiado serena, como

serena estaba yo. Dejé atrás las cuadras seguras y abarrotadas de gentes y gentecillas, abriéndome paso luego entre las callejuelas de tierra rodeadas de cafetales y casuchas para, posteriormente, aventurarme hacia la calle de los antiguos leprosos. No era solo que había muchos chicheros y vagos, sino que abundaba la miseria y la soledad, aún más que las mías. El inhalar ese aire me oprimía el pecho. Ellos podían estar peor que yo, pero al menos ya estaban acostumbrados.

En esa parte de la ciudad no había alumbrado ni de faroles. Caminaba casi a tientas como cuando tuve que buscar a las perdidas de Pánfila y Dorotea. Aun así, no temía. Aparentar ser hombre, tristemente, me hacía sentir más segura. Logré encontrar la callejuela con las señas que había logrado obtener. Se trataba de la callejuela más metida, angosta y deprimente de las que había andado. Además, estaba muy dejada y maloliente. Aquí debían seguir viviendo gente con esa enfermedad. Me imaginé contagiándome. Fue solo una imagen fugaz. La callejuela tenía la entrada bloqueada; no era un gran obstáculo, pero sí una clara advertencia. Hice alzar el pedazo de tablón que impedía el paso. Un sonido de entre la oscuridad me advirtió de una presencia. Fue apenas un escupitajo al suelo.

—Me han dicho que aquí puedo conseguir gente que busca repararse el cuerpo y curarse de enfermedades graves —dije sosteniendo el tablón.

Silencio.

Repetí lo dicho, procurando hacer evidente mi intención.

—Enfermedades graves que no tienen cura, no una legal.

Esta vez algo pareció arrastrarse. Un hombre, desdentado y andrajoso, rio con maledicencia saliendo de la total penumbra. Encendió un pequeño candil.

—Aquí no encontrará a *niuno*. Esos *istán* muriéndose en sus casonas. Pero *pue* encontrar las gentes que lo llevarán hacia ellos.

—Eso es lo que quiero.

—Si la vaina es con *asté*, coloque la tranca en su lugar y *vase* por *onde* se vino. ¿Qué puede dar si está más consumido que yo? —volvió a reír—. No alcanzarán a sacarle ni cuarta *e* sangre.

—No es para mí. Yo soy solo el intermediario. Dígame dónde los encuentro.

—¿Y cuánto hay *pa* mí? No *voa* soltar sopa *asino ma*. A cuenta de qué *voa* a meterme en líos —dijo acercándoseme. Me resultaba repulsivo—. Prefiero quedarme *muo*.

—Quédese con la jeta callada, a mí me importa una mierda. Usted no es más que un mandadero. Pásame a sus jefes; lo que tengo a ellos les interesa.

El hombresucho dudó, así que me animé. Con determinación terminé de apartar el tablón, salté la especie de cerca.

Tomó una lamparilla que colgaba de un horcón, le prendió chispa y a la tenue luz que se alzó me examinó con recelo. Empezó a andar, y yo le seguí. En efecto, era un exleproso; las cicatrices se le encimaban una sobre otra. Tenía la barbilla particularmente hundida, pero no supe decir si eso también se debía a la enfermedad. Yo andaba tanteando el camino bastante desnivelado, la visibilidad era mínima. Me llevó hasta la última casucha del callejón. Abrió la puerta que estaba sin cerrojo. Dudé en entrar. Si afuera era oscuro, adentro era la noche pura. No me quedaría para que me descuartizaran ahí mismo sin recibir ni un cinco.

—Entre. —Apeataba a guaro, sudor y moho.

—No, hablaremos afuera.

—Entre. No hay *naide*. Me toca ir a llamarlos. ¿Cree *asté* que viven aquí entre la podredumbre?

—Esperaré aquí afuera. Y que se apresuren porque mis acompañantes me están aguardando.

Volvió a reír con sorna mientras se rascaba las pocas greñas que le quedaban, se alejó arrastrando un pie. Esperé más de media hora o quizás pudieron ser horas, que cuenta no me di. Realmente, no me puse a reflexionar en nada en particular. Guardaba ciertas añoranzas, pero nada que me hiciera dar un paso atrás. En todo ese tiempo pude retirarme y abandonar la idea. Y solo permanecí allí, a un lado de la puerta, tesa como un palo y sintiendo el sereno, las polillas y los zancudos en la cara. La oscuridad en vez de atemorizarme me dio cierta serenidad. Un par de hombres llegaron alumbrados con un farolillo. No había rastro del viejo leproso.

Como si yo fuera parte de la noche, me ignoraron. Ingresaron a la casucha y colocaron el farolillo sobre una mesa desvencijada con dos sillas igual de desgastadas. Ninguno se sentó. Sin esperar invitación, entré. La mesa era el único mobiliario que había. La casucha parecía estar hecha de solo esa habitación y las sombras que se crearon producto de la luz amarilla le conferían un aspecto lúgubre.

Me quedé de pie, cerca de la puerta. En verdad,apestaba. Los miré. Se les notaba en la cara que eran tipos malditos, entre los más viles mercantes porque comerciaban con la vida. También dudaron al verme, mucho más cuando les dije que la mercancía era yo. ¿Qué tenía yo para ofrecer? Lo poco o mucho que quedase de bueno en mi cuerpo, fue mi contestación.

Uno de los tipos era particularmente alto. Se sonaba la nariz cada rato y se aclaraba la garganta otras tantas. Al poco, ya estaba harta de su manía. También me llegó a repugnar cada vez que hablaba, pues dejaba ver unos escuálidos dientes alargados y afilados. Bufó tras inspeccionarme con la mirada. Se dispuso a irse. Me había descartado por completo.

Se me iba la oportunidad. Hasta la muerte me rechazaba. Así que en clara desesperación les fui completamente honesta.

—Estoy san... —recordando que volvía a ser hombre, corregí sobre la marcha—, sano. No me he enfermado nunca, soy realmente fuerte, pues, de cuatro hermanos, solo yo salí bien y he trabajado toda la vida desde que tengo memoria. Estoy flaco por comer mal y me veo sucumbido porque mis carnes de tanto trabajar se han endurecido y pegado al hueso. Pero estoy sano y alentado y todo en mí es útil. Y, lo mejor de todo, es que no espero sobrevivir, es más, no deseo hacerlo. Poco importa qué pase después. Lo que me interesa es obtener suficiente dinero, mátenme y ya después pueden destazarme como a un cerdo. Que me terminen usando para darle vista a un ricachón o que termine en una alcantarilla, no me importa, al final siempre se termina alimentando lombrices.

—¿Pa qué quiere el dinero si no quiere vivir *pa* tenerlo? —intervino el otro tipo, calvo, más corpulento y de corta estatura, y su cara era más maldita. Ese no se había movido cuando el otro fue a irse.

—Eso es asunto mío. A ustedes lo que les interesa es ofrecer a sus clientes un producto. Y yo podré estar flaco, mal alimentado y con la mirada perdida, pero tengo mucha fuerza. Soy una bestia de carga. Valdré más que uno de esos moribundos que se roban de la calle.

—Años.

—Treinta y cuatro.

—¡Pa qué preguntas! No sirve. No más míralo. Ni los zopilotes le entrarían —se burló el del carraspeo intenso.

—¿Eres estúpido o qué, Toro Muco? —le respondió su compinche—. No es usual que la carne fresca llegue a nosotros. Nos toca rejuntrar los despojos malvivientes de la calle. Este al menos *ta* más vivo que muerto. —Se me acercó otro poco y di un paso hacia atrás—. Y está aún joven. *Eché mole* un ojo, ya que nos dejamos venir. Puede servir, por lo menos más que el resto. Tenemos a aquel tipo que anda como loco buscando... —Me miró a los ojos y calló. Se

aproximó más y me observó con más detalle—. Dientes.

Abrí la boca y le mostré la dentadura. Rogué internamente que no se me acercara tanto. Aunque pusiera el pretexto de ser lampiña, algún rastro mínimo de barba imberbe debía tener.

—Veamos qué tan *juerte* —curioseó. De repente, me tomó de la muñeca e hizo intento de girar mi brazo para torcerlo hasta pegarlo a mi espalda, pero reaccioné a tiempo deshaciendo el agarre y empujándolo hasta hacerlo caer.

Ni él ni el otro tipo hicieron amago de abalanzarse sobre mí. Así que hablé:

—¿Y qué es lo que ocupa el don ese? —inquirí.

—Eso no le incumbe —dijo el tipo bajo, levantándose del suelo—. Si *asté ta* aquí es porque sabe las consecuencias y *mismito ta* diciendo que quiere terminar muerto. Da igual lo que se ocupe, ¿no? Ponga el brazo, que tengo que sacarle sangre.

No había entendido bien hasta que lo vi jalar una argolla del suelo de tierra, alzando a su paso una puertezuela empotrada. Sacó un maletín pequeño y de él, una jeringa, una liga gruesa y un frasco pequeño. Tenía las manos grandes y toscas, así que no se las arreglaba muy torpemente manipulando aquel instrumental.

Me arremangué la camisa. El sujeto ató la liga, palpó la vena más notoria y me incrustó la aguja. Fue bastante brusco e impreciso. Se notaba a leguas que fue algo que le enseñaron de momento.

—Vaya, que tiene el cuero duro —comentó.

Terminada la extracción, indicó al otro:

—Ándese volado a donde el matasanos, que no se nos vaya a echar a perder como la anterior. —El sujeto se aclaró la garganta por enésima vez, escupió y de mala gana obedeció. Ahora dirigiéndose a mí—. Y *asté*, láruese ahora. Deje un nombre *pa* recibir carta en los correos. No importa que no sepa leer, estará en blanco. Basta con que haya una carta a su nombre. Será la seña de que tenemos cliente *pa* que se haga llegar de nuevo. De lo contrario, no se vuelva a aparecer por aquí.

—No se preocupe, sé leer, escribir y puedo componer mi propio discurso fúnebre y epitafio. Quise ser diputado y presidente y educador y reformador, y ahora solo quiero esa maldita carta.

Salí de la covacha. El hombre mayor, *carcuncho*, el de la barbilla partida por lepra o lo que fuera había estado afuera todo el tiempo, me miró de reojo con la sorpresa en el rostro. «¿Qué podría haber estado pensando? ¿Había escuchado la conversación? ¿Valoraba, se apegaba más a la vida él, así como estaba, que yo? Pues sí». Y eso, sinceramente, me disgustó.

De camino a casa solo me topé a un par de serenos, guardias de ronda, que andaban a caballo con una tajona larga. Si bien hicieron amago de darme un tajonazo por la espalda, guardé mi prudente distancia:

—Va *pa* la casa a dormir, nada anda haciendo en las calles —me dijeron.

Después de este encuentro inútil, pasaron las semanas y, en los primeros días, iba hasta tres veces en un mismo día a preguntar por carta en el correo, pero pasó el tiempo y yo seguía con vida y sin plata. Dejé de ir. Se puede decir que llegué incluso a olvidar mis intenciones. Esa visita fue como una forma de materializar ese impulso a desahogarme. Y me había calmado las ansias. Como dije, casi había olvidado mis pretensiones hasta que un día casual me asaltó la curiosidad, la malsana curiosidad de autodestrucción a mitad de un día esplendorosamente soleado y alegre de saber si para un tal Juan Fermín Pérez había una carta aguardando en los correos.

Y la había.

Y no era una, eran cuatro.

La carta más antigua era justamente del día posterior al que yo dejé de ir al correo, era casi ininteligible. No debía extrañarme que ni supieran escribir. No decía mucho, decía lo más importante: que me llegara.

Otra vez el corazón me vibró de forma irregular y salvaje. Esa carta era como una sentencia. La segunda y la tercera solo lo reafirmaban. Me querían con urgencia. En la tercera, ya era yo un culindinga. Me indicaban que el «cliente» quería contactarse conmigo y me madreaban y maldecían si no me presentaba lo antes posible.

Me les carcajeé. Pero en realidad me le carcajeé a la muerte. Tanto que la había llamado y ahora ella estaba buscándome. Mi risa fue una risotada horrible. Envilecida en vez de regocijada. Era lo que había estado buscando; ¿por qué entonces no me sentía segura de ir? ¿Por qué entonces al salir del correo aquel cálido sol que me animó a referirme a la mañana como alegre ahora me abrazaba la frente y me encandilaba la vista?

De la fecha de la última carta habían pasado ya más de cinco días. En total, dieciocho días. Había vivido dieciocho días más, ¿cuántos me quedarían? Cuando alcancé la estabilidad mal pagada de la limpieza en el hospital, desde entonces, ¿cuántas veces había contado los días para llegar al pago de la quincena? ¡Cómo no recordar cuando casi con devoción llevaba yo la cuenta de los días que me hacían falta para graduarme del colegio y portar la banda de colegiada! O cómo no dejaba yo pasar la fecha del próximo mitin y de las reuniones políticas. Ahora contaba los días que me quedaban de vida. Cuentas y cuentas. Esta vida era una cuenta regresiva.

Y todas esas ideas en la mente me hicieron reconocer algo: que iría. E iría ese mismo día.

Estreché las cartas y en eso me percaté de la cuarta misiva, la que estaba pendiente de abrir. Era muy diferente de las demás. Otro tipo de papel, y la letra era simplemente hermosa. Me recordó a la letra de mis profesores. Una remembranza cruel me recorrió la piel. El corazón, ese no, ese era un indiferente, ese ya no sentía, pero mi piel reaccionó como si de la más tierna y cálida caricia hubiera sido objeto.

Estimado caballero:

Permítame, buen hombre, expresarle mi completa honestidad y palabra. Espero que esta misiva sea prueba suficiente de mi compromiso con usted y de la realidad de mi pretensión. Usted no imagina las esperanzas que me ha dado. La prueba de sangre ha sido positiva, y su condición física es idónea. Es la primera vez, desde que inicié este calvario, que me siento optimista. Continuemos, se lo ruego, con el proceso. Por ello será jugosamente recompensado, tiene usted mi palabra.

Ante este motivo, lo invito a reunirse con los caballeros con quienes previamente usted acordó reencontrarse, pues, a como me lo expresaron, usted aseguró total disposición. Perdone mi falta de comedimiento ante mi brutal insistencia: es de vital premura que se presente. Discúlpeme que lo apremie. Usted necesita de mí, y yo necesito tanto de usted.

Quedo en sus manos.

No decía nada del otro mundo y podía resultar ser un tanto empalagoso con tanto remilgo para decir lo que quería decir, pero, no sé por qué, me conmovió. Sentía que estaba frente a alguien de gran sensibilidad y respeto que debía rebajarse al nivel de aquellos individuos, a quienes incluso llamaba caballeros, y sí, también se estaba rebajando incluso a requerir de una fulana como yo.

Regresé al San Vicente sin tiempo para calentar el arroz guacho que llevaba por almuerzo y realicé de forma mecánica mis labores. Al terminarse mi turno, me quedé observando a la distancia a los enfermos en sus camas mientras esperaba que anoheciera. Pasé solo un instante por la casa para tomar las ropas de mi padre y cambiarme en un cafetal cercano. Como todavía era temprano, me fui a quedarme un rato al Parque Central. Las palomas en bandadas atacaban el

suelo de baldosas de piedra imperecederas que se me asemejaba a un campo minado; los coquetos y altos árboles y palmeras mecían sus hojas al viento; la Inmaculada, como personaje imperecedero, callaba y todo lo apreciaba. Solo revivía con las campanadas que recordaban que adentro se los espera. Después de espantar a los chiquillos que en el quiosco se entretenían con canicas, maromeros, trompos y rayuela, una banda ejecutaba melodías tristes y la pila del parque dispersaba una fina lluviecilla con cada bocanada del viento que hacía las delicias de los niños. Por lo general, no me traía ningún recuerdo, mas esa noche rememoré mis momentos de colegio y una gran añoranza volvió a mí. Era joven, aun así, más que la juventud, creo que lo que me daba fuerzas para estudiar de noche y trabajar arduamente de día era que estaba repleta de sueños. No solté ni una lágrima. La tristeza no buscaba ruta de escape. Simplemente, el paso del tiempo era tan irremediable y fulminante que ya ni lamentarse tenía sentido. Y, sin embargo, me sentía tan a disgusto, tan rara. Me levanté del banco. Ya no podía seguir quieta y retrasar lo inevitable. «De por sí, algún día tendré que morirme, y que sea ya, que aún me queda autodeterminación», me dije infundiéndome valor. Y me encaminé hacia los callejones despreciados de Heredia.

Esta vez no me costó hallar el lugar. Estaba otra vez el exleproso y no me puso peros. Solo me dijo:

—Estese ahí. Voa llamarlos.

Y se fue. Se tardó mucho más e igual estuvo en mis pies la oportunidad de irme. Intacta, con vida y no con el pasaje de la muerte, pero yo estaba deseando que llegaran. Me impacientaba esperarlos.

Llegó solo uno en medio de un humarascal de puro barato. Era el alto, el de los dientes como colmillos y su actitud displicente había cambiado. Jamás demostró modales, si bien ya me consideraba una mercancía importante. Eso me alegró, significaba dinero.

—¿Se arrepintió de asomar la jacha? ¿O se estaba haciendo de rogar? —Me miró con sorna—. Nosotros somos los que manejamos a los clientes, no *asté*, aunque sirvió de algo el que no diera señales, hizo que estuviera dispuesto a aflojar más plata. El viejo está desesperado —carraspeó, escupió, carraspeó otra vez y le dio varias pasadas al puro para continuar diciendo—: Llevamos días tratando de dar con su alma. No es de aquí, por lo visto. No nos conviene perderlo de vista.

Ignoré su último comentario.

—Bueno, pues aquí estoy. Cuadremos el asunto.

El tipo fue al grano.

—El hombre *ta* desesperado, muy interesado en su pellejo. Busca a alguien más joven, y aunque *asté* precisamente no lo es, es de lo más joven que nos hemos topado que *ta* dispuesto a dejarse *tajadear*.

Bufé a manera de respuesta.

—No se crea muy importante, cuerpos los *poemos* encontrar en cualquier lado, pero el maldito *ta* de necio que tiene que ver a la persona viva y que no puede ser un pobre diablo plagado de enfermedades. Los descarta cuando se los enviamos. No afloja en esa parte. —Me fastidiaba su cháchara entre escupitajos y toses. Mientras hablaba, caminaba dando pasos lentos. Al topar con pared, giró, se recostó a ella y, mirándome y fumando, explicó—. *Asté* parece *tar* sano de todo, igual lo van a chequear de pies a cabeza. La lata es que no nos conviene que lo lleguen a ver. Con esa apariencia tan acabada, vale más un perro sarnoso. Haremos algo a cambio. Se comunicará por cartas. Lo tendremos un tiempo así, de aquí a que se harte todo lo que pueda y eche algo de carnes. Sí, eso haremos, lo mantendremos aquí hasta que eso pase y ya desp...

—Está equivocado si cree que yo haré eso. Yo-yo tengo responsabilidades, una familia que

atender, no puedo desaparecerme y, además, está el asunto del dinero. Ustedes hablan y deciden, ¿y qué? A mí nadie me ha hablado de dinero, ni cuánto ni cuándo. Hasta que no...

Una segunda voz intervino tras mis espaldas. Al girarme comprobé que se trataba del calvo corpulento, yunta del otro. No me di cuenta de en qué momento apareció.

—¿Y esa pendejada que le dio? ¿No tendrá que hacerlo llegado el momento, estúpido? ¿No es *pa* eso que vino hoy? Y si fuera hoy el último día de su porquería *e* vida. —Sus ojos le brillaron—. Ya aquí, aquí y ahora *mesmo* —dijo acercándose. Se alzó la falda de la camisa y me dejó ver un puñal que guardaba entre su vientre y el pantalón.

—Pues sí, estúpido, pero no me dejaré sin tener la plata desde bien antes.

No había sobrevivido todo este tiempo, a puro milagro. Yo también le dejé ver el machete que andaba en el cinto. Alcé la voz y enfaticé:

—Que yo haya podido disponer de la plata antes, esa es mi condición. Ustedes ponen el resto. Así que no me vengan con que me van a dejar aquí encerrado y hacerme tragar como en chanchera hasta que esté listo para que me zanjeen el cuello, repito, sin antes tener yo la plata. Yo tengo temas que resolver.

—El mozote este con exigencias de mierda y...

—Pues sí, y aquí alguno tendrá que confiar en el otro. Y como yo no me fío de ustedes, ustedes tendrán que hacerlo. Aflojen algo de plata, que yo prometo engordar lo que sea necesario. Y estaré...

—¿Por quién nos tomas, por estúpidos? A este muerto de hambre le soltamos plata y la finta y nunca más aparece.

—Pues entonces no hay trato. Me voy con su permiso, porque sin él entonces me tocará irme a punta de machetazos, *hijoputos*.

«Ya estaba, estos infelices no eran de fiar».

La salida estaba bloqueada por el tipejo matón y no hizo ademán de moverse, así que me saqué el machete.

—Bueno, bueno, aquí a nadie le sirve ponerse espeso. Terminaríamos matándolo, que es al final lo que *asté* busca, pero se iría sin plata y lo ocupamos vivo *pa* presentárselo al don. Yo no estoy dispuesto a devolver el dinero que ya el viejo me ha *aflojado*. —Sacó algo de dinero de un bolsillo, lo metió en un saquito de cuero y lo lanzó a la mesilla desvencijada—. Coma como demente. Más le vale que, *e* aquí a quince días, haya agarrado color y engordado. Mientras, siéntese y escriba un par de cartas al don, necesitamos tenerlo sosegado. Una vez que esté con mejor cara, conocerá al viejo.

Me armé de valor.

—Ocupo algo más que eso que me está dando. No voy a hartarme y que mi familia esté pasando hambres. No crean que no imagino la cantidad de plata que un hombre adinerado está dispuesto a dar, así que no me vengan con miserias. Estén por seguros que yo a mi vida le voy a sacar una buena tajada de beneficio.

Si hubiera podido verme a mí misma, habría visto que mis ojos tenían la mirada de alguien absolutamente decidido a no ceder. En silencio y de mala gana, agregé más monedas y una amenaza clara:

—Ándese con cuidado porque no me ando con vainas.

Se hizo como se dijo. Escribí sin saber realmente qué escribir. ¿Qué carta se puede redactar a tu comprador?

Maldito afortunado:

Si estuviéramos en situaciones opuestas, créame que yo no me valdría del dinero para tomar de otro lo que

tengo dañado, pero figúrese usted, yo aquí ofreciendo y usted interesado en comprar. Sí, pendejo, como usted dijo: «Ambos tan necesitados uno del otro», aunque para usted significa la vida y, para mí, la muerte.

Sonreí agriamente y terminé escribiendo:

Estimado caballero:

Lamento no poder presentarme en persona, como así es su deseo. Ruego que pueda comprender que motivos personales me tienen alejado de la ciudad. En pocos días estaré de regreso. Aspiro a que aguarde con paciencia.

De mi parte, el compromiso es asegurado y espero que, de su parte, la palabra también se mantenga. Estaré comunicándome con regularidad.

Sin firma, sin destinatario, sin remitente. Me sentí asqueada al terminar la nota. Era ridículo esto de las cartitas, pura formalidad, pura ceremonia, como si estuviéramos mandándonos saludos y excusando el no asistir a la visita de cortesía. Estos tipejos ricos ven todo como un puro comercio. No importa que el puñado de carne que compren sean tripas humanas, se enojarán si se le vende carne de pobre.

Dejé hechas otras dos cartas más de la misma tónica, para que los tipos se las entregasen periódicamente. En una de ellas no pude evitar desbordarme:

No sea comedido, a mí ya nada me afecta. Mi corazón se ha vuelto insensible. Si lo toma usted y lo arranca ya mismo de mi pecho, no sentiría nada. Es como un pedazo de piedra. ¿De la piedra bruta se esculpe una gran obra, dirá usted? Sí, si la mano es capaz de darle forma, de lo contrario, en manos de un inútil es solo un guijarro más. Así como mi vida que no supe moldear en algo bueno y duradero.

No tendrá que aguardar mucho por mí, yo voy ineludible al encuentro.

Hecho esto, me largué. A medio camino, noté que el viejo exleproso de la primera vez me seguía. Lo supe perder con facilidad.

Capítulo 3

La esperanza es la segunda alma del desdichado.

JOHAN WOLFGANG GOETHE

Los días pasaron con cierta parsimonia. No encontraba más hermosas las cortezas amarillas repletas de sus incandescentes flores, ni me parecía más triste saludar a mi madre mientras cambiaba mantillas a mis hermanos gemelos. La abundante comida que ingeríamos no me producía ningún placer. Solo una vez, madre me preguntó cómo la conseguía y le contesté que como siempre, por caridad. No estaba muy alejada de la realidad.

Me sentía como insensibilizada. Me levantaba temprano, ya fuera a asear a los gemelos o a hacer el pan, lo que dijera mamá. No gastaba mucho tiempo en alistarme y me encaminaba al trabajo. Allí saludaba de rigor y a lo que iba, a limpiar los pasadizos, los cuartos, los baños, cambiar las sábanas, fundas y demás de los camastros de los enfermos, lavar la ropa en la batea, hacer cualquier otra cosa que me mandaran. Almorzaba sentada o de pie la copiosa comida que llevaba, según la prisa que tuviera y el atraso en la jornada. Luego, si era lunes, miércoles o viernes, ir a casa ajena a aplanchar cuellos con almidón y tener un cuidado con las camisas del esposo de la patrona. Salía acalorada y sudorosa con las manos hinchadas, entumecidas y tenía que envolverme bien la cabeza y la nuca antes de salir al chiflón frío de la noche que bien podría dejarme el pescuezo torcido como le quedó a *ña* Jacinta. Así volvía a casa, a ayudar a mamá, hartar cuanto pudiera para agarrar un mejor aspecto, y acostarme para repetir lo mismo. Me animé a mirarme en un espejo del hospital y pude darme cuenta de que, aunque yo nunca me enfermaba, sí tenía un aspecto enfermizo o, mejor dicho, de fatiga.

Los quince días se cumplieron y al término me presenté. La podredumbre del lugar me penetró la nariz en el instante en que entré al lugar. Se repitió el mismo proceder de las veces anteriores: el viejo leproso me dejaba sola y se iba a traerse los tipos, y yo me estaba quieta mirando al vacío; si no fuera por la mesa y sillas desvencijadas, no habría otro objeto en el cuartucho. Al rato regresó con los tipos. Me evaluaron al instante.

—¿Qué *ices*, Chente? A este mozote le veo mejor color, lo *jodío* es que sigue haciéndole falta carnes. ¿En qué se gastó la plata, imbécil? —habló en media escupidera y carraspera el tipo alto.

—En quince días ni un chanco engorda. Me he zampado todo lo que he podido. Vean, dos semanas es poco. Además, mucha cosa me ha caído mal. No estoy acostumbrada, que diga, acostumbrado a comer tanto.

—¡Me lleva el diablo! Esto no es un juego. El hombre *ta* urgido. Ya no tenemos excusa con que atrasar más. El viejo quiere llevarlo ya a que se haga pruebas.

—¿Pruebas? —jadeé alarmada—. ¿Qué tipo de pruebas?

—Yo qué sé, ¡qué tiene que *tar* preguntando ni mierda! Lo tienen que revisar, que todo ande bien. ¡Punto!

«¡Qué lata! Se darían cuenta de que era mujer. Otra vez la misma vaina: cómo fregaba tanto ser mujer».

—Pues necesito saber de qué tratan esas pruebas y no puede ser hoy.

—¡Qué vaina con este idiota más necio! ¡Cállese! Aquí no da órdenes. Ni nosotros sabemos. ¿*Asté* cree que el tipo llega y se sienta orondo a charlar y contarnos la urgencia que tiene? Ha de estar muriendo en una casona y cuenta las horas *pa* que le entreguemos a *asté* —y con voz

delicuita agregó—: Pero antes el doncito quiere verlo, quiere ver cómo es *asté* .

—Habrás de querer saber si huele a mierda lo que va a estrenar —dijo el bajo que hasta ahora no había intervenido. Ambos se carcajearon; luego se puso serio—. Lo va a rechazar de solo verlo. ¡Me lleva! No podemos entregárselo *toavía* . Pensemos, el Cojo anda trayendo al medicucho, sí, no hay problema con eso, que lo revise, que tranquilice al don mientras ganamos *más* tiempo y...

—Hay otro problema —dije casi sin voz, lo que me hizo detenerme. Aclaré la garganta para que mi voz saliera muy nítida—: Yo soy mujer. Tenía que soltarlo. Eso tenía que arreglarse ya.

—¿Qué diablos? ¿Qué putas diablos?

—Sí, ya se me hacía demasiado necio este idiota y ahora resulta que es hembra —escupió el otro.

—¿Y por qué putas nunca dijo ni mierda? El tipo es un hombre, ¡entiende, un hombre! No una hembra.

—Pero yo estoy muy *pochotona* y alentada, yo valgo más, yo trabajo por dos hombres. ¿Y acaso va a ser un cambio completo de cuerpo? —exclamé—. Es solo una parte, algo adentro. Eso importa poco...

—Cállese, imbécil. No sabemos *ques* lo que ocupa, si huesos de un brazo, si los ojos, si las tripas. ¡La gran hijueputa sal! Una mujercilla es débil, ¡qué va a servir! *Pa* esa gracia que el ricachón se quede tal como *ta*. —Se me abalanzó a golpearme y, aunque le esquivé, alcanzó a darme de costado, rozándome una oreja. Interpuse la mesa entre el tipejo alto y yo al tiempo que desenvainé el machete.

—Estese quieto, puto, usted a mí no me toca. Antes me lo apeo.

—Basta.

El tal Toro Muco se contuvo ante la instrucción del calvo.

—¡Me puede, Chente! ¿Ahora qué hacemos? Yo no voy a devolver ni un cinco.

—No lo haremos. Hay que seguir. Yo arreglaré con el doctorsucho *pa* que se quede con la jeta cerrada, ese es otra lacra y, de por sí, mientras que el viejo no se dé cuenta, qué *mimporta* a mí. Ya tendríamos la plata y nos desaparecemos. No tenemos que permitir que el viejo se entere. *Eso* es lo *quihay* que hacer.

El cuartucho quedó en silencio; yo, en estado expectante. Me ardía la sangre. Aunque se hablaba de mí como del ganado que se va a llevar al matadero, eso no era lo que me hería, me hería que me despreciaran más por ser mujer.

—Mire, mujercilla, de aquí vamos hasta el final. Ya no hay *paónde* agarrar. *Asté* se ha metido en un buen lío y ahora tiene que hacer caso, nada *e* ponerse matrera, porque antes de destazarla va a llevar mucho, pero mucho palo. No *ta* topando con tontos. ¿Entendió, yegüita?

Creían que me importaban sus amenazas. ¡Ja! Más o menos sufrimiento me era intrascendente.

—Se vara la revisión *dhoy* . *Voa* arreglar con el matasanos. *Asté* , contéstele esas pendejas cartas que envía el ridículo ese —escupió el tal Chente mientras pisaba la cuecha que lanzó al piso—. Ya me tiene fregao esta güevada. Dígle que en esta misma semana le hacen las pruebas y que cuadren un día *pa* verse. Yo voy a conseguirme a alguien *pa* presentárselo al viejo ridículo ese.

Si ellos iban a seguir con el negocio, no tenía que ponerme más rejega. Aun así, con desconfianza me acerqué a la mesa donde me tiraron pliegos de papel y pluma e hice lo que me pidieron. Dejé hechas tres cartas.

—Bien, me avisan con una nota en el correo cuándo aparecerme por aquí.

—Epa, ¿*pa* dónde cree que va? No entendió que ya no es lo que *asté* diga. No va a jugar más con nosotros.

¡Malditos! Me iban a chulear la plata. Me retendrían, me sacarían lo que ocupara el rico, me matarían y no habría dinero que dejarle a mi madre. ¡Desgraciados! Esa no era la gracia. Al tiempo en que el alto de dientes de púas se me abalanzaba, le respondí con el machete, pero el otro desgraciado me atacó por detrás, caí al suelo y allí me desarmaron. No sé cuál de ellos empezó a patearme con saña hasta que el otro lo detuvo.

—Espere, pare. Imbécil, la ocupamos entera. ¡Imbécil! —vociferó. Era la voz ronca del calvo.

—Me dio en el brazo, me lo macheteó. ¡Esta grandísima perra! —gritó con ira.

—Ya, hombre, ya. Después se saca la sangre del ojo.

—No me hagan esto —gemí—. Yo ocupo volver, yo mantengo a mi gente. Juro que regreso. Yo ocupo esa plata. Yo regreso, malditos.

—Ni mierda. —El pedazo de hijoputa de la garganta podrida me mandó otra patada.

Al que le decían Chente no sé de dónde sacó cuerda, la cuestión fue que me ató.

Traté de negociar. Sin embargo, esos desventurados no tenían la más mínima consciencia. Me dejaron a oscuras, en la misma esquina donde me agarraron a patadas, amarrada, manando sangre que se mezclaba con la tierra del suelo.

Me desquicié. Me atormenté pensando en el desamparo de mi madre, quedaría sola para cuidar a los gemelos y al bosquejo impreciso de lo que quedaba de mi padre. No pude hacer nada bueno. Ni siquiera una buena muerte. Esa sensación de miseria, injusticia e impotencia me colmó. ¡Qué hijueputa vida! No quise llorar, de verdad que no quise, pero no pude. Lloré tan desconsoladamente, lloré lo que no había llorado en toda una vida de sufrimiento y carga, que por eso no quedaron más lágrimas para lo que me vendría en un futuro muy cercano.

Pasé toda la noche así y la mañana del día siguiente, la tarde y hasta que el sol se puso de nuevo seguí allí. Humillada, derrotada, con la nariz trancada y los mocos que me habían escurrido, pegados como costras en la cara. Un despojo, obrada y orinada sobre mis carnes y ropas. Los tipos aparecieron. Empecé, esta vez, sumisa e implorante, en balde porque de una vez me callaron la boca metiéndome un trapo inmundo. Sentía que me ahogaba al tiempo que me daban arcadas. ¡Cómo los odié! El gigantón me arrastró desde la posición acurrucada en la que estaba. Se hicieron a un lado y vi a un tercer hombre con ellos, el cual no disimulaba el malestar que el olor del lugar reverberaba. Traía un maletín típico de médico.

—¿Qué carajos?! ¿Qué es esto? Que yo sepa este no era el trato. La persona tenía que estar en buenas condiciones y, sobre todo, anuente. ¡¿Qué me encuentro aquí!? Alguien golpeado, sangrante y maniatado.

—Pierda cuidado, esa cara *e* lástima la ha tenido desde que llegó aquí por primera vez. Además, le dije desde un principio que eso no es de su incumbencia. Se lo entregaremos intacto al doncito. Es que se puso terco con la cantidad de plata y solo a mecos entiende la gente. Empezó *asté* a hacer lo que le toca y quede *callao*.

El medicucho tomó su maletín. Le hice ojos y moví mis manos a manera de súplica. Pero me ignoraba, y yo no dejaba de persistir en mirarlo, a pesar de que me costaba mucho respirar a causa de tener la garganta seca y las arcadas que me generaba tener la boca bloqueada con los trapos que me aturularon. Entre más eludía mis ojos clavados en él, más sabía yo que le traspasaban. Examinó los hematomas producto de los golpes, limpió la sangre y, conforme iba revisándome el cuerpo, exclamó hacia los tipos:

—¿Desde cuándo tienen a esta persona así? ¿No le han dado un mínimo de atención? Se ha obrado y orinado sobre sí misma. Más allá de lo que me han dicho, estoy seguro de que el señor no va a aceptar un cuerpo tan calamitoso como el que ustedes le van a presentar. Estamos hablando de mucho dinero. ¿Qué le voy a llegar a decir si todo es un embuste? Es mujer, no está

tan joven, se ve demacrada y, tras eso, ha recibido una golpiza. En estas condiciones no se le puede llevar —y agregó mirándome a la cara por un instante—: A partir de ahora, tienen que darle suficiente comida, darle condiciones de aseo y, desde luego, no aporreársela. Necesitamos una buena presentación, ¿entendido? Ya vimos que no es posible presentar a otra persona, él va a estar en todo momento, incluso en el de la implantación. A él no lo vamos a lograr chulear.

Yo gemí. Esa no era la «ayuda» que yo quería. Yo necesitaba escapar.

No obstante, no sucedió nada de eso. Le encargaron al Cojo, el apodo del viejo otrora leproso, la tarea de atenderme. Y así lo hizo. Me mantenía atada, y el Cojo, con sus manos deformes por la lepra, me metía la comida a la fuerza, con mucha regularidad, tanto que vomitaba. Me estaban cebando como a un chanco. El médico no se volvió a aparecer o ellos no se lo permitieron y en una segunda ocasión hubo necesidad de extraerme sangre, pero fue el Cojo quien se encargó, logrando más bien herirme la carne en sus conchos intentos de acertar en la vena. A ese tipo fue al único que vi en esos días. Se iba y luego regresaba, siempre borracho. Me tenía con el pantalón bajado para que, en una bacinilla dejada al lado, hiciera mis necesidades. Tuve suerte de parecerles un despojo humano que ni pensaron en manosearme o violarme. A partir de entonces, era solo contar el tiempo.

No tuve mucho con que intentar liberarme. Si bien había tratado de roer con los dientes las cuerdas atilintadas que ataban mis manos, días atrás el Cojo notó el avance que yo llevaba, haciendo que me ganara una bofetada y que agregara más cuerda, la suficiente para fijarla al techo, lo que hizo que yo quedara como si estuviera sentada en el aire, sostenida de los brazos. Era realmente doloroso. Como temía que tan valiosa presa se escapara, limitó aún más mi movimiento, pues con otra cuerda mantenía inmóviles mis pies y esta, a su vez, estaba atada a una cadena que salía de la pared. Resultaba una agonía estar en esa posición, aún no sé cómo sobreviví a esas eternidades infernales. Una vez que se marchó, aprovechando que aún tenía las extremidades «despiertas», jalé con todas mis fuerzas la cuerda que estaba suspendida del techo. Aflojó lo suficiente para dejarme descansar asentada ya en el suelo, pero a costa de mantener las piernas dobladas todo el tiempo, posición que, al generar contacto con la superficie del suelo. Aunque adormecía mis piernas, me libraba de la tortura de mis miembros superiores colgantes, hinchados y tumefactos.

Además del terrible dolor físico, estaba el otro, el que me carcomía. ¡Qué tormento saber que mi familia se me moriría de hambre o que terminaría mendigando en la calle! Imaginé a madre sentada en una acera, cargando a alguno de los gemelos con el fin de causar lástima. Si yo hubiera estado muerta, al menos no lo sabría, lo malo es que estaba viva y penaba sabiendo su futuro. Reitero, no sé cómo no morí de dolor esos días, cantidad que no alcanzo a precisar. Perdí la noción cegada en la agonía interminable. En los días finales, tan desesperada estaba que, lejos ya de cualquier ambición de dinero o abnegación filial y maternal, llegué tan humildemente a desear la muerte como el más maravilloso regalo y descanso. No pedía más que eso. Nunca me había sentido más humilde. En la tarde del último día, cuando creía que ya no soportaría más el dolor emocional ni el físico, entró el Cojo. Arrastraba el pie como siempre. Llevaba un día entero sin aparecerse, algo inusual, porque la constante era que estuviera hartándose de comida varias veces al día. Y es que no traía solo el traste con comida, traía una carta.

—Vea la sorpresita que me topé camino acá. Toditos los días *mian mandao* a preguntar y hasta que por fin. Ahora sí —se carcajeó—, *yay* fecha y lugar *pa* la carnicería. Esta carta es lo que han estado esperando los compadritos. Ya ni *pa* qué darle de comer. —Pero pareció arrepentirse al momento—. Bueno, por si acaso creyeran que no ha comido, mejor disimulemos. —Y, acto seguido, se puso a jartarse de la comida, mostrándose inusitadamente alegre.

Derramaba un llanto silencioso, imposible de contener, lloraba sin derramar lágrimas. Lloraba porque sentía un regocijo y un alivio inconmensurables. Ante mí se abrieron dos posibilidades: la muerte sin más, como descanso, o la muerte como negocio. No había tenido esperanzas hasta ese instante. Hasta que ese ruin infeliz cometió el error de abrir la boca. Morir en las circunstancias en las que me hallaba era algo a lo que ya me había resignado. Antes bien, si podía tomar esa carta, escapar y llegar por mis propios medios a reunirme con el don ese, podría obtener el dinero. Posterior a eso, ya no me importaba. Yo, que había estado buscando la muerte, ahora me aferraba a un poderoso instinto de supervivencia que me hacía maquinan la mente a todo galope. El corazón se me quería salir del pecho. Surgía una oportunidad.

Y, en efecto, llegó a mí.

—A su *salú* —dijo, faltándole un par de bocados para acabarse mi comida. Se levantó, eructó con ganas y me quitó la mordaza. Tenía las comisuras de la boca reventadas y, aun así, el maldito tomó la cuchara y me ensartó la comida con rudeza, asegurándose de mancharme la cara. Mientras, yo aproveché para ponerle una carnada.

—¿Sabe? —empecé, asegurándome antes de dejar bien claro el dolor de mis brazos, que se proyectaba a hombros, pecho y espalda; pero no me dejó seguir porque me zampó una cucharada colmada de arroz sancochado que escupí, ganándome un golpe.

Dejó los restos de la comida y el comal en la mesilla desvencijada

—Listo. Ya jamó. La última cena. Que *naide digan* que no comió. Hasta dejó limpio el comal. —Terminada su farsa, se dispuso a ponerme de nuevo los trapos inmundos en la boca.

—¿Sabe que no habrá dinero para usted, maldito? —repetí—. No sabe cuánto me alegra.

—Nunca lo ha habido. Siempre me han dado sobras *pa* mantenerme. Yo no espero *na* .

«¡Mierda!». Cambié de pulla:

—Lo que sí puede esperar es lo que le aguarda.

Esquivé el intento de ponerme la mordaza, le mordí sus asquerosos dedos y me gané otra bofetada.

—Le va a salir caro el descuido en el que me tiene. Yo necesito estar presentable para el cliente.

—¿Cuál descuido ni qué ocho cuartos? —Se rascó la quijada deforme—. ¿No le doy de comer hasta que vomita de tanto jartar? Ya desearía yo *toa* esa hartada de comida.

—Me refiero, animal, a que véame como estoy. El culo al aire, cagando sobre una bacinilla, moscas y bichos alrededor. Enfermándome en medio de esta podredumbre. La boca y las muñecas las tengo destrozadas, los brazos muertos; al principio me bajaba un dolor tan agudo por los hombros que me alcanzaba al resto del cuerpo, pero ahora ya ni siento los brazos. Las canillas tampoco me sirven, han quedado tullidas al llevar días dobladas en esta posición. Son dos troncos inservibles. Mire lo hinchadas y tiesas que están, bestia.

Notando que ponía atención a lo que dije, continué valiéndome de su ignorancia. Tenía que hacerlo dudar, era lo que me permitiría sobrevivir.

—¿Sabe usted que el señor ricachón tiene las piernas lisiadas? Me lo dijeron sus jefes, un carro le pasó por encima. Ha quedado con los huesos molidos y necesita unos nuevos. ¡*Achará* , pedazo de bestia, que después de toditico esto terminen sin hacer ningún trato a causa de que mis piernas quedaron inútiles para la finalidad que se les ocupa! Esa es la única satisfacción que me llevaré. A usted se lo van a hacer apiado por esto. Cuando sus jefes lean la carta y vengán para llevarme con el don ese, van a ver cómo usted se cagó en mis piernas al tenerme así. Yo entré aquí sosteniéndome con ambos pies y ahora, si me los cortan, no sentiría ni una cosquilla.

—Yo no he hecho *na* . Yo no sé por qué han *dura*o tanto en esta vaina. Ha vivido *asté* más de la cuenta. —Mientras hablaba refunfuñando, buscando excusarse, me trepó el pantalón e hizo a

un lado la bacinilla. Luego fue soltando los mecates de mis pies.

—Las otras veces, solo *tren* el cuerpo de algún borracho o pordiosero que se topan en la noche, y me los *tren* aquí, ya tiesos y pálidos.

¿Ahora qué hacía?, pensé. Era tan cierto, no sentía las piernas. ¿Cómo haría para atacar, huir...?

—Yo no tengo culpa, yo solo me he encargado de destazar puercos —seguía excusándose y, mientras tanto, mi deseo de sobrevivir para obtener ese dinero se convirtió en impulso, impulso que se transfirió a mis piernas liberadas. No obstante, inertes. Me dije a mí misma: «Así como él está dispuesto a matarme para sobrevivir, en esa misma medida yo no me contendré».

Trató de ponerme en pie, pero mis piernas no reaccionaron. Las golpeó y yo ni me inmuté. Lo noté muy asustado. Mesaba los pocos pelos que le quedaba y se sobaba la barbilla partida. Yo seguía guindando de manos y con las piernas inertes. Se acuclilló y dejé que sus mugrosas manos masajearan y moviera varios minutos torpemente mis piernas. Yo me negaba a emitir cualquier señal que le indicara al Cojo que mis extremidades volvían a la vida, que me torturaba el desconsuelo de la reactivación de la circulación. Yo necesitaba recuperarme un poco y que él no se diera cuenta. Era lo que me podía dar una posibilidad de salir viva de ahí.

Cada vez más asustado, hizo amago de irse. Aún no estaba lista, ni por asomo, así que no me quedó de otra más que actuar. Sacando fuerzas como siempre a lo largo de la vida lo había hecho, hice trabajar a esas piernas embotadas. Él era un viejo achacoso, borracho, reducido por la enfermedad, limitado de acción, que no me costó prensarlo del cuello rápidamente haciendo uso de la presión de mis muslos que, aunque tumefactos, parecían tener un enervado vigor repentino.

El maldito me clavó los pedazos de dedos y uñas que le quedaban en mis piernas, pero yo estaba embrutecida por una ira demente, por un hondo afán de supervivencia, que de repente todo dolor se fue. El Cojo, temblando, levantó más las manos, buscando mi cuello; mientras, yo continuaba apretando, estrangulándolo; le mordí con frenética furia. Mi necesidad de vivir, de ganar, era mayor. Sintiendo que se me desgarraban los brazos, me así de la cuerda que los suspendía y con ello logré tener un mejor apoyo para incrementar el estrangulamiento. Los estertores de el Cojo eran pavorosos y, aunque en un instante deseé aflojar, no lo hice.

Las imágenes no se van, han quedado marcadas en la mente, incluso su vaho alcohólico. Aún ahora cierro los ojos y las escenas afloran en mi mente, empero, no siento al día de hoy, el día de mi muerte, día en que estoy recordando todo lo dulce del amor que viví, así como lo más amargo y terrorífico que pasé, la más mínima pizca de arrepentimiento. Siento lástima por su vida, por su final, mas no de lo que hice. Eso es algo que, en caso de que exista vida después de la muerte, seguiré cargando por siempre. Lo digo con seguridad.

Sentía reverberar los estertores y vi esa la quijada deformada desfigurarse aún más ante los estrépitos de la desesperación y el ahogo. Cerré los ojos ante el espectáculo de la muerte y, cuando sentí que sus manos cayeron y que su cuerpo dejaba de moverse, abrí los ojos y con repulsión volví a cerrarlos. El color violáceo de una cara inflada lo decía todo. Mas yo seguí sin aflojar.

De repente el sobresalto de que se aparecieran los sujetos me invadió. Tal vez ellos mandaron al... al muerto a recoger la carta. Algún tipo de conocimiento debían tener para que el viejo fuera por ella. Y lo estaban esperando. Y, como bien sabía yo, lo hacían con ansia. Deseaban ya librarse de mí y reclamar el dinero. Aflojé las piernas, dejando soltar el cuerpo y, como en una delicada obra ejecutada por el *ballet* de Grace Lindo que tuve la oportunidad de ver en el Teatro Nacional gracias a la generosidad del profe Tulio en mis años en el Liceo de Heredia, cayó con inusitada gracia y sinuosa lentitud al piso.

Logrando ponerme de pie, por primera vez en todos esos días de encierro, y temblándome las

piernas, hice a un lado el cuerpo para que no me estorbara y empecé a roer y tratar de aflojar como desquiciada los nudos que me mantenían las manos atadas a la cuerda suspendida del techo. Era realmente lento el avance, no tenía nada más que mis dientes. Traté de revisar con los pies el cuerpo del Cojo buscando cualquier cosa afilada sin éxito. Con verdadero pavor sentía la presencia de ellos acercarse cada vez más. ¿Olían que el dinero se les iba? Me desesperé forzando a que mis manos pudieran deslizarse entre la amarra, mas lo que lograba era romperme la piel. El dolor de los brazos y las coyunturas de los hombros se avivó ahora que la sangre fluía de nuevo. Pero yo no iba a fallar. Con los dientes jalé lo más que pude el amarre tratando de liberar algo de espacio al tiempo que forzaba más a mis manos. Sentí que un hueso del dedo gordo de mi mano derecha se dislocaba y en ese momento me sentí libre, no sentí dolor, solo el latir enloquecido del corazón. ¡Me había logrado liberar! Soltar la otra mano fue cosa fácil. No perdí tiempo, tomé la carta de la mesa y salí corriendo a lo que me permitían las piernas. Me interné entre el cafetal, evitando las callejuelas de ese barrio inmundo al tiempo que me embargaba el dolor de cada parte de mi cuerpo, el miedo a ser atrapada, el gozo de haber escapado, el espanto de haber asesinado, el pavor de llegar a casa y saber en qué estado hallaría a madre y demás.

Como no sabía si me seguían o no, o si habían averiguado dónde vivía, decidí no pasar en primera instancia al cuartillo que por vivienda teníamos. Además, cada vez más la adrenalina me bajaba y el estremecimiento se me iba convirtiendo en una obnubilación y en un desvanecimiento que me condujo a dar penosos pasos hacia el San Vicente de Paúl. Poco antes de llegar, me dejé caer, pegando la espalda y deslizándome por el muro de una tapia, no daba más. Después del esfuerzo imposible que hicieron mis piernas tullidas y mis brazos desgonzados, mi cuerpo no daba para reaccionar más. Fui perdiendo la conciencia y alcancé a reconocer la cara de Pedro, como yo, conserje del San Vicente. Me había visto y acudía a socorrerme.

El saberme a salvo me permitió darme el lujo de perder el dominio de la mente. De ahí no recuerdo más que haber recibido atención de las enfermeras y médicos. Yo no emitía ningún sonido, yo no lloraba, yo permanecía despierta, alerta, sin poder decir palabra, pero viendo y sintiendo todo lo que me hacían. Dolía, dolía mucho, y yo no era capaz ni de pestañear. Me pasaron a una camilla y pude ver a la luz de una lámpara el doctor que me atendía. Aunque traté de tapar mi cuerpo desnudo, mis manos no respondían a mis órdenes. Me avergonzaba que el doctor Mariano Santamaría me viera en tan calamitosa situación. Los ojos trastornados, la cara petrificada, brazos y piernas rotas y engarrotadas y mi privacidad revelada. Tenía restos de comida y vómito en ropa y piel, porque nunca tuve la oportunidad de limpiarme, tampoco tras haber hecho mis necesidades, incluso encima de mí. ¡Qué humillación! Podría matar a ese cojo deforme y a esos dos malditos una y mil veces más.

Entre curaciones y exploraciones, Santamaría revisó mi intimidad buscando algún signo de violación. ¡Qué más vejación que la que gritaba todo mi cuerpo y mi alma! Él me hablaba y para mí era imposible emitir palabra. Estaba completamente ida y me sentía tan seca por dentro como las quebradas de Guanacaste en verano: un lecho de piedras.

En algún momento, llegó a mí la inconsciencia. Tengo entendido que pasé varios días en ese estado hasta que volví de las aguas mansas. Si en eso consistía la muerte, era algo dulce y reparador. Más largo que un sueño e imposible de despertar.

La enfermera se apareció no sé en qué momento y, al ver mi consciencia, se retiró. Escuché su voz, la de él, poco después.

—¿Cómo está? ¿Me reconoce? ¿Se acuerda de su nombre, su edad, quién es? —Traté de mover lentamente cada extremidad—. ¿Puede sentir las piernas, los brazos? Han sido cruelmente

sujetos de suplicio. ¿Qué-qué te pasó? —De súbito se salió de su papel de médico y se dirigió como un amigo preocupado—: ¿Quién te hizo todo este daño? Dos semanas desaparecida.

—¿Sabe algo de mis padres y de los gemelos?

La voz no me salió, repetí el esfuerzo hasta que brotó un hilo de voz. Me sentía más del otro lado que de este.

—Bien, entre lo que cabe. Mi esposa, ya sabes, mediante el club de damas, les ha llevado alimento. Aquí lo que importa es...

—Tengo una deuda con ella —dije porque no sabía qué decir. No supe agradecer.

—No se preocupe. Tómese esto. ¿Cómo está de dolor? Ahora dígame, ¿qué fue lo que pasó?

—¿Ustedes cómo se enteraron? —pregunté con ilusión. La voz me salía con más claridad y fuerza—. ¿Mamá llegó aquí pidiendo ayuda acaso buscándome? —trastabillé al hablar—. ¿Avisó ella a la Policía? —me pausé para poder seguir. Tenía la garganta muy seca a pesar de que, al tomar el medicamento, me bebí toda el agua que él me ofreció. Le inquirí con ansia, con ilusión, con inocencia, con sequía de cariño—: Llevo días acá, ¿cierto? ¿Ha venido a verme? ¿O será que mandó a preguntar cómo he estado?

—Con respecto a las primeras preguntas sobre su madre, no puedo responder. Al menos, yo no lo sé. En cuanto a lo último, no se ha registrado ninguna visita, lo probable es que alguna enfermera le comunicara de su estado a quien su señora madre haya mandado a preguntar.

Volvió a su papel de médico. Empezó a llenar notas que le pasó una enfermera

—Y nos enteramos o, más bien, confirmamos su desaparición, puesto que fui a su casa.

Se pausó para dar indicaciones a una enfermera que estaba cambiándome el suero:

—Graciela, ya va siendo hora del cambio de vendas del paciente de las quemaduras del turno, cama dieciséis. Le agradezco. Como iba diciéndole, me presenté a su casa. Fue natural suponer que algo le había pasado por su ausentismo al trabajo, solo que en el hospital no teníamos idea. Cuando le conté a Violeta, ella siguió yendo a su casa y así es como, a través del club que ha recolectado donaciones especiales, ha ayudado a su madre. Su mamá no supo decirnos nada. No procedí con ninguna denuncia ante la Policía, puesto que lucía tranquila y consideré que ella estaba al tanto y que no era nada de peligro, ya que se lo reservaba. Sí me pareció raro que usted, su soporte económico, la dejara así —y dijo incómodo y apenado—: Me preocupó que pudiera perder el empleo.

Se hizo un silencio que no tenía sentido rellenar.

—Eso es lo que sé y lo que le puedo contar, pero, por favor, respóndame, ¿quién le hizo esto? Tiene usted señas de heridas de tortura.

Supliqué por agua y, después de saciar la sed, él insistió.

—Fui atacada. Eso es todo. Me tuvieron retenida. No sé por qué, no sé para qué porque no tengo dinero. No vi los rostros de ninguno, no sé a dónde me llevaron, no sé por qué me retuvieron. No sé nada. Y no quiero hablar de eso ni poner ninguna denuncia. Nada, y le agradezco que no pregunte más.

No lo veía a los ojos, sabía que él los tenía fijos en mí. Hablaba calmada, sin ofuscar me, sin hacerme la víctima, sin ninguna intención. Solo quería que dejara de preguntar.

—Debo irme a casa. ¿Tengo aún trabajo? ¿Qué día es hoy? ¿Puedo volver mañana o pasado mañana? Hoy tengo algo que hacer. ¿Dónde están mis pertenencias? Llevaba una carta conmigo. La necesito.

—¡Pero si usted no está en condiciones! —exclamó alarmado.

Sostuve mi posición. Él quería saber, yo quería que dejase ese afán. Él no quería que yo dejara el hospital; medicada, yo podía aguantar bien el dolor. Llegó al punto de resultarme molesto y fui

grosera con el doctor. Eso lo contuvo y no me puso más objeciones. Me dieron una mudada de las que reciben en donación, así como medicamentos para el dolor. Luego pasé a recoger mis pertenencias: la ropa de hombre y una carta. Una vez afuera, no supe qué hacer. No quería ir a casa. Era lo que había deseado hacer cada instante de esas dos semanas que dijo Santamaría que pasé perdida. Ahora que sabía que estaban bien y que mamá no me echaba de menos, porque ni siquiera se molestó en buscarme, no quería llegar para terminar de constatar que ni mi ausencia ni mi reaparición tenían algún tipo de importancia. Yo era para ella alguien más de la caridad, que les daba lo que podía, y ellos lo recibían como cualquier otra limosna. ¿Por qué entonces yo podría matar de nuevo con tal de dejarles un futuro asegurado? Una lágrima quiso aflorar, pero no llegó a nacer. Algo oscuro, denso y pesado succionaba toda emoción, se la tragaba. Yo había quedado seca.

Con andares lentos, sintiéndome agotada, anduve hasta llegar a los jardines de la parroquia de la Inmaculada. Allí saqué la carta. Y me pregunté si tendría sentido lo que había hecho. Quise romperla y olvidarme de todo. No tendría que entregarle mi vida a un ricachón por dinero. Podría irme con mi dignidad intacta. Me reí agriamente del último pensamiento. ¿Había otro camino? No. Todo seguiría igual: pasaría el resto de lo que me quedase de vida viviendo miserablemente como siempre lo había sido, era eso o tirarme de un puente y que se jodiera mi familia. No. Esta carta era tristemente mi tiquete a otro mundo mejor, el de las aguas calmas, el del nunca despertar.

Otra vez esa finísima caligrafía. Me conmovía. ¿Podría una persona que escriba así ser tan inescrupulosa de pagar por la vida de otro? No sé por qué pensaba yo de esa forma tan drástica. Tal vez el señor buscaba sustituir una parte no primaria de su cuerpo por otra ajena y solo eso, sin imaginarse que la otra persona lo que quería era, posterior a eso, fenecer. Presentía que no. Esa desesperación que reflejaban sus cartas era por algo drástico, desesperación de vida o muerte.

Estimable caballero:

Disculpe mi falta de tacto, lo imperioso de las circunstancias exigen su presencia. Un médico especialista requiere concertar cita con usted. El tiempo es corto y necesitamos hacer los análisis médicos lo más pronto posible, pero antes yo preciso conocerlo. Excuse y comprenda nuevamente mi rudeza cuando le digo que sus razones no me interesan siempre y cuando me asegure usted que es por decisión propia, muy propia y hallándose en su sano juicio que está dispuesto. Le cito para el 10 de febrero, ocho de la noche, en el Morazán.

¡Qué raro! En unas cartas actuaba con una sensibilidad y en otras era tan frío.

Hacía mucho tiempo, a pesar de los últimos altibajos donde pensé en echarme hacia atrás, y que deseaba y ya había hecho a la idea de que dejaría de vivir, no pude evitar sentir un escalofrío que me recorrió la médula de principio a fin. La boca se me secó y sentí una punzada en el corazón. ¿Qué le pasaba a mi pecho, me estaba reclamando?

Releí la última oración de la carta, pero me sentía desubicada. Recordé haberle preguntando al doctor Santamaría qué día era hoy y, aunque sabía que me había contestado, no tenía noción de lo dicho. Tuve que interrumpir a un par de colegiales en arrumacos arrecostados a unos de los árboles del jardín de la iglesia, preguntarles la fecha en la que estábamos. Mañana. Sería mañana, a vísperas de las elecciones presidenciales. Era cierto. Había un mundo fuera de mí. Yo podía desaparecer justo mañana mismo tras esa reunión y el mundo ni cuenta se daría: las elecciones transcurrirían, el país tendría de presidente un comunista o un socialdemócrata y al día siguiente todos seguirían con sus vidas porque así es la vida, los que quedan, seguirán. «El muerto al hoyo y el vivo al bollo», que lo diga el Cojo, que lo diga mi madre. Parece que no hay camino más que

andar hacia adelante, inexpugnablemente hacia lo que tiene que venir, un paso que acerca más hacia el fin.

Pensaba así, sin imaginar que mañana tras la reunión, me sería, en vez del fin, el comienzo.

Y, mientras tanto y como siempre, estaba más preocupada por el presente. Y el presente era aquella carta. ¿Cómo contestarla? No sabía nada del mecanismo que tenían esos maleantes para contactar al señorón. Simplemente, iría al encuentro, no tenía más que hacer. Me quedé mirándome las manos. Tenía vendas en las muñecas y yeso en el dedo gordo que me había dislocado. El ver los resultados y sentir el dolor de la carne no era necesario para recordarme lo acontecido. Una imagen nítida, cruel, implacable del asesinato cometido; la tenía en la retina y me había dejado marcada. Sentí miedo. Yo ni había sido particularmente mala en la vida. Renegaba mucho, envidiaba, el orgullo me dominaba, había mancillado mi carne; sin embargo, nada tan terrible que me cortara la respiración y se me incrustase en el pecho como una brasa.

Incluso yo no tenía mucho miedo de las consecuencias de la decisión sobre mi muerte. Pensaba que, llegado el momento, recibiría perdón ante el acto de zanjar mi vida, pues considerándolo objetivamente no le estaba haciendo daño a nadie más que a mí misma y, si Dios o lo que fuera existiese y en verdad juzgase, tendría que considerar mis razones y saber de mi «compensación». Pero ahora yo había tomado otra vida, una ajena, una que sí quería seguir viviendo. Que esa vida fuera miserable o no, eso es tema aparte. El hecho es que la había tomado. ¿Y con qué derecho? ¿De sobrevivir para después también perder la vida, cuando no decir entregarla por dinero?

Un tipo de sucia perversión me hacía pensar, aunque nunca lo quise reconocer plenamente, que si entregaba mi vida de la manera en la que tenía pensado hacerlo podría considerarse un acto mártir, no heroico, mas sí redentor. ¿Cómo no iba a ser una redención cuando, por cuenta propia, buscaba yo alcanzar la libertad de la penosa esclavitud a la que mi vida, mi esencia, mis esperanzas y sueños se habían confinado? ¿No era acaso un acto justo, de piedad conmigo misma, parar la pena que me consumía?

Pero yo ya no era una inocente víctima de buen corazón. Me convertí en déspota también. Tomé lo que tenía a mi alcance para asegurar mi vida a costa de otra. Ya no había nada digno ni loable. Era tan mundana como el zorro que caza a la gallina para alimentar a sus crías, como el que miente para no ser descubierto en aras de que su reputación se mantenga impecable, como el niño que adrede llora sabiendo que con ello logrará que su madre se quite el bocado de la boca para dárselo a él, aunque ella no haya comido en todo el día. Ya no había mérito ni gloria.

Me sumergí en esos negros pensamientos para luego, quién sabe cuánto tiempo después, volver en mí. Aflojé la tensión de mis manos. Habían estado encarrujadas en puño. Me lamentaría en otro momento y me desesperaría cuando realmente fuera la hora. Por el momento, ocupaba fuerza para serenarme y volverme práctica. Convenciéndome de tal necesidad, calmé mi espíritu lo suficiente.

Dejé, momentáneamente, de temerle al futuro y al pasado. Tal vez, solo al presente. Mas no tenía miedo de que los tipejos me saltaran de repente, las ratas solo salen de noche. Tampoco temía de mi «comprador». Era más desconcierto que otra cosa. ¿Sería el carajo ese de plata un ser tan despreciable como las alimañas a las que les pagaba por tener carne fresca? Tenía que serlo. ¿Sería un anciano débil, ansioso por extender sus días? ¿Podría ser, acaso, un hombre joven con un futuro prometedor, ahora comprometido por una terrible dolencia o accidente?

Pensé mil y un escenarios, todos negativos, con respecto a la reacción de tal hombre cuando viera y desdeñara la «mercancía» y a todas les di respuesta contundente. No iba a perder esa oportunidad. Sencillamente, no lo iba a permitir.

Recibí con gusto el aire fresco y los rayos tenues del sol vespertino. Me hicieron tanta falta

durante el encierro. Encontré muy corronga a Heredia. Coqueta, sencilla, amena. Los niños jugueteaban en el parque, los jóvenes procurando galantear a las muchachas. El poeta del pueblo saludando con el sombrero, los carretoneros en sus afanes, las sirvientas encaminándose al mercado mientras otra, en sentido opuesto, ya se regresaba y se metía a la casa de su patrón, don Alfredito González. Era tan palpable: si yo hubiera dejado de existir desde dos semanas atrás, nada hubiera cambiado. La vida para los demás seguiría, incluso para aquel a quien yo se la quité. De hecho, estar sentada en ese parquecillo viendo a los demás pasar era como estar muerta, era invisible para todos. En sentido realista, ya lo estaba. No tuve ni una madre que fuera a preguntar preocupada qué había sido de mí.

Regresé cayendo la tarde a la casa. Papá, enfermo como siempre, oliendo a cebo con alcanfor, sentado en la mecedora, sin posibilidad de mecarse porque a la mecedora le faltaba media pata y moverse mucho era riesgo de caerse. Los gemelos, ambos tendidos en el pedazo de catre que una vez sirvió de cama matrimonial. Madre pareció sorprendida de mi presencia.

—Hola, mamá. ¿Cómo le ha ido? —dije humildemente.

—¿Y *usté* dónde se había metido? —dijo mientras prendía un culito de candela a sus santos.

—¿Le hice falta? —pregunté con inocencia.

—Pues no teníamos qué comer y me tocó hacerle todo a sus hermanos. El mayor empezó ahogarse con un vómito que ya llevaba días y, cuando corrí a atenderlo, se me cayó el menor, al que estaba bañando en la batea.

—Mamá, yo soy la mayor. —Pero ahí mismo me callé, no valía de nada aclarar. Sabía que para ella yo no contaba—. Lo siento. No fue mi intención hacerle pasar por eso.

—La veo más repuesta.

—¿Repuesta? —dije con incredulidad.

—Ya no está tan enjuta de cara.

No dije nada.

—A *cuánta* estaba pensando que no iba a volver.

—¿Por qué creyó eso? Yo siempre he ayudado, yo no la dejaría al garete.

—Pues yo sé cómo son las cosas. Yo sé que *usté* no quiere estar aquí. Yo dije: «Al fin se decidió».

—¿Y así no más? ¿Usted me dejó ir así no más? ¿Ni por deseo de salvar a sus otros hijos a usted le interesó que yo regresara? ¿No le importa saber por qué no aparecí en todos estos días? —rogué por una respuesta que ya sabía—. Mamá, ¿por qué así? Usted no siempre fue así. Yo aún recuerdo.

—Sabe que atender a sus hermanos y a su papá hacen que no tenga cabeza *pa* otra cosa. *Usté* se puede cuidar sola, ¿quién los cuida a ellos? No me diga más, que hasta ahora voy a empezar el rosario porque se acaba de ir la sobadora.

Me di por vencida. No sé ni por qué preguntaba. Tal vez esa necesidad de cariño. Ya que yo no me quería a mí misma, tal vez sería lindo que alguien se asomara al (res)quicio de la puerta esperando verme llegar si ya era hora de estar en casa. No pedía mucho, nada de flores ni un enamorado que me recitara poemas. Solo un chingaste de cariño de ese alguien que era lo más cercano que tenía.

Pasó la noche, con ella la fría madrugada y llegó el día. Me levanté como si fuera otro día normal, a excepción de los dolores de cuerpo magullado que al rato las pastillas calmaron. La indiferencia que cada quien seguía como una orden fue lo que imperó. Papá amaneció en la mecedora indiferente al arduo trabajo de su esposa, mis hermanos indiferentes al mundo en general, mamá indiferente a su esclavitud y a los ojos tristes de una hija que sí podía querer y

quererla.

Busqué entre las tablas del jergón donde dormía. Allí había quedado la bolsa de cuero que me habían dado los maleantes. Nadie la había tocado. Conservaba monedas. Le di la mayoría a mamá y me fui al San Vicente.

Di respuestas esquivas a los pocos que me preguntaron qué me había pasado, y la jefa de limpieza no me puso peros para reintegrarme al trabajo, ni siquiera cuando le pedí que me adelantara el pago de ese día. Aunque más limitada de movimientos, trabajé como cualquier otra jornada. Cerca de terminar, me topé con el doctor Santamaría y no fue en el ala donde él solía estar. Él fue directamente a mí.

—No lo creía hasta que me lo dijeron. ¿Qué hace usted aquí? Di la indicación de que al menos una semana estuviera en recuperación. Usted no debería estar haciendo esfuerzo físico. ¿Puede parar lo que está haciendo y prestarme atención? Veo que no hay forma. Bien, si insiste en no querer atender una instrucción médica, por lo menos escuche un consejo amistoso. ¿Podríamos hablar sobre lo que le pasó? Ayer no supe reaccionar de buena manera y he tenido que lidiar con varias complicaciones de pacientes y, tras eso, usted sabe que soy calderonista y estos días anteriores a las elecciones son de locos. Pare lo que está haciendo y présteme debida atención. En cuanto a lo que le sucedió a usted para llegar en tal condición al hospital, considero que no se puede dejar pasar así no más. Entiendo que no quiera hablar, pero podríamos ir por un café o una aguadulce, ya casi falta una hora para salir. Hoy no me quedo haciendo turno de noche.

—Doctor, ¿usted me podría decir cómo llegar a San José? ¿Al parque Morazán?

—¿Nunca ha ido a la capital?

—No, señor, no la conozco.

—Le digo, claro, vamos por ese café.

—Lo siento, señor, horitica no puedo. Yo ya salgo, pedí permiso. Disculpe usted, ¿me podría dar la indicación? Tengo prisa.

Memoricé la dirección y me despedí. «Ir por un café». Esas palabras me parecían increíbles y necesarias de olvidar: yo ya tenía claro mi destino. Antes esa frase proveniente de sus labios habría provocado un efecto monumental sobre mí; ahora, aunque me sorprendió, fue un chispazo que, así como surgió, así se consumió. Ocupaba aquella hora libre para sacar a tiempo la tanda de mudadas que tenía que aplanchar y almidonar en la casa de los Valverde al tiempo que pensaba: «¿Para qué preocuparme por ganar esos cinco más?». Almidonar los cuellos era una tarea muy laboriosa y la patrona era de un carácter quisquilloso, a tal punto que hacía cambiar de muda a su marido, el abogado, hasta tres veces al día. Pero me serviría tener la mente distraída hasta que se acercara la hora de dirigirme hacia San José. Fui a la casona, recibí con parsimonia la regañada de doña Indulgencia por quedarle mal con las planchadas de las semanas anteriores, así como las amenazas de cambiar de empleada. Avancé todo lo que pude sin alcanzar a terminar todas las prendas apiladas. El pago era contra tanda, así que de una vez recibí las monedas ganadas, esperando no tener que volver, aproveché para soltarle a la salida:

—¡Que la Providencia le repare suerte encontrando a otra! ¡Con lo miserable que paga la hora, dudo que haya otra más necesitada que yo que acepte!

La noche ya había caído. Tenía que pasar necesariamente por el mercado para tomar el tren a San José. Llevaba las ropas de papá en un pequeño saco, pero desde la mañana, desde que le di a mamá las monedas aquellas y me dejé unas pocas yo, me rondaba otra idea. Por eso pedí el adelanto en el hospital y por eso también me sirvió ir a aplanchar donde la vieja aquella. Al andar por el centro de Heredia, vi que no todas las tiendas estaban cerradas a pesar de la hora. Lo cierto es que había mucha agitación por la proximidad de las elecciones, solo de eso se hablaba.

Me detuve frente a uno de esos escaparates con las luces encendidas y las ventanas sin las cortinas corridas. Vestidos de moda estaban en exhibición. Si me quedaba pensándolo, no lo haría. Entré de impulso.

Una dependienta muy recatada se acercó a ver qué quería.

—Ya no regalamos retazos.

—No vengo por retazos, vengo por un vestido.

—Disculpe, ¿cuál es el nombre de su señora? Tenemos listos varios pedidos.

—Le tocará disculparse de nuevo, porque la señora soy yo misma y no he pedido nada por encargo. Quiero uno ya hecho —y sin pausa especifiqué—: Me gusta ese de allá.

Nunca había usado algo tan lindo. Jamás en la vida. Ni para cuando me gradué en el colegio, la cosa más importante que hice en mi vida. En realidad, el vestido era muy sencillo. Sin embargo, cualquier cosa era linda en comparación con los vestidos ajados y oscuros que solía llevar. Siempre me había gustado el amarillo, y aquel era un sol de mediodía. Al mirarme en el amplio espejo del salón de trajes, sí era yo, solo que muy distinta. Tenía la cara rellena, no los huesos saltados. Me encontré encorvada y me enderecé. Descubrí que tenía cintura y que mis piernas no se veían tan fachosas como solía considerarlas. Peiné los cabellos cortos, hubiera deseado tener la cabellera larga de antaño solo para curiosear cómo luciría. Volví a mirar hacia mis pies. Ya no me alcanzaba para unos zapatos bonitos. Los que usaba eran bruscos, anchos y negros. Me esmeré en quitarles el polvo.

Me dije dos cosas: que como mercadería que era tenía que ofrecer una buena imagen, y que, si iba a verme con el mandamás, no podía seguir ocultando que era mujer; la mentira inicial casi resultó ser desastrosa para mis planes. Agarré el saquillo ahora con dos mudadas y me dirigí a tomar el tren.

No podía evitar cierta agitación ante la perspectiva de conocer la capital. Me convencí de que no tenía razones para estar triste o con miedo. La verdad, no sentía ni lo uno ni lo otro. Me encontraba en un estado expectante. Me reuniría con mi verdugo. Había escapado de aquellos otros para, de igual manera, caer en una horca.

Tenía pocos recuerdos de viajes en tren. Este trajo de vuelta a la nostalgia. Remembranzas de cuando con mis padres dejamos la casa bonita del campo de San Rafa por irnos a unas tierras, más barrancos que otra cosa, y como, al tiempo, nos regresamos vencidos y arruinados. Pero un viaje propiamente a San José no había hecho hasta que puse pie en la estación y miré a mi alrededor.

La capital.

Aquello era la capital. El halo de esplendor de una ciudad en expansión y desarrollo en medio de la noche me sedujo tanto como me hizo recordar. Había mentido al doctor sin querer. Al poner pie en San José, me cayó la peseta de que ya había estado una vez allí. El nerviosismo y la incertidumbre en la que me hallaba me hicieron olvidar momentáneamente tan penoso recuerdo.

Estaba muy pajuila. Creo que tenía más o menos siete años. Mamá me llevó a San José porque tenía que cambiar unos dólares en el Banco Nacional que papá le mandó desde la frontera con Panamá, en un camarón que había conseguido allá. Desde que veníamos de Heredia, me había empezado un dolor de panza y, cuando pusimos pies en San José, era tan insoportable, que, si mamá no me hubiese amenazado con arrancarme el pellejo de un pellizco, bien me hubiera retorcido en el piso.

A pesar de aquellos dolores, pude prestar atención a la palpablemente marcada diferencia entre campesinos y señores de ciudad. Los segundos vestían sus buenos pantalones de corte recto, saco entero sobre blancas camisas de algodón de cuello y puños bien almidonados. Las adornaba con

una corbatilla oscura y se acompañaban de un sombrero elegante sobre sus pulcras cabezas de cabellos bien acomodados y engominados, nada de sombreros raídos, ajados ni atestados de olor a sudor, tierra y sangre, como los sombreros humildes y desgastados de mi gente. Las damas eran otro mundo también, mientras que a mi madre le tocaba poner un poquitito de achiote en los labios y en las mejillas como todo maquillaje y a mí me tocaba zurcir y remendar mis vestidillos hasta que ya no diera más; ellas lucían las caras y fachendosas importaciones europeas de moda.

No era que no hubiera visto esa diferencia en Heredia, solo que en San José era tan marcada, pues en Heredia seguíamos siendo un pueblo bastante rural a pesar de algunos aires de ciudad.

Pues bien, como había que hacer fila y mamá viéndome en esas condiciones, me dijo que no me metiera al banco con ella, que me quedara *queditica* pegada a la fachada de una tienda que estaba cruzando la calle, que ella venía pronto.

En verdad sentía que me estaba muriendo y ya sin poder aguantarme empecé a soltar una pedorrera e, inmediatamente, el chorro de mierda empezó a escurrir. Era puro caldo y hollejos de frijoles lo que bajaba por mis piernas flacuchas y descalzas. Era un espectáculo, todo aquello escurría por la acera. La gente que pasaba por ahí daba un rodeo y yo seguía quedita, sin moverme, pegada a la pared de la tienda, cagándome encima. Cada pedo se venía con un poco de caldo, hasta que la dueña del almacén se dio cuenta y me hizo corrida de su frente. Sin saber a dónde ir y estando atollada hasta el alma de mierda, me dirigí directa a una fuentecilla que había en un parquecito ahí no más.

Me metí a la pila y empecé a echarme agua mientras a mi alrededor se hizo una rueda de carajillos que empezaron a gritándome:

—¡Cochina, cagada! ¡Cochina, cagada!

—Ah, sí, ¿con que cochina y cagada? ¡Ya van a ver! ¡Tomen! —Y empecé a lanzarle las aguas de la pila, todas inmundas con los caldos de la diarrea y hasta con hollejos de frijol, pues yo era muy malcriada para comer y ni masticaba bien. No se me olvida que hubo chiquillos que quedaron con la cara como si la tuvieran llenas de pecas y lunares.

Ya se me venían encima a darme cuando apareció mamá.

—Ay, hija, ¿qué le pasó? Venga, venga, salgase de ahí. Véngase, le estoy diciendo ¡Por Dios santo! ¿Y ahora qué hago yo? Camine. ¡Qué vergüenza me ha hecho pasar! Espere que llegue a casa. Aquí quédese fuera mientras voy y le compro un vestidito.

¡Cómo me dolió! Fue una ingratitud, del poquito de plata que venía de recibir tuvo que sacar para comprarme un vestido. No recuerdo cómo hizo para secarme ni con qué, pero me puso el vestido nuevo y dejó, quien sabe dónde, el otro botado. Nos fuimos a tomar el bus, así toda hedionda me dejaron entrar y pudimos regresar a casa.

Me sacudí el recuerdo y contemplé la ciudad. Una sensación de asombro ante lo desconocido me llenó. Me sentía como niña viendo juguetes nuevos, delicados y ajenos. ¡Qué bonita era la capital! La amplia plaza frente a la estación del ferrocarril con su imponente monumento de la patria grande. Las calles y aceras limpiecitas, y un montón de edificios finos, hasta se veían coquetas las pocas casitas humildes de adobe y bajareque que quedaban entre caserones de madera, ladrillo y cemento. Las calles afaroladas algunas, pero la gran mayoría, para sorpresa mía, con tendido eléctrico. Y, en cuanto a educación y buenos modales, no encontré mayor diferencia entre mi Heredia y la capital, los señores se quitaban el sombrero para saludar y gustosos cedían el paso. Había un grupo nutrido escuchando los últimos mensajes del discurso incendiario de un comunista encaramado en una suerte de escenario armado en la plaza frente a la estación. Mañana era el gran día para ellos, para mí era esta noche. «El destino estaba en juego», decían los más excesivos. «Con el cambio iniciarán años mejores», auguraban los

optimistas. Me era indiferente, no estaría para darme cuenta.

Las indicaciones de Santamaría fueron simples, una vez en la estación solo tenía que bajar varias cuadras hacia el oeste y me toparía con el Morazán. Me encaminé, pues, por la avenida de las Damas. Unos cuantos años atrás había sido pavimentada y los magníficos árboles a sus costados le resaltaban la elegancia. Con razón era de esperar que las señoritas y señoras de plata se pasearan por allí. Lamenté que la oscuridad me robara los detalles de los edificios circundantes, uno más bonito que el otro, como en desfile. Allí estaba la Biblioteca Nacional, el Castillo Azul con sus arcos, columnas y barandas de balaustres. ¿Estaría cenando en ese momento el presidente de la república? Me hubiera gustado echar un vistazo a la recién hecha Asamblea Legislativa, pero ¿cómo reponer todo lo que quise hacer en una vida minutos antes de entrevistarme para la compra y venta de mi cuerpo? Apreté, como se aprieta un dije o un amuleto al recitar un sortilegio, la carta que llevaba guardada en el pecho.

Llegué al Morazán. El parque no se podía quedar atrás, era otra belleza. La noche lo engalanaba. También comprendí por qué me citó a esa hora; si bien el Parque Nacional frente a la estación del Atlántico era el punto de reunión de manifestantes, esta otra plaza yacía silenciosa y solitaria. La iluminación de las farolas no era buena, a un par de varas de distancia no se sabría si la persona era conocida o un completo extraño. Aun así, consideré una falta de precaución la escogencia del lugar. Era el parque vecino a los caseríos de la clase alta de la que sin duda provenía el hombre. El viento fresco empezó a correr y me puso la piel de gallina. ¡Qué helada se había puesto la noche! ¿Era eso o era un frío interno? Me acerqué a las bancas que rodeaban un quiosco. Once columnas lo erigían. Había leído hace tiempo que era una copia casi idéntica a uno en Francia. En esas andaba mi mente. Ignoro si la gente en situaciones importantes, en las que uno debería tener alma y cuerpo en total abstracción de lo mundano, le da por fijarse en detalles que no vienen a cuento.

Pasaban los minutos. Repasé la carta, no precisaba un lugar en específico dentro del parque. Ya era la hora. Ya debería haber llegado. ¿Mandaría un criado en su lugar? No quise sentarme, subí los escalones y me recosté en una de las columnas del templete y allí seguí esperando. Me toqué la nuca, estaba empapada en sudor. Tomé un pañuelo. El parque se llamaba Morazán en honor al mismo hondureño Morazán que ejecutaron en Puntarenas. ¿Cómo lo reconocería? ¿Los tipos aquellos de alguna manera se habrían enterado también del día, hora y lugar de la citación? ¿Estarían ya aquí? Tal vez justo en este momento podrían estar observándome desde un rincón sombrío del Morazán. ¿Me reconocerían vestida así? Quizá no fue buena idea usar un vestido de un color tan llamativo. Quise dejar de estar expuesta y refugiarme entre las sombras. Empecé a dar pasos tambaleantes hacia atrás dentro del quiosco, hasta hallarme, sin darme cuenta, en el centro de este. No sé de dónde vino el sonido. La concavidad del techo creaba una acústica perfecta que lo magnificó en todo ángulo, lo cual lo volvió mil veces aterrador. Era-era un carraspeo, uno majadero, uno persistente y después un escupitajo. Sentí como si la tierra temblara bajo mis pies. La visión se me desenfocó y lo más espeluznante de todo es que, después de aquellos sonidos, siguió el del arrastrar de pies del Cojo. Y de repente lo vi; hallábase oculto tras una columna, era abominable: el cuello lo tenía despedazado, la lepra reactivada le hacía que su cara se cayera a pedazos, sus ojos estaban del color de la sangre y su piel, amoratada de muerte. Sí, esa hinchazón y esos colores, iguales a cuando lo vi en sus últimos estertores y me negué a soltarlo.

Capítulo 4

Donde existe el dolor,
cautiva de mar.
Donde vive el amor
que no se puede olvidar.
Donde existe el dolor,
cautiva de mar.
Aunque insista el amor
no se puede mirar... atrás.
INCONSCIENTE COLECTIVO ,
Cautiva de mar

Un mareo me sobrevino y me hizo ver puntos centellantes en una profundidad absoluta, me fallaron los pulmones. Jalé aire en vano. Abrí los ojos de súbito y me hallaba sola en el templete. Fue una alucinación, comprendí. Nadie podía estar vivo y tener ese aspecto de espectro y podredumbre. Aun así, el terror vivido me hizo girar hacia todas direcciones tratando de divisar cualquier movimiento. Lo cierto es que en el Morazán había pocas personas, bastante pocas. Seguí mirando de reojo hasta que la cordura y el aire volvieron a mí. ¿Por qué sentía miedo si yo ya era tan peligrosa como ellos? Cuando ya nada vale nada, no se tienen recatos. Yo iba por dinero. A pesar de que ya no tuviera razones para vivir, yo debía asegurarme un dinero que dejar a madre.

Fijé la vista a la distancia. De repente la determinación que se me había ido regresó lo suficientemente fuerte como para apartar los espectros de mi conciencia. Divisé con claridad mi objetivo. Me retiré el sudor que me poblaba la frente y bajé con paso lento y decidido las gradas con dirección hacia un hombre de pie, alto, bien vestido, mas no ostentoso, cuyo rostro me era vedado por la sombra que proyectaba su fino sombrero. Su presencia disipó la atmósfera de opresión. Como con un imán, él me atrajo y yo atraje su atención. Ese hombre estaba muy quieto en medio de la explanada contigua al templete y, si bien desde hacía rato su postura era de perfil, mantenía su cara girada en mi dirección.

Entre más me le acercaba, más tenía la firme convicción de que se trataba de él. Hoy sé que jamás hubiera faltado a esa cita, aunque significase lo peor y lo más maravilloso que me pasara. Fue como la revelación de un conocimiento superior, como algo que no había logrado entender y me había sido develado: podía pasar toda una vida sin sentir que viví una vida no vivida, pues; y al puro final de esa existencia vacía haber logrado vivir mucho en poquito tiempo.

Así fue, mis últimos días en la tierra fueron de una intensidad que contrastaba abismalmente con las carencias, desidia y el sinsentido de toda una vida. Ello no significaba, eso sí, que fuera un remanso de felicidad incontenible. Fue también amargamente triste. ¡Cómo lo fue!

Entre más me acercaba yo con determinación, más su cuerpo mostraba perturbación y una postura a la defensiva.

—Disculpe mi atrevimiento, usted está esperando encontrarse con alguien y... —Tragué saliva. Había que hacerlo, porque lo que diría a continuación traería consecuencias irremediables. Fueron palabras que dije acompañadas de una frialdad de corazón, como de alguien que ofrece algo que no le importa porque simplemente desea desecharlo—. Ese alguien soy yo.

El aire de la noche ya no era frío, era helado. Trasminaba. Creo que ya estoy repitiendo esa percepción que tuve. Es que no tengo palabras para explicar cuán diferente era del de las cálidas noches anteriores. Noches en las que, aunque clamaba a gritos la presencia de la muerte, hasta esa noche se presentó con pluma y contrato en mano. Se presentó tan atractiva, tan cautivante. No tuve miedo a pesar de que sabía que la tenía ante mis ojos. No era miedo y, aun así, se me puso la piel de gallina. No sabía qué era. Me angustiaba no saber qué era esa aprensión en el pecho que ese hombre me generaba. Era una congoja y a la vez una emoción tan gloriosa que me hacía sentir tan triste al anunciar mi oferta. Como nunca lo había sentido y como era algo tan portentoso, era ignorante de aquel sentimiento que me embargó, diría yo que el sentimiento más maravilloso que se puede sentir.

Mi verdugo, ante mi sentencia, alzó la cara como reacción, de tal manera que la luz del Morazán venció las sombras que proyectaban el ala de su sombrero, y su rostro me fue expuesto. El cúmulo de sensaciones y cuestionamientos se acentuó en mí mientras él, enfrente de mí, permanecía callado mirándome con recelo y miedo. ¡Qué ojeras tan profundas y cansadas! ¿Qué dolor guardaba, qué enfermedad terrible le aquejaba que tuviera que buscar de un pobre, una parte para seguir con vida? Lo compadecí. Yo. Sí. Compadecía a ese hombre infinito, entrecano, enflaquecido, menguado, fabuloso, que tenía delante de mí. El frío fue dando paso a un calor restaurador.

—¿Usted? —finalmente dijo liberando un dejo de incredulidad que lo hizo perder sus buenos modales—. No es posible. Está usted confundida, señorita, señora. No tengo por qué decirlo, pero se lo diré para aclarar este malentendido. Yo estoy por toparme con un caballero, una cita acordada para-para un negocio. Eso es lo que me trajo aquí.

—El caballero soy yo y el negocio soy yo.

—Discúlpeme, señori... señora. Definitivamente, usted está equivocada, no puede saber lo que implica mi encuentro con esa persona. Usted, señora, permítame la obviedad, es una dama.

—No estoy equivocada. Yo sé a qué viene usted. Está marcado en su rostro —susurré con tristeza al tiempo que retiraba mi vista de él, dirigiéndola en dirección hacia un punto al lado opuesto del Morazán.

Tuvo que descubrir lo mismo en mi rostro. Pareció asimilarlo y repuso, inclinando su sombrero a manera de saludo.

—Pues entonces discúlpeme, señora, que yo me retiro.

Hizo de irse, mas no lo hizo, sino que se quedó clavado justo donde estaba. Le miré, y él a mí. De forma directa, sin parpadear, sin flaquear, y yo, que ya llevaba mucho tiempo sin mirar a otra persona de frente, de tú a tú, le retuve la mirada. Eso me dio poder.

—¿Por qué lo dice? —exclamé de forma desafiante.

—Esperaba un caballero —dijo con llaneza, cauto.

—¿Y por qué? ¿Qué le hizo pensar eso?

—Es claro que por su condición de mujer es inaudito que yo trate un tema así con usted, señora, si es el tema que creo yo. Sin embargo, sigo convencido de que no puede ser el mismo asunto que me tiene aquí. Yo-yo no puedo hablar de un tema así con una dama, no entiendo cómo pudieron enviar a una dama como emisario.

—Es que yo no vengo a dejar y llevar mensajes. Yo no solo vengo a negociar, yo soy el negocio. No me descarte por no ser hombre. Estoy cansada, harta de que siempre haya sido así. Pues no, señor, usted y todos los demás están muy equivocados. Estas —y me señalé— carnes flacas y esta voz baja engañan. Soy ruda, ruda y tosca, no me amilano, puedo sentir y sufrir, y nada de eso me deja sin pensamiento, palabra ni acción. Y he venido aquí por un negocio y usted

también y ya viene siendo hora de tratarlo.

Otra vez me miró con esa incertidumbre en el rostro. No, no era eso. Una vez que comprendió mis palabras, esa expresión de incredulidad dio paso al pasmo. Estaba muy acongojado. Como alguien que no quiere hacer algo, algo a lo que se rebela con todo su ser, pero que le tocaba hacer. Yo tampoco pude sostener la mirada y dejé de verlo.

—No puede ser. No.

—Ha sido un engaño. ¿Por qué? Así como usted se halla desesperado, yo también lo estoy.

—No se aflija.

Patéticamente traté de consolar a mi ejecutor. ¡Vaya ridiculez! Ese hombre, su comportamiento, esa cara de aflicción y asombro me hacían sentir un poder sobre él, sobre el destino, sobre mi vida cuando en todo momento atrás yo me había considerado una burda mercancía.

—Todo en mí está sano. No tiene por qué pensar que no sirvo. Hemos llegado hasta aquí. No se va a echar atrás por una simpleza como esa.

—¿Esos individuos la están obligando? No tiene por qué seguir mintiendo. Mi intermediario no ha tenido comunicación desde hace días con ellos, como si hubieran desaparecido, y ahora resulta que he sido engañado. Todo el tiempo atrás me han hecho creer que se trataba de un hombre y que lo hacía de forma voluntaria y consciente. ¿Está usted aquí por presión?

—Si hablaron mal de mí fue porque, así como ellos me traicionaron, yo tuve que atacarlos. Luego podemos hablar de eso. Le doy mi palabra de que soy una persona decente.

Terminando de decir esas palabras, cruzó por mi mente como un relámpago la imagen del cuerpo del Cojo con la cara reventada cayendo lentamente con la gracia de un danzante. Respiré hondo y volví al tema:

—Si bien esas ratas son unos miserables, desde un inicio yo me ofrecí.

—No comprendo —dijo con una inocencia y humildad.

Suspiré. Ese hombre alto, vestido fina y elegantemente, con manos pulcras y níveas, ese hombre que presumía de dinero y alta posición estaba allí tan sobrecogido, tan rendido y sencillo, cuestionando con incredulidad porque un pobre quiere morir.

—Creo, discúlpeme, que no estamos para explicar razones, mucho menos para hablar del mundo y sus injusticias. Usted tiene sus razones y yo las mías. Ha sido muy reservado todo el tiempo, y yo deseo que se me respete mi privacidad.

Parecía que a cada palabra mía él se debilitaba. Cerca de nosotros había una banca y hacia ella se dirigió con pasos vagos e imprecisos. Se dejó caer, y su cabeza se inclinó hacia su pecho en lenta rendición. Derrotado de una lucha que libraba consigo mismo y que yo en ese momento no conocía. La noche fue implacable, se hizo dueña y señora del Morazán. Las farolas trastabillaron y la música de una banda que ensayaba en algún salón de los alrededores alcanzó a nuestros oídos. Le seguí y me senté quedamente al borde de la orilla, al otro extremo de él. Caía sobre nosotros las ramas largas, tristes y colgantes de un sauce llorón. Otra vez tuve que dejar de verlo. Me dañaba ver su dolor.

—No sé cuánta sea su necesidad económica. Yo la ayudaré en lo que pueda. Pero, por favor, váyase.

¿Qué estaba diciendo? Mi corazón palpitaba como loco.

—No se trata solo de dinero. No me haga hablar. Mi destino es muy claro. Si usted no toma de mí lo que necesita, otro lo hará, porque yo estoy decidida. Las ratas esas me persiguen y no soy ninguna buena persona, hice algo terrible, espantoso. Estoy marcada de una forma tan irremediable que me cuesta respirar por las noches. Yo no tengo cómo vivir más en este mundo. Yo no lo quiero. Yo lo desprecio. Ayúdese a usted y ayúdeme a mí.

—Yo no puedo, usted-usted es...

—¿Creí que estaba usted muy desesperado? Eso parecía transmitir en las cartas, eso me lo dejaron muy claro las sabandijas esas. ¿Entonces por qué sale ahora con esas incoherentes muestras de arrepentimiento y perturbación? ¿Porque soy mujer? ¿Es que la vida de un hombre no vale nada y la de una mujer sí? Pues yo he crecido toda mi vida viendo y viviendo exactamente lo contrario —le reclamé. Los pocos visitantes del parque dirigieron sus miradas hacia donde nos encontrábamos—. No, ¿verdad? Usted se encuentra comedido por otra razón, una que me indigna. ¡Es el colmo de lo absurdo! Nos niegan derechos, nos limitan, nos discriminan por ser mujeres, ¡y bonita cosa! Salta la caballeridad en casos como este, pero ¿es que ni en lo más mínimo le permiten a una decidir sobre sí misma? Yo no ocupo que nadie tenga lástima de mí.

—Esperaba un caballero —dijo con llaneza, apoyando la cabeza entre sus manos, más vencido aún.

—¿Y por qué? ¿Le han enseñado que los únicos caballeros son los hombres, que no puede haber mujeres caballerías o caballerosas o como se diga? Porque no me venga con lo de dama, esa que, por más buena educación y modales de la clase alta, no son más que adornos silenciosos, mientras que caballero es aquel que rebosa de honor y gallardía. ¿Piensa que yo acaso no tengo palabra? ¿Que no soy capaz de hacer cualquier cosa? ¿Que mi cuerpo y sus partes son indignas del suyo? ¿Que...?

—Pare, por favor, ya no me quedan escrúpulos que me contengan. —Se enderezó de su posición inclinada. Tenía todas las de ganar y, sin embargo, se veía tan desecho. Tornó su cabeza, sentí su mirada puesta sobre mí y fue ineludible corresponderle. El verlo de nuevo a los ojos agitó dentro de mí un grito de arrepentimiento al desahogar mi frustración. Me miró pidiéndome que me negara, que huyera; me contempló con la mirada de quien ve en su salvación su propia muerte. Lo mismo que estaba mirando yo. Las palabras no le salieron, o tal vez sí, y era yo quien no las escuchaba. Se giró de medio lado para quedar totalmente viéndonos cara a cara.

—¿Está usted segura, completamente segura, de lo que habla? —repitió con voz fúnebre.

—Lo estoy —dije queriendo gritar que no.

¡Cómo la vida da vueltas! Llevaba meses pensando en mi final, anhelándolo, soñándolo, y de repente todo cambia, y ahí estás, diciéndole sí a la muerte, cuando por primera vez te estás sintiendo más viva que nunca mirando aquel par de ojos tristes. El corazón me latía como loco, un loco extasiado mirando al objeto de su alborozo.

—Es su decisión. Y, aunque no la puedo aceptar, necesito hacerlo. Créame que lo necesito, pero también estoy consciente de algo: si al inicio no vi desesperación en su mirada, ahora alcanzo a vislumbrar un resquicio de cordura. Hay que dejar pasar un tiempo para meditarlo.

—Le repito que yo estoy completamente segura. No necesito ese tiempo.

—Hablaba por mí, yo sí lo ocupo. Yo no puedo dar un paso así. No tengo su temple, señora. Le ruego que me dispense, tengo que marcharme.

—No, señor, ¡no! —exclamé aterrada y estiré la mano dejándola suspendida en el aire. Si lo dejaba ir, él huiría—. Yo estoy decidida y a usted le urge. ¡Para qué dar tiempo, para qué pensarlo! A mí ya me examinaron. El médico supo que yo era mujer y, aun así, dio su visto bueno para continuar. Quiere decir que el que yo sea mujer no es impedimento para lo que usted necesita. No hay problema alguno —continué alterada—: No crea a esos maleantes si se aparecen para disponerlo en mi contra, yo ya no me manejo mediante ellos y es más prudente que usted deje de hacerlo. Luego se lo puedo explicar, escríbame directamente a mí, a nombre

de-de Azucena, Azucena Carranza.

—No se alarme —dijo sonriendo con melancolía—, estoy tan desesperado que cometeré esta aberración. No tengo opción. Le suplico que arreglemos esto otro día. Simplemente, hoy no doy.

Lucía extenuado, era cierto.

—Prométame —supliqué. El miedo, aunque menguado, seguía atenazándome y me hizo retenerle del brazo y no pude evitar estremecerme ante el electrizante toque de mi piel y su saco — que ese contacto se dará y que será pronto.

—¿Tiene medios con que irse? Nunca la hubiera citado a esta hora ni en este lugar si hubiera sabido que...

—Contésteme, por favor.

—No, no creo que pueda volverla a verla. —Dicho esto, se levantó con ímpetu y se marchó con prisa.

Corrí tras él.

—Me está diciendo que arreglamos para otro día e, inmediatamente, se contradice diciendo que no nos volveremos a ver. Usted no...

—Lo que dije. —Y, a pesar de que me planté enfrente, dirigió su mirada al suelo—. Es que no voy a tener el valor de mirarla a la cara de nuevo, pero sí voy a tener el cobarde valor de pedir de usted lo que necesito. ¡Eso es! —explotó su voz—. ¡No me humille más, se lo pido! ¡Basta ya, déjeme! Desde el primer instante en que la vi, me ha hecho sentir la persona más miserable del mundo.

La persona más miserable del mundo. No entendía por qué él se martirizaba tanto. Yo sí tenía razones para estarlo. Tenía al corazón loco, un loco extasiado mirando irse a la persona que lo hacía latir por primera vez, no de miedo, no de gozo, sino de un sentimiento tan indescriptible y portentoso que no me atreví a definir. También latía loco porque esa persona creadora de ese sentimiento le daría su fin.

Lo vi irse. Necesitaba hacerlo, no deseaba dejar de verlo. Sonreí apenas alzando una de mis comisuras. Fue más un gesto agrio que una sonrisa. Y emprendí la marcha. No tenía idea de qué hora era ni cuándo partiría el tren, tampoco pensaba en mi destino y las vueltas de la vida. Solo pensaba en él. Pude hacerme un retrato en mi mente: mandíbula cuadrada, cejas largas, bigote bien cortado que caía hacia los lados de su comisura. Cabello marrón ondulado, corto. Carrera a medio lado que le iniciaba desde una de sus entradas. Canas crecientes en sus patillas y en las sienes. Ojos profundos, un poco hundidos. Nariz recta y alargada. Cuello grueso de venas prominentes y hombros anchos. ¡Qué atractivo era en su madurez!, estoy segura de que de joven no lo fue. ¡Ah, y esas ojeras!, esas ojeras que le delataban la enfermedad, el trastorno en el que vivía. Me aprendí esa cara en un santiamén. Me quedaría grabada en la retina.

La persona más miserable del mundo, esa era otra.

Capítulo 5

Pero, siendo pobre, solo soy dueño de mis sueños.
He extendido mis sueños bajo tus pies.
Pisa suavemente, porque pisas mis sueños.

WILLIAM BUTLER YEATS ,
Él desea las telas del cielo

Llegué a casa cuando Heredia ya dormía. Los demás días, fueron esperar por su comunicación. Me mantuve en una eterna vigilia, como velando un muerto por adelantado. Eran ansias, era desdén, era miedo, un temor a seguir, a verle, a no verle. Sabía que tenía que huir, pero me era imposible por la mañana, al mediodía y a la salida del trabajo no pasar al correo esperando que hubiera carta para Azucena Carranza. Azucena, mi querida prima. Conservaría ese nombre, me gustaría que él preservara en su memoria tan dulce nombre y no el predestinado mío. No he mencionado mi nombre, ni creo que lo haga. Una vez, durante el colegio, cayó en mis manos un libro sobre el significado y origen de los nombres. La curiosidad natural me llevó a buscar el mío. Es el único libro que he lamentado leer.

Fue al quinto día al caer la tarde que mi corazón tuvo una mezcla justa de sosiego y angustia. Sosiego porque a Azucena le esperaba una carta y angustia, pues me atreví a preguntar si había correo para Juan Fermín Pérez. El hombre que me atendía exclamó:

—¡Usted también preguntando por correo para ese señor! ¿Es usted su señora? Permítame decirle sobre los modales de su marido. Las dos últimas veces don Juan me ha amenazado pensando que me niego a dárselo. ¡Si no hay correo para él! No hemos recibido nada.

—¿El carajo que ha llegado preguntando por correo para mi esposo Juan es un tipo alto, con cejas muy pobladas y unos dientes particularmente largos y puntiagudos? Y que, además, pasa aclarándose la garganta.

—Ese mismo. ¿No es su esposo entonces?

—No. Jamás. Es un tipo mal encarado que la tiene contra mi marido y mi esposo está esperando un correo muy importante, pero se encuentra enfermo y no puede levantarse de la cama, por eso yo estoy aquí. Por favor, si ese señor u otro, uno de cara curtida, más bajo que yo, apenas alcanza la altura de mis hombros, de ojos claros y calvo; si alguno de ellos se aparece de nuevo y llegara alguna carta para Juan Fermín, por favor, niéguesela. Ninguno de ellos es él, pídales a fuerza la cédula.

—*Diay*, eso es lo que yo siempre he insistido, dar carta contra cédula, ¡qué va! Como abundan las gentes sin el *mentao* documento, desde arriba nos dan la orden de despachar a buena fe.

Dejé la oficina de correos, mirando de un lado a otro, atemorizada de toparme a esos individuos. Apresuré el paso mientras abría la carta. No era su letra y era sumamente escueta. Me citaba ahora en el Parque Central, la plaza frente a la estación de ferrocarril en San José. Allí pasarían por mí para llevarme al médico.

¿Médico? ¿Y eso? Ya me había revisado uno. ¿Qué más tendría que hacer un doctor? A menos que se tratase de la operación. La pesadumbre me agobió. Él había cortado toda comunicación. La carta no fue redactada con su puño y letra. No le vería otra vez. Solamente pensé en que no alcanzaría a verlo de nuevo. Había pensado que, cuando menos, me lo toparía cuando me diera el dinero. Dinero. ¡No habíamos hablado al respecto! De eso me aferraría. Yo no me dejaría quitar

nada si antes no me daba mi dinero, y así, tal vez, poder verlo. ¡Qué ridícula me sentía!

No tiene importancia contar los días que anticiparon a la cita en cuestión. Lo mismo de siempre, ir al monótono y deplorable trabajo, recibir el escaso sueldo, dárselo a madre, ver como simplemente se desentendía de mí, abnegada a sus dependientes. En esos que eran mis últimos días, yo seguía sin ser notada. Me moriría con las ganas de verla enderezar el espinazo doblado y servil a fuerza de estar atendiendo a esos enfermos encamados y que volteara a decirme:

—La noto rara, hija. Desde hace años. ¿Por qué no me cuenta qué le ha pasado en este tiempo que ya suma décadas? Usted también es hija mía. Quiero escucharte y, pues, también desahogarme.

Era domingo. No me dio la gana despedirme de mamá, me dije que volvería. Pensé en llevar el vestido lindo, pero no iba a una fiesta ni cosa similar y, que yo supiera, a un funeral no se iba colorido. Había sido una tonta comprando ese vestido. Me puse una sencilla blusa blanca abotonada hasta el cuello y una larga y pesada enagua de franela gris. Volví a mi apariencia opaca. Me hice acompañar de un pequeño puñal que escondí en la cintura y me encaminé de nuevo a la capital. Una vez allí, salí de la estación y acababa de cruzar la calle hacia el parque cuando un chófer me presentó sus saludos, preguntó por Azucena y, ante mi afirmación, me invitó a seguirlo. El carro era de alquiler y no había nadie dentro cuando subí en él. Me puse a observar su interior, me resultaba interesante por ser algo nuevo para mí. Traté también de divisar el camino, solo que, como todo en esa capital me era ajeno, no fui capaz de memorizar gran cosa.

Después de casi una hora, al fin el carro se detuvo en una calle con muy pocas edificaciones.

—Servida, señora.

Bajé sin saber bien de cuál edificio se trataba. Ninguno tenía rótulo de consultorio. En ese mismo instante salió, dos puertas hacia la izquierda de donde me hallaba, un carajo grueso. Se dirigió hacia mí, inclinó su cabeza a manera de saludo y se dirigió al chófer:

—Eso es todo, caballero. Le agradezco el servicio. —Y procedió a pagarle.

—¿No quiere que espere? Le va a costar conseguir a la señora viaje de vuelta, por aquí es medio solitario.

—No hará falta.

—Le agradezco —enfaticó el hombre regordete mientras me cedía el paso cortésmente encaminándome hacia la puerta por la que salió—. Por favor.

—No entraré hasta que no me diga qué estoy haciendo aquí y, además, necesito que se me pague por adelantado, pues es obvio que después ya *pa* qué.

—Eso lo podemos conversar dentro, con todo gusto.

—Pues yo prefiero conversarlo afuera. Yo no le conozco, ni conozco este lugar, y usted no debería fiarse tanto de mí. ¿Para qué me quieren ahí adentro?

—Pensé que sabía a lo que venía.

—Pues fíjese que no. La carta fue muy vaga.

—Exámenes médicos, básicamente, y una pequeña entrevista.

—A mí ya me examinaron.

—Es correcto. Sin embargo, es preciso otros exámenes más. Dada su condición de mujer, hay ciertas cosas que hay que considerar.

—¿Usted es el médico? A mí me revisó otro, que supo desde un inicio que yo era mujer y no puso mayor pero para seguir. Yo no voy a entrar hasta que me digan exactamente qué me van a hacer y, sobre todo, ocupo el dinero.

—Si confía en mí, podemos pasar y arreglarlo. Creí que ya estaba concretado; ahora me

pregunto qué tan informada fue usted por los intermediarios. —Era él. El señor de profundas ojeras y mandíbula ancha y recia. Había estado escuchando y salió del consultorio. Dijo que no quería verme más y ahí estaba. La emoción me estremeció. Le miré a los ojos y me retiró la mirada. Aun así, confié y entré.

Se trataba de una casona reformada como consultorio y daba la impresión desde afuera de que sería oscura, cosa que no resultó cierta, ya que el techo era elevado y tenía un corredor abierto en el centro, lo que hacía que entrara una gran claridad. Una enfermera aguardaba dentro. El lugar era amplio y al parecer se componía de varios consultorios para distintas especialidades. Eso sí, salvo los mencionados, no había más nadie.

El médico alegó:

—Hay pruebas que no pueden esperar y las tengo listas. Los reactivos se perderían.

A lo que él, tan cortés y cauto, sugirió:

—¿Le parece bien si primero vienen los exámenes y luego tratamos los otros puntos? —Acepté, y procedió a agregar—: ¿Puedes explicarle rápidamente de qué tratan, Alfonso?

—Extracción de un poco de sangre —indicó el médico—, tenemos que analizarla y la segunda muestra se echó a perder. Necesito ponerla a hacer esfuerzo físico y evaluar su condición. También es preciso aplicarle varias sustancias y ver su reacción. Chequear de nuevo pulmones, corazón y demás órganos. Ya se hizo una vez, pero es parte de la rutina. Y otro par de pruebas más que se las explico en su momento. ¿Gusta pasar a esta habitación y cambiarse? Encontrará una bata sobre la camilla, la enfermera la ayudará.

Al entrar, giré para cerrar la puerta y mis ojos se dirigieron hacia él. No pudo ocultar a tiempo la expresión triste que cargaba y que había mantenido a raya. Y, sin embargo, se veía tan atractivo. Vestía de forma muy rigurosa: camisa de cuello impecable, de esos cuellos que a mí me tocaba almidonar y planchar, chaleco y saco gris a juego, ese bigote, esa quijada, ¡ah, y de nuevo esos ojos tan tristes!

Una vez que me cambié, ocultando entre las ropas el pequeño puñal que llevaba, avisé a la enfermera y no tardó en entrar el médico para guiarme a una habitación más amplia. Se trataba de un laboratorio y estaba provisto de variada cristalería y aparatos y, pegados a sus paredes, estantes llenos de libros, imágenes y carteles sobre partes del cuerpo. Tenía listos sus instrumentos, así que comenzó. Me preguntó por todas las enfermedades habidas y por haber que en mi familia alguien hubiera padecido. Callé la situación de los gemelos y no tuve mucho que hablar en cuanto a enfermedades propias. Siempre había estado muy alentada. Me revisó de manera general y, acabado ese escrutinio, amarró a mi brazo una liga estrecha y midió con un aparato la fuerza y frecuencia del pulso. Procedió a sacarme varias veces la sangre. Recordé aquellos mismos episodios y la diferencia en el trato en la casucha de la calle de los leprosos. Me estremecí. La imagen del estrangulamiento siempre me atormentaba.

Empezó a mezclar la sangre con distintos líquidos y apuntaba los resultados. Depositó otras muestras en diferentes aparatos.

—¿Me permite hacerle un pequeño corte en la palma de su mano? Será algo pequeño.

Asentí. Vi acercar una de esas pequeñas y afiladas cuchillas que yo había visto emplear por los médicos en el hospital. Al abrir la carne, sentí un pinchazo de dolor que me llegó al corazón. Dejó la sangre manar y volvió a apuntar. Esperó hasta ver los primeros signos de cuajo y anotó más cosas. Finalmente, echó sobre la herida unos polvos de olor fuerte que la hicieron escocer.

—¿Puedo preguntarle algo?

—Sí —dijo dudando.

—No sé mucho del tema, pero sé que algunos trasplantes no acaban con la persona y otros sí.

Me refiero a la persona a quien se lo quitan —aclaré ante su confusión. Suspiró.

—Es una ciencia en la que apenas se está incursionando con fuerza, apegados al método científico y con relativo éxito según el caso. Por otro lado, no todos los órganos se reciben de donante vivo; con esto me refiero —ahora él aclaró— a que se trata de personas que están muriendo o recién lo hicieron por otras razones: una enfermedad, un accidente.

—Comprendo. ¿Mi caso cuál es?

—En su caso —dijo retirando los polvos de la palma de mi mano y, al hacerlo, volvió a enviar otro pinchazo agudo desde mi mano a mi pecho, donde se hallaba un corazón en ascuas, extrañamente en ascuas—, el extraerle el órgano a usted y dejarla sin el mismo no es compatible con la vida.

—Perfecto —tardé en decir unos segundos.

No me importaba saber cuál órgano era. De hecho, no me importaba nada, solo aquello que había preguntado. El trasplante significaría mi muerte. Eso era bueno. Temía que se tratara de alguno de esos donde la gente puede vivir sin el órgano, lo cual me hubiera llevado a recurrir a otros medios para ponerme fin. Cosa que no iba a ser necesaria, todo era perfecto, aunque esto no me convencía de las razones por las que mi corazón se mantuvo expectante.

¿Qué otra cosa recuerdo de ese día? Recuerdo que después de esos exámenes en su consultorio, me hizo correr, saltar y brincar obstáculos a lo largo del corredor una y otra vez, algunas llevando el tiempo y otras hasta verme jadear exhausta, lo cual tomaba su buen rato dado que mi cuerpo era fuerte y estaba acostumbrado al esfuerzo. Tomó las pulsaciones de mi corazón acelerado, me aplicó otros instrumentos e hizo sus anotaciones. Esto se repitió varias veces. En la última, me extrajo sangre otra vez. Mientras estuve en el corredor, no vi en ningún momento al señor.

No entendía por qué me hacía esas cosas. Si bien, yo me limitaba a limpiar en el San Vicente, de estar viendo me enteraba de cosas y nunca vi a los médicos poner a correr a la gente.

Terminadas las pruebas, me hizo tomar asiento y le pidió a la enfermera que le indicara al señor Eduardo que podía ya acercarse. ¡Eduardo! Me emocionó enterarme de su nombre solo por el hecho de saberlo. Hice memoria. El 13 de octubre era el día de su santo. Enterarme de algo particular de él me conmovió. Entró calladamente y se sentó en la silla contigua a la mía, de cara a la mesa y a la silla del doctor. Se sentó muy derecho y pronto adoptó una posición envarada. Parecía muy incómodo.

Eduardo.

—Bien —inició el doctor—, he hecho la mayoría de las pruebas. El resto de los exámenes necesariamente han de hacerse en el hospital. Es equipo único y muy costoso que no se va a encontrar en una clínica privada.

Tomó un cuaderno de tapa gruesa y empezó a escribir mientras me indicaba:

—Implica abrirle expediente y necesito sus datos. ¿Nombre, por favor?

Le di los datos de Azucena. Le di todos los datos que solicitó. Al pedirme la dirección para el envío de telegramas y cartas, titubeé. Lo mejor era que simplemente las dejaran en la Gobernación, a mi nombre, y que yo pasara a recogerlas, pero la dubitación tan rápida como surgió se extinguió. Di la dirección de donde vivía.

—Para la comunicación con el mensajero, usaremos otro nombre. Umm. Luz Alfaro, digamos. Nos encargaremos de que se le haga llegar cualquier aviso sin mayores inconvenientes. Veo que es de Heredia, ¿se le hace complicado llegar a San José? Creo que, por parte del caballero, no habría problema en facilitarle que el carro la recoja en Heredia. Eso lo podemos ver luego. ¿Tiene usted boleta de identificación? Necesito que la traiga para la próxima cita.

—Eso va a estar difícil. Yo nací fuera de matrimonio, el que se dice que es mi padre nunca me reconoció y a mi madre le dio vergüenza que la gente supiera que tuvo una hija en tales condiciones; no estoy inscrita en el registro —mentí.

—Eso no va a ser una lata, ¿verdad, Alfonso? Podríamos buscar alguna manera. Perdón por mi crudeza, ¿es realmente preciso que la dama se registre en el hospital con sus datos reales? Esto tiene que ser absolutamente discreto.

—Veré qué puedo hacer. Si fuera una revisión general, bastaría explicar las razones por las que se encuentra indocumentada, pero para el nivel de exámenes y permisos médicos que se requieren, no me es tan fácil pasar desapercibido. En cuanto a los resultados de las pruebas pasadas que me facilitó el médico que inició el caso, tenemos un inconveniente que nos atrasará y necesitamos su total colaboración, señora. —Yo permanecía callada— Tiene un importante nivel de desnutrición y anemia, precisamente por la alimentación deficiente. Las plaquetas están bajas, el recuento de eritrocitos es deficitario. Si le cuesta seguirme, me avisa, trataré de explicárselo en forma más simple.

—No se preocupe, le comprendo perfectamente.

—Excelente. ¿Le han puesto la vacuna contra la viruela? ¿Cuándo fue su último control médico?

—Que sepa no tengo carné ni recuerdo haber sido vacunada. No soy de enfermarme, por lo tanto, no acudo al médico y menos para hacerme chequeos de rutina. —Luego me cayó la peseta de que, si investigaban, podrían enterarse de mi internamiento tras escaparme de aquella covacha. Eso no me convenía, así que agregué—: Únicamente hace un par de semanas estuve internada por unas heridas que sufrí en un accidente. Nada serio, me caí y sufrí varios golpes.

—Bien. Necesito realizar un par de exámenes más. Esto lo podemos hacer en la próxima cita. Lo más urgente es tratar esa anemia. Entiendo que en las últimas semanas la cantidad de alimento ha mejorado, ¿no es así?

Me entró un calor en la cara y me estrujé las manos. No quería hacer confesiones que eran obvias en un pobre, no quería hacerlas porque estaba él ahí, escuchando, aunque no viéndome.

—Hasta hace más o menos una semana atrás así había sido. Yo tuve que cortar contacto con los tipos que están intermediando en esto y el dinero que me dieron para comida, pues se me acabó.

—Entiendo. Hay que reanudarlo hoy mismo y también la calidad. ¿En ese tiempo pudo consumir alimentos variados? ¿Leche, carne, vegetales, frutas?

—No mucho, la verdad. Me dieron comida para engordar, no para alimentarme. Básicamente, querían ponerme como un cochino. Mucho sancocho, arroz, frijoles. Todo con bastante manteca de chanco.

—¿Qué quiere decir con que ellos le daban la comida?

—Perdóneme que le salga con pregunta, habla usted como si no supiera. ¿Ellos, esos maleantes, no lo han buscado? —Y mi pregunta se dirigió hacia él. Mi cuerpo también se dirigió hacia él, que seguía aferrado a su posición rígida original, mirando únicamente al doctor.

—No —me contestó—. Hace ya bastantes días que no tengo comunicación. Desde días antes de enviar la carta con el día para la cita en el Morazán, no he sabido de ellos. Verá, la relación con ellos también tiene intermediarios. Ha sido un ir y venir muy lamentable y truculento hasta que del todo se cortó.

Me decidí a hablar hasta cierto punto:

—Bueno, la razón se debe a que nos enfrentamos. Ellos me retuvieron para asegurarse de que yo no los engañara más. Les había revelado que era mujer, eso los enfureció y tal vez creyeron que me escaparía con la plata que me daban para la comida. En fin, que me tuvieron encerrada

haciéndome tragar comida el santo día. Yo, por mi parte, tenía muy claro que ellos me traicionarían con el dinero y-y alcancé a escapar con esa misma carta sin abrir que acaba usted de mencionar. Por eso ellos no se presentaron y yo sí. Y por eso ellos no se han comunicado con ustedes, porque perdieron la mercancía y, segundo, porque sabían que la mercancía los malinformaría. Además, pensaron que por ser mujer usted me rechazaría. ¿Cierto que no estaban tan equivocados?

El médico trató de intervenir porque, al menos para mí, el ambiente del consultorio se espesó.

—Eso que cuenta ha estado terriblemente mal.

—No me estoy quejando. Todito lo que estamos haciendo es terriblemente malo, ¿no? ¿Lo que vendrá después no lo será?

No sé por qué me estaba comportando así. Eso de estar lanzando pullitas como si fueran conocidos míos a quienes yo pudiera hablarles cínicamente y reprenderlos no calzaba. Como si yo estuviera en un plano de poder. Eso de hacerme la ofendida no me iba. ¿Por qué lo hacía? Me sentía disgustada. Y él seguía sin atreverse a mirarme. Creo que eso era lo que me daba cólera. No debería comportarse así. Ese aislamiento, esa actitud de ignorarme no era porque me estuviera tratando con un deje de inferioridad, sino como una forma de contener su sufrimiento, su disgusto, su lástima. Me serené y procuré seguir como si no hubiera dicho nada:

—Que coma más y mejor, ¿qué otra cosa?

—Se alimentará siguiendo una dieta especial. Le estoy recetando vitaminas, minerales y un preparado —decía una voz que se me estaba haciendo lejana. Mis pensamientos, en dirección al hombre a mi lado—, ese preparado lo consigue ya listo en la Botica Solera y, si no, aquí anoto los detalles para que se lo alisten en cualquier otra. Tendrá que tomarlo todos los días en las mañanas con...

—La puerta está abierta —dijo abruptamente el hombre de mis pensamientos, cortando las indicaciones del doctor regordete—. La última palabra siempre la tendrá usted. Sea cabal. Si usted quiere terminar esto, dígamelo ahora, dígalo ya. No me lo vaya a decir en el último instante, porque lo aceptaré, pero confío en que no juegue con algo que es de vida o muerte. Ha sido hasta el momento la única persona de todo el montón que han sido examinadas, que ha pasado las primeras pruebas y se presenta a estas segundas. Yo me estoy esperanzando de una forma insana —dijo esto último, y vi el esfuerzo que hizo para poder mirarme a la cara.

—Hablé por hablar. No tema por ello. —Allí murió el exabrupto y me embargó un sentimiento de culpa y hostilidad retenida.

El resto de las indicaciones médicas las escuché maquinalmente. Me desconcertaba ese hombre, sus palabras cargadas de agitación. Me desconcertaba lo que me hacía sentir.

—Esperaremos los resultados de estas pruebas y así, dependiendo de los resultados, fijaré fecha para una nueva cita —concluyó el médico poniéndose de pie. Le imité, mientras que el de los ojos tristes permaneció sin moverse—. Prepararé todo para el resto de las pruebas que se deben realizar en el hospital. A usted tengo que verla más seguido, pues necesito darle control y, como la causa apremia, no esperaremos que la anemia mengüe del todo, apenas lo suficiente. Le agradezco su presencia y su gentil colaboración. Hoy solo estamos atendiendo su caso y la secretaria no está. Eso sí, no omití, antes de sentarme a tratar estos temas con ustedes, de pedirle a Marta, la enfermera, que solicitara un carro. Imagino que ya debe haber llegado.

Me entregó las indicaciones de la dieta que seguir, frascos con pastillas y polvos. Sin agradecer ni despedirme, salí. Y mi mundo estrecho se amplió. Alcé el rostro, acostumbrada a caminar con la cabeza inclinada y miré alrededor. Hacía un día precioso. Me volvió esa sensación, esa certeza de que el mundo sigue y seguirá existiendo. La única seguridad que pueden tener los hombres es

que habrá un día siguiente, tal vez no para ellos, pero sí para los demás. Para esos demás llegará el momento de no más mañanas y, aun así, para otros seguirá habiendo amaneceres y así siempre será. Un siempre justificado por nuestro corto paso. Vivimos tan poco que no vemos nacer y morir a una misma estrella, ni extinguirse y colapsar los planetas; a cambio, alcanzamos a ver el naciente y el poniente de los soles de cada día. Vivimos tan poco que tal vez no captamos lo verdaderamente sustancial y nos quedamos añorando las estrellas que titilan tan distantes, sin maravillarnos cada mañana de la que tenemos tan cerca, tan cerca que a veces quemamos.

—¿Me permite hacerle una sugerencia? —me dijo aquella voz ronca, tímida, casi susurrante desde un punto tras mis espaldas.

Temblé.

—Tenemos el tema del dinero pendiente —inició.

«Una vida a cambio de otra», se me vino a la mente.

—Así que —continuó— ¿le parece si toma ese carro conmigo y tomamos un desvío para conversar de ello? —Se aclaró la garganta, y yo permanecí estática, envarada—. No muy lejos hay una cafetería con jardines y pequeños estanques. Es lo suficientemente reservado para conversar. Aquí ya me siento asfixiado y ese tipo de ambientes logran serenarme.

—Me parece bien. —Creo que fue lo que a duras penas logré emitir.

El carro se detuvo frente a un colorido local. La entrada en forma de arco estaba cubierta por veraniegas de distintas totalidades y, al traspasarla, el pasillo se ampliaba hacia un acogedor salón. No era un lugar ostentoso, como pensé que sería de su gusto, cosa que me alegró. Luego reflexioné que lo que me transmitía él, en ningún modo, me señalaba un alarde de dinero. Por el contrario, vestía muy bien, pero sin aspavientos; era poseedor de una sencillez galante que le hacía sobresalir sin necesidad de artilugios ni aspavientos.

Las mesas con sus sillas se repartían a lo largo y ancho, y había pocos presentes que departían charlas cotidianas. Pude observar una pareja furtiva de jóvenes enamorados. Él le leía en francés tiras cómicas y ella reía con regocijo. Me le quedé viendo y noté que era ciega. Rápidamente, aparté la mirada hacia una mesa donde solo estaba un hombre mayor leyendo el periódico y tomándose un café. Me disgusté con mi acción. No fue mi intención mirar con morbo a una persona por el hecho de ser diferente, de ese tipo de diferencias que parecen llamar la atención de la gente. La miré porque me encantó ver su alegría, tan natural, tan pura sin artificio alguno. Fue hechizante.

Era un tipo de alegría sana, positiva; distinta a la que yo experimentaba en esos instantes. Me sentía eufórica porque ese hombre estuviera a mi lado, que yo en esos momentos fuera su compañía y que nos dispusiéramos a conversar, y que me atreviera a verlo a la cara. Empero, era inevitable sentir a mi vez un efluvio de melancolía y profunda tristeza.

Seguimos avanzando, rodeamos el salón y, en la primera abertura que se nos apareció, nos introducimos por ella. Nadie pareció fijarse en la pareja dispareja de un caballero de buen vestir y una mujer de enagua de un gris sucio, pesada y desgastada.

El jardín era un invernadero luminoso, espacioso y sinuoso; estaba dispuesto en recovecos. Del camino central se desprendían curvas pronunciadas que terminaban formando círculos y medias lunas. Estos espacios se protegían de miradas y oídos ajenos con muros de enredaderas y arbustos. Había plantas y flores tropicales que yo bien conocía y otras que me resultaban nuevas. El lugar era preciosísimo.

Ingresamos a uno de esos círculos y tomamos asiento en la mesa que había. Incluso durante el viaje en el carro, el silencio no resultó tan incómodo, pero ahora resultó devastador. Era porque había que tratar el tema que nos llevó a ese paraíso, solo que ninguno iniciaba la palabra. Los

meseros, siempre tan oportunos, siempre tan inoportunos, salvaron el momento.

Él pidió un café, yo pedí aguadulce. Una cosa era coger café y otra darse el lujo de tomar café. Como no tenía esa costumbre, lo mío era el aguadulce.

—¿No gusta algo más? —y pareció titubear en lo que quería dar a entender—. Tiene que alimentarse mejor.

—Es cierto —y así como él fue honestamente crudo recordándomelo, yo también lo fui—, pero ahorita no me nace. Tengo un nudo en el estómago y creo que si como me caería mal.

Otro silencio de bosque. Se juntó el cántico de pájaros a la distancia con el silbido acariciante de la brisa que se colaba entre las paredes del enramado.

—Aquí nadie nos oirá. Puede contarme qué le pasó. Mi intermediario definitivamente ha perdido la comunicación con los traficantes.

—Detalles más, detalles menos: contacté con ellos, resulté apta para los fines suyos, me hablaron del interés suyo en conocerme —fingí una exhalación—. Dadas las condiciones en las que me hallaba, resultaba impresentable, como comenté rato atrás. Me dieron dinero para comida y un par de semanas me reuní de nuevo con ellos. En eso, las cosas se complican. Confesé que soy mujer, lo que les dio pie para desconfiar de mí y decidieron mantener encerrada mientras terminaba de ganar peso. Pasé así algún tiempo y viendo que su intención era dejarse todo el dinero y luego traicionarme, cuando se me presentó la oportunidad, pues escapé. Eso es.

—Aun así, sigo sin comprender por qué desaparecieron si estaban tan interesados en la parte que les correspondía.

—Pues ellos temían que usted no quisiera seguir cuando supiera que yo era mujer. Iban a transar con el primer médico para que usted no llegara a tener contacto conmigo. Veo que ignoraban que había un segundo médico que realizaba más pruebas y que está en comunicación directa con usted, lo que, a final de cuentas, les iba a arruinar el plan. Creo que, llegado el momento, ante usted presentarían a un hombre en mi lugar para que usted le conociera y quedase satisfecho, le pagarían por esa ayuda, y luego por aparte, en contubernio con el primer médico, entregarían lo que de mí se requiriese, no sé, es lo que supongo. Ahora veo que no les hubiera funcionado. ¿Que por qué desaparecieron? Pienso que, ante mi escape con la carta suya, que ellos no alcanzaron a leer, pero que sabían que se trataba de una convocatoria suya, dada las comunicaciones anteriores, consideraron que yo con carta en mano me presentaría, contaría todo y que usted cancelaría el negocio y les exigiría la devolución de los adelantos dados.

—No me extraña en absoluto que hayan jugado tan sucio.

—Sí —dije escuetamente. «¿Debería contarle lo que hice? ¿Debería contar todo como realmente fue?»—. Además-además, verá, es que, bueno, esto también es otra suposición. Pienso que, si usted cancelaba el negocio y tanto ellos como yo nos quedábamos sin el santo y sin la limosna, pienso que prefirieron desaparecer, en caso de que yo los acusara ante la Policía por mantenerme retenida, lo que llevaría al destape del tráfico que realizan. Son tipos muy peligrosos, pero a la vez, muertos de hambre. No son muy listos, vieron la oportunidad de un gran negocio; también creo que se han conformado con lo que lograron sacarle a usted en este tiempo.

«No, ¡qué va! No podía confesar mi crimen». En eso llegó el mesero con los cafés. Me ayudó a serenarme.

—Me duele que haya tenido que pasar por todo eso. El encierro y el forzarla a alimentarse contra su voluntad es un maltrato. Dígame si fue víctima de más agresiones. Aquella noche vi que tenía una de sus manos vendada. Y hace poco usted mencionó haber pasado hospitalizada producto de las lesiones de un accidente. No fue un accidente, ¿cierto?

—Lo que pasó ya pasó. No me liberé tan fácilmente, sin duda. Y no es como que se pueda hacer mucho contra esos tipos. Son como ratas y, además, ¿qué se puede hacer? Yo no estoy aquí para alborotar algo que ya está calmado. Además, ¿quién dice que yo solo tuve un papel de víctima? —confesé con voz atormentada.

—Hablaré con mi intermediario para que dé con ellos. Saldaré la cuenta. No quiero que usted llegue a tener más problemas con esos sujetos.

Sonreí, otra vez con ese tipo de sonrisa que es un fruncido de labios alzados y no una sonrisa generosa que se amplía hacia los lados.

—No se preocupe. Si todo sale bien, no estaré por aquí por mucho tiempo, y créame que ellos no se merecen nada.

—¡Es mortificante! Cualquier cosa que yo hable o que usted diga, todo lleva a lo mismo.

—¿Por qué se acongoja? ¿No ve que aquí la única acongojada debo ser yo y ni siquiera lo estoy?

Y no se pudo contener más. Se desbordó:

—Dígame, sea sincera. Habla como si no le importara. ¿Por qué lo hace? ¿Acaso no tiene familia? Usted debe estar casada —exclamó con un deje de desesperación.

—Perdón. —Me quedé pensando con expresión ida, más allá de lo decente—. ¿Podría repetir lo último que dijo? Creo que no entendí bien.

—¿Que-que si su familia, su esposo e hijos, no le importan nada a usted?

—Entonces sí escuché bien.

«¿Cómo es posible que me preguntara eso? ¿Se burlaba de mí?». Nunca nadie en la vida me había considerado casadera, mucho menos que efectivamente lo estuviera. Como seguía ofuscada, estúpidamente contesté:

—No, que yo sepa. —«¡Y dale!»—. Disculpe, lo que quise decir es yo no... Mi única familia son mis padres y un par de hermanos gemelos. Yo jamás jamás podría estar casada —me escuchaba tan ajena, como si la que hablara fuera otra. Seguía desconcertada.

—Tonto de mí, desde luego que esa es la respuesta. Ninguna persona en su sano juicio dejaría que su compañero se sacrificase de tal manera. Sería atroz, descabellado. Quien ama no daña.

No sé por qué esta frase me dolió tanto. Arrugué feamente el rostro. En todo ese momento no nos habíamos atrevido a mirar a la cara, bastó ese segundo para trastornarme la medida.

—¿Cree usted entonces que quien descuida, quien se olvida o quien siempre ha ignorado a otra persona, quiere decir que no ama, ni mínimamente? —dije pensando en mi madre. Le vi que iba a hablar, pero le interrumpí—: No hace falta que diga algo, es muy evidente la respuesta —susurré con amargura.

—¿Es esa la razón? ¿Lo hace por despecho? —Reconocía esa curiosidad que sentía él por saber las razones que me llevaban a arrojarme a mí misma a un despeñadero. Lo que no sabía era por qué el dolor se le marcaba tan claramente en sus distinguidas facciones. «¿Exceso de caballerismo o de sensibilidad?».

—No —dije cándidamente—. Verá, me gusta estudiar el significado de las palabras. Si pienso en la palabra despecho, viene a mi mente dos cosas: un desengaño u ofensa recibida y la otra, el impulso de venganza. —Podía notar el interés que ponía en mis palabras, esa curiosidad—. En cuanto a lo primero, muy en el fondo he sabido cómo están las cosas, así que no he tenido motivos para esperanzarme lo suficiente y luego caer en la cruel decepción; y, en cuanto a la venganza, como bien dice usted, quien ama no daña.

—¿Entonces? —preguntó ahora con ingenuidad él. Por lo menos, así me lo parecía. Claro, él no podía comprender por qué alguien quería morir mientras él luchaba por vivir.

—Por dinero.

—Se contradice usted. La vez del parque me dijo que no solo era por dinero.

—¿Para qué quiere usted saber eso, señor? —dije desesperándome.

—Para comprenderla.

—¿Y qué saca con eso? No entiendo.

—Tampoco lo sé. —Hizo un silencio y meditó—. Siento una gran angustia. Creo que lo que busco es que usted me diga que tiene una buena razón y que esto alivie la carga que me agobia.

Me apiadé. «¿Era eso? —Sí. Creo que sí—. ¿Aunque por qué compadecerme de un hombre que quería una razón para no sentir pena de mi muerte?».

—La hay, señor. Se lo puedo garantizar. Me ayudará mucho.

—¿Cómo? Por favor. Hay gente que tiene un pensamiento tan desviado de lo verdaderamente importante, pasan desviviéndose por hacer dinero. Yo, que lo tengo, me pregunto: «¿De qué me sirve si lo que quiero tanto no lo puedo adquirir con él?». Pero lo suyo sí que es incomprensible: busca dinero, dinero que le costará la vida. Entonces, ¿para qué lo quiere si no va a vivir?

¿Es que toda la gente que se enterara de ello cuestionaría lo mismo? Aquellos, que no eran más que sabandijas, también lo hicieron. Recuerdo el rostro de el Cojo cuando, husmeando fuera de la covacha, se enteró de que yo me ofrecía como res para el matadero. ¡No habría nadie que me comprendiera, que se sintiera tan miserable que cada día despertara preguntándose: «¿Para qué sigo aquí?!».

—Para que otros vivan. Lo que tienen ahora no es vida, es una mierda, por eso lo hago.

Me silenció. Todo aquello era de pausas, de confesiones, de cosas muy apelmazadas en el corazón. Eso no se podía decir a la ligera, incluso respirar era trabajoso. Ahora que lo digo con estas palabras, suena a sacrificio y no es tan así. Quiero descansar, y no un descanso físico ni mental. Es un descanso de recuerdos, pesares y desesperanzas. Eso no se quita con unos días de distracción. Además, ya me siento vieja y los viejos son más benevolentes con la muerte, la aprecian, no se asustan, saben que es el siguiente paso. Yo quiero dar el siguiente paso. Ya viví lo que me tocó vivir, ya nada me resulta interesante y es tarde para arreglar mi vida y, aun si quisiera, no sé cómo hacerlo. He perdido el interés, la ilusión y, sobre todo, la iniciativa. Es cierta esa frase que dice que lo más difícil es comenzar y yo no quiero intentar un nuevo inicio a media vida cuando ya estoy agotada y dada por vencida. No tengo fuerzas para empezar de nuevo.

Y no me detuve. ¿Quería razones? Razones le daba.

—Usted menosprecia el dinero porque lo tiene de sobra. Otros no. Vivimos en este mundo que hemos construido en torno al dinero. Entonces, pues, ¿qué haríamos sin él? No me salga con eso que dijo de que, aunque lo tiene, no le sirve, pues, si no, ¿qué estamos haciendo aquí? El dinero de cierta forma le está ayudando a comprar la salud y la vida.

El aguadulce y el café se habían enfriado. Una mosca estaba parada sobre el borde de una de las tazas con miras a largarse. Al parecer no le gustaba el café frío.

Ya que él me cuestionaba, yo también lo haría.

—Usted renegó. Usted realmente quiso marcharse y abandonar la idea ¿Qué fue lo que lo hizo seguir?

—Es justo que conteste —caviló—. Usted misma me hizo rechazar y aceptar. Prepárese para escuchar algo sumamente vil y egoísta. Me avergüenza mucho decirlo. Debería reservármelo. Es irónico, siento que usted es la única persona a quien confesarle esta pena. Ni mi más íntimo amigo lo sabe. Me ve apesadumbrado, pero ignora hasta qué punto lo estoy y la bajeza a la que he caído. Con ningún doctor puedo desahogarme. No puedo ni con Alfonso, este mismo que la

ha revisado hoy y que es quien conoce como nadie el asunto. Para él esto es un tema médico y no entiende de sentimientos y culpabilidad.

—Hable pues. Yo no puedo condenarlo.

—Oh, claro que sí. Usted, más que nadie y, sin embargo, hablaré. —Tomó aire a profundidad—. Yo decidí firmemente rechazarla a usted, sí, por ser mujer. Mas mi demonio interno me hizo recordar las instrucciones médicas: «Tiene que ser joven». No tanto como un niño o adolescente que aún no han desarrollado la plenitud de sus órganos, eso sí, lo suficientemente joven como para gozar de vitalidad y fortaleza. Y, sobre todo: «Si pudiera ser mujer, sería mucho más idóneo debido a su constitución y contextura». Así de conveniente, así de mercantil.

—Lo que no entiendo es que justamente los tipos esos se pusieron de los mil demonios cuando les confesé que era mujer. Ellos se propusieron mantener mi revelación oculta a como diera lugar.

—Eso fue porque —se pausó un instante, el justo para mirarme a los ojos, arrepentirse y desviar la mirada— me quedaron escrúpulos, los suficientes como para no indicarles que de preferencia requería de una mujer. Sabía que lo harían. La conseguiría como hubiera manera. Yo llevo en esta búsqueda meses. Han sido muchas las personas que han buscado y traído, y ninguna ha resultado viable —confesó—. Yo no tenía esa sangre fría. Ahora veo que sí.

Y otra vez ese surco de dolor que le cruzó la faz.

—Como le digo, no se imagina la cantidad de muestras de sangre de diferentes personas que ellos han presentado. Solo tres han sido compatibles. Veo que esto le confunde. Hay una eminencia médica cubana que ha hecho un descubrimiento portentoso, algo que abrirá las posibilidades en materia de trasplantes. Esto fue lo renovó en mí las esperanzas. Se supone que hay distintos tipos de sangre y entre sangres se rechazan. Es algo que él mantiene en secreto, pues no tiene aún cómo comprobarlo teóricamente, aunque en la práctica ha funcionado. La verdad es que no entiendo mucho del tema, solo que, si Alfonso lo cree firmemente, por consiguiente, yo también; mi confianza es absoluta en él. En este caso estamos hablando de una sangre poco común. Pasaron la primera prueba, la de la compatibilidad, como le digo, pero cuando Alfonso los examinó fueron descartados. Se trataban de carajos viejos, viciados, de la calle, con hígados enfermos por el licor y la vida, con más partes dañadas que sanas y, tras eso, corroídas sus almas.

«No hay mucha diferencia entre esos hombres y yo —pensé en mi fuero interno—. Ellos estarán corrompidos físicamente, y ahora yo, que maté, corrompí mi espíritu». No sé por qué no le decía. Ese intermediario que él mencionaba intentaría dar con los malhechores y estos indudablemente contarían lo que hice en un intento por justificarse e incluso malograrme el negocio.

—¿Qué es para usted más deplorable, la decadencia y el pecado físico o la degeneración y el pecado del alma? —Aunque me atormentaba, necesitaba saber qué pensaba él.

—Si antes podía juzgar, ahora no tengo la más mínima autoridad moral. Lo que pienso es que la ruina del cuerpo, por ejemplo, por vejez o desgaste, no es algo premeditado, y la ruindad del alma es bajo vivo consentimiento.

—¿Está usted seguro? ¿Qué pasa si alguien se viera en instancias de cometer una falta abominable por pura necesidad, por pura sobrevivencia?

—Como lo que estoy haciendo yo...

Una hoja cayó justo donde yo tenía una de mis manos apoyada en la mesa; tenía fuertemente el puño cerrado y los nudillos blancos por la presión. Un pájaro lanzó un fuerte trino y emprendió el vuelo, y dos señores, ambos con bastón, pasaron cerca de nosotros en dirección a la media

luna próxima.

—No, perdóneme, no quise decir eso, me refería más bien a... como lo que podría hacer yo o cualquier otra persona.

—Ya le dije que no soy quién para determinar eso.

—Pero ¿no cree que las circunstancias que se dan para caer así son arbitrarias? No creo que nadie quiera ser malo así porque sí.

—Lo creo completamente.

—¿Y no se siente usted impotente por no poder cambiar el rumbo y no tener opción más que seguirlo?

Y, de repente, la conversación callada, serena, le hizo estallar su voz cargada de sentimiento:

—¿Quién es usted? ¿Quién? Que, en vez de juzgarme, me entiende. ¿Quién es usted? Que, así como me entiende, también desnuda mis debilidades. U-Usted, usted —le temblaba la voz y me hacía a mí temblar entera— se presenta como la ajusticiada y termina siendo a su vez la ajusticiadora —me confesaron su voz y sus ojos.

Se levantó dejándome. De camino hacia la salida, recobró el raciocinio, pidió y canceló la cuenta. Me adelanté y le esperé en la acera del restaurante. Él siguió sin aparentemente notarme y se mantuvo en el borde de la acera hasta que un conductor se detuvo.

—Pase usted —dijo al tiempo que me abría la puerta— y disculpe mis arrebatos.

Había vuelto a dejar de mirarme a la cara y eso me entristeció. Sacó algo de su traje y se apoyó en la carrocería del carro por un momento. Luego extendió su mano hacia mí.

—El tema central era el dinero y nunca lo tocamos. Es usted una mala comerciante. Y yo, un aprovechado. Tome. Piénselo y lo conversamos en otra ocasión. Y he-he hecho algo de último momento que no debería haber hecho. Eso también lo dejo a su consideración —calló un segundo para agregar—: El chófer la llevará a donde usted le indique.

Con lentitud retiré la mirada de su rostro. Su mano me estaba ofreciendo un sobre. Cuando lo tomé, él lo retuvo lo justo para recalcar me:

—Puse mucha atención a lo que dijo. Si las circunstancias nos han llevado a esto, sepa que puede decir que no en cualquier momento, aun cuando yo le implore seguir.

—Sepa que no jugaré con su necesidad.

—Sepa que hay una vida en sus manos.

—Dos.

Capítulo 6

Pasé largo rato en inacción dentro del carro. Recordando todo lo acontecido momentos atrás. Hasta mucho rato después tomé conciencia y abrí el sobre. Contenía dinero, dinero para comprar comida de sobra y dos pequeñas notas. Esas dos notas me hicieron latir desacompañadamente el corazón por razones íntegramente opuestas: era una cantidad exagerada lo que estaba escrito en una y en la otra, una escritura presurosa de tinta fresca que había manchado el papel al ser doblada, una pregunta que me consumió: «¿Conoce Los Malinches? Tiene un encanto particular ¿Le gustaría acompañarme de aquí a tres días?».

La vida y la forma en la que pensamos sobre esta pueden cambiar por completo con un simple giro de esquina. Mi vida había sido un aburrido camino triste, solitario, un camino sin subidas, bajadas, intersecciones o rutas para elegir; sabía que seguiría siendo así y sabía también su final, por eso quise dejar de andar y de repente, cuando menos me lo esperaba, surgía de la nada una curva y me topaba con un compañero en el camino. Pocas veces en la vida he tenido certezas absolutas. En ese momento me di cuenta de que dejar este mundo me sería absoluta e irremediablemente doloroso.

Los días pasaron desapercibidamente. En uno de esos, tras terminar la jornada en el San Vicente, pasé frente a la casa de la señorona a la que le lavaba y planchaba, quien cruzó de acera solo para reprenderme sobre por qué no había vuelto a aparecerme, que era una malagradecida, que esto, que lo otro. Fue tan bonito decirle que ni esperara que volviera, que ya no me iba a pasar las noches arruinando mis manos, cansando mis pies y bañándome en sudores por unos cuantos reales. La plata que él me había dado para comida era una cantidad sumamente generosa. Podía hasta darme el lujo de ir al mercado por pescado. Sabía lo mucho que le gustaba a mamá. A papá le compré *sobao* y unos dulces muy suaves, que se deshacían apenas al contacto con la lengua. Al estar desdentado, le vendrían muy bien, mientras que las leches en polvo con vitaminas que llevé a los gemelos las compré pensando en que agradaría a mamá.

El día antes de verme con él, aprovechando que mamá ya se había acostado, me atreví a sacar el vestido amarillo y acariciarle apenas con las puntas de los dedos los bordes y las costuras. Las repasaba una y otra vez. Me lo pondría para verlo. Era lo único bonito que tenía y quería presentarme bien. En eso fui sobresaltada por el repiqueteo abrupto de alguien golpeando la puerta. Me quedé petrificada. Por lo general, nadie nos llamaba.

Escondí rápidamente el vestido y corrí a abrir con el candil en la mano. La oscuridad de horas entradas en la noche no me permitió discernir de momento más que a un hombre alto. Se acercó y le pude ver, tenía la cara muy maltratada por la varicela. Preguntó por Luz Alfaro. Asentí y me entregó un telegrama.

—Tiene que ser urgente porque me hicieron sacarlo de la cama expresamente para entregarlo.

—Ya, pero no tengo propina.

—No hace falta, me dieron de sobra.

Siempre tan generoso. Efectivamente, se trataba de él, estaba cancelando la cita. Aunque no era su persona, eran sus escrúpulos, su arrepentimiento. «Sí —me dije—. Lo mejor era no involucrarnos. ¿Quién en su sano juicio se hace amigo del animal que cría para luego comérselo?».

Dos días después, cuando volvía del hospital, estaba el mismo mensajero de la vez anterior recostado contra la pared del cuarto que alquilábamos. Pude apreciar que era un muchacho muy

joven, andaba descalzo, llevaba los caites guindando del hombro mediante las agujetas amarradas entre sí. Al verme se puso de pie.

—¿Lleva usted rato aquí?

—Un par *dhoras*. No me preocupa, me reconocen la espera. —Sacó el documento y me lo dio —. Me han pedido que entregue las comunicaciones únicamente en sus propias manos.

El corazón me latió con emoción. Se había arrepentido. Ahí estaba de nuevo, decía y decidía una cosa y luego hacía otra. Yo estaba igual.

«Cita 20 de marzo, hptal. San Juan de Dios. Carro esperando en Heredia costado este de la Inmaculada. 5:30 a. m.».

Qué desilusión. Como se trataba de un telegrama, no había letra a mano que me permitiera saber si era de él o del médico. En una mezcla de desánimo e impaciencia pasé los días mientras aguardaba al 20 de marzo. Me convencí de considerar en que había implícita una buena noticia: «El negocio» seguía en pie, pues, de lo contrario, ¿para qué continuar con el proceso, incluso yendo a parar al San Juan de Dios en San José, el hospital más importante que tenía Costa Rica? El pasar a más exámenes me indicaba que yo seguía «siendo apta para los fines». Eso era lo importante. Eso era todo lo que yo quería.

Cuando el día llegó, el carro estaba esperando a la hora y en el lugar indicado. A excepción del chófer, no había nadie. Estaba tan desencantada. «Aunque tal vez me está esperando en el hospital», me dije sin convencerme.

Pocas cuerdas antes de llegar al San Juan, el carro se detuvo y el doctor subió. Le saludé incapaz de recordar su nombre. Mi mente y mis sentidos estaban puestos en buscar a otra persona, a quien no hallé ni en la entrada ni dentro del hospital.

—Entraremos por la puerta de atrás. Ya está todo arreglado. Tome esta boleta, aquí están sus datos y es la que debe presentar cuando tengamos que hacer alguna diligencia administrativa, que espero que sean mínimas. Tengo todo bastante arreglado. Otra cosa, trate de no hablar con las enfermeras. No responda más que lo que estrictamente se le está preguntando y, si veo que alguna pregunta puede ser peligrosa, seré yo quien le conteste. Sufre usted de un mal que los médicos que la han atendido no han logrado dar con él y por eso se va a someter usted a esas pruebas, ¿entendido? Síntomas: desmayos, falta de aire, dolor en el pecho, pérdida de movilidad de las piernas, básicamente. Repítamelas, por favor.

Así lo hice. También me memoricé los datos de la cédula. María. Ya no era Luz, sino María, que se hacía acompañar de unos apellidos bastante comunes también.

Y, bueno, aquello fue de dejarme hacer. Dos médicos más el doctor Alfonso Martínez, uno de estos le saludó llamándolo por nombre y apellido, eran quienes me revisaban; hablaban entre sí muy bajo lo mismo que para dar instrucciones a las dos enfermeras que acataban al instante. En la sala o cuarto donde entré no había más paciente que yo, y eso que pasé por varios para realizarme los exámenes. Me pidieron descubrir la bata que llevaba puesta y colocaron parches en mi pecho, luego supe más por observación que por lo que me comunicaban, que estaban registrando el «ritmo eléctrico» de mi corazón. «¿El corazón trabajaba con electricidad?». Si bien era algo que me asombró, asimilé que tenía sentido. Cuando lo veía a él, sentía una chispa en el pecho, irradiaba un fuego y una potencia que discurría por las venas. Nunca estuve tan viva como en aquellos días.

Salí de mis ensoñaciones cuando me pidieron dirigirme a un tipo de silla metálica alta y ancha contigua a una mesa con un aparato y tomar asiento. Al hacerlo, observé con detalle el aparato; se componía de cables, discos, cajas y unos tubos de vidrio pequeños y otros grandes, como bombillas alargadas.

—Enderécese y permanezca así.

Uno de los médicos puso delante de mí, ajustándola a la altura de mi pecho, una placa suspendida desde una especie de brazo articulado. Le acercaron un taburete y se sentó para manipular la placa, se colocó unos lentes gruesos y oscuros. Además, se cubrió las manos con guantes de caucho. La instrucción fue muy precisa:

—No se mueva. Debe permanecer lo más quieta posible por cuestión de veinte minutos a media hora.

—¿De qué se trata?

—Le tomaremos una foto de dentro. —El médico activó el aparato y el tubo principal emitió un brillo luminiscente.

Pasé por otras pruebas sin saber a ciencia cierta de qué trataba. Al concluir las, el médico me condujo hasta la salida.

—Los resultados de estos estudios tomarán algo más de tiempo. Incluso unos van para Estados Unidos. Aunque hasta ahora todo ha ido muy bien, estos estudios serán decisivos sobre si continuamos o no. Mientras tanto, seguiremos trabajando en lo que sí está en nuestras manos, con eso me refiero a que siga con su plan alimentario y espere telegrama con fecha para una cita de control. Necesitamos chequear esa anemia.

El carro estaba allí esperándome y ya las exiguas esperanzas de verlo habían claudicado.

En Heredia centro, el chófer me dejó. Me dirigí sin prisa a casa. Atravesé las cuadras de la ciudad y llegué a la salida de Heredia, luego acorté camino yéndome por entre los cafetales. Salí a la callejuela faltando unas cien varas para llegar a lo que llamaba casa. Había un carro muy fino a pocas varas de distancia. Era extraño porque en el chinchorro donde vivíamos gentes bastante pobres, el camino era bastante malo incluso para que un boyero se animara a entrar con su carreta, así que nunca se veía un carro como el que estaba allí, ni siquiera cacharpas. Sus llantas tenían unos aros anchos blancos, muy elegantes, mientras que la carrocería era de un azul marino con celeste claro. Era todo brillo y delicados acabados. Tenía luces que se encendían con electricidad, no como otros carros que tenían canfineras o faroles.

Pasé cerca con el corazón desorbitado, tenía todo el intento de mirar en su interior. Sin embargo, me acobardé. Avancé un tanto por delante del vehículo cuando escuché la portezuela abrirse y su voz:

—Buenos días.

Me giré lentamente. Me temblaba todo el cuerpo. Si pudiera expresar en palabras la sensación de mi cuerpo, tal vez diría que un gran plomo que me recubría se resquebrajó y se precipitó de golpe a mis pies. Toda yo era un solo latido. Estaba a varas de mí lo que había deseado todos esos días. ¡¿Cómo un simple «buen día» podía alterarme tanto?! Él estaba allí, él, que no tenía por qué llamarme ni buscarme. ¡Ah, pero yo era la persona más feliz en esos momentos!

Se quedó callado. Luego comprendí que estaba a la espera de que le devolviera el saludo. Así lo hice, torpemente.

—Necesito disculparme por aquel telegrama tan poco gentil. Cancelé a última hora y, tras eso, ni una justificación di. Le ofrezco mi más sincera disculpa.

—No hace falta. Avisó. Eso estuvo bien. Sus razones habrá tenido.

No me importaba qué lo llevó a cancelar aquel día. Ahora estaba aquí. Luego me asaltó la idea que se presentó así de repente por algún requerimiento médico; alguna prueba salió mal, y el doctor había corrido a avisarle para contactarme. Uumm, no podía ser eso. Su semblante traslucía un nerviosismo que, en un rostro tan masculino como el suyo, me conmovía profundamente y no pude dejar pasar el detalle de que me miraba a la cara.

—¿Ha pasado algo con...? Bueno, ya sabe usted.

—¡Oh, no! Pasé por aquí porque consideré que tenía que ofrecer disculpas —hablaba con palabras atropelladas—. Además, creí necesario preguntar cómo va todo con usted, es decir, su alimentación, su salud, su estado anímico.

—Comprendo.

Él tenía la puerta del carro a medio abrir. Habíamos estado hablando así con la puerta en medio, él sujeto al marco de la puerta y yo de frente con las rodillas juntas y las manos a los lados. Al decir aquellas palabras, cerró la puerta y se acercó a mí y me invitó a avanzar unos cuantos pasos, los suficientes para quedar a cierta distancia del vehículo como para que el chófer no escuchara.

—Le he traído unos alimentos que sé que le serán de mucho bien. No me malinterprete —se excusó en el acto—. No piense que esto lo hago por el puro egoísmo de que usted esté bien para los fines que ya sabemos. Sinceramente, deseo que se encuentre bien.

Odiaba agradecer esas muestras de lástima y piedad. La alegría de verlo se nubló por esa incomodidad fastidiosa de sentirme inferior y por los motivos finales, aunque él los negara.

—No hace falta, me dio suficiente dinero.

—Me debatí entre hacerlo o no. Creo saber su carácter y criterio. Esto la ofende. Lo sé. Si bien todo este acuerdo que tenemos se le retribuirá con dinero, no siento que usted sea codiciosa con él. Lo desea, lo necesita, pero no anda buscando que se lo regalen, ni por justicia ni por lástima.

—Me ha tocado muchas veces aceptar donaciones de los demás —confesé.

—Y su orgullo ha sido herido en cada una.

—Así es —reconocí con amargura y con extrañeza le pregunté—: ¿Cómo ha notado eso? La gente que ha actuado de forma caritativa conmigo o con mi familia no notan ese malestar mío. Soy muy desconsiderada y desagradecida, lo sé, simplemente es algo que siempre ha estado en mí.

—Si me permite describirla, en mi cuadro estarían presentes sin duda adjetivos como decencia y mesura, también dignidad.

—¿Así me percibe usted?

—Así lo hago. Tenía que ser honesta y decepcionarlo. No podía tener una imagen buena de mí cuando no era así.

Dije con una mezcla de convicción e irritación, de esa irritación que se produce cuando se escucha hablar a alguien que no mide sus palabras:

—Habla porque no conoce nada de mí, habla porque saca conclusiones de lo poco que ha percibido.

—¿Entonces se considera usted una persona indigna?

—Uno no es bueno ni malo todo el tiempo. —«Yo, por ejemplo, hace poco maté a un hombre. Usted, por ejemplo, dentro de poco acabará con una mujer»—. No creo que sea válido encasillar a alguien como muy justo, muy honrado, egocéntrico, irresponsable y así por el estilo, como si eso fuera una constante en la vida. Muchas veces caemos muy bajo, otras veces hacemos cosas muy buenas. En fin, no siempre somos «así» o «asá» todo el tiempo.

—De cierta forma, sí somos una constante. Usted misma se contradice, es cierto que nadie es enteramente bueno ni enteramente malo, hay subidas y bajadas, pero la mayor parte de nuestra vida la actuamos con cierta uniformidad. Ya sea que esa uniformidad sea ser traidor, hipócrita, ambivalente o indeciso. Eso también es constancia. Las costumbres no son únicamente prácticas habituales que nos inculcan y adoptamos. La forma que tengamos de pensar, los valores, moral, carácter y razonamientos también se nos hacen costumbre.

—¿Y de qué vale llevar una vida completamente honorable si una circunstancia particular lleva a tomar una decisión y, tras ella, una acción vil? Se retomaría, pasado el evento, la vida honorable; aun así, la mancha siempre estaría allí. Perenne.

—Para recordarnos que es eso y solo eso, una mancha entre la blancura impoluta —hablaba desahogado; yo lo hacía alterada.

—¿Y cuando la mancha está en medio de una blancura turbia de dudosa pulcritud?

—¿Me está queriendo decir que usted hizo algo particularmente malo y que ni el pasado ni el presente lo pueden redimir porque ni uno fue ni el otro será perfecto? Déjeme decirle, con profundo dolor, que estamos en la misma posición.

—Le estoy diciendo nada más que no me considere una cosa ni otra. No piense ni bien ni mal de mí, ni me juzgue.

Callamos. Yo estaba tan extrañada. Yo nunca había tenido nadie con quien pudiera hablar de esta manera. Yo solo cavilaba estas cosas en mis pensamientos, conmigo misma, pues. Lo más cercano había sido con Chico. Y no se comparaba. Por otro lado, me hacía gracia hablar de estos temas en medio de la calle.

—Acepte lo que le traje, no por eso usted deja de ser menos. No piense de esa manera porque yo no estoy pensando así. Habrá gente que comparte porque son movidos por sentimientos que para usted le resultan insultantes. Le puedo decir que yo no me estoy comportando de tal forma. Acéptelo sin juzgar las razones que me llevan a hacerlo.

—No estoy conforme con su propuesta, mas convengo en cerrar el tema.

El silencio que le siguió confirmó el pacto. Él se relajó más y la expresión en su rostro me resultó cautivadora. Estuve a nada de sonreírle.

—Salvado ese punto, deseo referirme a otro. Sé que hoy fue a realizarse las pruebas al San Juan. ¿Podríamos hablar de ello?

—Claro, ¿qué desea que le cuente? Pensé que eso lo hablaba con el médico.

—Por supuesto, Alfonso y yo estamos en permanente comunicación, solo deseaba conocer desde su punto —se pausó un instante y prosiguió con indecisión—. Me parece que aquí no es buen lugar para conversar.

—Bueno, le invitaría a pasar a mi casa —«Era todo, menos casa»—. Solo que no hay mucho espacio y no tengo mucho que ofrecerle, por no decir que me resultaría bastante incómodo y que, además, mi familia está allí y por nada del mundo yo quisiera...

«¿Por qué todo este espectáculo tan ridículo y deprimente? Él trayéndome cosas, luego discutiendo por un halago que me hizo, después yo invitándolo-desinvitándolo a pasar a la casa. Patético. Él no tenía por qué ser gentil, yo no tenía por qué ser condescendiente. ¿Qué era esta tontería? ¿Y por qué y con todo esto me alborozaba y me estremecía tratando de reprimir una emoción interna y estaba dispuesta a seguirle la corriente a algo tan sin sentido?».

—No deseo ponerla en apuros. ¿Le gustaría acompañarme a algún otro lado? En su momento, le propuse ir a Los Malinches, ahora estoy pensando en otro lugar. Es un poco lejos. Si no hay inconveniente, podríamos estar regresando entrada la noche. Si no lo desea, no se diga más.

Una vez dentro del vehículo y durante la primera parte del trayecto, cruzamos solo un par de breves frases. Entendimos que teníamos tanto para hablar y que había que hacerlo con cautela evitando imprudencias que llegaran a oídos del chófer. Así que aprovechaba cuando él miraba por la ventana para observarlo de soslayo.

Sus arrugas prematuras me parecían encantadoras, sus ojos cansados enmarcados en piel hundida y pálida se me antojaba un hermoso cuadro de tristes tonalidades, no obstante, de exquisita armonía. Esos ojos reflejaban tan puramente la cruz que llevaba adentro. Me parecía

tan buen mozo, de porte derecho, modales educados, la sapiencia marcada en su entrecejo, unas cejas decididas y esa expresión seria y triste, como de un hombre con todo para tener una vida buena y, aun así, con la faz cubierta por el velo de la desdicha de pesares que arrastra. Mas es una tristeza sutil, no de esas que delatan el abatimiento interno y que hacen preguntar a los conocidos y amigos al instante: «Pero, mi estimado Eduardo, ¿qué tiene?, ¿qué le ha pasado?». Era una tristeza muy profunda y retraída, que solo otros ojos que han sufrido también en silencio pueden reconocer. No andaba pavoneando su sufrir buscando consuelo y consejos, no, él prefería tomar ese destino en sus manos y tratar de revertirlo. Precisamente, por ese afán de no rendirse, el destino nos reunió. De ser así nunca le hubiera conocido, aunque tal vez, si la vida me hubiera permitido seguir por el camino en el que yo con gran esfuerzo me había propuesto, ¡sí, vaya que lo creo!, le hubiera conocido en otras circunstancias, pero con el mismo sentimiento. Él era una persona hecha para mí.

—Lamentablemente, de Heredia no conozco más que un par de lugares. Como le decía, ¿me permite proponerle visitar un lugar algo retirado? Es muy tranquilo y tiene un paisaje campestre.

—¿Qué lugar es ese?

—Queda en San Mateo, la ermita de la Virgen de Lourdes.

El carro emprendió ruta hacia el oeste dejando atrás mi querida Heredia y luego Alajuela. Pasó por entre varios poblados, cuyos nombres y pequeñas historias él me contaba y, cuando el camino regular dio paso a una calzada de piedra y después a una de tierra, el paraje me resultó conmovedoramente familiar.

—¿Dónde dice que estamos?

—Acabamos de dejar Atenas y estamos entrando a San Mateo.

Hacía mucho calor, tanto que agobiaba, pero el cielo no podía ser más celeste ni los árboles más verdes ni los caminos y casillas más encantadoras.

—A pesar de que no es el mismo lugar, definitivamente me huele a hogar. Yo crecí en campos como este. Fui muy feliz. Si hubiese podido, me habría gustado quedarme encantada en esos años en *San Rafael* : un padre, una madre atenta a mí; al inicio, una casita humilde muy acogedora, el campo que me hacía sentir libre y sin afanes. No esto en lo que estoy convertida, un producto de la disparidad.

—¿No cree usted en el libre albedrío?

—Sí, creo, solo que no es un albedrío pleno, está condicionado. Es cierto que hay oportunidades, y es cierto también que no todos pueden escoger con libertad porque no están a su alcance. Nos están vedadas.

—Usted no solo carga con aflicciones propias, usted se rebela contra la forma en la que la sociedad y la vida es.

—Rebelar no sería la palabra, tal vez hace muchos años me rebelé por medio del estudio y de mis sueños. Después me quejaba y suspiraba, ahora es solo emitir un comentario, como decir: «Amaneció nublado». Desde luego no puedo estar de acuerdo con cómo es el mundo. Yo no hubiera hecho un mundo así. Mire esa hormiga, tan vulnerable.

Había una que caminaba con afán en el borde entre la carrocería y la ventana de la puerta del lado en que yo estaba, tan afanada en su caminar sin lógica, su universo era ahora aquel carro y, si lograba salir de él, terminaría quién sabe dónde y demasiado lejos de su colonia. Su objetivo de vida, el de servirle a su colonia, ya se había perdido. ¿A qué vino al mundo? ¿A ser pisada? Desde mi perspectiva, las hormigas existen en función de trabajar y ser pisadas. ¿Qué sentido tiene? La ciencia me dice que todo es parte de una cadena, que unas especies dependen de otras, que así es como hemos llegado a tener un mundo tan diverso. Hay tantas personas que son

hormigas y nos alientan diciendo que nuestro trabajo es en pro de un bien mayor.

—Eso es porque usted ha estado encerrada haciendo lo mismo una y otra vez, y lo que hace ni le gusta ni mucho menos le apasiona. He sido hormiga, pero también he sabido lo que es ser viente.

—Me alegro de ser la pesimista y también me alegra que usted sea el optimista. Eso hace que todo este negocio tenga sustento, ¿no?

No contestó. En cambio, inquirió:

—¿Por qué siempre hace esas intervenciones que me hacen sentir la peor persona del mundo?

—No es mi culpa que usted tenga consciencia. No crea que lo hago con alevosía; cuando me doy cuenta, ya lo he dicho. Me mediré, si es que nos seguimos viendo.

—¿Por qué lo dice?

Sabía a lo que se refería.

—¿Cuánto puede durar esto más? —inquirí.

—Llegamos, señor.

Nos habíamos olvidado del chófer. Esperé no haber dicho nada lo suficientemente comprometedor.

—Gracias, Agustín. Ábrame la cajuela si me hace el favor. Estaremos de vuelta al caer la tarde. Si sigue derecho y en la primera desviación, toma hacia la izquierda. Encontrará al poco una casona donde la señora siempre tiene a bien prepararle comida a los viajeros.

Nos bajamos y él se dirigió a la cajuela, de la que sacó una alforja y cerró la tapa:

—¿Lleva suficiente dinero?

—Sí, señor.

Si bien la parte de Heredia en la que vivía estaba un tanto alejada del centro y rodeada de cafetales, no era comparable con el ambiente de mi infancia, y este lugar era tan similar. Al poner pie en tierra, me devolví en los años y recuperé ese espíritu alegre e ilusionado.

Mi espíritu mudó en esas horas por la razón que acabo de indicar, luego el cambio se volvió perenne tras nuestra despedida ese día. Es cierto que hubo muchas hendidias, dolorosas heridas abiertas hasta mi último instante de vida por las que dejaba salir un dolor profundo, pero fueron resultado de un amor que desde un inicio se sabía cercenado.

Era pasado el mediodía y los soles pegaban fuerte. El lugar despoblado. No veía la ermita que había mencionado.

—Ahora nos toca caminar —comentó jovialmente cuando le pregunté mientras se quitaba el saco y el chaleco, y yo me entusiasmé infantilmente con tener una caminata con él.

Lo hicimos y fue bastante placentero, pues al poco nos encontramos un trillo de camino bordeado por frondosos árboles. La caminata se teñía de rayos danzantes colados por entre las hojas y el viento fresco nos daba de frente.

Al rato de andar, nos topamos con la ermita. No era en sí una iglesia, tenía el tamaño y modestia de una capilla, y se hallaba bastante deteriorada.

—Está dedicada a la patrona de los enfermos. Podrá imaginarse la cantidad de veces que he venido en peregrinaje. —Sonrió con un rictus amargo.

—Es hermosa a pesar del descuido en el que se encuentra.

—Está así porque fue abandonada cuando un terremoto la dañó considerablemente. Ya casi nadie la recuerda. Hay otras más en el país consagradas a la Virgen de Lourdes.

—Cierto. En San Joaquín está la iglesia con su gruta.

—Hay otra gruta en Puntarenas y una más en San Pedro de Montes de Oca. Todas mucho más recientes. Esta-esta tiene un encanto que ninguna alcanza y será cosa mía que siento aquí mayor

comuni3n. Antes de entrar, comamos algo.

A uno de los costados de la ermita haba un pozo y unas bancas protegidas a la sombra de manzanos de agua. El suelo y las bancas estaban cubiertas de los frutos caídos, hojas y musgo. Limpiamos ligeramente las bancas y nos sentamos. Eduardo. S. Eduardo desanud3 la alforja, la extendi3 a manera de mantel.

«Eduardo. E-duar-do». Ese fue el primer d. en que me sent. en confianza de referirme y pensarle, no como «él», sino como una persona lo suficientemente conocida e inmensamente significativa para m. .

Yo callaba viéndolo hacer, pero aquello me afectaba tanto. Era una simpleza. Sin embargo, era algo que nunca haba hecho con nadie, tal vez solo con papá cuando estando muy pequea iba a dejarle el almuerzo en el campo, allá en San *Rafel* y me quedaba con él. Lo que intento decir es que nunca hubo nadie que hiciera y que le naciera ese simple gesto de departir alimentos en un paraje con ninguna otra compaía más que la mía. Comía de los pastelillos y de las carnes frías cuando un soplo de lágrima rodó y se escondió en el pliegue de la nariz. Era la incapacidad de controlar un trémulo regocijo que me reverberaba por todo el cuerpo. Dejé que la secara el viento, el viento que se lo lleva todo.

—Tengo una definici3n para esto —le escuché decir y fingí entretenerme con el panecillo que comía—. Veo que usted tambi3n la sabe, aunque prefiere callar.

Un pajarillo se dejó posar cerca de nosotros, le tiré migajas y lo que logré fue espantarlo. Recordé que era ave de campo, no habituada a las gentes y sin la necesidad de boronas que los pájaros de ciudad sí apreciaban. Ya habían pasado varios minutos de aquello, yo hasta entonces junté el valor suficiente. Me sentí capaz de soltarlo:

—A esto se le llama felicidad.

—Es así. Se le puede buscar en fiestas y rodeado de gentes, se le pretende hallar con el dinero y el reconocimiento. Yo creo que está en su sonrisa temblorosa, en esa discreta pero genuina lágrima que dejó escapar y que yo no pude ignorar. Es este lugar, este momento y esta comodidad entre los dos lo que llamo felicidad. He olvidado todos los problemas que tengo y no deseo nada más ni nada menos. Eso es felicidad y no implica gritar de alborozo, desenfrenarse en pasi3n, desternillarse de la risa o entrar en una convulsa alaraca.

Se nos fue la tarde así, en felicidades. Las más puras, las más verdaderas, las más sentidas. Estuvimos dentro de la ermita. Él encendi3 y ofrendó largas velas blancas y amarillas, luego oró; yo le miré desde la entrada. La visi3n que tenía era de un pobre hombre hincado entre polvorientas y desgastadas piedras frente a un altar que titilaba a la luz de los cirios. Era un cuadro muy triste y solemne. Salimos de la ermita y con esa voz tan profunda me contó historias y yo le conté parte de las mías. Eso era algo que tampoco haba hecho con nadie. A nadie le haba interesado el presente conmigo, mucho menos le interesaba mi pasado.

Él quer.ía oírme y yo, contar la historia que a nadie le haba importado conocer de mí:

Le dije que soy originaria de San *Rafel* de Heredia, no del centro, sino de campo adentro, pegando con la montaña, all.í no haba mucho de qué vivir. Las fuerzas se consumían en obtener lo que la tierra generosa y cálida nos daba. Casitas apartadas, cada una con su buen solar, un río en la cercanía, una pequea molienda de café y, más lejos que cerca, un reducido templo con misa solo los domingos por la tarde que era cuando el cura se desocupaba de las ceremonias en los otros pueblos tambi3n apartados. Recuerdo que el cura llegaba en una condenada mula castaña que lo haba pateado en más de una ocasi3n. Aprovechaba de una vez para dar la unci3n de los enfermos y confesiones. Realmente vivíamos apartados. El camino era largo y penoso, más trocha que otra cosa, por lo que quienes solían hacer viajes más frecuentes a San *Rafa* eran los hombres que con sus carretas comerciaban la madera, maíz, mieles de la caa de azúcar y café. De vuelta, traían arroz,

harina, tela, hilos y demás encargos.

Y, a pesar de todo, era tan linda la vida en ese entonces. Tal vez porque la vi con ojos de niña chiquita. No guardo gratas memorias cuando nos tuvimos que mudar al salirle a papá la oportunidad de un amplio terreno en la chingada grande. Vendió barato y nos mandó a alistar las poquitas cosas que teníamos.

Perdimos la casita de San *Rafa* por la mala cabeza de papá. Podía haber estado metida allá dentro, pequeña y sencilla, pero no solo era acogedora, sino nuestra. Sus paredes de adobe y bahareque fueron levantadas por mi padre y un primo de él, ya hace años fallecido. Mi madre, recién casada, se afanó en encalarlas. El techito de tejas de barro permitía que se colara de cuando en cuando el chiflón. La casa era bien ventilada e iluminada, y mamá la mantenía muy limpia. No teníamos tapia y solo un pedazo de cerca de itabos, y ni falta hacía cercar porque entre vecinos pobres como nosotros la tierra era de todos. Meternos a buscar zorros entre los palos de guineos de cualquier terreno era común y compartir la carne con los demás también era la costumbre. Podíamos ser pobres, mas nos sobraba la solidaridad.

Recuerdo que en el solar teníamos las gallinas, un par de gansos despabiladísimos ante la cercanía de cualquier intruso y bravos como ellos solos. Papá había sembrado caña de azúcar y las macollas se hicieron grandes y la caña era gruesa, jugosa y madura. La llevaba a donde un señor llamado don Oldemar para que las moliera, se dejaba un poco del jugo de caña para hacer tapas de dulce como pago por la molienda, y el resto ya quedaba para nosotros.

Como no teníamos tapia, mamá guindaba sus guarías moradas en macetas colgantes en los parales del corredor. Era tan coqueta la casita de piso de tierra. La de ahora podrá tener piso de madera, solo que está tan viejo y corroído que mejor que ni estuviera. La casucha es oscura y el aire está viciado. Le hice aquella invitación por mera formalidad; la verdad no me hubiera gustado hacerlo pasar. Huele a enfermedad, a remedios, a una mezcla de enfermedades, remedios, olvido, apretazón de pecho y desencanto. Le voy a hacer una confesión. Mi papá es como si no estuviera. No hace ya nada, está como consumido. Eso da para otra historia. También tengo dos hermanos que desde que nacieron no son capaces de hacer nada más que pedir comida, llorar, gemir y balbucear; eran tres, solo que uno murió niño.

Así vivimos desde hace mucho rato. La casa es gris como grises son nuestras vidas. Trato de evitar que se me empañen los recuerdos de la vida linda y tranquilamente alegre en la casita de San *Rafa*. ¡Cómo me gustaría no haber nunca crecido y haber permanecido siempre allí, con papá y mamá! Sola con ellos.

—No haga mención de cosas tristes. Cuando a su mente vengan los recuerdos, disfrútelos por las gratas sensaciones que le generan en vez de lamentarse. Incluso yo puedo hacerme un retrato de todo lo que me dice y me genera placer. ¿Ve como todo eso es felicidad? En este caso está vestida de nostalgia.

Habíamos dejado de caminar y nos sentamos en un tronco caído. Eduardo —definitivamente, ya tenía toda la confianza de referir su nombre en mi mente y me era todo un placer hacerlo—, había tomado la alforja y su saco, y enrollándolos los puso a manera de almohada y se echó por completo en el suelo. Dobló un brazo para apoyar mejor su cabeza y la inclinó hacia mí. Yo seguí sentada en el árbol muerto y proseguí:

Dije que teníamos guarías, ¿cierto? ¡Cómo le dolió a mamá que se le echaran a perder cuando nos pasamos a vivir a aquel guindo donde nos metió papá! El orgullo de mi madre eran esas guarías. Sus pétalos, aunque gruesos, eran translúcidos y dejaban ver las ramificaciones de venas, claro, no como las que saltan de mis manos desgastadas y toscas. Ella, la guaría, era toda primor y delicadeza. Nacía de un centro blanco, con matices amarillos y rojos para desparramar su grandeza en morados, fucsias, lilas y rosados. Sus pétalos tiernos se crispaban en los bordes y tal hermosura colgaba al vaivén de los vientos, como queriendo irse con las brisas, pero sabiendo que se trataba de solo un juego. Y entre aquellos colores violáceos, saltaban estallidos dorados. La lluvia de oro se desparramaba en chorros de diminutas florecillas, como pequeñas orquídeas que pendían agobiadas su cargamento amarillo del sol pringado de manchitas rojas. Era una buena vida —reiteré—. En aquellos atardeceres de verano cubiertos de radiantes celajes, se percibía en el ocaso la soledad y la paz

del pueblo. Poco a poco entraba la lóbreguez de la noche fría; en las casas se escuchaba el monótono y piadoso rezo del final de la faena, la madre desgranaba como mazorcas entre sus callosos y hábiles dedos las perlas del rosario, ¡y por fin!, casi gritaban los niños, el jarro de rica agua dulce les era servido con recién palmeadas tortillas de maíz. Ahora sí, todo el mundo a dormir al catre, a persignarse ante la imagen del Corazón de Jesús, a pedir por los vivos y los muertos y a descansar para estar en pie al otro día. Solo algunos, medio atrevidos, se movían entre sombras y avanzaban por las calles desérticas hasta encontrar la pequeña lucecilla que reverberaba en alguna que otra ventana que disimuladamente se había dejado entreabierta.

Anocheecía pronto y el silencio adornado con el cantar de los grillos impregnaba el campo, el traqueteo de las ruedas de una carreta acercándose se escuchaba como un bello ruido acompasado y familiar. Alegrábase uno, porque significaba que ya doña Josefa tendría paz; su marido había llegado sano y salvo.

Si bien mamá era muy creyente, todavía en esos años no le había dado por encerrarse en casa y rezar como monja en convento. Yo había nacido varios años después de casados y, posterior a mi nacimiento, había tenido una pérdida y desde entonces seguía sin quedar encinta. No servía para una familia que vivía de trabajar la tierra quedarse solo con un hijo y, tras eso, mujer.

Mamá le ayudaba con la tierra, así que, aunque también se dedicaba a sembrar, principalmente papá hacía viajes largos llevando y trayendo cargas. Era conocido por ser mulero. Lo que ganaba apenas daba para vivir. ¡Eso sí!, la platica la veíamos llegar cuando se venían las cogidas de café. Ya empezaba uno a ver más carretas pasar y luego regresarse llenas hasta rebozar. Antes de que nacieran los gemelos, yo todavía estaba pequeña y de manos torpes. Aun así, papá dejaba los fletes y nos dedicábamos los tres, papá, mamá y yo, a recolectar el grano.

No era mucho el café que cogía, era pícara, me escabullía a apear guayabas, nísperos, nances y cuanto árbol pudiera trepar a mis escasos años, pues, lo trepaba. —Sonreí con añoranza—. No me decían nada. Yo en ese entonces no tenía responsabilidad alguna, era un animalillo libre y feliz que se acuesta con la mente tranquila y despejada, y así mismo se vuelve a levantar. Terminada la faena, nos regresábamos con el resto de los campesinos. Dejaba más descuidar nuestros cultivos e ir a coger café.

En esos andares de vuelta, siempre se escuchaba las carretas viejas y cansadas que subían la cuesta. Me gustaba las que eran jaladas por un par de bueyes pintados. Si habían amanecido chúcaros, ahora, caída la tarde, mansos de cansancio, pesadez y sed avanzaban a paso lerdo. Las ruedas traqueteaban y la carga se meneaba de un lado a otro. Esos nobles animales jalaban una pesada carga: los granos de café, frutos gordos, colorados y jugosos, así como un puñado de chiquillos bien encaramados sobre el café, haraganeando a pierna suelta algunos y otros entretenidos exprimiendo los granos y enmelándonos más los dedos que ya de por sí guardaban sus buenas costras de mugre. Las racimas de guineos y plátanos que se habían apeado del cafetal se echaban a un lado de nosotros, y el perro cojo se mecía entre nuestros regazos mientras lo espulgábamos.

Yo me quedaba viendo desde la cima en la que me hallaba a mamá y papá que caminaban a un lado de la carreta, junto con los demás, ahora hablando con un vecino sobre un buen remedio, ahora encomendándose a tatita Dios mientras comentaban la reciente pasada a mejor vida de don Pascual, a quien lo pescó una culebra en el maizal y que ya la próxima semana se terminaba el novenario en la casa del finado.

Veníamos todos exhaustos, incluso los niños; la energía vivaracha de la niñez decaía después de tantas horas de recogida de café. Los pies descalzos colgaban al desamparo saliéndose de los bordes de la carreta, sucios y nigüentos, allí yo podía dar nuevamente rienda suelta a frotarlos uno contra otro aplacando la picazón desesperada porque las manos las ocupaba para comer los jocotes y nísperos más maduros y pintones que había estado apeando durante el día.

Eduardo se acomodó mejor, no estaba hecho para recostarse en el suelo mucho rato. Yo hubiera podido estar cómoda por horas. Dejó de mirarme y cerró los ojos. Así pude contemplarlo todo lo que quise. Le seguía el filo de la mandíbula con la vista, sus párpados y pestañas. A duras penas, recordé por dónde iba de la historia y continué:

Recuerdo a uno de los carretoneros que prestaba su vehículo para la temporada de recolección. Era el

buenazo de don Gerónimo, y con él siempre buscaba irme, pues sin prisa guiaba la yunta a paso de bestia. Amarraba los parales de cada extremo de la carreta para impedir que se desarmara de tan cargada como iba. Hábil en los nudos y en el amarre adecuado para asegurarse el sostén, ya don Gerónimo podía dejar que su mente se distrajera con la imagen de la chorreada y el jarro de agua dulce que le esperaban a la par del fogón. Pasábamos al frente de la propiedad de don Maximiliano y se le saludaba a la distancia. Yo no lo hacía porque me caía mal.

Don Maximiliano era de plata, lo sabíamos porque tenía varias yuntas y carretas. Todas para el trabajo menos una, que fue modificada y hacía las veces de volanta adornada con dibujos de flores y elaborados detalles en rojos, azules y blancos y con ella la familia iba a misa y de paseo. La carreta modificada era jalada por un caballito blanco muy dócil o, cuando no, por el par de preciosos bueyes negros, manchados en el pecho con pintas blancas; estaban tan amaestrados que parecían un mismo animal. Lucían fuertes, bien cuidados y alimentados haciendo ostentación de la pujanza que el café proveía a la familia. Estos animales sí que tuvieron suerte, eran más de lujo que de otra cosa. Los otros, los bueyes de las carretas de pobre, de las que del todo ni se pintaban o se hacía de forma poco vistosa, eran los que se partían el lomo, igual que sus dueños.

Años después, cuando logramos huir del barranco al que nos fuimos a vivir por las ideas chifladas de papá y, aunque ya no pudimos regresar por falta de plata a los campos de San Rafa, sino al centro y alquilando, volví a ver a don Maximiliano, más rechoncho si pudiera estarlo, ¡cómo no! Con la buena vida que se daba tras la prosperidad creciente de los nuevos cafetales que había negociado. Lo vi montado en la carreta que parecía volanta y que jalaba el hermoso ejemplar de bueyes negros que un capataz guiaba de a pie, don Maximiliano avanzaba con gran orgullo inaugurando la procesión que daba comienzo a las fiestas de la Inmaculada. En esa vez que lo volví a ver, al percatarse de que ya se acercaba a la plaza, se hizo apiado y saludó con una elegante vara que le servía como bastón y para arrear a sus bueyes. ¡Viejo fachento! Tenía que aprovechar la ocasión para pavonearse en la cabecera del desfile: no todos los días uno puede rodearse del cura, del diputado de la provincia, del alcalde, de la reina de belleza y de tantas otras personalidades que se apersonaron en las fiestas en el centro de San Rafael.

—No tienes un muy buen recuerdo de ese don Maximiliano —dijo Eduardo. Abrió los ojos y se enderezó.

—No, claro que no. Era cafetalero. No acaudalado, porque sus terrenos no eran lo suficientes, pero era el símbolo de esa oligarquía en mi pueblo. Él representaba para mí la disparidad. Todos éramos pobres; él, el único rico, y no recuerdo verlo compartir nunca ni media tapa de dulce, algo que ni entre los más pobres se le niega a otro. Pensaba que la acumulación de su dinero provenía de su tacañería, no estaba tan equivocada porque pagaba mal la fanega. ¡Siendo miserable con sus trabajadores, cualquiera se hace rico!

—¿No tienes esa idea de todos los cafetaleros? —me había tuteado por primera vez.

—No los conozco a todos, desde luego. Lo que sí creo es que el solo hecho de que tengan tanto, mientras otros tan poco, me dice mucho de ellos. ¡Que sí, que el dinero no les cae del cielo! Es cierto, aunque también es cierto que les llega de la tierra, de las matas, del fruto sembrado, cuidado y recolectado por manos que se desgranaban por poco y muy poco. Eso es lo que me parece injusto. Recuerdo una vez que venía con papá de ayudarlo a cortar caña, como en un ataque de furia, el pobre de don Gerónimo harto hasta la coronilla de que sus bestias no avanzaran hacia la orilla, hundidas hasta el fango en medio río; las azotaba sin misericordia y en su desesperación los animales con el yugo al cuello hincaban con dolor sus rodillas. Con claridad vienen a mi mente los bramidos de aquellos pobres animales y también la triste congoja de don Gerónimo, que quería regresar a casa, hambriento, calado de frío, cansado y con los pies abiertos y sangrantes, después de haber estado todo el santo día sacando tucas del bosque y arrastrándolas hasta el aserradero.

»Esas eran las historias de mi gente. Mientras tanto, los señorones de cuello blanco, figurines

que no saben lo que es trabajar la tierra, hacen y deshacen a su antojo sin tomar en cuenta el resultado que dejan ellos en los demás y, tras eso, se la pasan en pura banalidad y holgazanería y lujos. Eso es con lo que no comulgo. Que sí, que se hacen de plata porque tuvieron pipa para los negocios, pero no es solo eso, alguien no se hace tremendamente rico o tremendamente poderoso solo por sí mismo, sino a cuenta de otros. Así mero, usufructúa las ganancias que obtiene del trabajo de los otros, mientras que estos, a pesar de generar riqueza, solo la ven acumularse en pocas manos. Yo seré muy ignorante y usted me podrá dar mil explicaciones; nada me impedirá seguir diciendo que en la historia de la humanidad la lucha por reducir las desigualdades no es tan fuerte como la que se da por mantenerlas.

La narración, que había sido nostálgica, terminó con un cariz agridulce. Convinimos en silencio que era momento de emprender el regreso. El sol estaba cayendo y el viento se sentía ahora frío. De cierta manera, los momentos de felicidad se habían consumido y el presente nos vino de vuelta. Acercándonos ya al carro, me dijo:

—No me ha dicho qué le ha parecido la oferta que le propuse en la nota —volvió a tratarme de usted.

—Es por mucho bastante elevada. Es, en verdad, bastante. Me pregunto si me puede adelantar una parte. El resto pienso dejarlo consignado.

—Precisamente, a eso iba. ¿Cuánto requiere?

Era bastante triste hablar de eso. Era horrible ponerle fin así a un día tan maravilloso.

—¿Podría ser la mitad?

—Desde luego. Si precisa de todo, no tengo inconveniente alguno.

—No, es mejor así.

El vehículo estaba esperándonos, y don Agustín contó una anécdota sobre la señora que le preparó el almuerzo. Aparte de eso, el viaje fue bastante callado. La noche se vino encima y, aunque no me sentía cansada, me encontraba sin mucho ánimo. Cómo se podía pasar de unos sentimientos a otros tan opuestos en poquitico tiempo y por la misma razón: él.

Llegamos a la callejuela de mi casa. Me bajé del carro, y él también lo hizo. Le pidió a don Agustín que abriera la cajuela de nuevo y de allí extrajo unos paquetes. Me acompañó a la entrada de mi casa. Yo giré para verlo y acepté en silencio lo que me entregaba.

—Pues que descanse usted, señor.

—Quise hablar de un tema al inicio de nuestro encuentro, después sencillamente lo olvidé. —Respiró profundo y habló con voz inusualmente baja, incluso trémula. Con la cabeza algo cabizbaja, lucía muy humilde—. Vine con dos excusas, la primera, preocupado por su alimentación; la segunda, como bien me lo dijo usted, innecesaria, pues Martínez me mantiene informado. La verdad es que quise reunirme con usted, porque deseo saber más de usted.

—¿Por qué hace eso? —No quería escuchar algo que deseaba oír. «¿Para qué lo dijo? ¿Qué sentido tenía?». ¡Oh!, en vez de sentirme excelsa, me atormentó—. ¿No es suficiente con saber lo que digan los estudios médicos? —inquirí con frustración, sin contención—. No debimos tratar más que eso. ¿Para qué pasamos esta tarde tan requetebonita? ¿Para qué quiere conocerme?

—¡Quiero conocer su corazón, quiero conocer su alma! Así de profundo, así de trasgresor. Quiero conocer su alma —dijo con desesperación. Rompía con ese comedimiento con el que se restringía—, esa que dice usted que es turbia y con manchas que la afligen.

—¿Y para qué eso? —dije, queriendo gritar, con el pecho desgarrado—. ¿Para qué hace eso? Entre menos sepamos el uno del otro, mejor. Desde un principio se fijó eso y, sinceramente, es lo más correcto. Hoy fue inigualable. Sin embargo, no tuvo que haberse dado y, aun así, no me quito de encima que hoy fue un sueño maravilloso. O lo fue hasta ahora, que volvimos a la

realidad.

—Lo cree usted también.

«¿Por qué no se contenía? Tenía que dejar de hablar así. Alguno tenía que hacerlo».

—Si usted también lo cree, ¿por qué no lo deja así y no hablamos más de ello?

—Porque sigo sin asimilarla. A usted. Sí. ¡A usted! Mientras yo me aferro a cualquier esperanza que signifique vida, usted está aquí para entregarla sin mayores miramientos. Y me parece aún más increíble que sea por dinero, aunque veo que usted no se interesa por él. Hay libros con frases tan poderosas que marcan vidas. Yo llevo grabadas las del gran Verne: «Mientras el corazón late, mientras el cuerpo y alma siguen juntos, no puedo admitir que cualquier criatura dotada de voluntad tenga necesidad de perder la esperanza en la vida».

—*Siempre se llega a un punto de no más esperanza. Que lo digan todos los que están en el cementerio.*

—No me puede decir que muchos de ellos no lucharon hasta el final.

—¿Quién dice que yo no estoy luchando? Usted no conoce ni mis fines ni mis razones. Además, tengo una firme convicción: «Rendirse es también una forma de vencer».

—Creo que no soy capaz de comprenderla.

—Me basta conmigo. Pues soy yo la de la decisión y la del resultado. Le agradezco su preocupación, le acepto sus ademanes corteses conmigo y respeto su curiosidad, y no dejo de cuestionar: «Sinceramente, señor, ¿no le parece que esto es un sinsentido?». Por mi bien, por el suyo, no quiera conocerme. No tiene sentido. Soy una ignorante en muchísimos aspectos de la vida, así que puede que mi percepción esté totalmente errónea, pero con sus acciones me están confundiendo.

Usted no puede estar más confundida de lo que yo lo estoy. Yo no sé lo que estoy haciendo. Yo solo me despierto y vago, y hago como que apruebo y le doy cuerda a las cosas, como si tuviera entendimiento, mas mi mente está distante de todo lo mundano que me rodea. Yo solo pienso y pienso y pienso en usted. Me siento tan atormentado y tan encantado. Quiero saber qué hay en usted que me hace pensarla tanto. —Hizo a un lado los paquetes que yo tenía en mis manos. Estaba muy fuera de su propio dominio—. Yo sabía que, llegado el momento en que encontráramos al donante compatible, tendría que reunir todo el valor para enfrentar lo que conduciría a ello. Fui firme en querer conocer personalmente a quienes pasaran la primera prueba solo para saber que eran personas decentes y no seres viles corrompidos o que estaban allí a la fuerza. Aparte de eso, me confiaba al criterio médico de Martínez y con ello estaba conforme. Y usted, con una sola carta, me perturbó.

No era analfabeta, la letra era pulcra, los trazos firmes no mostraban un pulso tambaleante, propio de alguien sumido en el nerviosismo; se mostraba respetuoso, así como claro: no atendía mi solicitud, solo me la retrasaba con delicadeza. No ponía firma ni despedida, solo lo sustancial, un párrafo breve. Parecía conocer de la norma de etiqueta en la correspondencia y declinaba la pomposidad sin lugar que una carta demasiado cuidada en sus detalles traía en una comunicación con fines como estos.

Supuse dos cosas: esos carajos me estaban engañando, poniendo a escribir a algún letrado de buenos modales o la persona era real y no era alguien consumido por la vida y sus vicios, un diablo sacado de alguna esquina en un bar. Eso me intrigó tanto. ¿Quién, si no estaba siendo obligado o buscando engañarme, despreciaba la vida? En todos mis años de existencia, no había conocido a alguien así. Para mí era indispensable no solo recibir el visto bueno del médico, sino que necesitaba conocer a la persona que me daría lo que tanto he buscado.

En ese primer encuentro, digamos que se sació mi curiosidad en tal sentido. Era una persona decente y no una estafa. ¡Por Dios, qué abominación, una mujer!, una mujer pensante, crítica, envalentonada. ¡Una mujer!, la persona con el cuerpo que justamente proveía la más conveniente constitución física según las indicaciones médicas.

Atormentarme, declinar, recapacitar, odiarme, reconocer la necesidad, despreciarme, justificarme; pasé días

borrascosos para convencerme de que, ya que usted estaba decidida, el que fuera mujer no tenía que impedirme seguir. Aun así, mi mente no quedaba conforme, mucho menos mi corazón. «Es algo más lo que te martiriza de esta mujer, pero ¿qué?», me repetí mil veces y otras mil más. El deseo de conocerla, en vez de disiparse para evitar mayores sufrimientos, se intensificó.

Bien he podido abstenerme de ir a las citas con Alfonso cuando usted está allí, ¡qué carajo! Mi razón no me manda, la sensatez me abandona, el sentido común simplemente no tiene brújula y estoy aquí, sabiendo que no debería estar, que deseo y no deseo mirar a sus ojos, que me estremezco con cada frase inquietante suya y que necesito saber que no soy un monstruo para usted.

Finalizó suplicando. Me tomó de las manos y las retuvo entre las suyas. Él me miraba a los ojos. El corazón me latía a reventar, bajé la vista y, a pesar de la fascinación del momento, quería ver esa unión. Era tan desigual. Mis manos, suaves y delicadas. No. Ásperas y afeadas. Los nudillos anchos, inflamados, enrojecidos, los dedos tiesos, incapaces de sentir toda la delicadeza de su piel ajena al trabajo rudo. Las uñas carcomidas con prolija cantidad de uñeros alrededor. Limpias al menos y, ¡cómo no!, con la cantidad de líquidos y polvos que usaba para sanear los cuartos del hospital.

Algo se sacudió. Se estiró desperezándose lenta e irrevocablemente. Fue como una toma de consciencia, un descubrimiento. Me aterroricé. «¡No!».

Me solté de su apretón. Yo sentía la calidez y la tensión de su piel y no quería imaginar lo que él podía sentir. Estaba pasmada. Yo era una mujer madura. Nunca había tenido una época de romance, mucho menos ahora. Todo esto me parecía tan estrambótico que hasta se me asemejaba a una comedia. Esto quedaba para la juventud, no para ahora y menos en las circunstancias en las que se daba, y menos para alguien como yo, en la que nunca nadie en la vida se fijó.

Los sueños se habían evaporado conforme pasaron los años. Pero, en ese momento, aunque pensaba eso, mi cuerpo y emociones reaccionaban de otra manera, me sentía tan chiquilla, con esa alegría que tiene un niño ante un presente maravilloso que ha aguardado todo un año, toda una vida, y que le han obsequiado con gran cariño sus seres más queridos. Por otro lado, también sabía que ese regalo me sería quitado.

—Señor, usted se está tomando todo esto a pecho. Pensé que era una persona más reflexiva, veo que no. Será mejor que a partir de ahora se abstenga de comunicarse conmigo. Para eso está el médico y así lo prefiero yo. Y, si todo esto se puede acelerar lo más posible, pues mejor. Le tomo lo que me ofreció y buenas noches. Y agradecería también que, apenas pueda, me dispense el dinero —dije mientras recogía, en efecto, los paquetes que él había dejado en el suelo.

No sé cómo pude decir aquello, realizar tal acción y andar hasta abrir la puerta de la casa, sin verlo, sin gritarle que ya estaba arrepentida de lo que dije, que nada era así. Ingresé, cerré la puerta y le dejé ahí solo con mis palabras y su peso. Si yo era cruel, él también lo era diciéndome todo aquello.

La felicidad era un puñado de instantes que quedaban en el pasado. La felicidad no era un bien que se pudiera multiplicar y guardar para el futuro, pero la tristeza, esa sí, persistía. Mientras que la alegría era un chispazo fugaz, la tristeza y la amargura eran un plomo echando raíces opresoras.

Capítulo 7

La noche de ese día fue una vela. Me velé a mí misma. ¿Por qué a veces se actúa de manera tan ilógica, tan antinatural? ¿Por qué no respondemos simplemente a los instintos y a los sentimientos del momento? A esa necesidad tan genuina, tan sincera que brota de adentro como un manantial, a ese cosquilleo que retumba por todo el cuerpo y que, sin embargo, hay algo que ata, que impide hacer lo que se desearía hacer. ¿Cómo pude actuar así? ¿Cómo pude rechazar? Sí, esa era la palabra: rechazarlo. Pensaba en eso mientras divisaba en la oscuridad la triste escena de la covachita: cinco almas viviendo allí, unas tan solas como las otras; todas sin esperanza, viviendo por vivir, y hacía un par de horas mi corazón había vivido como nunca, pero ajena a aquello, creyendo que no era algo verosímil, lo maté cruelmente. Como cuando se admira una flor de gran delicadeza y belleza, y al acercarse a acariciarla, se aprieta un poco más para sentirla plenamente y, sin planearlo, se termina estrujando entre el puño.

Pasaron un par de días. Yo seguía tomando a consciencia las píldoras y preparados. Comía con mucha fidelidad a la dieta y empezaba a darme cuenta de algo: que, a pesar de que la jornada en el trabajo era ardua, no estaba tan soberanamente agotada como solía quedar. Triste sí, solo que eso se debía a otros motivos, en cambio no me sentía invariablemente cansada. Era más un dolor de los músculos esforzados, que una debilidad persistente. Eso me hizo ver que los pobres estábamos limitados también por llevar una mala alimentación. Un cuerpo con fuerzas me ayudaba a tener una mente plena.

Llegué un día a casa y sin sentir esa necesidad de caer inmediatamente rendida a la cama; después de ayudar a mamá con los gemelos, me puse a buscar el único libro que no me atreví a vender, el de cuentos que leíamos en la clase de letras en el liceo. A la luz de una candela me puse a leerlo. ¡Qué poder tiene un libro! Yo ya no era yo, yo ya no estaba en aquella covacha, yo ahora era el intrépido y sagaz personaje que descollaba valentía de aventura en aventura. Devoré con hambres atrasadas la lectura, incluso los análisis literarios que acompañaban los cuentos. Ávida, seguí buscando en un viejo baúl y encontré dos ejemplares de *Repertorio Americano* que alguna vez me habían regalado, las palabras desnudas y humanizantes de Mistral y Lyra me recordaron una realidad, más allá de los lindes de mi vida, que yo ya había olvidado. Me dije que al día siguiente pasaría a la biblioteca a pedir prestado varios libros. Nunca tuve la capacidad de viajar, mas sí la de imaginar como gran consuelo. Había olvidado el poder de las palabras y los juramentos que me hice de colegiala. Nada quedaba, solo las palabras que me seguían removiéndose internamente como desde el primer día.

Sin embargo, al día siguiente no tendría tiempo para ello. Temprano, muy temprano, antes de que saliera hacia el hospital, mi corazón se estremeció ante la llegada de un nuevo telegrama. No fui al trabajo. En cambio, asistí obedientemente a la esquina este de la Inmaculada, divisé el carro, abrí una de las portezuelas de los asientos traseros y me fui topando con un hombre cuyo sombrero le tapaba la faz. Sabía a lo que iba, solo que no esperaba verlo allí. Otra vez la locura: caos en mi cabeza, temblor en todo mi cuerpo y un corazón arrebatado. Estaba allí el señor de ojos taciturnos, iba vestido de una manera muy sencilla y, aun así, elegante: una camisa blanca cerrada hasta el cuello y sin corbata, un saco de un gris claro colocado sobre las rodillas. Eduardo. Eduardo algo, Eduardo no sé qué. Eduardo Aire, Eduardo Todo; Eduardo, que me necesitaba; Eduardo, a quien yo también necesitaba.

Debía notárseme mi turbación porque me volví torpe e insegura.

—Buenos días. Se le ve mucho mejor.

—¿Cómo dice? —y corregí—. Buenos días.

El chófer encendió el motor, pero yo no hice intento de entrar.

—Disculpe mi descortesía por no abrirle la puerta. Permítame.

Mientras decía esto, salió del carro.

—Creí que si me veía no se hubiera acercado.

Sin embargo, no era consecuente con sus palabras, pues más bien cerró la puerta.

—Sin duda se le ve mucho más saludable.

—Eh, sí. He seguido-he seguido todas las indicaciones del doctor.

—¿Gusta entrar?

Me quedé vacilante. Después de todo lo que dije, que no quería verlo, que estaba muy mal y era totalmente contraproducente lo que hacíamos. Él estaba allí para ir juntos a la cita médica, diciendo que había permanecido escondido en el carro para evitar que yo me echara atrás.

Al ver mi indecisión, procuró retomar el tema:

—Le agradezco demasiado que siga el tratamiento. En verdad, la encuentro muy bien. —Se detuvo al reconocer la expresión de mi rostro—. Veo que le incomodó mi comentario.

—Es que yo... Usted está aquí. Saluda como si nada, me dice que me veo bien y me resulta tan raro, inaudito —dije sin saber qué decir.

—Es cruel con usted misma. ¿Por qué se quiere y estima tan poco?

Y aquí íbamos de nuevo, cualquier cosa era un acicate. ¡Cómo tenía los sentimientos a flor de piel!

—El mundo me ha hecho así. ¿Es que cree usted que las privaciones materiales, de las que usted evidentemente ha sido exento, no reprimen el alma, los deseos y la voluntad? ¿Cree que en medio de mi pobreza me nace levantarme cada día silbando y cantando? Preguntarme por qué me estimo poco, dadas mis condiciones, es un insulto. Hay un momento en que una ya no puede más. Hay un límite, una no puede seguir viviendo así y no me refiero solo a una situación de pobreza material, sino a la pobreza de salud, de amor, de justicia y dignidad. —A pesar de que quise detenerme al ver que mis palabras le hacían daño, no pude hacerlo—. Me cansé de luchar, estoy aquí y lo único que quiero es venderme, y usted trata de ser moralista y replicarme cuando es usted el que me va a comprar para luego desecharme, porque su afán es materialista y solo le importa tener un órgano que signifique la ansiada salud que busca, porque usted es egoísta y yo soy egoísta, y todos lo somos y no queremos sufrir, sino ser felices.

Me desbordé. ¡Diantres! Estaba feliz de verlo y a la vez me dolía tanto. Estaba hecha un lío, recordaba los términos en los que yo había quedado con él la última vez que nos vimos, hacía tan solo un par de días atrás y también recordaba las sensaciones vívidas.

—Disculpe mis rabietas y también mi pregunta: ¿tiene que estar presente en todas las citas de control que yo tenga?

Había enmudecido, no me quitaba la vista. Luego agregó vacilante:

—No tiene nada que disculparse, no me ha dicho nada más que la cruda verdad. Solo una cosa, ¿le molesta mi presencia?

—Sí. La verdad es que sí y creo que, en la ocasión anterior, le solicité que no siguiéramos con esta pantomima.

Pudo sonar grosero. Sin embargo, él supo entender bien. Me retiró la mirada y miró pensativo hacia el frente:

—A mí también se me da muy mal cada vez que la veo.

Silencio.

—¿Entonces?

—Entonces nada.

Silencio. Luego él retomó la palabra.

—Si gusta entrar al carro, se lo agradeceré. Si me pongo a buscar un vehículo de alquiler, no llegaré a tiempo donde Alonso. Prometo permanecer callado durante el recorrido.

El viaje transcurrió en completo mutismo. Uno que me abrasaba. Pude decir tanto, pero no tenía sentido. Es que no lo tenía.

Llegamos al mismo sitio donde el doctor Martínez tenía su consultorio. Detecté la intención de mi señor de ojos tristes cuando se bajó del carro. No quería sus gentilezas de caballero. Reaccioné rápido y por mi cuenta bajé y rodeé el carro en la dirección opuesta a la que él se me acercaba. Aunque quedé de espaldas, supe exactamente su reacción. «¿Esa sensación de conocerle bien y que todo de él me agradase era racional? Sin duda que no».

Al tocar el timbre, una señora salió a recibirnos. Momentos después nos hallábamos frente al médico en su consultorio.

—Me alegra decir que las pruebas del hospital no pudieron arrojar mejores resultados. Eso significa que, dependiendo de un último resultado que está pendiente, nos encaminamos a la última etapa del proceso. Precisamente y como te notifiqué, Eduardo, estoy a la espera de ese resultado determinante para cruzarlo; en otras palabras, estoy a una llamada telefónica de pedirle a Villafuerte que aliste su equipo y se venga al país. Así de cerca estamos —se silenció un momento y agregó—: Te devuelvo los documentos médicos que me facilitaste.

Extendió un sobre grande que fue recibido del otro lado del escritorio y, dirigiéndose ahora a mí, me explicó:

—Señora, disculpe, señorita, todo ha salido más que bien y la continuidad del proceso depende de una prueba que está por llegar. Han quedado conmigo en que hoy, a eso de las nueve de la mañana, la traerán, razón por la que los he citado a esta hora. Mientras tanto, necesito tomarle una nueva muestra de sangre para ver qué tanto hemos mejorado con respecto a la anemia. —Ahora volviéndose hacia Edu, hacia él, señaló—: ¿Salimos un momento? Necesito intercambiar un par de palabras contigo. Espérame en el salón de reuniones —y ahora otra vez hacia mí—: Regresaré tan pronto como termine de hablar con el caballero. Me disculpo si queda sola un momento mientras le toman la muestra. Solicité que se presentara solamente una enfermera. Como comprenderá, entre menos personas estén relacionadas con el asunto, mejor.

Unos pocos minutos después, la puerta se abrió e ingresó la que nos había recibido en la entrada la vez pasada. Tomó la presión, me pesó, me extrajo sangre y preguntó si había seguido las indicaciones de alimentación que me habían prescrito. En eso, un timbre a la lejanía sonó. Ella pausó la toma de notas y me dijo:

—En breve regreso. Disculpe usted, el doctor me pidió estar atenta al timbre. —Dicho esto, se fue para pronto regresar. Traía consigo una carta lacrada.

Continuó con sus preguntas: que si mareos o zumbidos, que si la debilidad del cuerpo, que si daba bien del cuerpo y demás retahíla de carajadas. Sonó el teléfono de la recepción, así que volvió a dejar sus notas a medias. Salió, dejando la puerta abierta y el mentado sobre encima del escritorio del médico.

—Buenos días, señora de Morales. Comprendo, lo que pasa es que durante la mañana no se está atendiendo —escuchaba decir a la enfermera desde lejos—. Sus achaques ya son propios de la edad, no es ninguna enfermedad ni nueva ni grave. Los doctores Fuentes y Valladares llegarán después de la una. Comprendo, en ese caso, ¿por qué no manda por el medicamento a la droguería? ¿Se le perdió la prescripción? Claro, no se preocupe, señora de Morales, déjeme

buscar y se la dicto.

Yo miraba el sobre. Debía ser el que contenía el resultado tan esperando por el médico, por él y ahora por mí. No le quitaba la vista. Tan absorta estaba que me sobresalté bruscamente al percatarme, tardíamente, de la presencia de alguien. La puerta había permanecido abierta y entraron sin que me percatara. Sentía como si me hubieran pescado robando, así que, como disimulando, comenté casual:

—Estoy realmente sorprendida. No se trata solo de su consultorio particular, sino que toda la clínica privada está cerrada. —Con los pensamientos sumidos en otra cosa.

—Exigencias del caballero y es mejor así, esta clínica es muy respetable —dijo el doctor Martínez sin inmutarse—. Le ruego que me dispense de nuevo.

Se llevaba el sobre. Su contenido decidía mi futuro, el nuestro tal vez. Su salud, sin duda alguna. Allí estaba el boleto para su salud y el de mi muerte. Estuve quieta, muy quieta, como pegada a la camilla en la que permanecía sentada. Y de la nada el corazón se me alteró. Un sobresalto de energía. Pegué un brinco y abrí la puerta que el doctor tras su salida había cerrado. No abría. Me habían encerrado. Insistí y cedió, solo era yo que me temblaban las manos incontrolablemente. Salí. El susto menguó. La secretaria al teléfono, alzando la vista de un libro que consultaba a un lado de su escritorio, me observó.

—¿Me puede decir dónde quedan los baños?

—Siga por este pasillo —murmuró indicándome con la mano—. La última puerta del lado izquierdo.

Y volvió con el dictado por teléfono.

Cuando salí de su campo de visión, empecé a buscar el salón donde ellos estaban, guiándome con la rotulación que tenía cada aposento. Lo encontré, se hallaba en ese mismo pasillo. Pegué el oído a la puerta. No escuchaba nada. Sin poder contenerme, abrí lo más quedamente que pude un resquicio de la puerta.

Escuchaba. Parecía escuchar algo, pero no estaba segura. Un latido inclemente instalado en mis oídos me taladraba. ¿De cuándo acá tenía el corazón en los oídos? Me dejaría sorda. El médico se hubiera dado gusto midiendo una palpitación como aquella que me quería hacer saltar el corazón. Abrí otro poco más. Alcancé a escuchar varias cosas, por ejemplo, el rasgado del sobre, el desdoblado de una hoja y luego la voz del médico:

—Eduardo, amigo, las muestras hechas a ambos dan una afinidad absoluta. Sangre, tejidos. Todo. La revisión de sus órganos internos arrojó los mismos resultados. El trasplante es completamente viable.

El corazón me dejó de latir. No tengo duda de ello. Dejó de hacerlo al escuchar el brote de un sollozo acallado y reanudó su marcha cuando este brote se desbordó. Ya sin cuidado, abrí un poco más la puerta. Ahí, de pie en el umbral de la puerta a medio abrir, le vi. El médico estaba de pie, giró al verme, pero él, mi él estaba ajeno a todo. Yacía acuclillado, con la cabeza pegada contra sus muslos, acallando un llanto de profundo dolor, como... como quien llora al dársele la noticia repentina de la muerte de uno de sus seres más queridos.

¿Me lloraba a mí? Al fin y al cabo, su vida era mi muerte. Pero ¿qué era mi vida en comparación con la de él? ¿Cómo entonces poner en consideración la muerte de una vida sin valor por la continuidad de una vida útil y bella? No tenía sentido. Era obvio. Y yo lo reconocía, lo reconocí en ese momento: yo entregaría mi carne, mi cuerpo por amor a aquel hombre. «No llores por mí».

—¡Vivirá, vivirá! —exclamó sin aliento.

Y no fue una exclamación de apoyo proveniente del médico Martínez. Era la voz de Eduardo.

«No lloraba por mí. Tampoco por él».

Alcancé a comprender en ese chispazo de amarga lucidez que estaba llorando de alegría. No de dolor. Y nunca fue por él. Sus profundas ojeras y el cansancio de su rostro no eran signo de enfermedad alguna, solo del sufrimiento de perder a alguien. Me tenía aquí para darle vida a ese alguien, a alguien que él no quería perder y por el que lloraba con verdadero desgarró.

—¡Vivirá, vivirá! —repetía, desgarrándome el corazón.

Me retiré de allí. Sabiendo bien que sería solo por un rato, yo regresaría mansamente a él. Eso lo sabía. Ahora no. Todavía me pertenecía a mí misma. Aunque ya no era dueña de mi destino, lo era del presente y del pasado. Y el presente me estaba ahogando y me resultaba completamente insoportable. Necesitaba salir y jadear a bocanadas la vida. ¡Cuánto hubiera dado por volver a mis días insípidos! En aquellos el sufrimiento era diferente. Hasta podría decir que del todo no sufría porque ni siquiera era capaz de sentir. ¡Burda mentira! Lo que pasaba desde que lo había conocido fue que mi corazón volvió a latir con ímpetu, con destino, y desde entonces no ha hecho sino sufrir el doble. ¡Qué absurdamente tonto era todo aquello! Yo sufría por mí, por él; él sufría un poco por mí, pero sin duda había alguien más por quien él entregaba todo. ¿Quién era esa persona cuyo corazón era más digno que el mío?

Sentí celos, rabia. Me entristecía pensar que mi vida era para él, solo que esa tristeza no se comparaba con el dolor de saber que él la tomaría para dársela a alguien más, me descorazonaba. Yo era un objeto, una cosa que él ocupaba.

Vagué por aquellas calles. No sabía dónde me hallaba y poco me importaba. Al final, después de mucho andar, pregunté cómo llegar a la estación del tren y me regresé a Heredia.

Las caras de la moneda, caray. Horas antes me decía a mí misma que con gusto daría cualquier parte de mi cuerpo por ese hombre, y ahora lo haría también, aunque mi alma entera estuviera cubierta por un baño de hiel, sin ensoñaciones empalagosas, sino simplemente como lo que siempre ha sido, un negocio por el que seré bien recompensada. La claridad de esta conclusión me hizo serenarme. ¡Qué estúpida había sido dando pie a espejismos e idealizaciones banales!

Estaba vez no me tomó por sorpresa, vi su carro aguardando a la distancia de mi casucha. Corté el paso. Si él podía esperar a que yo llegara, yo podía aguardar a que él se fuera. Favor que me ahorraba el encerrarme en casa. Bastaba con dar un rodeo, internarme por un par de cafetales y saltarme la tapia de itabo que lindaba con las casuchas en fila donde vivía. Suspiré agobiada. Este torbellino de sentimientos incompatibles entre sí me haría terminar como una loca deschavetada: a pesar de como sentía mi corazón, yo quería verlo.

Él permanecía afuera del bonito carro azul marino con celeste, inquieto, cambiando constante de posición y mirando recurrentemente hacia la bocacalle. ¿Ansiedad por mí? ¿A causa de qué? ¿De perderme a mí como-como muj..., como persona o de perder a su donante?

El trasplante no era para él. Eso debería alegrarme infinitamente, estaba sano. Y, aun así, ¿por qué no? ¿Qué egoísta y malsano pensamiento me hacía querer que él necesitara tanto de mí, tanto como la vida misma? Era enfermizo. ¿Por qué llevaba rato diciéndome: «Haces esto por dinero, por dinero y porque la vida es una mierda»? ¿Por qué a la vez quería correr hacia él, llorarle en el hombro al mismo tiempo que sacudirlo y empujarlo? Desahogarme, reclamarle. ¿Por qué? ¿Tal vez porque hacía muchísimos años no me sentía valiosa para alguien, ni para mí misma, tal vez porque quería ser la «causante» de que él «tuviera una segunda oportunidad de vida», tal vez quería llorarle porque me sentía tan dolida de que él me sacrificara a mí para salvar a alguien más, alguien que para él era mucho más importante que sus principios y su moral, y que de cualquier sentimiento que yo le podía generar.

Se cansó de esperar, mandó a su chófer a pie a hacer algún tipo de mandado. El mandado era

traer al chiquillo alto, espigado, cundido de marcas de varicela que me entregaba los telegramas. Lo relevaba como centinela. Intercambió varias palabras con él y a poco el chófer arrancó. Me oculté por completo y vi pasar el carro de largo.

Di el rodeo en cuestión. Me encaramé en la tapia de itabo y entré a la casa por la puertecilla trasera. Ni cuento cómo pasé esa noche.

Al día siguiente, yo seguía sin estar lista para dar la cara, así que me tocó despistar al muchachillo cuando salí hacia el hospital. Me pareció discernir un instante de confusión en mamá al verme con un par de pantalones de papá encaramados, mas no dijo nada. Nada de mí le interesaba. Yo seguí cambiándome. Tampoco a mí me interesaba nada. Busqué un blusón ancho que me ayudó con la transformación. El pelo, aunque corto, decidí esconderlo dentro de un sombrero viejo y roído que tomé de uno de los horcones de la casa. Una vez, las señoras del club de caridad al que pertenecía la esposa del doctor Santamaría le trajeron a papá varios sombreros en muy buen estado. Esa ha sido una de las pocas veces en que he visto a papá levantarse a ver algo con interés, desde que la vida le valió nada. Después de que las doñas se fueron, los agarró y los fue a tirar a la acequia cercana. Por lo poco que lo conocía, debió sentirse sumamente ofendido ante aquellos colores osados de la nueva moda.

Salí fingiendo normalidad, y el chiquillo trasnochado y echado entre el suelo y la pared de la casuchilla cayó en el engaño. Yo llevaba una enagua en un costalillo que me cambié al llegar al hospital. Trabajé con normalidad, pero no con tranquilidad, mi mente no guardaba compostura. Si la noche había sido un tortuoso oleaje de celos, tristeza y amargura; durante todo el día me hallé naufragando entre el remordimiento, que era justo el sentimiento que necesitaba para continuar con todo.

Fuera como fuera, él me ocupaba y yo le serviría. Había sido la persona más atenta y especial conmigo sin mostrarme compasión o lástima, además de la niña Tinita y, por otro lado, me había estado dando dinero. Yo podía tener muchos fallos, incluso ser ahora una asesina, pero me quedaba palabra y también vergüenza de robar ajeno.

Al caer la tarde, de vuelta a casa, el chiquillo seguía allí, no supe si había cambiado de guardia o qué, solo estaba ahí. Silenciosamente, me le acerqué y le silbé quedito al oído. Pegó un brinco muy gracioso. Me caía bien.

—Dile a tu patrón que estoy aquí, que no me he desaparecido ni lo haré. Dile que pregunto yo cuál es el siguiente paso. Ya hemos perdido mucho tiempo. Ve y díselo con estas palabras, Petro.

—Pero no me llamo Petro. No se va a ir, ¿verdad?

—Pues ahora te llamas Petro y cuidado, no le pongo un nombre realmente feo. Corra, póngale. Ya le dije que yo doy la cara.

Desconcertado, entre salir corriendo y quedarse, titubeó:

—Es que antes ocupo que conteste este telegrama.

Lo leí. Yo no tenía nada que responder, excepto ese loco corazón. Ese tenía tanto para gritar.

Capítulo 8

[...] pero un hombre amó el alma peregrina en ti,
y amó las penas de tu rostro que cambiaba.

WILLIAM BUTLER YEATS ,
Cuando seas vieja

—¿Por qué te desapareciste? Alfonso me dijo que escuchaste a hurtadillas mientras él y yo estábamos reunidos, luego huiste.

—Tranquilo con eso. No hui. Caí en cuenta de algo y fue muy impactante para mí, pero eso no quiere decir que desista de nada. Óigalo bien, de nada. Estese tranquilo.

—¿Me podrías decir qué fue lo que te generó esa respuesta? Yo vivo atormentado, y la única, ¡comprendes esto! —dijo casi gritando, en un temblor—, ¡la única cínica, vulgar, inmunda, maldita y aparente justificación que tengo para decir: «El daño que le voy a hacer a estar mujer es plenamente aceptado por ella» es esa máscara fría e imperturbable con la que me dice: «¡Yo no quiero la vida, continuemos con esto!». Y ahora te veo huir cuando recibes la confirmación de que hay compatibilidad, lo que vuelve posible el trasplante —terminó en un doloroso susurró.

«¿Cómo estaba yo ahí con él?». Para esto no tenía explicación. Era algo enfermizo. Deseaba tanto estar con él, así como hallarme separada por medio mundo. Era una necesidad. Le amaba y, de cierta manera, le odiaba. Deseaba verlo y verlo me dolía tanto. Le rechazaba en público y en privado lo invocaba en cuerpo, pensamiento y palabra. Eduardo todo, Eduardo nada.

Yo no debía responder a ese telegrama y, sin embargo, lo había contestado y ahora estábamos juntos en su carro. Sin chófer. Primera vez que lo veía al volante. No tenía idea de hacia dónde íbamos, pero dio igual, el tema lo empezó a sofocar. Se aflojó la corbata y se desabotonó el cuello. Paró el carro a un lado de la calle. Era de noche. Una farola irradiaba abundante luz en el interior del carro.

—Ya le dije que no escapaba. Véame, aquí estoy. Si yo quisiera, usted no me vería más...

Me interrumpió para con voz muy seria preguntarme con inocencia:

—¿Estamos haciendo bien? —Se había volteado hacia mí y me miraba tratando de escudriñar mis pensamientos, concentrado, con el ceño fruncido remarcándole las arrugas.

—Sí, diría que estamos haciendo bien —expresé con el dolor de mi alma. Él percibió ese dolor, así que procedí a justificarme—: No todo lo bueno tiene que ser necesariamente alegre o beneficiar a todos. Lo que es bueno para el ganso no lo es para la gansa. Así son las cosas, así es la vida. Usted tranquilo con su conciencia, al final todo se resume en eso, en una cuestión moral que atizará los pensamientos de vez en cuando o muy seguido. Tendrá que saber vivir con eso. Se toma una decisión y listo, a cargar con las consecuencias. Usted no deja de ser más humano ni más sensible ni menos ciudadano crítico ni buen hijo por sacrificar la vida de una miserable como yo.

—No hable así ¿Y su humanidad? ¿Qué me dice? —la angustia colgaba de su voz.

—Hace mucho que la perdí, tantos años tratada como un títere en manos de un maromero, siempre a merced de los demás. ¿Así cuál es la ganga? —exhalé resignadamente—. Déjame contarte algo —empecé a tutearlo. Extrañamente, me sentía cómoda desahogándome—. ¿Te parece? Tal vez así me entiendas mejor. Yo hago esto, no porque estoy sola, sino porque me siento sola y, como comprenderá, sumado a la ausencia de esperanza, es un combustible que arde

fácil. Cuando ya no se tiene esperanza de que las cosas cambien y la soledad es la única acompañante, todo se va por el desagüe, incluso la vida.

»Si yo no me he matado antes no es porque sí, así es, tal cual, matarme —y procuré explicarme ante su reacción—. Yo no pienso mal de la muerte de uno bajo sus propias manos. Para mí es completamente aceptable. Noble, diría. Con esto no quiero decir que me genere una alegría o un gozo. ¿Comer te hace reír a carcajadas? ¿Dormir te pone en éxtasis? No, pero ambos son necesarios y ambos, a su manera, se disfrutan. La muerte para mí sería eso, un descanso como goce porque dejaría una vida que ya no quiero por mil razones. Si gustas, te las explico una por una para que me entiendas, para que veas que es un favor lo que me haces, para que se te quite esa expresión de tu rostro que es lo que me tiene a mí martirizada. Esto yo no se lo he dicho a nadie. A nadie. Tengo un condenado orgullo que me impide abrirme a otros porque no quiero su lástima o compasión.

Paré para tomar aire.

—Como le digo, no me he matado no porque me faltaran ganas, sino porque me faltaba valor, valor y responsabilidad. Puede que estén viejos y que no vivan mucho, pero quiero que sus últimos años la pasen bien, que revivan cualesquiera que sean sus sueños. Es tremendamente terrible vivir de desilusiones. No puedo desaparecer de este mundo y dejar al garete a mis papás y a los gemelos. Por eso, esto me viene como anillo al dedo. Yo ocupo que mi muerte les deje a ellos la vida asegurada.

—¿Y el dolor que producirá en su familia?

—Eduardo, ¿por qué cree que quiero matarme? Porque nadie me quiere, porque no quiero a nadie. Porque para ellos no soy nada. Porque una vez quise ser alguien y terminé siendo nada. Yo llevo mucho, créame, mucho tiempo decidida a esto. Marcharme sin despedidas, sin nada memorable ni heroico. Partir de forma práctica. Este acuerdo entre nosotros es lo mejor que me ha podido ocurrir. Mi fin incluye una buena paga, y yo lo he aceptado de muy buen modo sabiendo plenamente las condiciones. ¡Así no más, hombre! Esto que hago no es un acto heroico ni desprendido ni desinteresado ni injusto. Quedemos claro en eso. La existencia es una secuencia en línea. Empieza como siempre, con el nacimiento y se termina con la ineludible. Quien nace, nace para morir algún día. Es un deber, y también un derecho. ¿Para qué la vida cuando ya no se la quiere? Estoy en todo mi derecho de dejarla. No quiero ser más una de esos tantísimos miserables que nacen para morir y viven para sufrir.

»No es ningún arrebató, nada pensado a la ligera y llevado a cabo por el puro impulso del momento, ni por los sentidos exaltados, ni por los instintos con la guardia baja, ni por una mente nublada como si el guaro le bailoteara por las venas, no. Lo mío es una decisión concienzudamente examinada, justificada, adoptada, defendida y lista para cumplirse. En mí no quedan vestigios de los frenesíes de la juventud, las ganas de luchar se me acabaron hace mucho. Mi vida ha pasado encadenada al trabajo, a las rigideces de la sociedad, a callar y apagarme poco a poco, incluyendo las ilusiones y, ¡caramba, ya ha sido suficiente! Tomemos un cerrojo y prendamos fuego al asunto hasta que ni las cenizas queden.

—Todo lo que me dice me deja pensando. ¿Qué pasó con esa niña de San Rafael llena de ilusiones, de felicidad pura?

Eres bastante inocente —dije sin sarcasmo, solamente la constatación de un hecho—. Desapareció. Todo cambió cuando nacieron mis hermanos. No soy la mayor, tuve una hermanita que apenas vivió un par de semanas. Después de mí, nació otro que más o menos llegó a los siete años y no había cumplido el año del nacimiento del tercero cuando vinieron los gemelos y, aunque parecía que no iban a durar mucho, pegaron bien que mal. Los tres nacieron varones para alegría de papá, pero no sirvieron para el trabajo, siempre

débiles, enfermizos y con el tiempo se agravaron hasta ser completamente inútiles. Mamá se dedicó día y noche a cuidarlos con demasiado afán, y a papá ya no le alcanzaba el trabajo de mulero. Fue entonces cuando le salió la ganga de cambiar nuestros terrenos y casita por una inmensa finca en los Bajos del Pacuare. Papá no lo pensó dos veces. Hizo muy mal.

—¡Uste sabe!, me pongo a sembrarla toditica de café. Toca esperar sus años *pa* que las matas echen y, cuando lo hagan, adiós, miserias. Mientras tanto, vivimos de comer lo que sembremos —le decía papá a mamá.

—Una cosa es comprar el terreno, otra es poner la tierra a trabajar. ¿*Di ónde* vamos a sacar?

—La misma finca se pone a responder ante el banco. ¿No ve *uste* cómo están los cafetaleros? Somos los *piones* los que la pasamos mal. Allá no hay trabajo; fácil fácil me consigo a unos *piones* que por *dormía* y *comía* chapeen y preparen la tierra. No hay que hacerle nada a la tierra, echa que da gusto. Mire, ¿a *ónde* vamos a encontrar una oportunidad como esta? Además, no hay nada que alegar porque ya arreglé cuentas.

»Papá ni consiguió peones porque no había gente lo suficientemente descocada como para irse a vivir y malvivir a la chingada grande y recibir de pago nada más que la comida y la dormida, ni él pudo trabajar la tierra. La mentada finca no era otra cosa que pura montaña. Nos habíamos ido a vivir a un guindo en medio de un cerro. Y papá lo sabía; sin embargo, tenía la convicción de que destazaría las entrañas de la montaña para sembrar café hasta que la vista alcanzara. No funcionó. La tierra era buena, pero para plantas de montaña, no para desnudarla y sembrarla. Además, era hostil, húmeda y caliente, las víboras y alimañas abundaban y ya habíamos visto en varias ocasiones al *lión* rondar el gallinero.

Papá se nos consumió en la desesperación cuando ni en el banco le prestaron un poco de seriedad al iletrado, piel ajada, tostada y curtida que se presentó a pata pelada con la idea de sembrar de café un guindo.

La cuestión fue que nos tocó tan mala vida allá, tanta penuria, hambre y desolación que aún me asombro de que, siendo mis hermanos tan frágiles, hayan resistido. Fue poco más de un año lo que vivimos en aquel destierro. Desde el primer día que pusimos pie, mamá y yo ya queríamos irnos. ¿Irnos a dónde? Si ya no teníamos la casita de San *Rafa*.

En uno de esos días interminables, llegó papá avisando que había conseguido comprador. En el fondo me daba una pena terrible lo que le esperaba al pobre. Así como estafaron a mi padre, así mi padre entre un cuento y otro estaba embaucando a este otro diablo. Entendí tristemente que tenía que ser así porque era cuestión de supervivencia, no había espacio para la honradez.

Regresamos a San *Rafa*, esta vez alquilando una casita, ya que quedamos con muy poco. Papá no le pudo sacar mucho dinero a la venta y, para colmo de males, el carajo le quedó debiendo la mitad. Tampoco teníamos las mulas porque papá las había cambiado por herramientas para sembrar que, en cuestión de meses, se arruinaron con el clima tan hostil de la montaña. Así que un mulero sin mulas no podía hacer mucho y, tras eso, ya no quería seguir en un trabajo tan matado y mal pagado como ese. Papá era tosco y arisco por naturaleza, carácter que se remarcaba más conmigo: yo notaba que a papá le fastidiaba el hacerme conversación. Sabía que se lamentaba de tener hijos inútiles, los unos por enfermos y, en mi caso, por haber salido mujer.

Con una carreta y un burro prestados, hacía cola como el resto de los carretoneros, en espera de que las señoras de plata requirieran un flete corto del mercado a sus casas. Como le empezó a salir clientela y el viaje de ida y vuelta a casa era muy largo, pues mudamos nuestras pobreza a un chinchorrito en Heredia, la tímida ciudad en florecimiento.

Mamá, entre atender a los gemelos y sus convulsiones, se ponía a hacer empanadas, tortillas, bizcochos y panes que, colocándolos en un aseado canasto y verificando que mis manos estuvieran limpias y libres de costras, me mandaba a vender en los alrededores del mercado.

Cuando venía la época de coger café, me iba a buscar trabajo en los cafetales. Mi primera agria experiencia en Heredia fue con el cochino del Varela, un viejo loco que criaba un tanate de gallos amarrados.

Tenía un cafetal cerca de donde vivíamos, así que me servía quedarme ahí. Me alisté poniéndome una blusa gruesa de un blanco amarillento que me llegaba hasta los puños y que me protegía del bichero que abundaba en los cafetales y de los latigazos de las bandolas. La enagua, también sencilla, caída en ángulo recto hasta los

tobillos y el canasto, me lo sujetaba con un fajón de cuero, que cuando ya el canasto pesaba se me hundía entre las carnes. Por último, adornaba mi atuendo con una trenza larga que descansaba entre mi hombro y pecho.

Llegué bien tempranito y me llamó la atención no ver mucho cogedor, lo que me alegró porque pude escoger las mejores calles. Le puse bonito. Yo era fuerte, de brazos y manos prestas para trabajar, de pies ágiles e incansables, de cara seria y concentrada; no quitaba la vista de las matas más que cuando me estiraba para alcanzar los granos de las bandolas más altas y me preguntaba al ver los rayos de sol qué era la cosa que alumbraba a todos por igual y cómo le había hecho para llegar tan alto y no caer.

Sin parar la recolecta del grano, me restregaba con ahínco un pie sobre el otro para calmar la desesperación que me dejaban las niguas entre mis dedos de los pies en carne viva mientras mi cara delataba el desasosiego del picor. Solo paré a media mañana para comerme un gallo de frijoles fríos con aguadulce y al final de la jornada quedé satisfecha de haber sacado bastante café entre rojo y pintón.

Cuando llegué a ajustar cuentas, me dijo el viejo:

—Estese ahí, yo ya hice números. Ocho cajuelas, ni una más.

—¿Cómo así? ¿Qué le pasa?! Hice doce.

—No, ¡qué va! *Usté* echaba puro zorro y café entreverado.

—¡Viejo más jetón! El grano que traje estaba de lo más parejo, rojito, rojito. Si no le parece como cogí el café, ¿por qué no me lo *ijo* antes? Así no hubiera perdido tiempo y me estuviera ganando el cinco en otro cafetal. Esas matas tienen más gusanos que café, he terminado *toa* ortigada.

No me dejó decir más, por insolente me llevé un *tapajeta* que me hizo caer de espaldas.

—Mire, grandísima muerta de hambre, se lo digo hasta ahora *pa* que le duela el trabajo que hizo en balde, así aprenderá a escoger bien, como se debe. No me gusta nada que me socolloneen las matas y me les quiebren las ramas por ser tan bruta *pa* arrancar a la brava el grano.

Me ardió en el alma. Quise tirarle las monedas y escupírselas, que terminaran envueltas en cuecha y tierra. Sin embargo, tragándome el orgullo, me eché la plata en una bolsa de las enaguas y eché a caminar como siempre había caminado y como siempre llegaría a caminar, con paso ligero, un poco impreciso pero constante.

Así íbamos pasando cada día para llevar el sustento a casa, hasta que surgió un revés más. El hombre al que papá le vendió el terrenillo lo vino a trastear hasta Heredia reclamándole que le devolviera lo que le había dado, que esa tierra ni regalada. Papá dejó botada la carreta, el burro prestado y el viaje de ese día y del resto de días porque se vio obligado a huir cuando el zutano se la hizo jurada. No supimos por mucho tiempo de papá, no nos buscó ni nos llevó a donde él se había ido. A los muchos meses le llegó carta a mamá. Había conseguido trabajo en las bananeras de Matina y mandaba algo de dinero.

En realidad, fue a terminar de arruinarse allá. Las bananeras eran un caldo de enfermedades y penurias. Mandó pocas cartas, luego no volvimos a saber de él. No nos morimos de hambre gracias a la tía Nelly, la única hermana viva de mamá. Se había vuelto a casar después de dos años de viudez con un herediano que empezaba a ser pudiente. El terreno atrás de la casa del esposo de mi tía era amplio y nos dejó ocupar una galera vieja desde cuyo techo de tejas desgastadas nos caía en la noche alacranes y ciempiés. Su esposo nos dio el espacio no por caridad o lazo familiar, sino porque ocupaba un ayudante.

Así fue como se decidió todo. Yo no tenía rasgos delicados que advirtieran una condición femenina, por lo tanto, entre mi madre y mi tía se convino hacerme pasar por chiquillo, me cortaron la trenza y me dejaron el pelo corto. Me vistieron con un pantaloncillo hasta la rodilla, una camisa blanca, un *chonetillo* como sombrero y la cutacha envainada. Así toda escurrida con dos varejones como piernas, rodillas cholladas, nigüenta, con el vientre cundido de lombrices y pasando hambres me dispuse a ganarme la vida y el sustento de mi familia: lavar los chiqueros, dar de comer a los chanchos, cuidar la milpa, pelar guineo, jalar a las vacas, enyugar bueyes y hacer viajes de arena con la carreta fueron algunas de las tareas que realizaba.

Trabajábamos mucho, vivíamos mal, comíamos mal y hasta dormíamos mal. Por las noches, el único catre era usado por mis hermanos y mi madre mientras yo dormía entre un saco de gangoche que prefería ni usarlo. Era tal el pulguero que en la costura del saco se hacía una fila de pulgas como si fueran hormigas, gorditicas de estar chupando. Al día siguiente dejaba el saco donde sabía que le iba a pegar el sol para matarle las larvas,

aunque no servía de mucho, reventaban más. Era mejor pasarle la llama de un cabo de candela o quemarlas con canfín cuando lograba a escondidas tomar la canfinera de la casa de tía Nelly. Era cosa de todos los días, nunca se iban a acabar siendo el piso de tierra.

Apartando la triste condición de la galera, en realidad era bonito el lugar. El hospital quedaba cerca. Estábamos rodeados de cafetales, entre ellos el de los Sánchez, había una tienda de abarrotes de un tal Jacinto donde la gente se reunía en sus ratos libres a escuchar la radio; también quedaba cerca la plaza de chanchos que, cuando no se prestaba para el comercio, veía a la chiquillada jugar mientras a mí me tocaba arrear bestias para ir por una nueva tanda de leña o de arena. Ahí fue cuando conocí el fútbol. Había un potrero que hacía las veces de plaza al que llegaba a jugar y entrenar el Herediano.

Mamá parecía no quejarse del abandono de su marido, hasta que el segundo de mis hermanos murió. Semanas atrás, le había dado un ataque de lombrices que lo dejó escurrido en diarreas casi de pura sangre. A partir de ahí, no se recuperó. Esa mañana quedó encogido en el jergón. Cuando aparté la mirada de él y la alcé hacia mamá, vi en sus ojos todo su mundo de tristezas. Aquello fue una vida de perros. No entiendo cómo, cuando a los años papá regresó, mamá lo perdonó sin más. De hecho, creo que ni siquiera se planteó la posibilidad de perdonar, sino que su retorno fue como si solo se hubiera ausentado un rato. Tampoco entiendo cómo hice para sobrevivir esos días. Tal vez porque era una niña y uno estando joven tiene tantas ilusiones y la esperanza es como un sol esplendoroso. De niña yo no me cuestionaba si así sería de miserable toda la vida. De seguro que no pensaba en eso, fue después que no logré que se me quitara de la mente y me trastornara tanto. En los años en que asistí a clases, yo tenía una energía interna tan poderosa que, a pesar de que me tocaba trabajar el doble y también estudiar, nunca me desanimé. Me cansé, me agoté, pero nunca me descorazoné.

El día que nos pasamos a la galera no la vi, fue hasta el siguiente. Estaba secando sus cabellos al sol y la fascinación se apoderó de mí. Quise tanto ser como ella. Yo, un animalillo con la cara sucia, ropas roídas y disfrazado de varoncito. Ella, bajita, serena, piel trigueña y cabellos de un castaño claro, parecía toda de oro. Lucía un precioso vestidito de vuelo hasta la rodilla, medias y zapatos blancos raspados que se me asemejaba a una muñequita de vitrina.

Ella fue la que hizo esos tiempos más llevaderos. Mi prima del alma. La que sentí como verdadera hermana. Teníamos las mismas ilusiones y nos alegraban las mismas simplezas. Todo lo soporté por ella hasta que murió. Hay algo que invariablemente no se recupera cuando se pierde a alguien. Aunque se cierren los ojos ahí queda el vacío.

Si bien con A... —callé a tiempo, estuve a punto de decir el nombre de mi prima Azucena, nombre que les había dicho a él y al médico que era el mío. Como su nombre completo era Ana Azucena, arreglé a tiempo—. Con Ana todo mejoró, también descubrí por qué llamaban Diablo al esposo de tía Nelly. Con la experiencia del abandono de mi padre, no me sorprendió enterarme de la mala vida que llevaba tía. El Diablo tenía terrenos y hacía su buena plata con el transporte de piedra y arena desde La Valencia, pero era un tacaño miserable. Escatimaba en todo lo que pudiera. Mi tía tenía que trabajar como cualquier otro peón y realmente no podía hacer mucho por nosotros.

Recuerdo que el muy miserable en vez de comprar el dulce en la pulpería cercana, me mandaba con un racimo de guineos al hombro desde donde tía Nelly por el Hospital San Vicente de Paúl hasta más arriba del barrio Corazón de Jesús para pedirle a ña Chana, una de sus hermanas, cuyo marido tenía un pequeño trapiche, que me cambiara los guineos por media tapa de dulce. Estaban prohibidos la carreta y los bueyes para usarlos para esos mandados, tampoco el burro; así que terminaba siendo yo la mula de las faenas.

Aunque no era hija del Diablo, el viejo este parecía tener en gracia a Anita, pues no la ponía a merced del trabajo de campo, sino de algo un poco más llevadero, los oficios de la casa. Yo aprovechaba las pocas oportunidades para compartir con ella, oportunidades que luego se volvieron más escasas cuando se dio un milagro, un ancla que me mantuvo esperanzada por tantos años, aunque en balde.

Me acuerdo de una noche en la que no estaba tan cansada. Ana y yo nos escapamos a un potrero cercano a jugar fútbol con otros niños. Mi prima tuvo que quedarse de espectadora, pues al lucir como niña no la dejaron jugar. Esa noche me espantaron las ánimas en pena.

Era tarea mía ordeñar dos vacas propiedad del miserable Diablo; después de ordeñarlas pasaban el día en pastos ajenos y ya tarde de la noche, cuando me liberaba de mis oficios, las recogía para meterlas al establo. Ese día se me olvidó por irme a jugar.

Estaba ya metida en el saco de gangoche a punto de dormir cuando me cayó la peseta. No podía esperarme al amanecer. Estaba segura de que no tendrían gota de leche para ordeñar y ahí sí me iba a meter en problemas. Salí *queitica* sin hacer bulla y me eché encima un mantón blanco para no coger un viento que me torciera la nuca.

Cuando ya estaba en el potrero, empecé a imitar en voz baja los mugidos de las vacas con el afán de que me respondieran y así localizarlas cuando de repente las fui escuchando, ¡bramidos bien extraños hacían las vacas de noche! A lo mejor las estaban mordiendo murciélagos, eran sonidos de gemidos y quejidos que aumentaban en intensidad y frecuencia. Identifiqué de dónde procedían y bajo la escasa luz de la luna vi una mujer encaramada sobre un hombre. Tenían las ropas de arriba puestas, pero parecían pegados por las piernas. Gemían algún dolor profundo y extraño, y se retorcían sin parar. ¿Se habrán ortigado con alguna planta? No sabía si ofrecerles ayuda o preguntarles por el par de vaquillas. De repente la lucidez entró en mí y me espanté: alguna aparición había dejado a estos pobres enajenados en tan calamitosa situación, gimiendo y retorciéndose en el suelo. Alcé la vista buscando al espanto cuando en la distancia vi a Pánfila, una de las vacas que se enrumbaba derechita hacia la calle.

El miedo al Diablo pudo más que el miedo al espanto. Bramé lo más que pude, sabiendo que Pánfila respondería a mi llamado y se devolvería hacia mí. Lo que no me imaginé fue el susto que se llevaron el par de tarambanas que salieron de sus convulsiones y corrieron descuechados. Asustada y gritando, eché yo también a correr, pero tras Pánfila, que me llevó donde Dorotea. Las agarré de los mecates y sin detenerme a mirar atrás no paré hasta llegar al solar de la casa.

Siempre creí que había sido un asunto de ánimas en pena hasta que con los años comprendí que quien los había espantado había sido yo con el mantón blanco puesto como figura fantasmal de un ánima en pena.

Tiempo después, tía Nelly, que era bondad pura, sabiendo de mi férreo deseo, logró convencer al Diablo de que le servía que yo aprendiera a leer y escribir, así le ayudaría con las cuentas, ya que el negocio prosperaba. Además, nada que quedaba embarazada y en el parto de Ana le había ido muy mal, por lo que tal vez no llegara a darle hijos al Diablo, y a este le servía de momento tener a un ayudante instruido.

Fue así como pude asistir a la escuela. Aprender a leer y a escribir fue maravilloso a pesar de que me entrara el conocimiento a punta de reglazos a diestra y siniestra del maestro. Leer fue ver y escuchar para quien no lo puede hacer, el mundo se me ampliaba de una manera asombrosa y no uno, sino múltiples en cuanto un periódico o libro caía en mis manos. Leer también me hizo mal. Muy mal. Me hizo no conformista. Me hizo desear más, que la vida era tanto, tantísimo más.

Iba a la escuela República de Argentina por la mañana y a la salida me iba derechito y a pata pelada a hacer los viajes de arena. Cuando estaba de vuelta en la propiedad del Diablo, pasaba a saludar a mi prima, a quien oía venir resonando sus zapatitos de charol, sonriendo alegre mientras me pedía prestado el cuadernillo y el lápiz que llevaba a la escuela. De noche y a ocultas le enseñaba a leer y escribir. Quería que ella, al igual que yo, se emancipara con el estudio.

Cuando era temporada de las cogidas de café, íbamos juntas a los cafetales de la Macha. Yo me agarraba a pescozón limpio y a punta de semillazos de jocote con cuanto mocoso le hicieran un mal gesto a Ana. La pasábamos muy bien, le contaba sobre lo que había visto en la escuela y ella, hambrienta de conocimiento, memorizaba todo, aunque no lo entendiera bien.

En esas, un día el Diablo me vio leyendo en el patio, me agarró de una oreja y me llevó arrastrada a un cuarto que hacía las veces de oficina:

—Con que ya sabe leer, ¿y escribir? —Asentí—. Veamos si ya está listo. A ver, multiplique veinticuatro por treinta y dos.

—¿Qué?

—¿Ya vio las multiplicaciones?

—No, ¿qué seso?

—¿Qué ha aprendido de la matemática?

—A sumar.

—Le doy lo que queda de este año *pa* que aprenda multiplicaciones. Después de ahí, ya no vuelve a la escuela.

Era un diablo. Me daba tremendas palizas no más porque metía la pata, no era tan rápida haciendo mi trabajo o, simplemente, porque el maldito llegaba hasta el alma de borracho. Es que, además de agarrado y usurero, era un tomador empedernido que golpeaba y humillaba a quien tuviera al lado, incluyendo a tía Nelly.

Un día no me aguanté más. Era aún niña, pero bastante fuerte, y el tipo estaba ebrio, así que cuando estaba a punto de darme otra de sus golpizas le mandé un golpe directo a la quijada y salí descuechada como cachiflín.

Del miedo, al día siguiente nada que yo aparecía, hasta que Az... Ana me halló y me contó que el Diablo gritaba preguntando por mí para que atendiera las labores del solar y fuera al aserradero de don Pablo por dos cubos de aserrín para echar después de que recogiera la mierda de los chanchos. Tan borracho estaba que nunca se dio cuenta de lo que le hice.

Gracias a Dios, a los años murió, pero ¡cómo hizo sufrir el muy pendejo a tía Nelly! Años después tía se volvería a casar con don José, hombre bueno y laborioso. Fue muy criticada en Heredia porque la sangre de él era marcadamente indígena, cosa en la que no voy a hondar porque es una completa estupidez, ese hombre valía mil veces más que el Diablo y mi papá juntos. Respetó y amó a tía Nelly de forma tan cabal que recordar las imágenes de ellos dos juntos siempre me evocan una profunda y tierna sensación parecida a la nostalgia.

Tía vivió para ser muy dichosa, no así Ana, que no logró conocer la paz después de esos años de violencia del padastro.

Yo recibí mucho golpe por parte de aquel animal, me le escapaba y luego no me queda de otra que volver. ¡¿De qué otra cosa íbamos a vivir mi madre y los gemelos?! Por otra parte, lograba de cierto modo contenerlo. Como él me creía hombre, yo lo amenazaba diciéndole que cuando me hiciera grande me las iba a pagar todas y cada una, y ese hombrón tan grande, tan bruto, tan desgraciado, se me quedaba mirando largo y tendido, escupía la cuecha que iba a estrellarse contra el suelo, volvía a mascar tabaco, se ajustaba el sombrero y se iba para la cantina a embriagarse más.

Pero Ana, que nunca llevó palo, murió de tristeza. Nunca supe yo tristeza de qué. Mas sé bien que fue eso porque le vi escurrírsele la vida, así como ahora la mía se me escurre todos los días, poco a poquito. El abatimiento me va desangrando el alma, y a mi Ana, mi Ana en esa tierna edad la tristeza la consumió irremediablemente, a ella tan lozana, tan bien alimentada. Debía ser yo y no ella y, sin embargo, no me llevó. Hasta en eso siempre fue más adelantada que yo.

Capítulo 9

Ya no quiero contar más. Duele mucho. Mi andar ha sido entre piedras, ¿cómo no iba a endurecerse el exterior?! Alivio o dolor, ya ninguno se diferencia en una carcasa que no es capaz de sentir y tal y como estoy por fuera, así estoy por dentro.

Que todo trabajo es honra, cierto es. Eso me lo inculcaron, pero que se me pandee la espalda, se me resientan los cuadriles, se me tuerza el espinazo y se me abran las venas y las carnes de las piernas de pasar la vida como mula basurera no lo encuentro muy digno.

¿Con qué mirada de resignación puedo presentarme a la vida? La rechazo escupiéndole, le reclamo, la condeno y, hastiada de ella, he decidido tomar lo poco que se me ofrece y abandonarla luego, así como ella hizo conmigo.

Pausé mi historia y mi amargura. Todo el rato mantuve la mirada hacia cualquier dirección, menos hacia sus ojos. Suspiré y retomé la palabra:

—Espero que con todo esto que le acabo de contar y confesar queden absolutamente claras las razones que tengo y mi férrea decisión. Por favor, por favor, no me diga nada. Estoy agotada. Creo que nunca había hablado tanto, ni me había descubierto así ante nadie, ni ante un padre en el confesionario ni ante Dios en la oscuridad de mi cuarto.

Durante todo mi relato, él pasó sereno y callado. Y siguió así. Yo volví a dejar la mirada caer, pues sentía como él posaba su vista fijamente en mí. Un carro pasó a nuestro lado. Era una calle solitaria.

—Bueno, creo que sí tengo algo más que decir. Si ya todos los exámenes se realizaron y constataron que se puede proceder con lo acordado ¿Por qué no zanjamos de una vez esto? ¿Ya hay fecha? Concretemos el negocio. ¿Me podría entregar la plata? Necesito poner todo en orden.

Alcé la mirada, y sus ojos conectaron con los míos. Podría perfectamente quedarme así infinitamente. Era hermoso y tortuoso. Realicé un gesto y descaradamente empecé a observarle con detalle el rostro, sus densas cejas, los pliegues a los lados de su boca, su bigote bien recortado, la línea de su mandíbula, y de vuelta a sus ojos, ojos cansados, ojos en penitencia.

—Hum, sí —dijo con la voz ronca que se aclaró—, Alfonso autorizó la siguiente etapa. Estamos a la espera de la comunicación con el médico especialista. Nos toca esperar un poco. En cuanto al dinero, precisamente traje la chequera. —Acto seguido, extrajo de su saco una fina portachequera en cuero labrado. Empezó llenando la fecha.

—Por favor, que sea al portador —recordé a decirle. Yo les había dado a ellos los datos de mi identidad como si fuera la de Azucena, por lo que no me servía que el cheque llevara su nombre.

No dijo nada y acató. Terminó de llenarlo, lo separó del resto y extendió su mano hacia mí.

Fue curioso, porque yo había contado las penurias de mi vida, algo que yo había callado siempre, porque me dolía y avergonzaba tanto y, sin embargo, no me sentía mal. Él tampoco se veía tan atormentado, aunque sí fatigado, y luego estábamos hablando de que, en semanas, podía ser el fin de todo, de mi vida y de su suplicio. A pesar de eso, la atmósfera cambió en segundos cuando nuestros ojos coincidieron. Su mirada me abrasaba. Sentía que el aire se nos había vuelto pesado, húmedo. Giré mi cuerpo y, sin saber bien cómo funcionaba el artificio, traté de abrir la ventanilla de mi lado sin éxito. Además de los nervios que sentía en ese momento, hasta que lo conocí y que era llevada de un sitio a otro en carro, yo nunca había subido a uno, por lo que desconocía toda su ingeniería. Él se aproximó a ayudarme y su cercanía me mareó. Me eché hacia atrás, lo más que pude contra el asiento, procurando alejarme de su contacto y que se me

pasara la intensa sensación que recorría mi cuerpo.

La ventanilla cedió y el aire fresco entró. Él se regresó a su posición en el asiento con el volante. Se puso derecho, mirando la oscuridad de afuera. Yo me quedé pegada al mío, capturando la brisa que enfriaba el sudor perlado sobre mi frente.

—Por favor, toma el cheque y regresemos. Esto es insoportable. Con todo lo que me dijiste y ahora esto. En verdad soy un maldito cretino.

Pasé el rato de vuelta sintiéndome mal, no por mí, sino por él. Cuando detuvo el carro, frente a donde yo vivía, me voltee a decirle:

—Mira, tú, y perdóname el atrevimiento, pero desde hace rato me siento en la libertad de tutearlo, tú no sabes el bien que me estás haciendo. Sí, sí, por favor, déjame hablar —le rogué cuando intentó, también a su vez, soltar lo que llevaba dentro, quebrándose su voz—. Tú me estás permitiendo no sentirme tan miserable con mis padres. Me estás permitiendo darles una buena vejez y que mis hermanos gemelos ya no sean para ellos una carga. ¿Tienes idea de lo que estás haciendo por mí? Mis padres están mal alimentados, desde hace años no sé lo que es una sonrisa en su rostro. Desde hace años no saben lo que es poner un pie fuera de este inmundo cuchitril, incluso para ir a misa. Mi madre no sabe hacer otra cosa que atender bien que mal a los gemelos, y yo toda una vida he cargado la culpa de que, siendo la sana, la fuerte, no me haya alcanzado ni la fuerza ni la inteligencia para darles una vida decente, llevadera, y mucho menos bonita. Usted no sabe con qué gusto yo haría cualquier cosa, como todas las que he hecho en esta vida, para mejorar las de ellos. Es que, hombre, ¡amar es bien raro!, ¿no? Yo sé que no me quieren, que no soy nada para ellos y, aun así, yo estoy dispuesta a entregar lo único que me queda: la vida misma.

—Comprendo, pero ¿por qué tienes que llegar a algo así? ¿Y por qué tengo que ser yo el desgraciado «que te haga bien con mal»? Es que todo esto es una contradicción, lo bueno es malo y lo malo es bueno y, al final, esto se saldrá, ineludiblemente, con un final trágico, si no para todos, para la mayoría. Aquí no va a haber final feliz, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo muy bien. Lo entiendo tanto que desde que te vi supe que el calvario apenas empezaba.

—Y yo, desde que la vi, también lo supe. En algún momento le dije que se me hacía difícil verla y usted preguntó: «¿Entonces?». Déjame confesar lo que quise responderle: «Entonces, o dejamos de vernos, o nos vemos más seguido». Y, por favor, responda lo segundo, porque lo que me hace más daño es la idea de no verla más.

Era cruel diciéndome eso, diciéndome lo que más deseaba escuchar. Me daba una razón para vivir que rivalizaba con las decenas que tenía para morir. ¿Se puede vivir por amor? ¿Puede el amor de otra persona compensar la falta de amor propio? ¿Podría tener mi vida sentido a causa de otra persona? La respuesta no me alegraba.

Cuando me estaba cambiando el pesado vestido por uno ralo y viejo que hacía las veces de bata, percibí el crujido del papel del cheque. A la luz de un cabo de candela contemplé su firma, la precisión de los trazos y como las mayúsculas las adornaba con elegantes florituras. Pasé los dedos con cuidado. Aquí estaba mi precio. Era muchísimo más de lo que jamás pensé. ¿Cómo podía darme un cheque, un cheque con el que compraba mi vida y al tiempo decirme que no quería dejarme de ver? ¿Y cómo yo le acepté el cheque argumentándole de previo mil razones y alborozándome y ahogándome de felicidad, locura y tristeza cuando me dijo aquellas palabras que arrasaban el cuerpo?

Al día siguiente, me levanté temprano como de costumbre con dirección al hospital. Con todo ese dinero y sabiendo que el tiempo que me quedaba era poco, pues lo que esperábamos era la

llegada del médico cubano, ¿tenía sentido ir a trabajar? No fue una decisión fácil. En toda mi vida, todo lo que sabía era trabajar y trabajar. Nunca me había quedado ni tiempo libre ni dinero como para pensar qué hacer con ellos; pero, como esta vez tenía plata y planes, mi paso por el hospital era solo para avisar que no volvería y para cambiarme de ropa. La vergüenza que sentía ante mis padres de ponerme el vestido amarillo, bonito y llamativo me impidió que saliera de la casa de una vez vestida así.

Y ocupaba llevar ese vestido puesto.

Pasé al Departamento de Aseo y les dije que había conseguido otro trabajo y que solo pasaba a informar. En uno de los baños del hospital me cambié, me miré en un espejo y arreglé un poco mi aspecto. Luego, en uno de los pasillos, me topé con el doctor Santamaría, que caminaba apresurado. Sin embargo, al divisarme se me acercó y con ojos auscultadores me examinó.

—Llevo días de no topármela. Me alegra verla bastante bien. Es más, nunca la había visto vestida así.

—Es que hoy no vine a trabajar, hoy vine a despedirme.

—¿Y eso? ¿No vuelve?

—Por lo menos, a trabajar no, y ya que esto es un hospital, puede que vuelva, solo que para otra cosa —dije mitad chanceando, mitad en serio—. Conseguí otro empleo.

—No lo puedo creer. ¡Figúrese usted cómo es la vida! Yo quería verla desde hace días, comentarle y proponerle algo, pero ahora que me dice esto —y dejó las palabras en el aire, en medio de un gesto pensativo—, hagamos esto, voy para cirugía. ¿Podemos reunirnos a las seis de la tarde? Hoy me toca cubrir de seis a seis. Por favor, veámonos a las seis, a la salida del hospital —agregó ante mi mueca esquivo.

—Doctor, mi familia le agradece todo lo que usted y su esposa nos han dado —dije bajando la cabeza y enrojeciendo mi cara—. Yo creo que ahorita estamos bien de comida y ropa, no nos está haciendo nada...

—No, no es eso. No es para eso, es otra cosa mucho mejor. Se la cuento después, ¿sí? ¿A las seis? No me falle, por favor —dijo mientras se alejaba presuroso.

Dejé el hospital sin pensar mucho en las palabras del doctor y me dirigí a donde sabía que quedaba la oficina, a la par de la casa heredada de sus padres. Así había sido y así seguía siendo. Hacía años, muchísimos años que no veía a Francisco Javier, exactamente desde la primera vez que nacieron en mí sentimientos «particulares» hacia un hombre, así como la vez que me hizo perder la fe en la amistad.

Yo le conocí cuando terminaron mis años de niñez y empezó la adolescencia. Seguíamos viviendo de arrimados en la propiedad del marido de mi tía, con dos hermanos impedidos, un patrón agresivo y cada vez más alcoholizado y una prima querida que nos dejó. Habíamos también logrado sortear la fregazón económica que la guerra en Europa nos había dejado. Costa Rica no era más que un pequeño pueblo que vivía de la tierra, exportando café y banano, y que aquellos se despedazaran entre sí nos terminó jodiendo mucho. Todo escaseaba y la plata no alcanzaba para nada. Una botella de leche, un diez de avena o una peseta de azúcar estaban pegados al cielo.

Empezaron así los años veinte y fue una década más calmada, como de reacomodarnos para empezar a salir adelante.

En ese entonces el Diablo aún no se había petateado. Antes de ese alegre suceso, vivió varios años jodiendo. En una de sus noches de juerga, sufrió un sopapo que lo dejó con la cara torcida, medio cuerpo paralizado y tendido de por vida en cama. Tía Nelly, al hacerse de las riendas, se dio cuenta de que los negocios ya no eran tan prósperos desde que su marido se había juntado

con dos tipejos, unos dizque franceses que lo engatusaron con proyectos en su país, así como traerle chinos baratos para el trabajo. Al final terminaron siendo el mejor trío de jaleos y borracheras de Heredia. Tía Nelly hizo lo que pudo, pero no había mucho por hacer. Fue clara con mamá: vendería la casa apenas pudiera, pagaría las deudas contraídas cuyos intereses se habían acumulado y que Dios nos amparara.

Lo fregado era con los gemelos. Había que darles de comer, prepararles y darles sus remedios, cambiarles las mantillas, voltearlos de lado en el jergón para evitarles llagas y más. Eran como bebés grandotes, no hablaban, pasaban todo el día mirando hacia el vacío. A determinada hora arrancaban con berrinches cansados de estar en una misma posición, cuando el hambre los acicateaba o cuando las moscas se les paraban en la cara. A mamá no le rendía el tiempo y para ella aquello era su responsabilidad; una vez que le increpé, me salió que era castigo de Dios.

En cuanto a mí, desde hacía un par de años había dejado la escuela botada cuando el Diablo me sacó y, aunque la situación era difícil, logré convencer a mamá de que la esperanza de salir adelante estaba si yo retomaba el estudio. Se me hizo más pesado alternar el trabajo y los estudios. Sin embargo, en un solo año alcancé a terminar lo que me faltaba en la escuela República de Argentina, contando con el gran apoyo de la niña Tanita y de don Próspero, el director de la escuela.

Don Próspero, hombre calmado y de gran temple, me mandó a llamar y mirándome fijamente me dijo:

—Si yo lo adelanto a usted para que termine pronto la escuela, ¿qué piensa hacer después, jovencito? ¿Va a dejar ese deseo de estudiar por allí botado junto con su cuaderno y lápiz mientras se sube a un palo de guayaba a hacer la de los monos? Me dirá que usted que no, que a diferencia de ellos usted sabe sumar y restar y va y agarra cuatro guayabas en vez de tres, porque con cuatro tiene las manos más llenas que con tres y eso cualquier mono lo sabe. ¿O piensa usted que el estudio sirve para algo más?

Me temblaban las canillas. Sentía que ese momento era importante, crucial, y no sabía qué decir. Nunca había topado con una persona educada e importante a la cual tuviera que dirigirme. Claro que sabía saludar con un «Avenmaría Purísima» o un «pase usted, que Dios lo acompañe», pero de ahí a decir algo más, nunca. A los niños y jovencitos nunca se nos tomaba parecer. Una mirada de mamá y yo callaba, y ya sabía que apenas se fuera la visita o quien fuera me iba a ir feo por metiche.

—Sé que los que se hacen médicos, abogados y presidentes antes pasaron por la escuela y por otros estudios.

—¿Y los que no?

—Pues-pues se quedan apeando guayabas —dije inocentemente.

—No se crea ese cuento del campesino ignorante y el ciudadano instruido. Hay gente que sabe y ha logrado más sin siquiera haber abierto un libro —suspiró profundo. Se puso de pie, las manos entrelazadas hacia la espalda, y empezó a andar en el espacio abierto de la dirección—. En las manos de los hombres hay un gran poder: el de decidir con sabiduría. Si al poder un burro llega, es porque la gente que lo eligió y puso ahí también lo es. Si llega un hombre recto y entendido, es porque el pueblo supo discernir entre el burro disfrazado y el hombre preparado y servicial a su país. En esta pequeña Costa Rica queremos gente pensante y próceres de la patria, y creemos fielmente que la educación y el estudio iluminan la senda. Sin embargo, de nada sirve si sus principios morales no son sólidos y de respeto al prójimo. Yo quiero darle oportunidades a ese tipo de personas. Siendo así, si usted tiene un genuino deseo de salir adelante con el estudio siendo buena persona y usted se compromete conmigo en dar la talla, yo me comprometería a

arreglarle un cupo en el Liceo de Heredia para que pueda realizar sus estudios de secundaria. No puedo prometer beca, porque los cupos se acabaron y usted estaría entrando a destiempo. Si se esfuerza, tiene las puertas abiertas. Necesitamos muchas luces como la suya que hagan brillar este país, mi estimado amigo.

Supe lo que era la sencillez de la felicidad. No era estar cubierta en finas pieles ni lucir adornos de oro; tampoco comer delicados pastelillos en vez de pan añejo. Fue aquello. Fue sentirme valorada, sentir que la vida tenía un sentido y un destino. «Estimado amigo —resonaba en mi cabeza. Daba eco, se devolvía y regresaba—, un cupo en el Liceo de Heredia. Necesitamos muchas luces». ¿Yo? ¿Luz? ¿Una persona de estima? ¿Yo formándome para ser una profesional que fuera orgullo de la casa y beneficio para el país? ¿Yo? ¿Una muchacha tímida, concha, con las manos callosas del trabajo de campo y disfrazada de muchacho para poder andar libremente sin el estigma que una falda parece tener como tela?

—Señor, no hay cosa que usted haya podido decir que me... —Y estallé en sollozos. Bajé la cabeza y los callé. Aun así, el temblor de mis hombros los delataba.

—Vamos, un hombrecito no llora. Esas lágrimas me han dado su respuesta. Mañana hablaré con mi buen amigo don Carlos Gagini, del Liceo de Heredia. Le alegrará mucho conocer a un jovencito que, a la mera mención de estudio, llora pero de alegría. Es una lástima que con las señoritas no pase así, destinadas a casarse y atender el hogar, y los niños truncan pronto sus estudios. Por eso voy a luchar porque le den ese espacio en el liceo.

Salí de su despacho. La cruda verdad me dio de golpe en el rostro. Todo el tiempo atrás yo había mentido sobre mi condición de niña. La escuela admitía tanto niñas como niños, en eso no había problema. La bronca era que para trabajarle al Diablo se convino en hacerme pasar por varón y, para ser consecuentes con esto, mamá me inscribió así en la escuela. Tan simple como decir que el acta de nacimiento la había perdido y en la lista de matrícula escribieron mi nombre en masculino. Se sostenía así la farsa y, en todo caso, era mucho más práctico que, ya que, si vestía como hombre en el trabajo, asistir así a la escuela. Si bien ya el Diablo no representaba ningún peligro, tía Nelly no conocía bien de los negocios y, por muy esposa del *pisuicas*, seguía siendo mujer y eso no servía a la hora de arreglar acuerdos, hacer regateos y pactar ventas; en cambio, yo ya les era conocida. No tuvieron problema en transar conmigo, aunque fuera una párvula.

No había nada que decir. Estaba hecho, seguiría fingiendo ser hombre. Era mil veces mejor y no representaba ningún problema para mí. Por el contrario, se me abrían oportunidades. Así fue como entré a mi amado Liceo de Heredia, llena de ilusiones. Traspasaba aquella puerta de doble hoja adornada con elaboradas florituras en relieve y me topaba con la hermosa escalera, menos amplia en la parte de arriba y muy ancha en su base, como extendiéndose para recibarnos magnánimamente.

Mi mente de aquel entonces estaba ávida de conocimientos. Al parecer lo bonito, lo lindo, lo promisorio de la vida ya lo viví y ahora nada queda. Por eso prefiero recordar, aunque recordar es también volver a sufrir, volver a sentir y, sobre todo, recordar es no vivir, renegar del presente, enmascararlo, burlarlo, despreciarlo.

En la familia las cosas iban marchando. Se llegó a un acuerdo con el banco. Tía Nelly tuvo que dejar la casa y los terrenos, quedándonos el solar, la chanchera y la galera que reacomodamos para que quedara en mejores condiciones. La cría de chanchos se convirtió en nuestro principal sustento. Los domingos bien tempranito les daba una buena bañada para que quedaran bien catrineados e irlos a vender a la plaza de chanchos.

Tía Nelly y mamá se concentraban en torno al fogón, preparando tortas de flor de itabo, de flor

de ayote, barbudos, pan de elote, tamal asado, tamal mudo, cajetas, bizcochos, tortillas, empanadas, gallina achiotada, picadillos y cuanta cosa la gente pidiera, que a mí se me iban como pan caliente en la estación del tren y en los alrededores del mercado, en la misa de los domingos, en turnos y en cuanto evento apilotara a la gente. La esperanza de ellas era seguir pagando lo que queda de las deudas y ajustar lo suficiente para hacerse de un trámite en el mercado, ya con eso la hacíamos toda porque la clientela estaba asegurada. ¡Aun con toda esa trabajada, qué difícil nos resultaba juntar un par de cincos para al poco tener que recurrir a ellos!

Mientras tanto, yo me iba haciendo cada vez más muchacha, más baja que mis congéneres y mucho más con respecto a mis compañeros varones, quienes eran con quienes me codeaba. Como después de clase me iba derecha a trabajar, nunca tuve problemas en arriesgar a delatar mi condición de mujer, por ejemplo, al ir a nadar a las pozas. Algunas diferencias me empezaban a inquietar muy ligeramente: los cambios en la voz, la prominencia de la nuez de Adán y un ligero vello incipiente que ellos procuraban acelerar a punta de navaja.

Mamá no veía con buenos ojos mi dedicación al estudio. Sentía que me hacía perder mucho tiempo. No compartía mi optimismo, dudaba que yo llegara a prosperar. La verdad, mamá tenía pocas esperanzas conmigo. Creo que ella pensaba —nunca se lo llegué a preguntar— que para lo único que yo le podía servir era para ayudarle con los gemelos, por eso nunca me buscó marido ni me alentó a hacerlo. ¿Qué marido podía conseguir yo? Pobre, humilde y poco agraciada: otro baboso tan pobre como nosotras; lo que, en vez de ganancia, podía salirnos un revés.

En ese entonces todo me resbalaba. Yo era feliz y ni que decir cuando me nombraron en una comisión de estudiantes. La primera sesión se realizaría después de clase. Iba apurando el paso para llegar a tiempo. Era día de San Miguel y buena venta de gallinas y pollos habría. Yo ocupaba salir lo antes posible para ir a vender a las pobres colgadas de patas, tiesas, soltando moquillo por los orificios del pico y atontadas de tener acumulada la sangre en la cabeza.

Por eso fue que me dio cólera toparme a uno de los nombrados en la comisión recostado plácidamente en uno de los brazos de la escalera principal, la de madera finamente tallada, charlando con una joven.

—Disculpe, pero por causa suya aún no se ha podido empezar la reunión de la comisión de la semana cívica. Apúrele —dije apretando los dientes.

Se echó una risa y con toda la parsimonia del mundo se despidió besando la mano de la muchacha y se deslizó con gran soltura por el pasamanos de la escalera. Eso acentuó mi enojo.

—¿Y usted qué? ¿Me va a llevar de la mano? No me diga que lo mandaron de niño.

—Yo he venido a la dirección por tizas y me lo topo a usted de lo más orondo cuando varios tenemos necesidad de acabar la reunión cuanto antes. Vaya irresponsabilidad la suya.

—Poco me importa. De seguro mi papá pronto me pasa al Liceo de Costa Rica, me conviene mucho más.

—No sea tan zampaguabas. ¿Menospreciando a mi querido liceo?

—¿Querido? ¡¿Qué es esa forma de hablar?! Parece niña —dijo riéndose.

—¿Y qué con eso?

—¿Cómo que qué con eso? Compórtese como hombre, déjese de delicadezas. Nadie lo va a tomar en serio hablando como mujercita.

—Por estupideces como esta es que me entra una cólera. Si usted, que está estudiando, piensa así, ¿qué puedo esperar de los demás? Venga y me repite en mi cara lo que acaba de decir porque después de eso lo que va a ver es el suelo estampado contra su jeta.

Y así empezó el pleito. No lo golpeé lo suficiente como hubiera deseado ni él tampoco a mí. Nos detuvieron en lo más y mejor. Ambos terminamos expulsados de la comisión y severamente

castigados; mas, por ser el hijo de un importante ministro, la cosa no pasó a mayores para él. Para mí sí. Fue mi primer y único gran amigo.

En verdad, no viví mejor época que aquella. Se me abrieron tanto los horizontes y mi vida por primera vez prometía que me atreví a vislumbrar un futuro bueno y promisorio. Mi amistad con Francisco Javier me marcó. Tímida y retraída, no solía distinguirme en clase proponiendo ideas, siendo sociable y agradable; yo era mejor escribiendo y procurando obtener buenas notas, cosa que rara vez lograba. Su amistad, sobre todo, su influencia me resultó tan beneficiosa que me volví más despabilada y comunicativa.

Estudiábamos juntos cuando yo tenía algún que otro rato libre, principalmente de noche. Nunca antes me alegré tanto de parecer hombre a ojos de los demás. Podía andar sola y tranquila por la calle a aquellas horas. El único cuidado era que me apareciera un espanto o los serenos con su silbato, chuzo y farol. Me colaba por la ventana del segundo piso de su cuarto encaramándome en una carreta que él dejaba colocada justo debajo del amplio ventanal y luego impulsándome me agarraba de las barandas y trepaba. Podía estar a gusto en la habitación de un varón sin el menor problema para nadie.

Era un señorito de buena cuna y buena fortuna. Urbano, culto, buen mozo y estudiando para irse a las Europas a ser abogado, médico o arquitecto, esas eran las opciones. Francisco Javier podía ser todo lo que la sociedad herediana aspiraba que fuera un jovencito de buena plata y familia.

Recuerdo con cariño la única vez que fui al cine. Era muy barato, una peseta los domingos, solo que ni para eso me alcanzaba. Así que esa vez que fui resultó por casualidad. Estaba colada en la casa de Chico, quien después de hacer los deberes se alistaba para salir. Al poco le llegó una carta.

—¡Me lleva! Mario Carehuevo no aguanta el dolor de muelas, solo por eso no va a ir — refunfuñó y empezó a desabotonarse las mangas de la camisa cuando en eso cayó en cuenta que estaba yo—. Oye, ¿y por qué no vienes tú conmigo?

—¿A qué? ¿Al cine?

—No, güevón, a misa de diez. Obvio que al cine. Toca en el Jara, ni modo, es que quiero intercambiar unas cuantas revistas a la salida. Luego podemos pasar al circo, trajeron un león y dos elefantes.

—No tengo dinero y más bien estaba aguardando a que te fueras para irme contigo y luego agarrar *pal* beneficio, tengo una tanda de leña encargada y después me toca limpiar las chancheras del Diablo.

—Eso lo haces luego. Podemos ir solo al cine. No te hace falta pagar nada, aquí tengo la entrada de Carehuevo.

Al final terminé yendo, aunque hubiera preferido conocerlo en otro momento, al menos no con Chico. Ni siquiera supe de qué iba la película.

Definitivamente, al cine no podía irse bien vestido, en especial los pelones sin sombrero que se convertían en dianas de lujo, pues apenas apagaron las luces empezó la lluvia de jocotazos, cuechas y cuanta cosa pudiera lanzarse; tampoco podía uno concentrarse a causa del pulguero que había. Yo estaba demasiado emocionada, eso jugó en mi contra, eso y la inocencia. La penumbra tampoco ayudó. Cuando se hizo la luz desde el frente de la sala, con absoluto espanto vi salir un enorme león rugiendo estruendosamente.

Grité a todo pulmón, salí escopetada, pateando de paso a Chico y a cuanta gente se me pusiera por delante mientras escuchaba las risas y me preguntaba por qué no huían soplados si el león del circo andaba suelto.

Corrí despavorida en dirección a la parroquia de la Inmaculada. Chico al rato me alcanzó, no podía hablar a falta de resuello por la corrida y por la risa:

—Si serás tonto. Ese león es-es como una portada de todas las películas de la Metro Golden Meyer, es solo una imagen proyectada cuando inicia una película. —Tomó aire y agregó carcajeándose—: ¡En verdad que nunca has ido al cine! Me alegro tanto que las muelas de Carehuevo le estén dando lata, nunca en mi vida he reído tanto. ¡Vamos, regresemos!

—¡Ni mierda, yo ahí no entro! —le dije mientras me sonaba los mocos que del susto hasta me chorreaban—. Regrésese usted solo, *hijoputo*, ¡aaaay! —Un sacristán que realizaba los preparativos para la misa, a quien me le había pegado a la par del miedo y que lo había espantado contándole que había un león suelto en Heredia, me retorció el pellejo de un pellizco por las palabrotas que solté y, acto seguido, nos hizo sacados de la iglesia.

Lo que restaba del día y siguientes corrió como pólvora el chisme de que al circo se le escapó el temible *león*, los dos elefantes y hasta un chupacabras en cautiverio. El dueño del circo tuvo que sacar volantes aclarando el tema y de paso anunciando las tandas de la semana. ¡Ese día le hice propaganda gratis al circo todo por culpa de Carehuevo!

En verdad apreciaba muchísimo la amistad de Chico, casi como la de mi prima Azucena. Chico era la primera persona que me prestaba atención y que tenía un concepto elevado de mí. Una noche de tantas me dijo:

—Deberías venir conmigo a una de las reuniones del club —me dijo un día—. Que yo te resuma lo que se habló no es suficiente. ¿No que dices tener mucho interés?

—Y lo tengo, pero se me presenta un impedimento. No creo ser bien recibido.

—¿Por qué lo dices? No solo eres mi amigo, eres mi camarada. Ellos saben que yo te cobijo con mi estima. A donde vayas y lleves mi nombre como respaldo, tienes las puertas abiertas.

—No es lo mismo tener las puertas abiertas, que el corazón y la mente abiertos. Tratan muy mal a todos los que somos hijos de vecino. Mira, el otro día...

—Ya sabía que los iba a encontrar aquí. Yo no voy a servir de cómplice otra vez para encubrirlo ante mamá. —Era la hermana de Francisco Javier, Hilda, muy modosita y con aires de superioridad; entró en donde nos hallábamos—. Chico, dice mamá que si ya te probaste el nuevo traje, el del cumpleaños. En la entrada está el sastre recibiendo el nuevo encargo y quiere saber si te quedó a complacencia, porque ayer, que vino a dejarlo, vos no estabas.

—No, me ha quedado demasiado ancho de hombros para mi gusto. Lo tengo arriba. Subo por él, hay algunas indicaciones expresas que le quiero dar a don Fermín. No tardo.

Francisco Javier se retiró del estudio de su padre al cual habíamos ingresado, él por la puerta como manda Dios y yo por una de las ventanas de la primera planta. En verdad era poco bien recibida por su familia. Estuve tan tentada de irme, ya conocía la cháchara de su hermana.

—Eso es lo que pasa por mandar a hacer por sastres de aquí los modelos americanos —dijo Hilda con cierto deje de petulancia—. Alcánceme el catálogo, es esa revista que está en la mesilla del café. ¡Ay, yo no me hallo! Sé que es la moda andar los cabellos cortos y usar los vestidos holgados, pero mamá dice que una mujer se ve bonita con la cabellera exuberante, recogida en trenza o en un elegante moño. No sé ni por qué veo esta revista, sé que mamá no me dejará cortarme el pelo así. —Quedó callada un segundo, se lo pensó y se decidió a enfatizar con ensayada lentitud, sonando como a lamento—. Para los hombres es tan fácil vestir, lo que no quiere decir que se deben limitar a un solo traje, eh, usted sabe... —y, armándose de valor y cizaña, agregó—: Debería echarle un ojo al catálogo. Con la falta que le hace.

Si esperaba que le contestara algo, se quedó con la picazón. Me mordía la lengua. Dio tiempo, como esperando mi reacción. Tal vez pensaba que yo era tan bruta que requería algo de tiempo

para procesar lo escuchado y emitir réplica.

—Yo, por ejemplo —dijo, extendiendo su mano con fina delicadeza como si mostrara a un público determinado un objeto—, mando a traer de Estados Unidos y de Francia, directamente. Claro que papá manda a hacerse sus trajes de cachemir en donde Mainieri y Aronne en San José, alta calidad, nada de mediocres imitaciones. Vea usted —y repitió el ademán—, este sábado estamos invitados por don Cleto al cumpleaños de doña Adela —aclaró la garganta para enfatizar—. Me refiero a don Cleto González, claro está, solo que de confianza le llamamos Cleto —señaló en tono solemne—. Imagínese usted, vamos a asistir al salón municipal de Barva a una fiesta regia y espléndida, e invitados por el propio expresidente. Cómo no, si mi papá es ministro. Vamos todos, menos Rosarito, por estar muy pequeña.

Entró Francisco Javier con paso firme, cerrando la puerta del estudio con premura. Le brillaban los ojos. Alguna idea o noticia lo había animado.

—Anda, vamos. Necesito de alguien que reafirme mis intervenciones. —Carcajeándose se me acercó, se sentó en el respaldo del sillón que yo ocupaba, se estiró y, echando las manos hacia atrás de tal forma que le sirvieran de soporte a la cabeza, aclaró—: Solo bromeo. Tienes voz propia, es solo cuestión de que no repitas lo mismo que dicen los libros.

Como no me veía convencido me dijo:

—Te conviene ir. Prometo que solo nos quedaremos un cuarto de hora, a lo sumo media. Cumpló con el deber de hacerme ver en el círculo de estudiosos de la política, que de nada sirve: no entienden o no quieren reconocer que la política ya está dictada desde hace mucho. Además, quedé en verme con Leila y cada vez que la veo está más bonita que una amapola.

—Chico, si papá se entera, ya sabes lo que opina de esa Leila. Si se entera, te va a...

—Hunde tu nariz en la revista, Hildita.

—Vete a ver a la Leila. Total, no va a parar en nada, pero ¿vas a ir a las reuniones de política llevando a este? ¡Qué vergüenza! ¡Cómo te gusta mortificar a mamá y a mí también! Te escuché decirle a José Manuel que Joaquín va a estar y, por si no lo sabes, Joaquín se está empezando a interesar en mí. No te rías, que no le veo la gracia. Hablo en serio, Francisco Javier, no dejes mal parada a la familia presentando a este como gran amigo tuyo, si tenerlo aquí ya es mucho favor que le estás haciendo.

—Yo no sé dónde está lo delicado de una mujer cuando la veo a usted. Si usted representa lo que debe ser una mujer delicada, pues prefiero que no lo sea. Se precia de ser una gran dama y, si bien reconozco que siento vergüenza, la siento hacia a usted, ¡usted me la genera! ¡¿Cómo va a referirse así a alguien y a menospreciarlo?! Yo no soy menos que ninguno de ustedes. Y lo demuestro callando ante su insolencia y respondiendo ante su humillación, porque a un tonto no se le da pelota, pero a un bellaco se le ataca.

—Hermanita, ¿ves por qué yo presentaría a este hombre como mi igual y me daría orgullo mostrarlo en cualquier sitio por muy de alcurnia que sea? Sabe darse su lugar. Le habla uno por bien y no entiende, le acicatea el orgullo y mira cómo te destroza el tuyo. Te aseguro que ahora asistirá con una determinación al club. Yo lo miraré y veré la estampa de un hombre digno, porque en su frente está marcada la defensa de su honor que de sí mismo ha hecho. Que pases bonita tarde.

Quedé sumamente impresionada de sus palabras. ¿Esa era la percepción que tenía de mí? No me había dado cuenta de que alguien me pudiera observar de esa manera. Fue como un descubrimiento de mí misma que me asombró, y también de otra cosa: «Francisco Javier». ¡Qué lindo nombre! No sé cómo le llaman Chico.

Ingresamos a un salón reservado dentro del restaurante Viena, diagonal al Parque Central. Allí

mi pobre y único traje no me opacó. Fui sagaz, sarcástica, determinada; defendía mis argumentos con una lógica fría e irrefutable. Era cierto, todo aquello era un espectáculo, pero en ese espectáculo brillé y aprecié el orgullo que le inspiraba a Francisco Javier; me asusté tanto. Una parte de la naturaleza humana que había estado dormida en mí despertó. Me sentí mujer, lo sentí hombre. Deseé tanto besarlo, no esperarme a que él lo hiciera, sino yo. Me sentía tan enervada de ser yo la que diera el paso. Eso también lo sorprendería y, cómo no, si él pensaba que yo era hombre. El recuerdo de la verdad fue como topar con muro. Me hizo poner los pies en terreno seguro.

Y, por otro lado, pensaba: «¿Por qué tan cobarde?». Esa noche era única y especial. Esa noche yo era dueña de mí misma, me le podía enfrentar a cualquiera y salir victoriosa. No probé bocado alguno, que no se dijera que era una muerta de hambre que aprovechaba para engullirse todo lo que pudiera. Lo que sí hice fue beber: esa noche yo había bebido la mejor de las champañas, la de la seguridad en mí misma. Yo sostenía al mundo y podía hacer lo que yo quisiera. Podía girar sobre mis talones, y quedar de cara a él, tan próximo a mí que bastaba con que le echara los brazos al cuello y acercara milimétricamente mi rostro al de él para besarle sus finos labios. De repente, todo se volvió tan claro. Cosas que yo no había notado resaltaban. Su cabello castaño, sus ojos marrón oscuro, tan chispeantes, tan grandes, con unas coquetas pestañas arriscadas, su mentón partido en dos, una nariz ancha y unos incongruentes labios delgados para la ancha nariz que tenía. Su cuerpo delgado, alto y estrecho de hombros. Su frente al sonreír. «Pronto se le harán arrugas, mira que al menor gesto que hace se le marca tanto la frente». Y sonreí. Y pensé en hacer todo aquello y no lo hice. No giré.

De vuelta del trance, me percaté de que había estado mirando con fijeza a ese nuevo hombre que resultaba ser para mí. Él también se me había quedado mirando, con extrañeza. Fingí desinterés en lo que comentaba el grupo y me salí del círculo para incorporarme a otro. Hablaban sobre seguridad social y no sé qué más. Me costaba seguir el hilo, yo seguía perpleja ante mi corazón agitado. Temblé de solo sentir que él se puso detrás de mí.

Me sentía eufórica, se me cruzaban por la mente ideas locas y audaces, cosas tan impropias de cualquier señorita de bien, de hogar decente y criada para ser casadera. Empero, yo no. Yo era una mujer libre, una que forjaba mi propio destino, tan así que me rebelaba de mi condición subordinada, excluyente y apartada de mujer para hacerme pasar por hombre y obtener todo lo que a ellos se les daba y a nosotras nos privaban. Una mujer así habría tomado al hombre que le gustaba, que quería, y le hubiera demostrado ese deseo y cariño. Pero otro revés de tuerca.

Francisco Javier me jaló de una manga de la camisa.

—Esto me aburre y acabo de ver al papá de Leila. Ella debe estar afuera esperándome para ir al Jardín Azul. Si quieres, te quedas o te vas. Yo ya me voy.

¿Acaso él no sentía la misma conexión que yo? Se iba con la Leila y me dejaba a mí en esa noche en la que resplandecía. Tenía que hacer algo para captar su atención y yo ya estaba desbordada y fastidiada con la cháchara empalagosa de tanto sabiondo decidiendo el destino del país:

—El diputado González simplemente debe dejar de apoyar el impuesto a la fanega. Así no va a quedar cafetalero con ganas de exportar si todo se le va en impuestos. Van a quedar los cafetales botados y en vez de café exportaremos maleza para que los europeos se preparen té de hierbas. ¡Eso es lo que quiere el Gobierno, la ruina! ¡El Gobierno no debe intervenir! Es descabellado que tome la plata que hacen otros para dársela a quienes no hacen nada por ganársela.

—En eso estoy de acuerdo, aunque la mayoría de lo que dijo fue bastante insensato, por no decir, tonto —intervine—. Quitar a unos para dar a otros de poco sirve. Máxime si entendemos

que la desigualdad que hay no se trata de repartición de dinero. Es un asunto de posesión. Vivimos en una tierra rica que nos provee alimento, el suficiente para transar con él a cambio de otras cosas. La posesión marca la diferencia. Quien posee gente a su disposición, mal llamados trabajadores asalariados, quien posee las herramientas, quien posee las ideas que crean, quien posee la tierra es quien acumula. En este modo de vida en el que nos hemos liado, quien nada posee que se vaya al diablo.

Sentí un codazo de Francisco Javier en un costado. Yo seguí replicando:

—Es que el Gobierno debe intervenir sí o sí. ¿O usted qué cree, que la naturaleza humana es generosa a ultranza? Si usted cree que el que más tiene más da porque le nace se equivoca. Contados con las manos. Estamos cada vez más lejos de aprender a compartir y dejar de ser buchones acaparando para tener más y más. Hay quienes se levantan cada día más ricos y otros o se levantan a ganarse el sustento o ese día no comen. El Gobierno debe intervenir no para quitar y dar así no más, sino para expandir el crecimiento reduciendo la desigualdad, tiene la gran misión de generar las condiciones que le posibiliten a todos vivir bien.

—¿Quién invitó a este fantoche? No le voy a dar cuerda a alguien que no es más que un chiquillo que, como lo ponen a leer y a recitar en clase, piensa que puede entrar a discutir con adultos. Francisco Javier, por favor, yo respeto mucho a su padre y a su señora madre, y es un gusto tenerlo aquí, pero usted es solo un señorito que viene a oír nuestras disertaciones, no tiene por qué traerse a un figurín que no sabe lo que dice. Mire, jovenzuelo, su idea no tiene mucha consistencia. Digamos que cada quien y cada hogar adquieren un buen nivel de vida. ¿Quién entonces va a querer realizar los trabajos más arduos? Es necesario que haya pobres, ¡epa! No se altere, déjeme suavizar la palabra: es necesario que haya gente necesitada de hacer lo que otros no quieren hacer y hay gente que acepta cualquier pago porque, de lo contrario, seguiría como están, como una mano delante y otra detrás. ¿Se imagina que todos los pobres, como usted, se pusieran a estudiar? Sabrían recitar la constitución de la república de memoria cuando los patrones lo que ocupan es gente que trabaje la tierra y las máquinas. El progreso del patrón es el que llena el plato del jornalero.

—Hablando de pobreza, ¡qué pobreza de pensamiento! Usted, su señoría ilustrada —dije con sorna—, no está considerado que...

—Ya déjalo así, vámonos —habló con una voz de trueno Francisco Javier mientras me empujaba hacia la salida del salón. Estaba furibundo—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué te comportaste así? —me gritó al salir—. ¡Me avergonzaste ante todos! ¡¿Cómo fuiste a decir todo eso y tratar al otro de ignorante?! No tenías que ponerte a discutir con Trejos. Él nunca iba a ceder y tiene mucha espuela. Además, es asesor en la Asamblea. Mucho ojo, no me sirve que a quien llevo y presento como mi amigo haga estos espectáculos que pueden dañar mi imagen. Mañana mismo papá estará enterado de todo y yo me veré en un lío.

—Otro que dice sandeces. Él empezó tratándome mal y, además, todo lo que decía era pura estupidez. No puedo creer que eso sea asesor y, sobre todo, me duele mucho lo que acabas de decir.

—No haga un bochinche, que aquí el único perjudicado soy yo. Mírate. Quitá esa cara de frustración. Debería importarte más pensar en qué vas a comer mañana tú y tu familia que en cómo solucionar los problemas de todos los pobres.

—Claro, eso es lo que les interesa a ustedes. Que solo pensemos en cómo sobrevivir, nunca en cómo crecer. Tú también piensas que es necesario que haya pobres. Qué vil y mezquino eres. ¿Dónde quedó todo aquello que dijiste en el estudio de tu papá? ¿Cómo pude pensar que...? ¡Diablos, me resultas despreciable! Eres un pobre de mente, de principios y de sentimientos.

¡Qué-qué pobre eres!

—A mí nadie me habla así y menos una gentuza hijueputa. Vuelva a ser tan insolente y no solo le parto la cara, sino que lo hago sacado del liceo.

Nuestros gritos habían llamado la atención. Alguna gente del salón y del restaurante mismo salió a vernos. Estábamos en el Parque Central, desde cualquier dirección se nos veía con total claridad.

—Gentuza, sí, patas vueltas y muerta de hambre también y hay algo más... —El cuerpo me temblaba, me enervaba la sangre. El llanto acudía a nublar me la vista. Estaba fuera de sí y me sentía regodearme ya con el impacto que mis palabras iban a causar—. Soy mujer y a mucha honra.

—¿Está chiflado?

—Chiflada —lo corregí—. Le estoy diciendo que soy mujer y mil veces más valiente que usted. Desde las tres de la madrugada estoy en pie, que alimentando y ordeñando las vaquillas de mi tía, que ayudando a mamá en su incansable jornada, que trabajando la tierra, que criando chanchos, que jalando leña, que vendiendo comida en las afueras del mercado, ¿qué no hago?! Me canso de contar y luego a estudiar. Y así, pedazo de idiota, me ves en clase callada y atontada, haciendo esfuerzos por poner atención, aunque el hambre me parte en dos. Luego tienen la cáscara de decirme que jale a jugar y parrandear cuando tengo que volver... ¡Adivine a qué! ¡A trabajar! Yo soy mujer y hago más de lo que ustedes, zopencos, serían capaces de hacer con sus manos suaves y delicuitas.

Estaba segura de que Francisco se me hubiera tirado encima a golpes, pero ahora, que advertía en mí rasgos femeninos, dudaba en creermelo o no. Lo que hizo el pendejo fue no mear ni media palabra, darse la vuelta e irse. Por mi parte, me acobardé ante su inacción. Salí corriendo en dirección opuesta empujando al gentío metiche y llorando a lágrima viva. Hui como si fuera una alimaña.

Llegué a la galera y no pude conciliar el sueño. La mente daba vueltas y vueltas.

La desilusión más grande que me embargaba se devanaba entre la ignorancia de aquellos mequetrefes del club y sus ideas del mundo. Y, por otro lado, la ofensa intolerable de sentirme abandonada cuando poco antes me había sentido tan importante y valiosa para Chico. Me prometí que no le volvería a dirigir la palabra. No hubo problema en cumplirla porque él nunca más se me acercó.

La tos que tenía uno de los gemelos aumentó en intensidad. Era esa tos majadera que una vez que empezaba no terminaba. Lo voltéé de medio lado sin despertar al otro que dormía en el mismo jergón, acerqué un tiesto para que botara las flemas. Era muy bueno escupiendo. Me senté en el borde de la cama y empecé a sobarle la espalda como hacía mamá. Así logré que pasaran las horas y, apenas los gallos dieron los primeros avisos de un nuevo día, me puse a trabajar. Ese sería el día en que vi truncado el futuro, desenlace que se había iniciado en la noche pasada.

Llegué a clases, igual que siempre vestida como hombre, y no hice más que sentarme en mi lugar. Nadie me dirigía la palabra. Como aún no empezaba la clase y me sentía tan incómoda, me quité el lápiz de la oreja y fingí que escribía en el cuadernillo que llevaba. En eso don Fausto, el maestro, entró. Todos nos pusimos de pie. Dimos los buenos días, entonamos el himno nacional y rezamos la oración de siempre. Don Fausto se sentó a la mesa y con mirada imperturbable me llamó:

—Jovencito, diríjase a la Dirección, don Alberto lo está esperando.

Tragué grueso. A como pude me levanté temblándome las rodillas. Cuando me di cuenta, ya me encontraba frente a la Dirección. La puerta de doble hoja tenía una plegada. Con los nudillos

toqué con fuerza aquella madera y sin esperar entré. Solo estaba don Alberto. No era el director, sino que estaba sustituyendo temporalmente a don Carlos Gagini, que andaba en Europa.

—Jovencito —escuché por segunda vez en ese día—, le acusan ayer de haber hecho un alboroto. Debo preguntarle sobre lo acontecido, ya que varios padres se han quejado al respecto.

—Disculpe usted, ¿qué pudo haber sido? Ayer dije muchas cosas y de ninguna me retracto.

«En especial cuando llamé zopencos a los emperifollados hijos de familias de plata».

—Le voy a decir una: los muchachos hoy en día creen que, adoptando las costumbres de los mayores, esto los hará parecer adultos también. La chicha, el aguardiente, incluso el mismo jugo de caña fermentado, se tienen que manejar con moderación. Luego le hacen decir a uno más de una insensatez, créame, hasta a las mentes más formadas.

—Yo no estaba pasado de tragos. Con lo que me cuesta ganarme el cinco, créame que no voy a estar alimentando un vicio.

—Me alegra escucharlo, es muy sensato. Entonces, no comprendo cómo fue usted a decir que no es varón, sino señorita, si viste y se comporta como tal. Su propia madre lo inscribió así en la República de Argentina y don Próspero, el director de la República de Argentina, habló maravillas de usted y por eso fue que se le abrió un espacio como estudiante de esta casa de estudio a la que le debe respeto y honra.

—Pues es que sí soy mujer —me expliqué—. Vea, al principio fue porque ocupaba hacerle creer al esposo de mi tía que yo era varón, solo así aceptaría que nos quedáramos viviendo con ellos, ya que le pagábamos con mi trabajo. Luego fue por miedo a perder oportunidades. A los hombres los becan, a los hombres los escuchan, a los hombres los respetan. A las mujeres las educan para el hogar, a los hombres para el mundo, y yo quiero abarcar el mundo.

—¡¿Qué sandeces dice?! Cada cosa con su cosa. —Y montó en cólera—. Bien, entonces es usted una señorita que ha mentido todo este tiempo. ¿Se siente feliz y orgullosa de eso? Le sugiero respetuosamente que no aspire algún día a ser maestra, pues a un educador se le pide una serie de valores de los cuales usted plenamente carece. ¡Oh, es que ya veo! No, usted ayer también anduvo hablando de política y economía. Le recomiendo también que deje de andar buscando cosas de hombres. Antes de hablar, antes de votar, antes de decidir, primero tuvo que haber nacido hombre. Si no es así, lo siento mucho. Como le dije, cada cosa en su sitio. Me siento tan decepcionado de usted. Viene a aprender y termina engañando a los demás. Si pudiera expulsarlo, que diga, expulsarla, con gusto lo haría. Aquí no educamos mentirosos.

No entraré a describir lo que sus palabras hicieron mella en mí, solo diré que fueron lo suficiente para derrumbarme. Por otro lado, no hizo falta que me expulsara, la vida me expulsó. Papá apareció un día, sobreviviente del paludismo, pero no de la inclemencia de las bananeras, con podredumbre en los pulmones infestados de los aires del Caribe salvaje y cruel. Mamá no dejó que se muriera, tampoco me dejó continuar con los estudios. Ahora tenía que cuidarlo a él y eso implicaba otra boca que alimentar.

A mí lo que me dolió ese día fue la confusión que se tenían. Aquella noche yo no hablé de política ni de economía, no sabía nada de eso, yo solo hablé de justicia y dignidad, cosas que parecían no importar cuando lo que se juzga es por qué abrió la boca si es una carajilla, por qué se atreve a pensar en alto si es mujer.

Estoy segura de que don Carlos Gagini no me hubiera tratado así. Ese tenía madera de gente. Yo me desmoralicé. Tardé varios días en regresar al liceo y cuando lo hice fue solo un día. Sentía en carne viva el rechazo de mis compañeros, mientras que el trato de los profesores era tan agresivo conmigo que pensé que lo mejor era, en efecto, desertar. ¡¿Cómo pude hacerlo?! ¿Cómo no me aferré a mi derecho de estudiar? ¿Cómo no tenía noción de que estaba desertando sueños?

Regresé de mis recuerdos cuando me detuve de andar. Había llegado a la calle donde Francisco Javier vivía. El tiempo en poco había hecho notar su paso: el color de la casa era otro y debajo de la ventana que daba a la habitación de aquel entonces de Chico yacía un poyo de hierro labrado. Allí era donde Chico ponía la carreta para que yo me encaramara y alcanzara el balconcito. Tal vez la reforma más importante que presentaba la casa era el añadido que se había hecho para instalar su oficina de abogado y que fue elaborado respetando el mismo estilo arquitectónico.

No había abierto. Era aún temprano. Esperé del otro lado de la calle frente a otra señorial casona. Salió un hombre por la entrada principal de la casa, iba vestido de traje formal. Cerró el portón de verjas blancas y con llave en mano se dispuso a abrir la puerta del bufete.

Tenía que ser él, a menos que tuviera un empleado encargado de abrirle. Descarté esa idea, pues estaba vestido muy finamente, tal y como en su adolescencia. Lo que pasaba es que me era irreconocible aquel muchacho espigado en la figura de ahora, de un hombre gordo, con una calvicie marcada en la coronilla lo que le profería un aspecto mucho mayor, como de monje de convento. Me dije que a sus ojos también luciría desmejorada por la vida, ya no estaba tan flaca desde que empecé a alimentarme bien, pero mis manos eran una desgracia: conchas, de dedos duros y engrosados, marcados con las cicatrices del trabajo rudo, las venas saltadas de mis manos y brazos; la piel morena y reseca de una vida pasada trabajando bajo el sol, una figura recta sin muchas curvas y con tendencia a andar jorobada.

Me enderecé y crucé la calle cuando vi que una señorita ingresaba a la oficina.

—Buenas.

—Buenos días, señora. ¿Qué se le ofrece? El licenciado Soto no está atendiendo a ningún caballero todavía, porque aún no es hora.

Comprendí a qué se estaba refiriendo.

—No soy la señora que viene a preguntar por su marido porque no sabe dónde está o porque quedaron de verse aquí y vengo a esperarlo. Yo busco expresamente al licenciado porque ocupo de sus servicios.

—¿Está segura, señora? ¿Y su representante? Estas cosas es mejor que se traten entre hombres, nosotras ni entendemos ni nos debe dar afán preocuparnos —dijo con una adorable sonrisa al tiempo que, con entonación jocosa, agregó—: Deje que entre hombres se arreglen, nosotras no estamos para eso.

—Pues viera que no me parece, más bien, le agradezco mucho si le dice que una vieja conocida de él le busca y que le precisa.

Otra vez la señorita se confundió, ahora pensaba que yo era la amante de Chico. Esa ironía de la vida me hizo demasiada gracia.

—Vea, señorita, es un asunto de negocios. Yo no tengo marido, no tengo otro familiar varón ni abogado. Precisamente, lo estoy buscando a él como abogado. Le ruego que le diga que me dé un espacio ahorita mismo. Sé que no saqué cita, por eso me vine tempranito para que me atienda antes de su clientela, por favor.

No insistió más, se retiró y luego:

—Pase.

La chica me abrió una puerta caoba al final de un zaguán. Chico estaba de pie al lado y, al aproximarme, se inclinó ligeramente:

—Mi dama, ¿con quién tengo el gusto? Perdóneme mi falta de exquisitez al no recordarla. Usted estaba desde hace rato al frente, cruzando la calle, ¿cierto? Ahí mismo se hubiera acercado a decirme y no hubiera tenido que esperar más, mi señora. Platíqueme. ¿Qué le trae por aquí y en qué puede ser de utilidad su humilde servidor? —agregó pomposo mientras cerraba la puerta.

—Chico, no se te ha quitado la galantería. ¿Sabes? Me alegra verte después de tantos años. En estos momentos me estoy sintiendo bien. Ya ni siquiera logro recordar pizca alguna de resentimiento y decepción hacia vos. ¡Qué tontas que somos las personas! Yo hice algo que ya no guardo ningún sentimiento feo hacia ti. ¿Y esa cara? Soy yo, tu amigo del Liceo de Heredia que resultó ser una mujer disfrazada. ¿Te acordás? Vos me dejabas puesta una carreta bajo el balcón de tu habitación para que yo me trepara, porque tus padres no permitían nuestra camaradería. Luego bajábamos orondos de la vida las gradas principales para ver la cara infartada de tu madre, que nos acusaría con tu padre. ¡Han pasado años! ¡Vos estás hecho una bola andante y mírame la piltrafa que estoy hecha!

Fue una muy bonita mañana. Recuperé la frescura, desenvoltura y la capacidad de reír de las propias desgracias. Chico era el mismo de siempre. Nada había cambiado. Hasta acerté con sus arrugas prematuras. Su vestir elegante y su postura de señor seguían intactos, el cabello que le quedaba seguía siendo castaño; sus ojos grandes seguían siendo vivaces y resplandecían aún más cuando recapitulaba nuestras anécdotas.

Fuimos cínicos, fuimos toscos, fuimos sinceros. Fuimos como los dos jovencitos varones de hacía más de quince años atrás.

—Bueno, Chico, sé que tienes clientes que atender, lo sé porque ya ha venido tres veces su secretaria a recordarlo y porque oigo a uno carraspear más de la cuenta cada vez que nos echamos nuestras carcajadas. ¡Hablemos de negocios, hombre! Tengo un dinero que ocupo depositar en el banco, pero ya sabes que hasta para abrir una cuenta, las mujeres tenemos trabas. Ocupo que seas mi representante en todo. Ocupo que me ayudes a administrar el dinero. Quiero dejar testamento, que seas mi albacea y que gires una mensualidad para la manutención de por vida de mi familia en caso de que yo falte. Esto es muy importante para mí. Sé que hay formas de invertir el dinero y hacer realidad lo que te digo. Quiero comprar también una casa y dejarla a nombre de ellos. Tú dime cómo empezamos.

Al final de ese día, recuperé una amistad. Francisco Javier no atendió a nadie más. Al salir a excusarse, le jugó una broma a uno de sus clientes que salió refunfuñando y, si su madre hubiera seguido con vida, le hubiéramos hecho la jugarreta de aparecernos juntos. Chico tampoco supo de las razones de mi testamento, de nombrarlo mi albacea ni del origen real del dinero. Él no era el único con triquiñuelas ese día.

—¿Cuándo nos vemos de nuevo? Podría ser el martes, vamos a cenar al Jardín Azul. ¡No! Ese día no. Ya no tengo al viejo fregándome la vida, ahora es mi esposa —dijo carcajeándose cuando salimos de ver la última casa en venta a la que me llevó.

A mí todo esto me parecía increíble. ¿Yo recuperando la amistad de Chico? ¿Un resentimiento de años disipado? ¿Por qué nunca lo busqué antes? Su amistad, mientras duró, siempre me fue tan bonita y valiosa. ¿O acaso era amable conmigo por asuntos del dinero?

—Tú concréteme la compra de la casa aquella que te dije, la del solar con hortensias. ¿Podrías conseguir a alguien que amueble la casa? Y prepara todos los papeles del testamento y demás. ¡Cuanto antes, mejor!

—¿Por qué la prisa?

—Uno nunca sabe cuándo lo llama la pelona. Puede ser ahorita cruzando la calle —lo dije en broma para esquivar la pregunta que, para oídos míos, resultaba sospechosa. Chico se me quedó viendo raro y un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—¡Yo nunca quisiera morirme, es tan bonito vivir! Mira, por ejemplo, hoy ¡con quién la vida me vuelve a juntar! ¡Mi amiguito, el irreverente, el que quería tomar el mundo con las manos y arreglarlo! Fui un soberano imbécil con mi actitud en aquel entonces. ¿Cómo dejé ir a un buen

amigo? Y, sin embargo, hay segundas oportunidades. ¡Volvamos a nuestras andadas! —exclamó, tamborileando con los dedos en la barriga—. Aunque la vida de mi padre fue la política y quería lo mismo para mí, yo no seguí sus pasos; claro que, si me dices de un mitin o incluso de un motín que termine antes de la cena, cuenta conmigo —dijo carcajeándose.

—Por cierto, ¿qué pasó con Leila? ¿Te casaste con ella? —dijo otra vez, intentando ahora esquivar sus intenciones de recuperar la amistad.

—Pues es la madre de mis cinco hijos. A los años supe decirle «no» a mi padre y que lo respetara. A los años aprendí a distinguir las buenas amistades. ¿Qué te hiciste en todo este tiempo? Me acuerdo cuando fuimos al cine y saliste espantada al ver el león de la Metro. Es una anécdota que cuento a mis hijos —y volvió a carcajearse—. Decime, ¿abandonaste el colegio?, ¿te pasaste a otro? Eras muy destacada y tenías mucho espíritu —concluyó serio.

—Mira la respuesta —dijo abarcando con las manos mis alrededores.

No quise contarle que dejé el trabajo por el repudio que sentí de los demás y por la necesidad de trabajar a tiempo completo. Ni siquiera años después tuve la oportunidad de retomar los estudios de noche. No quise decirle que, como tía Nelly perdió del todo la propiedad, ya no teníamos la chanchera y, aunque seguí disfrazada de hombre, ser peón de otro no daba para mantener las bocas llenas. Al menos, antes éramos dueños de nuestra pobreza; en cambio, en aquella condición quedábamos a merced de otros. Tampoco le contaría que pasaron los años y que vi como única salida emplearme de criada, así que volví a ponerme las enaguas y a trabajar en las casonas lavando palanganadas y más palanganadas de ropas, planchando con pesadas planchas de carbón y almidonando, cocinando y trapeando; ni que, en los últimos diez años, ya cansada de la vida, sin ilusiones ni un espíritu brioso, además de hacer esos trabajos a encargo, me había convertido en conserje y lavandera del hospital—. Amasé mucha fortuna como ves. Y basta ya de tanta palabrería, tú encárgate de todo y me avisas cuanto antes. En verdad, me urge porque pienso salir del país —mentí.

Capítulo 10

E inclinándote junto al resplandor de los leños,
murmures, un poco triste, cómo huyó el amor,
cómo flotó lejos sobre las montañas,
y escondió su rostro entre una multitud de estrellas.

WILLIAM BUTLER YEATS ,
Cuando seas vieja

Las diligencias con Chico me tomaron todo el día, por lo que faltaba un cuarto para las seis y yo seguía en Heredia centro. Tenía hambre y, como siempre, no andaba dinero que pudiera gastar en mí. Ni un cinco para un gallo de gallina achiotada donde Las Mercedes. Y ahora, ¡vaya ironía!, hacía solo unas horas había depositado en mi primera cuenta bancaria una cantidad asombrosa de dinero y no pensé en retirar algo para tener a mano.

Caminé ligera hacia el hospital. El doctor Santamaría siempre fue bueno conmigo, así que lo menos que podía hacer era presentarme como así me lo solicitó. No apareció a las seis, ni a las seis pasadas un cuarto, ni a las seis y media. Fueron minutos para las siete que llegó a la entrada del hospital.

—Seré rápido porque requiero volver. Vea, yo sé que usted tiene cierta preparación académica. Usted es una miscelánea que habla y piensa como el jefe de este hospital. Además, es sumamente trabajadora y, en fin, yo estoy a punto de acordar con otros colegas médicos abrir un consultorio privado aquí mismo, en Heredia, y me gustaría saber si le interesaría...

—Una miscelánea que sabe leer y escribir.

—No, una secretaria chispa, con más chispa que la que acaba de demostrar al no haber intuido a precisión mi propuesta —dijo con una sonrisa.

«¿Secretaria? ¿Yo? Vaya, otra vuelta de rosca de la vida. ¿La vida era un chiste, uno de pésimo gusto? A estas alturas del camino, cuando ya está más que zanjado el rumbo, y resulta que al camino unidireccional le empiezan a salir desvíos».

—¿Me está hablando en serio?

—Tan en serio que me salí de una emergencia ante un cuadro de ahogos que no había forma de controlar. Logré que se estabilizara y he venido aquí corriendo porque sé que lleva usted rato esperando.

—Pues que lamento mucho —dije con la voz temblando—, pero ya tengo un mejor trabajo. En todo caso, muchas gracias.

—Comprendo y perdone que sea tan necio —dijo revisando su reloj—. ¿De verdad consiguió un mejor trabajo, incluso mejor del que le estoy ofreciendo? Sé cómo es usted y que no le gusta aceptar nada de nadie. Deje el orgullo. Necesito regresar. Piénselo, hablemos. Tal vez un día de estos pueda pasar a su casa y explicarle bien. En verdad, me parece que esta sería una gran oportunidad para usted —dijo esto último mientras daba la vuelta para devolverse.

Yo alcé la vista hacia su cara. Le miré compungida, sinceramente apenada, y leí honestidad y buenas intenciones en sus ojos. ¡No sabía qué hacer! Esto era algo que jamás me hubiera esperado. Yo creía que de fregar pisos hincada no pasaría a más. Y es que realmente era así: «El que nace para maceta del corredor no pasa», y lo terminé aceptando. Traté, Dios lo sabe, traté de hacerme de un oficio que no me tuviera con el lomo partido y el alma en jirones. Dios lo sabe,

sabe que luché contra mi sino. Lo sabe, bien que lo sabe. Sabe de mis sueños menguados, de mi aferro a la dignidad, a esa idea de que no se nace para sufrir. Y cuando ya, resignada a la idea de que la vida me conducía irremediabilmente a un embudo sin salida, ¡carajo, me sale con domingo siete!

Tal vez con ese trabajo yo podría mantener bien a mi familia. Yo devolvería el dinero. Estaba intacto aún. Es más, le devolvería a Eduardo el dinero que me había dado para alimentación, se lo devolvería a pagos. Le explicaría todo. Él sabría comprender, lo sé enteramente, él estaba a la espera de que yo le diese una excusa para desistir de esto. Tal vez incluso podríamos quedar de amigos. Yo le apoyaría en todo. No tiene que ser tan trágico. Total, no es él quien está enfermo; es alguien a quien él quiere mucho, pero-pero, mientras no sea él quien lo requiera, yo podría cargar con la culpa de mi egoísmo, de mi decisión de vivir.

Todo esto y más me bullía por la mente. Yo seguí quedita donde estaba, cavilando. Un rescoldo de llama asomándose débil e ingenuamente. En eso, sentí la necesidad de prestar atención a mi alrededor. Claro, era algo magnético. Eduardo estaba allí en ese pasillo del hospital. Me había visto y su mirada, como un imán, me sacó de mi ensimismamiento.

No llevaba el saco puesto. Su chaleco lucía desencajado, la corbata la llevaba aflojada, los puños remangados; lucía tan cansado, tan harto del mundo. Era de esas personas que se ven muy mal en un hospital, no porque están enfermas, sino porque sufren por el enfermo que tienen allí.

¿Podía continuar yo con mi egoísmo viendo a ese hombre derrotado, menguado, agonizando de una forma diferente, pero igual de desesperante que la persona que lo tenía así? Ese hombre, así de derrumbado y todo, me hacía estremecer el corazón de alborozo y de profunda pena.

—Hola —dije al eliminar la distancia que nos separaba.

—Hola —dijo y, acto seguido, me abrazó. Absolutamente sorprendida, no hice nada, ni le rechacé ni le acompañé en su abrazo. Nunca había sido abrazada. En verdad que nunca. Era una experiencia rara sentir el calor y la palpable cercanía de una persona. No tenía cómo describir la sensación. Él me tomó como su soporte, inclinó su cabeza en el rincón de mi cuello y allí se desahogó. Fue un llanto silencioso, de hombre que no llora.

—Estoy agotado, en todo sentido. No quiero más esto. Cada vez es peor. Se me ahogaba, se me ahogaba, se le iba la vida. Su vida, por la que he luchado tanto. Y, como si no fuera ya grande y tortuoso mi sufrir, la veo a usted. A usted, que es su opuesto, que tiene vida y no la quiere vivir; a usted, a quien le pido su vida, una vida que cada vez quiero menos tomarla, aunque que estoy impelido a hacerlo, ¿me entiende? No es lo que yo sufro, es lo que sufre mi..., esa otra persona. Es un ángel. ¿Cómo un ángel debe sufrir tanto? Yo no sé si es amor o si es por un sentimiento de culpa, es que-es que yo debo hacer todo lo que esté a mi alcance por esa persona. ¡Véame!, rogándole a usted que comprenda la vejación que planeo hacia su ser.

No dije nada, tampoco lo estrujé entre mis brazos, ni lo empujé rechazando su dolor y sus excusas. Mis pensamientos de antes aflojaron. Todo era tan triste, ¿qué se podía hacer?

—Vámonos de aquí. Ahora descansa y yo no deseo estar más en el hospital —dijo adivinándome el pensamiento.

«Entonces, o dejamos de vernos, o nos vemos más seguido». Sus palabras hicieron eco en mi mente, en mi carne. Yo no estaba para perder tiempo. Él tampoco. Está de más decir que la elección era obvia.

Salimos a la calle, la noche estaba fría. Divisó su carro y hacia él nos dirigimos.

—Sentémonos ambos atrás —me solicitó mientras explicaba—. Vinimos con Agustín, imagino que habrá dejado el carro para conseguirse una aguadulce. Esperémoslo.

Me encuentro agotado en todo sentido —prosiguió—, incluso he sido un torpe con todo lo que

acabo de decir —y de repente, como alguien que simplemente no es capaz de contenerse, susurró —: ¿Podría quedarse conmigo esta noche? ¿O vernos mañana? —aceleraba las palabras, en un apuro de decirlas antes de arrepentirse—. Le han dejado en observación hasta mañana temprano, dado que la situación se ha estabilizado. Yo nunca me he apartado de su lado ni he tenido más mente que para darle atención. Sin embargo, gestionaré con mis contactos internos que su estancia bajo observación médica se prolongue todo el día de mañana. Perdona mi egoísmo, necesito estar con usted. Pasemos el día juntos, iré por usted a primera hora.

Me tomó de las manos otra vez con frenesí. Podía ver el debate en el que se hallaba, él siempre fiel a esa persona, entregándose completo a ella y ahora quería dejarla, aunque fuera un solo día, aunque se hallara débil y sola, quería dejarla por mí. Podía ver su ética, su moral desplomarse de a poco. Yo seguía sin decir nada y sin la posibilidad de apartar mis ojos de sus lánguidos iris.

—¡Maldita y bendita seas! —exclamó liberando su pena—. ¡¿En qué momento decidí dar la cara?! Yo no tuve por qué interesarme en conocer al donador. Yo no debí haberte citado, debí dejar que el intermediario se encargara de todo. Al menos ahora tendría paz y no este desasosiego en el alma. No era caballerosidad mía el encontrarnos ese día, a mí me movía un interés. ¿Me preocupaba tanto conocer a la persona que me daría lo que tanto necesito? Sí, una pequeña parte. Me decía: «Es necesario conocer la naturaleza de esa persona, su forma de ser; pues su carne será ahora carne de mi ser amado, sus sangres se entremezclarán y hasta resulte que rezagos del alma que animó el cuerpo original trasmuten en la nueva residencia». Pensamientos muy a lo Frankenstein, ¿no? La carne animada, la carne que guarda sentimientos, la carne bajo el impulso de sus recuerdos. —Sonrió amargamente—. «¿Será gentil, abyecto, egoísta, usurero, caprichoso, tenaz o admirable?, ¿tendrá determinación y coraje o su naturaleza responde a la cobardía?». ¡Claro, todo esto me interesaba!

»¿Cómo no interesarme en las calidades de quien, a cambio de su vida, cambiaría la vida que me he aferrado en preservar? Pero en su caso no me movía exclusivamente esa malsana curiosidad. Ya había pasado por muchos intentos fallidos de buscar un donador con afinidad y con ninguno me entrevisté previamente. Mi intriga, como mordida por un anzuelo, se activó con esas cartas tuyas. Nació en mí una curiosidad y un desespero. Tuve que haberme contenido. Ya presentía lo que me esperaba; pocas veces en la vida me hallé en un estado de tal ansiedad y desconcierto como aquel. Me justificaba alegando haber perdido la cabalidad ante la vileza del proyecto que tenía entre manos. Trataba de convencerme de que el deseo por conocer al carnero que iba a sacrificar era tan insano y morboso como cuando el condenado a muerte se obsesiona con su verdugo.

»Y mira ahora, antagonistas naturales que, en vez de repudiarse el uno al otro, se encuentran más unidos que ninguno en medio de sus desesperanzas. Víctima y victimario con tanto en común: dos seres cansados, hastiados de nuestras vidas, necesitados de esperanza, necesitados cada quien a su manera de variar el rumbo y destino. Yo buscando una chispa de vida y tú queriendo apagar tu vela. ¿Tiene esto sentido?

—No. Es enfermizo —hablé—. Si algún día nuestra historia se escribiera y llegara a ojos de terceros, nos rechazarían. ¿Quién congeniaría con nosotros? Definitivamente, no seríamos personajes de historias de amor puro. Ellos son heroicos, dignos de imitación y respeto. Sus narraciones son tiernas, inocentes y cálidas. No son obsesivos, enfermizos, débiles, corruptos, volubles, inestables y necesitados del otro para darle sentido a sus vidas. Nosotros somos los antagonistas. Los que buscan en el amor una falsa tabla de salvación, a los que ni el amor obra milagros en ellos. Somos los hostiles a la vida, los ávaros y maquiavélicos. Cada uno persiguiendo su propio y mezquino interés.

—¿Sabes lo que pensé en el Morazán cuando me estabas diciendo que tú, esa mujer alta, espigada, que robaba las miradas a su alrededor, que me mantenía la mirada, que no se sonrojaba ni perturbaba, que me miraba como leyéndome, que incluso me miró con lástima, sería la conejilla de indias? Mi mente no se atrevía a creer que usted se estuviera ofreciendo a la guillotina, ¿cómo una mujer que lo tiene todo para vivir? ¿No podías captar cómo me sentía yo en esa reunión que sostuvimos? Era la presentación del victimario y su víctima. Me sentía la más vil y canalla de las personas; y, en cambio, usted parecía tan natural, como si fuera un negocio cotidiano el darme su carne, su alma. Dime algo, ¿esa misma noche fue para usted lo que fue para mí? Yo sentí completárseme el alma. El vacío que estaba en el pecho dejó de pesarme. ¿Está mal sentirse feliz cuando a por quien luchas se le va la vida?

—No tengo respuesta. ¡Qué paradójico todo!, ¿no? Esta alegría nos ha hecho más miserables. Se ha presentado en un tiempo en el que no calza, en el cual las circunstancias de la vida la han hecho impropia, de mal gusto, felicidad por la cual lucho cada día en renegar y evadir, pues no nació para vivir, su existencia está marcada para ser efímera y ahora callemos. Se acerca Agustín. Si me hace el favor, acérqueme a casa. Le prometo que mañana nos vemos. Esta noche requiero hablar con mamá y terminar de resolver asuntos que ocupo dejar listos. ¿Sabe ya la fecha en la que llega ese médico de afuera?

No le dio chance de contestarme, había llegado Agustín con un vaso de aguadulce y un bollo de pan a medio palo.

Capítulo 11

—¿Que se pegó la lotería? ¿Cómo?

—Pues eso. O, bueno, qué tal si le digo que seguí mis estudios en secreto y a aquel abogado al que una vez le trabajé como miscelánea me hizo socia de su bufete desde que me licencié como abogada y acabo de ganar un caso que me generará mucho dinero. Poco cierto, ¿a que sí? ¿No me dejé menguar y acabé en secreto los estudios? ¡Ay, no, ya sé que es lo que suena imposible! ¡Una mujer abogada! Solo falta que queramos usar pantalones, votar y ponerle límite a la cantidad de hijos. Entonces —dije amarga y falsamente meditando, el corazón hecho un puño—, ¿qué le parece si le digo que he acumulado mucho dinero por ser amante del abogado? Menos creíble aún con lo feíta que le salí, mamá —reí fuerte, falsa, forzada y agriamente—. Da igual, ¿no? Que el origen sea bueno, malo, creíble o no a usted, de todos modos, le vale poco lo que yo haya hecho para obtenerlo. Tendrá su propia casita, una casita decente, bonita. Todos los meses le va a llegar un cheque, basta con que vaya al banco. No más penurias, mamá. No más con el espinazo doblado cuidando a papá y a los gemelos, una enfermera los atenderá.

—*Usté* no bromearía con eso.

No lucía sorprendida, ni siquiera ligeramente emocionada.

—Mamá, ¿cuándo he bromeado? No recuerdo momento alguno de humor en nuestras vidas. Yo no tengo humor. Salí como usted. Es que no ve que yo soy igual a usted. Igualita. Así como usted se ha estado sacrificando por ellos, yo lo estoy haciendo también. Así como usted perdió las ganas por vivir su propia vida, yo también. Y yo ya no quiero eso. Por eso usted va a cambiar.

—No quiero que me dé nada.

De repente su actitud de total apatía cambió bruscamente hacia un enojo repentino, que volvió a sofocar.

—Mamá, ¿por qué es tan cruel diciéndome eso? ¿Por qué ignora lo que le digo? ¿Por qué a los gemelos, que pasan babeando todo el santo día y solo saben hacer sonrisas tontorronas, por qué a ellos sí les presta atención y a mí no? También soy su hija.

—No vuelva a decir eso. Yo a *usté* no la reconozco. No es hija mía. Es hija del pecado. Y yo hace mucho que me he consagrado a purgarme. *Usté ta* condenada, pero yo no, *usté pa* mí no cuenta.

—¿Cómo es posible que me diga eso? Soy la única hija buena. ¡La única! ¡Los demás solo males le han traído! —grité.

—La que me trajo el mal fue *usté*, fíjese. Porque es hija del pecado, por eso sus hermanos salieron así, por castigo —ella, en cambio, hablaba queditico, serena. Lo que hacía todo más cruel, porque no lo decía enajenada por sentimientos impulsivos, sino por la estabilidad de carácter. Todo lo que me decía eran verdades puras que sentía.

—¿Cuál pecado, mamá? ¿Qué pecado hice sino partirme el lomo por ustedes y abandonar todas mis metas?

—Se lo diré *pa* que le quede muy claro, será mejor que no nos dé eso que dice que nos va a dar. Agarre esa plata que dice que tiene y váyase bien largo. Eso me traería paz. Verla a *usté* es ver los gestos y ademanes que tanto aborrezco. —Se separó del lado de uno de los gemelos y fue a fingir que limpiaba el moledero. Luego cambió de intención. Tomó dos hilachas y con ellas le tapó los oídos a papá—. Él lo sabe, ¿*pa* qué recordárselo? Esto se lo cuento *pa* que se vaya de aquí. Yo nunca le pedí que me ayudara, así que no me venga a decir que la culpa es mía. Llevaba

cuatro años de casada y el cielo no me reparaba una criatura, la reclamadera era todo el santo día de él, su familia, los vecinos, hasta el cura. Todo era una presión *pa* mí. No tuve más opción que intentar de otra manera. Así nació *usté*. La quise porque acallé las bocas de los demás, mi consciencia en ese momento no me recriminó *na*. Yo arreglé con Dios. Dios sabe por qué lo hice. —Paró para sacarse el rosario del pecho y besarlo—. A los años pude darle hijos a su padre, pero vinieron con castigo por el pecado que tuve que hacer *pa* tener un primer hijo. *Usté* siempre será fruto mal habido. Hizo que se me dañaran el resto.

—¿Me está queriendo decir que soy hija de otro hombre? ¿Que por eso usted dejó de quererme cuando tuvo los hijos bien habidos?

—¿Cómo no?! Sus hermanos sí nacieron bajo la bendición de Dios, ¿cómo no amarlos y entregarme a ellos, que nada debían y que terminaron pagando todo?

—No puedo creer que esté diciendo que en un momento fui una bendición y después una maldición. ¡Mamá! —grité con dolor—. Papá fue por algún tiempo muy trabajador y también un borracho, un perdido, un grosero. ¿Tener un hijo de un hombre así, solo porque era su marido, es una bendición? No, pues, ¡un poco más de bendición y le nacen ángeles! ¡En vez de babas todo el día, agua bendita, en vez de jorobas, alas!

—No sea blasfema —dijo santiguándose—. Salieron así por el pecado arrastrado. Dios me los condenó a ese calvario por su culpa, deje de ser tan animal para hablar de las cosas de Dios.

—¿Por qué por mi culpa? La de la culpa sería usted, que se fue a otro jergón, movida por la presión de los demás y sus malditas creencias, eso es.

—Cállese. Yo he pagado muy caro.

—Y me ha hecho pagar a mí.

—Así lo dispuso el Señor, es algo que le tocaba. Tiene que expiar aún más. Yo la oigo, *usté* no le gusta hablar como uno, como piso *etierra*. No, *usté* se da aires, que mucho estudio, que mucho libro. Yo sé bien que aún tiempo después de dejar de estudiar *usté* seguía buscando libros. ¿Y *pa* qué? *Pa na*. Pasa renegando de la vida que le ha tocado. Ese es su castigo. Yo ya estoy purificada porque supe aceptar mi condena. No quiero nada de ese dinero suyo.

—Lo ha aceptado todos estos años. Lo tendrá que aceptar ahora también. Además, no sabe lo que me está costando. ¡Lo estoy pagando con mi sangre! No tiene que repetirlo, ¡me largo! —Eché para atrás, siempre mirándola, siempre con la vana esperanza que albergaba de alcanzar a ver un asomo de cariño, de arrepentimiento por sus palabras, cuando menos de turbación o indecisión, pero nada. Se aferraba tanto a sus principios, sus creencias, sus miedos. ¡Cómo éramos de parecidas! Me hizo sentir lástima de ella, así que quise darle una última alegría—. No se preocupe, viva en paz. Créame que voy a desaparecer de su vida, de la suya y de la de todos. Eso se lo puedo jurar.

Me di la vuelta y eché una última mirada a mi padre, tal vez estuviera ido, tal vez se hubiera enterado de todo o de nada. ¿Qué más daba ya?! La gran humillada era yo, viérasele como se le viera. Mi padre fue traicionado por hacerle mantener su hombría y a mi madre su fertilidad. Él también le dio vuelta a madre tantas veces como oportunidades tuvo, y yo era considerada yerro solo por ser producto de sus decisiones e ignorancia. ¡Vaya vida!

—Mamá —tenía algo que agregar—, papá es mejor que usted en algo: papá a ninguno nos hizo sentir especial ni más que otro porque a ninguno nos quiso. En eso fue justo e imparcial.

Salí de esa covachita con el corazón hecho trizas. Era desconsolante saber que me sacrificaba por alguien a quien yo no le importaba nada. Me dejé caer al suelo y me hice un puño.

Ese día habían ocurrido tantas cosas por las que había estado esperando toda una vida: la reconciliación con Francisco Javier, la oportunidad de un trabajo bonito y a la larga bien pagado,

el contar con dinero suficiente para darle una vida decente a aquellos que llamaba familia, e incluso un hombre bueno que deseaba mi compañía y terminaba ese día sintiéndome como el ser más miserable entre los miserables.

Creo que en su momento dije que la vida se me parecía a un camino, que para mí siempre fue soso y monótono, y que en medio de esta invariabilidad el camino se curveaba y había salido a mi encuentro un acompañante. No fue solo eso, el camino, a partir de este entonces se había bifurcado. Desde hacía mucho tiempo, desde mis años de colegiala, podía decidir qué «quería» y no qué «debía» hacer con mi vida.

En ese día tuve la oportunidad de seguir viviendo, de devolver el dinero y aceptar el trabajo que me ofrecía el doctor, pero ¿para qué vivir si eso era negarle la esperanza de vida a otro que la deseaba y para qué vivir si ni a la persona, por quien yo me sacrificaba, le importaba mi vida?

Unos brazos me rodearon, me estrujaban y consolaban. Turbada creí que eran brazos maternos. No, la voz era otra. Terminé de ovillarme en él, le empapé la camisa en llanto y mocos. Atinó a esperar que mi convulso desahogo amainara y me condujo a su carro.

Capítulo 12

—¿Así es que se puede vivir mucho en un ratito?

—preguntó inocente.

JOAQUÍN GUTIÉRREZ ,
Cocorí

Para mí era tan ajeno todo aquello. Nunca, nunca en mis casi treinta y cinco años de vida había tenido a alguien que quisiera salir conmigo y con quien acordara una salida. Nadie tampoco me había aguardado a la puerta de mi casa. Nunca.

No es que mi vida dependiera de las atenciones de otra persona, solo que hasta cierto punto mi talante deseaba el acompañamiento. Eso no me resolvería la vida, eso no me haría eternamente feliz, ¡pero, caray!, creía que tal vez sería lindo contar con cariño y comprensión que ni de mi propia familia tuve.

Nuestra naturaleza humana es vivir congregados, unos más revueltos que otros. No es lo mismo llegar todos los días a una casa donde ni sumo ni resto que a una donde soy esperada. Es que, si bien cada uno vive su vida, ella también está en función de los demás; de aquellos a quienes amamos, de aquellos con quienes convivimos, de aquellos a quienes extrañamos y, cuando uno no tiene a nadie a quien amar, a quien acompañar, a quien esperar, cuando uno no tiene a quien extrañar y no es extrañado por nadie, pues, caray, si con eso no se siente un vacío melancólico en el pecho; en otras palabras, una condenada estaca en el alma, pues debo decir que esa persona es un prodigio que ha logrado superar un vacío casi tan terrible como el que el hambre y el dolor le producen al cuerpo.

Me llevó a su casa. No puse atención al camino, solo que fue un trayecto considerable que nos hizo llegar tarde en la noche. Era una casona señorial de oligarca cafetalero. Me condujo hacia una habitación adaptada como estudio. Nos sentamos cada uno en los extremos de un amplio y acojinado sillón; a un lado, una mesita baja con un ejemplar de la revista *Repertorio Americano*.

—Esto está muy mal. Está muy mal que no sea capaz de querer dejarte. ¿Qué va a ser de nosotros? Cuando te bajaste del carro y te metiste a tu casa, me quedé aguardando con la esperanza de que te devolvieras. Luego, al verte desmoronarte, ¿cómo iba a dejarte así? Quédate. Mañana podemos salir al campo.

Tocaron a la puerta. Él contestó y entró una señora mayor adormilada que se quedó sorprendida al verme:

—Buenas noches, mande, patroncito —dijo dubitativa.

—Buenas noches, Tildita. Prepare una de las habitaciones de huéspedes para la señorita si me hace el favor.

Matilde se quedó de piedra y, no sabiendo qué decir, avisó:

—¿El señor *ta* seguro?

—Tanto como que mañana estoy convocado a una reunión donde estará el señor Mora Valverde. Hágame el favor de, mañana a primera hora, mandar el envío de un telegrama a Montealegre informando que lamentablemente cancelo mi asistencia. Que Lorenzo invente cualquier excusa —y como si hablara consigo mismo aclaró—. De todos modos, aunque apoyo la tesitura de Manuel, de esa reunión no saldrá nada; las ideas de Mora no tienen asidero entre los cafetaleros. Todo está en que salga algo firme con Calderón ahora que llegue al poder.

—Como usted diga, ¿la señora me acompaña?

—Sé que es tarde. Sin embargo, pregunto: ¿tienes sueño? —me inquirió Eduardo.

—En lo más mínimo.

—Entonces nos quedaremos un rato más acá. No se quede esperando a la señorita y váyase a acostar, Tildita. Solamente deje preparada la cama, le agradezco.

Matilde afirmó con la cabeza manteniendo una mirada de extrañeza y disgusto hacia mi persona. Yo aproveché para observar a Eduardo en su ambiente. Patrón y dueño de una casona. Él era elegante; no lo digo por sus atuendos ni sus poses o modales adquiridos en la pequeña aristocracia de los cafetaleros de Tiquicia, sino porque su semblante era noble por naturaleza. Su carácter y su agudeza de mente lo hacían distinguido. Me resultaba una persona muy agradable de tratar.

Al quedar solos, Eduardo se acercó lo suficiente para tomarme ligeramente de una mano. Algo simple, apenas una pose de su mano sobre la mía. Un gesto cálido, un gesto que ni de mi familia recibía.

—No soporto ese dolor en tu rostro. Déjame ver con qué te distraigo. Ya sé, te contaré un poco sobre mí. Soy el segundo hijo de un padre que, a partir del esfuerzo de mi abuelo, hizo su fortuna con el café; mi madre, hija también de cafetaleros, fue emparejada con mi padre y esto permitió ampliar los terrenos y la fortuna. Tuve un hermano mayor que murió a temprana edad. Ya en calidad de hijo único, seguí los pasos de mi padre. Después de terminar estudios en el Liceo de Costa Rica, fui a Europa y regresé hecho abogado. Papá quiso que, además de administrar las haciendas y negociar los precios del café, me formara en derecho mercantil y pues a los padres se los obedece, ¿no es así? Si me preguntas qué me hubiera gustado ser, no sabría responder. Yo simplemente no cuestioné los mandatos y disposiciones de mi familia. Y, bueno, desde que la enfermedad se materializó, yo dejé de ser un hombre que solo pensaba en negocios y en cómo sacarles mejor provecho. Dispongo ahora de varios administradores, quienes periódicamente me rinden cuenta.

—Estudiaste en el Liceo de Costa Rica, entonces no eres de Heredia.

—No, soy josefino. Nací, crecí y sigo viviendo aquí, en Barrio Amón.

—Umm. Yo siempre he tenido una gran tirria a los del Liceo de Costa Rica y, tras eso, ni cuenta me di de que llevo rato con los pies puestos en el barrio de los ricos del país. Perdona que, en ningún momento, le haya tratado a usted con la debida y pomposa solemnidad que se merece —dije con ironía.

Sonrió con travesura.

—Termínate de ofender con mi apellido. —Soltando mi mano, rápidamente se dirigió a su escritorio. De una de las gavetas extrajo un sobre.

—Vaya, sí que eres de alcurnia y bien descarado. Ese apellido creo que hasta ha comprado elecciones. En todo caso, ya me había enterado cuando me diste el cheque.

Carcajeó.

—Te puedo asegurar que al menos yo he procurado mantenerme lejos de la política, aunque es bastante difícil. No te quería mostrar el sobre para hacer fanfarria de mi linaje, fue solo una excusa. Quería mostrarte su contenido. En este sobre mi intermediario me entregó tu segunda carta. Todas las guardo como un tesoro. Aquella vez que fuimos a la gruta, recuerdo haberme referido a sus cartas, solo que no hice mella en lo mucho que me afectó la segunda. La segunda carta me desarmó.

Eres bueno distrayendo. Nunca me creí vanidosa y frívola, no hasta ahora. Me ha complacido en extremo lo que acabas de decir, excepto lo de Amón —dije en son de broma. Hice una pausa y exhalé un largo suspiro—.

Ya me siento más estable para referirme al motivo que generó ese episodio de flaqueza que presenciaste. ¿Sabes? En estos momentos pienso firmemente que el ser humano es, por descontado, un ser egoísta. Si hace algo lo hace para su conveniencia o para su satisfacción, por ejemplo, para quitarse el peso de sentirse mal por obra u omisión. Lo que prima en nosotros es un instinto hacia la acción que nos deparará dentro de poco o dentro de mucho una sensación positiva, aunque de momento parezca incluso un sacrificio noble y desinteresado. Esto se manifiesta en todo sentido.

La madre y el padre, en particular ella, pues creo que su figura representa en buena medida el ideal del desprendimiento y autosacrificio, defiende a muerte a sus hijos por razones egoístas: porque son sus hijos, porque su instinto maternal la hace ver que le son importantes, que le han costado un gran esfuerzo, que son la simiente de su legado. Los padres que se quitan el bocado de la boca para dárselo a sus hijos realizan dicho acto de desprendimiento hacia un ser amado para evitar un sufrimiento para sí mismos al ver padecer a quien se ama. Al negarse ellos el bocado, lo que hacen es librarse de ese sentimiento de remordimiento o piedad, que se vuelve más intenso, más sentido y vívido cuanto más cercana es la persona a nosotros.

Esto aplica para la madre, para el joven enamorado, para el hijo, el filósofo, para el inclinado hacia la naturaleza y los animales, para el patriota amante de su patria y hasta para el antisocial. Creo que un desprendimiento genuino sería aquel que se hace a un completo extraño que nada de él nos afecta ni nos interesa.

Por ejemplo, en mi caso, lo que prima es el amor propio. Yo he estado tan sedienta de amor maternal y hasta fraternal, pero a la vez he sido incapaz de prodigar amor filial. Necesitando de abrazos y absteniéndome de buscarlos. He sido tan indiferente a los gemelos y a mis padres porque, como no eran capaces de dar amor, les negué el que yo podía darles. ¿Cómo puedo renegar de mi madre si ella es esclava de sus creencias y miedos?! Debo incluso confesar que me he avergonzado tantas veces de ellos y de mí misma. He sido tan egoísta. Quise tanto avanzar en los estudios para llegar a ser alguien reconocida e importante, para sentirme ufana de mis logros, para no recordar las penurias del pasado. Disculpe que me descare tanto, aunque es más que evidente que yo siento una gran inclinación hacia usted; lo que no logro comprender es si es un sentimiento saludable o una atracción malsana por alguien que me presta atención y me da todo lo que siento que en mi vida ha faltado.

Yo, de igual manera, estoy siendo soberanamente egoísta acercándome a usted. Busco sentir amor, amar y ser amada, aun sabiendo que esto, el mantener y estrechar nuestro acercamiento y nuestros afectos a su vez, nos genera infelicidad. —Suspiré y me pasé las manos por los ojos, reteniéndolas unos segundos—. Este drama es irrisorio, ¿no lo cree? Somos tan egoístas con la humanidad entera, con el sufrimiento de los demás. Lloramos y nos autocompadecemos de nosotros mismos cuando en la historia del mundo se ha sufrido cosas realmente terribles como la guerra, las pestes, la esclavitud, la hambruna, las penurias de la pobreza y la explotación.

—Creo, sinceramente, que no tiene que corresponder a un mal de la humanidad para que sea digno de atención —intervino sombrío Eduardo—, basta con que genere tristeza o dolor al cuerpo o al alma para que sea significativo para quien lo padece. Yo lo he tenido muy claro desde un inicio. Estoy actuando total y deliberadamente egoísta, como ahora que parece que todo mi mundo se concentra en este momento y en este lugar, y ya ni siquiera puedo afligirme de quien precisamente ahora se encuentra batallando en una cama de hospital, dejado a su suerte y al cuidado de los médicos.

—¿Qué haremos entonces? ¿Dejarnos llevar? ¿De qué?

—De lo que nos dicte el sentimiento. Toda racionalidad está de más. Hemos llegado a un punto de no retorno. En cuestión de una semana todo tendrá su fin. El día en que Martínez recibió los resultados y que tú te marchaste repentinamente, ese mismo día se comunicó con Villafuerte, un médico cubano especialista, quien será el encargado de realizar las operaciones. Estará en el país la semana que viene.

—Dígame, ¿de cuál órgano se trata y para quién es? Nunca antes tuve la curiosidad de saberlo hasta ahora.

—¿Realmente le interesa mucho? Le ruego, por favor, que no me pida decírselo —dijo mientras pasaba delicadamente sus dedos por mi rostro. Un escalofrío me recorrió producto de un alborozado estremecimiento—. No deseo ser aún más odiado por usted.

—¿Cómo podría odiarle?

—Debería hacerlo. Con la misma mano con la que te acaricio el rostro, he firmado todos los papeles necesarios para llevar a cabo la atrocidad que planeo.

—¿Cuál es el ser amado suyo que requiere una parte de mí? Dígame.

—Por favor...

—Por favor, le digo yo. Deseo saberlo. Tengo tantos celos hacia esa persona que es tan importante para usted. Por ella usted está haciendo todo esto, por ella usted llevará todo esto hasta su desenlace.

—No me diga eso, que hace que algo pesado dentro de mí se desplome, no justo ahora que me he dado por vencido y le pido su consentimiento para que me deje quererla en cuerpo y alma, sin reparos, sin miedos.

Nunca, en ningún momento, hubo cortejo. No se podía ni se debía, no tenía sentido, no existiría un futuro mancomunado que convertir en presente. Nada de halagos ni zalamerías, ni miradas de reojo, ni sonrisas cargadas de sensualidad. El amor se manifestaba sin necesidad de ademanes ni gestos. El amor era una opresión en el pecho debatiendo entre ser escondida o liberada.

Yo, ofuscada y ajena a esas nuevas experiencias, alcanzaba a recordar como toda una vida atesoré con tonta e infantil cursilería una tenue ilusión de juventud, e incluso, como aun rememoraba la sombra cruel que se cernió sobre mí y la sujeción agresiva de otra piel que me obligaba a la reciprocidad grosera. Ahora, en cambio, mis recuerdos se perdían entre los intensos latidos de mi corazón al ver que un par de ojos me miraban con triste amor, que las manos me temblaban al tomarlo de las solapas, que mi mente se nublaba cuando advertía la turbación y la dicotomía en su mirada cuando callaba lo que por mí sentía y que sus movimientos se entorpecían al acercárseme. Estaría siendo ingenua otra vez, muy probablemente. Para mí aquello me era más inestimable que cualquier abrazo, cualquier beso, cualquier unión de cuerpos.

Y, sin embargo, ocurrió. Sus actos fueron de inexperto, torpe e inseguro, pero conforme la danza de piernas, brazos, y movimientos se intensificó, se volvió hábil y pleno. Y también brusco e intenso. No lo culpé, el sentimiento era de una desesperación inmensa. Me tocó, me recorrió. Yo le toqué extendiéndome hasta cubrir todo dominio, a ratos cohibida, a ratos exultante. Me tocó de nuevo, me recorrió aún más, gritó, se confesó. Lo que hicimos fue una mezcla de amor carnal y amor espiritual surgida de la precipitación de comerse vivos, del erotismo, de la necesidad primitiva del acople, tanto como del gozo de hacer feliz al amado, la dicha de estar unido a quien se quiere y se desea.

Yo estaba mal, muy mal. Lloré mientras él me amaba, lloré porque creía sentidamente que nunca me habían querido. Lloré porque incluso esa podría ser la única vez en la que tendríamos una unión tan fáctica. Me desbordé. El alma plañidera, no el cuerpo. No fueron lágrimas saladas, las probé y él también. Su sabor era agrio y dulce. Fueron sollozos de pena, de desahogo, de una apretazón que había llevado en el pecho hacía décadas.

¿Cómo no llorar? ¿Qué referencia tenía para comparar con lo que estaba ocurriendo? Con Francisco Javier no fue más que curiosidad y admiración adolescente y el interés que despertó el doctor Santamaría en mí rayaba en el respeto hacia él como todo un caballero que era. Mi

asociación de la experiencia carnal entonces se limitaba a lo anodino e insustancial. Muchos años atrás, lo que recibí no fue amor y lo que di tampoco. Cuando me dejé invadir en una de las casonas en las que trabajé como criada, no fue un acto de consentida y sublime intimidad. Me llegó a las entrañas físicas sin lograr alcanzarme a un plano espiritual mayor.

Lloré no solo porque se me revelaba este otro mundo, uno de amor, deseo, felicidad y plenitud, sino porque yo a Eduardo le quería, le amaba con todo corazón.

Él se detuvo. Entre lágrimas abrí los ojos para toparme con los suyos. Le iba a decir que me perdonara, que no podía continuar, que era más el dolor que el deseo, pero él no solo se detuvo por ver qué me pasaba; su temblor, su respiración agitada fueron también por un lloro que le brotaba hondo y abundante.

Nos abrazamos estremecidos, humildes, entendedores de que la vida era una dualidad simultánea, que se podía sufrir al tiempo que gozar y terminamos de llorarnos y de llorarle a la vida. Así dejamos la noche y la madrugada nos recibió acurrucados, cada uno con su pesar desnudo.

En estos momentos en los que traslado estas memorias al papel no puedo evitar sentir el ardor trémulo de la piel. Las sensaciones son tan vívidas. Yo esa noche no estuve ante él desnuda de ropas. Mi espíritu estaba a la intemperie y sus besos y abrazos eran soplos frescos que aliviaban un alma en carne viva. Remedio de solo una noche, secuela para lo que restaba de lo que me quedaba de vida.

Sosegado el llanto, pensé serenamente que había pasado toda una vida deseando dinero y más dinero, una cómoda casa, bienestar, reconocimiento. En fin, aspiraciones promedio que sentía que me hacían falta, y yo no sabía si de amor se vive, y yo no sabía si por amor la gente muere, pero obnubilada por lo que sentía hacia Eduardo, en aquellos instantes, toda norma o circunstancia que me limitara estar con él a plenitud la despreciaba, pues yo quería vivir una vida no vivida, vivir lo que nunca había vivido.

Vivía sintiendo una gran nostalgia. La nostalgia de una vida no vivida, añoranza cimentada en la intuición de sentir lo que es haber sabido vivir. No sabía por qué esta idea venía a mí una y otra vez. Lo que pudo ser y no será, y me daba un desespero, el corazón me latía a mil y deseaba correr, deseaba saltar hacia lo imposible y me sorprendía que la revolución interna no se manifestara más que en una mirada vidriosa de ojos a punto de llorar.

Me pasé la vida sin sentir más que de cuando en cuando, que ocurrían ratos efímeros de emociones pasajeras. La alegría de las caminatas con una prima querida manchada por el deseo envidioso de ser como ella. Los instantes cuando estudiando mi mente volaba creyendo en ilusiones de éxito y prosperidad. Las dos tenues veces en las que creí que un hombre me quiso. Las pequeñas veces que mis padres alguna vez me hicieron sentir bien. Las pocas ocasiones en las que pude hacer sentir bien a mis padres. El resto de las horas, días, meses y años fueron un continuo adormecimiento, una vida no vivida. ¡Cómo me había pesado todos estos años desperdiciar la vida en medio de mi propia condescendencia! ¿Se entiende ahora que yo no tuviera el más mínimo escrúpulo ni miramiento para dejarme arrastrar, entregarlo todo, prometerlo todo cuando por primera vez me sentía realmente animada, es decir, plena y afortunadamente viva?

Estaba tan confundida. Yo era un ser moldeado a las circunstancias que me tocaron, más las características de mi personalidad: una persona sin motivación propia, desesperanzada, sin valía, sin norte ni destino digno, en fin, alguien que, aunque ya nada le importaba, aún temía mucho de todo, fue sintiéndome así que lo conocí y que él me conoció. En mentalidad y en ciertos rasgos de carácter, yo entendía que él me encontrara como su ideal, pero es que yo ya estaba menguada.

Para mí era imposible creer que él me quisiera bonito a pesar de que verdaderamente sentí que en esa noche me quisieron bien bonito.

Ruidos de fondo me apartaron de mis sueños inquietos. Había amanecido y soñolienta alcancé a ver la figura de una persona devolverse y salir pronto del despacho.

Eduardo también despertó. Ambos permanecemos juntos en el sillón que se nos había hecho pequeño. Me ayudó a vestirme y me trató con una delicadeza exquisita.

—No me arrepiento de nada. ¿Tú?

—Tampoco.

—Bien, eso es lo que importa —dijo besándome la frente—. Alarguemos el día, cada día lo más que podamos. —Me abrazó—. Tomemos un baño, desayunemos y salgamos. Solo permíteme antes saber noticias procedentes del hospital —dijo como disculpándose.

Luego despejando sus tormentos, me cubrió de besos, a los cuales les respondí con igual intensidad y ternura, y salió del cuarto. En mi mente aún no concebía todo lo que había ocurrido el día anterior, incluso no sabía ni qué hacer dentro de esa casa; la única ropa que tenía era la que llevaba puesta y, aunque era un bonito vestido amarillo, estaba ajado y arrugado. En eso entró doña Matilde con una actitud circunspecta que trataba de enmascarar un rostro lívido y desencajado.

—Me ha dicho el patrón que la atienda —señaló de mal modo para luego agregar—: Sígame y le muestro el baño.

—Gracias —dije comedidamente y sonrojándome, pues debió ser ella la persona que nos vio desnudos y unidos sobre el sofá minutos atrás.

—Escuché al señor pedirle a Agustín que alistara el carro. No entiendo —pronunció entrecortadamente, como si le supusiera un gran esfuerzo decir las palabras— *pa* qué usted va a bañarse y mucho menos comprendo que pase a desayunar al invernadero si el señor está pidiendo el carro *pa* despacharla.

—No, es que vamos a salir ambos.

La palidez del rostro dio un giro rápido hacia el rojo granada. Calló varios instantes y luego escupió con deliberada mala intención:

—Ya veo. Ocupará ropa, ¿no? Esa mudada es la única que trae. Como se dice, vino con una mano delante y otra atrás.

—Así es. Y así estoy perfectamente —dijo con la dignidad intacta—. Creo que para él también le será indiferente.

—Pues me alegro —dijo para luego dar paso a la estocada— porque de ninguna manera pensaba darle ni siquiera una de las horquillas de doña María Herminia, la señora de esta casa y esposa del patrón. Le agradecería que se alistase en cuanto pueda y salga de aquí antes de que traigan de regreso a la señora, que, a pesar de su salud y delicada condición, sé que ella se entera de todo y esto que ustedes le están haciendo lo terminarán de pagar ante Dios. ¿Me oyó, pérfida?

Me tenía sin cuidado la amenaza de un castigo divino por causar una infidelidad conyugal, lo único que resonaba en mi mente eran dos cosas: la primera, que él estaba casado y que yo debí sospecharlo, pero que nunca le pregunté ni él me lo dijo. Y, la segunda, que su esposa era la persona enferma por la que él tomaría mi vida para salvar la suya.

Algo dentro de mí se desmoronó y de los escombros se sacudieron violentamente las garras de los celos, la traición y la desconfianza. Un pequeño demonio se apoderó de mí: ¿por qué se comportaba así? ¿Por qué parecía quererme con locura a la vez que me piensa sacrificar a cambio de la salud de su esposa? ¿Por qué, si está haciendo todo esto por ella, siento un genuino amor de él hacia mí? No tenía respuestas. El único que podía ofrecérmelas era él.

Mis pensamientos bailoteaban entre sentirme un objeto usado por él y estar en la capacidad de jurar con mi sangre que él era honesto en los sentimientos que me transmitía. Tuve suficiente tiempo para serenarme mientras me bañaba y arreglaba.

Cuando Eduardo llegó al cuarto en el que estaba para ir juntos a desayunar, me odié por pensar mal de él. Su semblante, ese día algo menos triste, era traslúcido y noble. No se apreciaban sombras de maldad en él.

—Eduardo, no preguntaré quién requiere algo de mí. Lo que sí necesito saber es qué parte de mi cuerpo se requiere. Creo que eso sí no me lo puedes negar. La persona que lo recibirá es algo muy tuyo, pero mi cuerpo sigue siendo mi cuerpo y al menos deseo saber qué es lo que de mí se requiere.

—¿Por qué ese repentino interés?

—Porque ya tú mismo me lo has dicho, se va acercando el momento y nadie me ha dicho nada.

—¿Qué más da?

—Si de todos modos voy a morir, ¿no es así? Bueno, yo deseo saber.

—Por el amor de Dios, no me pidas ser tan cruel. Me niego a decirlo. Si insistes, que sea Martínez quien te lo diga. Él, como médico, tiene el coraje que a mí me falta.

—Díalo claro, no quiere decirlo porque debe ser algo delicado. No hay forma de que yo sobreviva.

—No.

—Entonces, ¿por qué me enamoras? —le grité, sollozando—. ¿Por qué haces que quiera vivir? ¡Sí, vivir como nunca antes deseé hacerlo si luego tomarás mi vida para salvar la de tu esposa enferma!

—¿Qué cosas dices? Aquí hay varias confusiones. No voy a negar que, en efecto, soy un desgraciado. Te lo he dicho en varias ocasiones. No debí interesarme en ti, y también sabes que no pude evitarlo, ha sido como nadar contracorriente. Repito lo que te dije un día, tú me hiciste miserable desde el instante mismo en que posé mis ojos en ti. Esa noche en el Morazán, yo tuve plena consciencia de que estaba comerciando con la vida, pero también de que esa mujer que captó mi atención sería mi consciencia, mi esperanza, mi tabla de salvación y mi infierno. Yo en esos instantes vi a una mujer maravillosa, a la cual, si mi vida no fuera el agujero que es, me hubiera gustado acercármele y solicitarle humildemente que observara la fascinación con la que yo la percibía. En otras palabras, a la distancia y con una sola mirada, yo pasé de ser un ente racional al más absurdo de los hombres, dispuesto a derrumbar lo que en años tardé construir. Y, como te dije hace algo más de media hora, no me arrepiento de nada. ¡De nada, me oyes!

—Al diablo con todo. No puedo con esto. ¡No puedo, Eduardo! Me duele mucho. Necesito irme, quiero estar sola. No, no me sujete. Por favor. ¡Déjeme sola! Toda una vida lo he estado. No tengo templanza para seguir un minuto más en esta casa ni para verlo a usted y no abrazarlo y besarlo, y a la vez sacudirlo de los hombros, cachetearlo y reprocharle todo, hasta de lo que no tiene culpa. Por favor, suélteme. Yo regresaré, bien lo sabe. Tanto usted como yo somos esclavos de esta vorágine que puede más que nosotros. Solo quiero salir a la superficie y respirar un rato, por favor.

Se le cumplió a Matilde, salí despachada de la casa por cuenta propia. Eduardo recuperó su aire taciturno, exhausto de luchar, hastiado de sufrir. Yo, en cambio, me regresé a Heredia con la fuerza y vigorosidad que una mente urdida en celos le infunde al cuerpo. Me dirigí al San Vicente de Paúl y, como aún nadie sabía de mi renuncia, no tuve problemas para ingresar al pabellón de mujeres.

Recordaba vagamente el nombre. María algo. Busqué entre las camas, adivinando entre

aquellas mujeres jóvenes, bonitas y enfermas cuál era la esposa de Eduardo.

—Hola, Marta —le dije a una enfermera que conocía—. Busco a una señora que entró ayer de emergencia. Una señora joven, tal vez de unos treinta años. Su primer nombre es María.

—¿Y eso como para qué?

—Es que un familiar pregunta angustiado y, pues, quería ayudarlo.

—¿No le dio apellidos? Solo en mi familia la mitad de las mujeres se llaman María, y la mitad de los hombres también. Ayer hubo varios casos de urgencias, pero al menos yo no atendí a ninguna mujer joven. Pregunte por el nombre completo y con gusto le ayudo.

En medio de la frustración, mi mente ató cabos. Recordé las palabras de Eduardo y también las del doctor Santamaría. El doctor Santamaría, cuando se reunió conmigo, venía de atender a una persona que se estaba ahogando, y al poco me topé a Eduardo, que estaba allí porque a su esposa se le iba el aire entre asfixias. Eran la misma persona. Busqué como loca a Santamaría hasta que lo hallé.

—Doctor, disculpe.

—¡Cómo me alegra verla! Dígame que reconsideró la propuesta.

—No precisamente. Le quiero pedir un favor. ¿Usted me podría decir quién es la mujer que ayer llegó a emergencias porque se iba en ahogos? Es muy importante, por favor, no me diga que no se puede.

—Yo atendí ayer a un paciente con una convulsión y un cuadro de ahogos, solo que no era una mujer. Se trataba de un niño, apenas un niño.

Un niño.

...

Su hijo.

El hijo de Eduardo.

Capítulo 13

Otra vez
vuelves a gritar
y tu corazón sangrando.
Ay, cómo sangra.
Mírame y aprende a llorar.
Con la luna el mundo cambia.
Ay, cómo cambia.
Y el dolor algún día se irá.

EL PARQUE ,
Tantas noches

Fue como si temblara y yo me quedara paralizada aun sabiendo que todo cimiento se me venía encima. Estaba derrotada. Esta lucha la había perdido antes de iniciarla.

Era solo un niño.

Un niño con un mundo por delante.

Un niño que para Eduardo era su mundo.

Su hijo tan amado, por el cual estaba dispuesto a mover cielo y tierra.

—¿Se trata de un niño?

—Así es, ¿por qué la pregunta?

—Doctor, ¿de qué está enfermo?

—Del corazón. Cada vez le falla más. ¿A qué viene esto?

—¿Tiene cura?

—¿Para qué haces estas preguntas? Estoy seguro de que no es familiar suyo.

—Por favor, es muy importante para mí. Dígame, ¿el niño se puede curar?

—No, ¡qué va! Tiene el corazón muy dañado. Se ha hecho todo lo que se ha podido, pero hay enfermedades que la ciencia aún no entiende y ante las cuales no se puede hacer nada.

—¡Cómo que no, claro que sí! La ciencia está tan avanzada que aquello que nos mantiene con vida, tan delicado y necesario, puede pasarse de un cuerpo a otro como si nada.

—¿Se refiere a un trasplante? Definitivamente, yo no emplearía el término «como si nada» para referirme a eso. Un cuerpo tendrá un órgano ajeno, el dueño quedará vacío.

Otro golpe certero que, aunque me hizo tambalear, me obligaba a mantenerme fría y entera. Era solo un niño.

—A eso me refiero, ¿él no puede recibir otro corazón?

—Es algo impensable —exclamó perturbado—. ¡Es imposible! No con los avances médicos actuales. La ciencia ha empezado a dar pasos firmes con trasplantes de córnea, me refiero, a sustitución de un tejido del ojo y ciertos trasplantes de extremidades, claro está, nos hallamos apenas en un nivel inicial. Con decirle que en Costa Rica no hay ningún especialista preparado para ello. He leído de casos de pacientes trasplantados de riñón, que es uno de los más avanzados hoy en día, y tienen una supervivencia muy baja. Jamás en la historia de la medicina alguien se ha atrevido a realizar un trasplante de corazón. Sencillamente, no se puede, es demasiado complejo, no existe el equipo requerido y las posibilidades de éxito son nulas. No sé por qué me preguntas esto y me llama poderosamente la atención. Este pobre niño ya es un caso conocido

entre los médicos, no solo de este hospital, sino del país. Sé lo que su padre ha luchado por él y sé también cuál es la posición clara de los médicos. Lo único que la medicina actual puede proveer es alivio al sufrimiento. No es lo mismo curar un corazón que fue herido con un arma blanca, por ejemplo, que un corazón que nació enfermo y que cada día empeora. Según el daño, el tejido del primero se recupera con muchos cuidados, pero en el caso del niño el órgano está deteriorado irremediablemente. Ese niño no tiene ninguna esperanza de vivir. Es parte de la ética del médico dejar bien claro esto.

«¡Tonterías de matasanos! —Estaba furiosa de oírlo hablar así—. ¡Claro que el niño se salvaría!». Yo recordaba la cantidad de pruebas y requisitos, hasta un médico cubano venía en camino. Eduardo había pagado una fortuna por mi corazón. De hecho, en estos momentos había un niño en ese hospital luchando por vivir.

Le dejé hablando solo y me dirigí directo al pabellón de niños. Fue útil que el apellido de Eduardo fuera bastante particular. Encontré al niño. Tendría acaso diez años, tal vez podría tener más, pero su contextura era de un niño menor. Dormía profundamente. A pesar de la lozanía de su juventud, toda una corta vida de enfermedades se le remarcaban en el rostro. Lucía en extremo pálido, muy flaquito y débil.

«Tan solo un niño y está tan enfermo. ¿Cómo ha logrado resistir, si pareciera que a la menor brisa se lo llevaría el viento?», me preguntaba. Comprendí que el desmejoramiento del hijo hacía mella en el padre, en su porte cansino, en sus ojeras infinitivas. No debía ser fácil ver a un hijo en tan crítica condición. Recordé a mamá con el espinazo doblado, consumida, entregada y consagrada a los gemelos. Su alegría era depararles miles de cuidados para alargarles su insulsa existencia. Me parecía cruel, pero entendía que estaba aferrada a esa que creía su misión y su purga.

Cualquier sentimiento corrosivo que los celos habían alimentado se diluyó. Fui pérfida cuando pensé que se trataba de su esposa. Quería verla, saber cómo era, adivinar el porqué de la lucha de Eduardo. ¿Por qué, si tenía que elegir, la elegiría a ella y no a mí? Ahora ya nada de eso tenía sentido. Si mi amor filial me inclinaba a hacer lo que estaba haciendo, podía también comprender lo que el amor paterno era capaz de realizar. No había nada que discutir, sino solo aceptar.

«Quien ama no daña». Esas palabras dichas en algún momento se me vinieron a la mente. Desconfié de su veracidad. Yo amaba a ese hombre y con mi egoísmo de apegarme a él lo estaba haciendo sufrir. Ese deseo de vivir todo lo bello que no pude, aunque a él también le trajera gozo, discurría en una felicidad que llevaba de la mano a su hermana la desdicha.

Todo había sido un espejismo. Anoche, aquel día en la ermita, cada segundo con él lo había sido. El camino parecía mostrarme dos rutas que seguir; solo era una trampa. La ruta de la felicidad no estaba trazada, no era más que una promesa de calle sin salida que, si bien iniciaba, no llegaba a nada. Yo seguiría mi camino inexorable.

Al final nunca hubo opción que elegir.

Yo no iba a ser para él la amante, la que ve de cuando en cuando, la que lleva a un cuarto rentado o de plano, le compra una casa bien acondicionada. Tampoco, esperaríala con impaciencia su viudez o su divorcio. Ni seríamos modestos compañeros bajo una amistad forzada. Sencillamente, porque no había futuro mancomunado. Yo para él sería el corazón de su hijo y desde allí seguiría queriéndole. En todo caso, amarlo desde un plano físico o amarlo desde un plano espiritual, de cualquier manera, le heriría, viviendo en mi cuerpo o alojando mi corazón en su hijo. Me tomó de sorpresa, hundida en mis tristezas una voz triste:

—Quería ahorrarte esto. No me sorprende que lo hayas averiguado todo por tu propia cuenta. Disculpa que no te lo dijera antes. Él es mi niño y es la luz de mis ojos. Tan débil tiene su

corazón que ya no calienta ni sus pies ni sus manitas. Si te acercaras con ternuras, acariciarías témpanos. La sangre se ha vuelto perezosa porque el corazón cada vez va perdiendo fuerzas.

Su voz envuelta en un halo de pesadumbre. Mi corazón, por su parte, tan sano, respondió con un latido vigoroso, con ahínco, casi con furia, a ritmo veloz. Eduardo estaba detrás de mí y yo me preguntaba si podía sentir a la distancia su brioso latir. Giré despacio, sin poder levantar la mirada.

—Puedes verlo allí —continuó—, tendido sobre esa camilla, adormecido por los calmantes. ¿Ves esas manchas en el pecho? Son cicatrices de las quemaduras que ha sufrido cada vez que se requiere aplicarle estimulación eléctrica porque su corazón no puede más. Son pinchazos tan fuertes que le queman la piel. Él no me lo dice, pero sé que sufre. Dime si no es comprensible que yo remueva hasta el fondo de los mares con tal de sacarlo de este sufrimiento, a él, un niño alegre, una criatura amorosa y cálida.

—Lo veo, lo veo y lo siento en el alma. No sé qué decir. Yo... yo solo quería verlo y no sé...

—No tienes que decir nada, tranquila. No soy quién para juzgarte. No sabes lo que me alegra el haberte encontrado por casualidad. No me imaginé que estuvieras aquí, la verdad. De camino, le daba vueltas a la mente pensando en cómo hallarte. Estaba dispuesto a montar guardia frente a tu casa. Siempre me desarman tus argumentos y, tras eso, te fuiste tan rápido que no pude pedirle a Agustín que te trajera a Heredia. ¿Te parece si salimos de aquí para hablar con calma? El médico está preparando el alta de Rodrigo, hasta entonces puedo aprovechar para referirme a varias cosas que quiero que sepas.

Asentí y caminé con él hacia la salida. Al doblar uno de los pasillos, nos topamos con Santamaría, quien, para mi extrañeza, cambió su sereno semblante de siempre por un gesto de disgusto:

—Veo que son conocidos. Perdona la molestia, caballero. ¿Qué relación tienen exactamente?

—Disculpe, doctor, pero no veo que eso sea de interés médico —dijo Eduardo, irritado a su vez.

—El doctor Santamaría ha sido siempre muy bueno conmigo, lo considero una persona muy confiable. No creo que lo diga con ninguna mala intención —intervine—. Don Eduardo es mi patrón ahora. Precisamente, lo que le comenté ayer, por eso dejé el hospital.

—Comprendo. ¿Me permite unas palabras por aparte, señorita?

Santamaría y yo caminamos lo suficiente como para que Eduardo no alcanzara a escucharnos. Se me acercó y me pidió que lo mirara fijamente a los ojos:

—Vea, quiero que tenga mucho cuidado. Óigame bien, ese hombre no me la hace. Ese hombre ha comprado conciencias, éticas y pabellones enteros en este hospital. Parece que aquí se hace lo que este señor manda. Temo por usted. Este señor no tiene escrúpulos en obtener lo que desea. Está llevando a su hijo al límite de lo humano con tal de aferrarse a cualquier cosa que le prometa sanarlo, y eso no va a ser así. Hace un rato se lo dije. No deje que ese hombre la haga hacer cosas que usted no quiere o que puedan dañar a terceros. Yo confío en usted y sé lo íntegra que es. Más que nunca, le pido, le suplico que reconsidere mi propuesta. Le puedo asegurar un buen salario, por favor. Reconsidérelo.

—Gracias, doctor. Lo tendré en cuenta. Sí deseo que sepa algo: no soy lo íntegra y puritana que usted cree que soy. Creo que he irrespetado casi que todos los diez mandamientos y eso habla suficiente de mí. Otra cosa, don Eduardo no me está obligando a nada, tenga plena seguridad de eso. Gracias y buen día.

Regresé al lado de Eduardo, con quien me encaminé a la entrada del San Vicente. Una vez fuera, caminamos hacia una soda cercana.

—¿Qué tan cercana es su amistad con Santamaría? Es un galeno excelente, y también ha sido uno de los médicos que no me ha puesto las cosas sencillas. Estoy seguro de que no habló bien de mí y lo comprendo perfectamente. Agradezco que lo haya hecho, que te haya advertido. En fin, quiero hablarte de otra cosa. Explicarme. ¡Caray! —exclamó—. ¿Por qué en nuestro caso nada se puede dar con normalidad? Despertamos juntos después de un encuentro más allá de lo mundano y luego te separaste de mí confundida y disgustada. Tienes toda la razón. Fui un cobarde por no decirte que estoy casado. Hace mucho que no uso anillo.

—No hace falta que te disculpes ni te avergüences. Anoche yo me deshice de tantos tapujos: vergüenza de mi cuerpo, miedo del futuro, creencias y juicios de mi familia y la religión. Yo tampoco soy nadie para juzgarte si yo he cometido mayores abyecciones. Eduardo, tú tienes que saber que incluso yo le he arrebatado la vida a una persona. Soy una asesina que maté por mera sobrevivencia y sea como sea, quité una vida. ¿Cómo crees que voy a juzgarte mal por callarme tu matrimonio? Cuando incluso si hubieras desfilado con tu esposa del brazo, aun así, mi corazón traicionero estaría ardiendo por ti.

Yo soy un hereje que no acepto los designios de Dios. Al tiempo que le ruego piedad, soy también un profanador de vidas, ahora un adúltero. Tú has pasado renegando de tu vida, has asesinado; en fin, parece que nos merecemos todo lo que nos pasa. Detengámonos, por favor, no quiero hablar de eso. Prefiero hacerme el loco. Quiero explicarme sobre otras cosas que en este momento sí me importan. No me diste oportunidad de aclarar tu confusión respecto a quién es el receptor, incluso pensé que era mejor que creyeras que se trataba de mi esposa. Imagino que resultó impactante para ti enterarte de que se trata de un niño pequeño, de un inocente que nada debe y que, por el contrario, tiene todo un mundo por delante. Verás, me casé estimando a mi esposa. No puedo decir que la amara, pero la respetaba y era agradable su compañía: ecuánime, dócil, educada, versada en artes y literatura, buena administradora de la economía del hogar. No me desvivía por ella y, si hubiera tenido la libertad de escoger con quien casarme, no lo hubiera hecho con ella. Que eso no opaque lo que te dije, la estimé y la respeté, aunque, siendo honesto, no le dediqué mucho tiempo a María Herminia.

¿Recuerdas nuestra visita a la ermita? ¿Que extendimos un mantel y comimos lo que llevábamos en un canasto? Cosas tan simples como esas no sé lo que es compartirlas con mi esposa. Con eso creo que te digo todo —suspiró—. Como te dije, no tuve tiempo para ella y aún hoy con todo, y su accidente y su recuperación, no le dedico el tiempo que debiera. En aquel entonces, menos, pues yo estaba inmerso en los negocios del café. Mucho cambió cuando nació nuestro hijo. No supe lo que era querer realmente hasta que fui padre. No sabes lo que ese niño ha sido para mí.

Mi hijo crecía sano, pleno, gozoso hasta que poco a poco empezó a enfermar. El punto álgido de su deterioro fue cuando estaba por cumplir sus nueve añitos. A partir de entonces, han sido años de calvario. ¿Te sorprende? Ya es un señorito de doce años. Para mí sigue siendo un niño, la enfermedad le ha mermado el crecimiento.

¿Qué no he intentado por él? ¿Qué más no haría por su salud? De nada me ha servido el dinero, pues no he podido devolverle la lozanía y, sin embargo, en estos años no he hecho otra cosa más que intentar salvarle. Hasta ahora contigo me estoy tomando un respiro. No, es mucho más, es una infusión de, disculpa la ironía, de sangre nueva y enérgica, que reverbera mi espíritu.

¿Que qué le pasó a mi esposa? Cayó del caballo y pegó la cabeza contra una calle de piedras. El día del accidente no presentó más que golpes y heridas, días después quedó postrada en cama hasta el día de hoy. Ya de eso hace poco más de un año. Perdió la capacidad del habla, de moverse e incluso del entendimiento. Los médicos dicen que, así como ocurrió, así también algún día pueda recuperarse. De hecho, ya ha empezado a mostrar mejorías más evidentes. ¿Que por qué no me he desesperado por la salud de ella como sí lo he hecho con la del niño? He procurado a ambos darles las mejores comodidades y los mejores médicos y tratamientos. Tal vez la diferencia resida en que mi hijo era un niño sano que de a poco empezó a enfermar mientras mi esposa siempre fue como un fantasma. Mi hijo siempre ha querido vivir. Nació amando la vida, esparcía luz y

energía. Aun ahora, sigue batallando. ¿Cómo no luchar por un niño que quiere vivir? En cambio, María Herminia parecía un adorno más, un espacio más a la mesa, un cuerpo apático del otro lado de la cama, una compañera pasiva sin bríos, entusiasmo ni interés.

Todo lo contrario a ti, que de boca para fuera dices renegar de la vida mientras veo la crepitante llama de ella refulgir en tu mirada. Este desprecio a la vida es únicamente producto de las circunstancias, tu naturaleza ha sido de luchar, no de rendirte. Comprendo que te cansaras, pero mírame y niégame, si no, a pesar de todo, desearías tener la oportunidad de cambiar por un nuevo rumbo.

—No, sigo tan determinada como el inicio —mentí—. Espero que usted también, hay una vida en juego, y no lo digo por la mía, lo digo por su hijo. No lo olvide en ningún momento. —No iba a lograr contener mis ríos de dolor, así que le corté—. Bueno, el tiempo es oro, y yo necesito terminar de dejar todo listo. Hagamos lo siguiente, yo me quedaré en una pensión. Le dejaré recado de donde me aloje. Enviaré un telegrama para que lo recibas en los correos y telégrafos de la Gobernación. Creo que con dos o tres días bastará para...

—¿No quieres que estemos juntos? Entiendo si no deseas ir a mi casa. Tengo una casa de campo...

Sabe Dios cómo me contuve para negarme. Los pensamientos afloraron como cabezas de agua: yo no tenía esa falsa idea de que el amor lo puede todo. Lo estaba viviendo en carne propia. Él amaba profundamente a su hijo, prueba era todo lo que había hecho y estaba haciendo por él, pero ni todo el amor del mundo podía sanarlo. Ni tampoco, aún no me animaba a decirlo como tal, el sentimiento que yo le generaba podía evitar un desenlace fatal.

Eduardo era inconsistente. Mientras se partía el corazón hablándome de su hijo, por otro lado, me terminaba de hacer añicos los pedazos rotos cuando se atormentaba por mí. Él no estaba en condiciones de apartarse, así que me tocaba a mí hacerlo.

Para mí tampoco era fácil. Dolía tanto. Yo quería una vida con él, pero ¿tendría sentido? Primero que nada, estaba casado y su esposa se estaba recuperando de la enfermedad que la tenía postrada en cama y, si suponiendo que eso no fuera un impedimento moral para nosotros, sí tenía la firme seguridad de que, si nos entregábamos al deseo de tener un futuro juntos, sería un fracaso total. Él nunca se repondría de la pérdida de su hijo y seríamos solo dos extraños forzados a estar juntos por el crimen que cometieron: querer ser felices a costa de otros. Exactamente igual de devastador si la decisión fuera continuar con lo del trasplante.

¡Pobre hombre! Sentí una gran tristeza por él, por mí, por el niño, por su esposa, por la inevitabilidad de la vida que, de maneras nobles o crueles, ha de llegar a su fin; esa, la tan seductoramente nombrada por Sherezade: la inevitable destructora de delicias y separadora de amigos.

Así que, tajantemente, le dije:

—No nos hagamos más daño. ¿Tú te das cuenta de lo que estamos haciendo? Hay una herida abierta que supura y no hacemos más que meter el dedo más y más profundo. En verdad, esto no hace bien a nadie. Como te dije, me retiro, tengo cosas que concluir. ¡No te me acerques! Un apretón de mano será más que suficiente. Y, si no quieres ni eso, mejor aún.

Me marché dejándole contra mi voluntad. No yo podía seguir más con Eduardo, cada instante a su lado hacía que deseara más y más no seguir con lo del trasplante. Cosa que no debía: yo no le iba quitar la posibilidad de vivir a un niño que tenía todo un futuro prometedor por delante solo por el hecho de que me enamoré perdidamente de su padre y que deseaba desde lo más profundo de mi ser dar marcha atrás. Ese deseo mío de vivir era su condena de muerte. Mi moral podría estar hecha añicos, pero aún me quedaba algo de respeto.

Ajusté con Chico detalles, concreté la compra de la casita en la que vivirían mis padres y los

gemelos, y hasta adquirí un par de trajes nuevos. «Un gusto de moribunda», me dije. Lo que sí no hice fue escribirle el mentado telegrama a Eduardo. Sabía que no se contendría y llegaría a donde me hospedaba y requería que cuando eso pasara yo tuviera todo en orden. Esto incluía mi alma, mi corazón, mis ideas y mi determinación.

En esos días, mi mente rememoró la gloria de los días pasados. Necesitaba tenerla ocupada porque, de lo contrario, se obcecaba en recordar los rasgos de Eduardo, el timbre de su voz, la dulzura de sus besos, así como pensaba cada vez más y más en la cercanía de la muerte. Era algo perturbador saber que abrirían mi pecho y extraerían mi corazón. ¿Qué pasaría con el resto de mi cuerpo? ¿Se desecaría? ¿Habría lugar para mí en el panteón o terminaría junto a los chinos muertos de Heredia? ¿Qué pasaría con mi alma? ¿Sería de recibo en el purgatorio o de una vez al infierno? Lo único de lo que tenía certeza es que lo real y palpable era el ahora, era ese Eduardo de carne y hueso que era mi todo y mi nada. Yo no tenía ni siquiera el más mínimo consuelo de que le vería después de la muerte si es que existiese algo parecido a la vida después de esta. Lo único que existía era el ahora, los mañana se me agotaban, el futuro no sería más para mí ni habría más allá después de la anestesia y del bisturí en manos del médico.

Eduardo me estaba vedado tanto en esta vida como en la otra.

Capítulo 14

Esperaré por la fortuna de la vida,
por los buenos tiempos que pronto vendrán,
por esas lágrimas de felicidad que no podemos
dejar pasar.
Sabemos bien que no será cuestión de días
y estas heridas pronto sanarán.
Escucha la fe que te vengo a entregar,
nos pertenece con solo intentar.

TANGO AZUL ,
Esperaré

Me preparé para ese día. Serena como la luna llena. Sosegada como el aire antes de una tormenta. Le escribí un lunes por la tarde si mal no me equivoco. Esa misma noche se presentó a la pensión. Lo hice pasar al cuarto para tener la conversación de la vida.

—Tengo todo listo. Entiendo que esperamos únicamente por el médico de Cuba. ¿Cuándo llegará?

—¿Tú piensas en el futuro?

—Desde luego que no.

— Yo sí y creo firmemente que el futuro no está decidido, que lo moldeamos con cualquier decisión —dijo esto y se silenció. Estaba volteado hacia mí, mirándome a los ojos. Giró a medio lado dejando perder su vista en el vacío. Luego, del todo me dio la espalda y dijo:

—¡Dejemos las máscaras y formalidades! Soy un monstruo porque entre las dos decisiones posibles de futuro: entre estar contigo o sin ti, elijo estar sin ti. Así de simple.

«Era algo esperable, algo que desde un inicio sabía que así sería. No tenían por qué los pies fallarme y mi corazón trastocar sus latidos y encogerse hasta quedar hecho una bola de papel arrugado».

—Así que, por favor, cuanto antes, vete de aquí. Desaparece. Que yo no tenga forma de hallarte. Ten una vida feliz, de provecho. Haz lo que siempre has querido hacer. Vive, vive bien y de buena manera. Tu cuerpo es de roble, llegarás a vieja. Solo te pido que sepas vivir bien, que cuando, en un atardecer, sentada en una mecedora del corredor de tu casita, te pierdas en recuerdos, que tengas tantos de dónde escoger, que tengas mucho de que reír, de que llorar, de que lamentar, de que extrañar, porque eso significara que supiste vivir, que lograste sacarle el jugo a la fortuna de la vida. Vive por él, por mi niño, que no alcanzará a vivir la plenitud y el vigor de los días venideros. ¡Te estoy diciendo que te vayas, que desaparezcas de mi vida! No entiendes que elijo estar sin ti. Que soy incapaz de ponerte un dedo encima para hacerte daño. Que soy incapaz de seguir con el asqueroso proyecto planeado. ¡¿Qué más quieres que te diga?! Soy un pobre diablo que no puede proveerle a su hijo una oportunidad de vida, así que yo tampoco me voy a permitir una oportunidad de vivirla. Sería inmoral aspirar a la felicidad contigo mientras dejo morir a mi hijo. Ya lo ves, soy un monstruo, un monstruo perdidamente enamorado de ti —gimió.

«¡Dios! Temblaba de forma incontrolable, sentí de repente cortárseme el aire y un frío inclemente alojarse en mi pecho. No era capaz de asimilar lo que sus palabras, ni el dolor de su

voz ni la agonía que sus facciones trasuntaban. Eduardo todo, Eduardo nada».

—Yo no la cubrí a besos, yo no le besé sus lágrimas aquella noche —continuó— si en esos momentos hubiera persistido en mí la vil abyección de hacerle el mal. Desde antes tenía claro que no iba a aceptar sacrificar su vida, su vida, que es tan preciosa para mí. ¿A quién amo más? —preguntaba a su conciencia o al universo mismo—. A mi hijo, por quien realizo los actos más inescrupulosos, entre ellos, sacrificar a la mujer que amo. ¿A quién amo más? A la mujer que me hace no haberla querido conocer nunca, pues su sacrificio significa también mi muerte en vida. ¿A quién amo más? A mí mismo, que por amor paternal no quiero perder a un hijo y me aferro a él hasta lo inaudito y que sucumbo ante el amor pasional, desventurado y racional que siento hacia el cordero ante el altar del cual me enamoré. Dime, ¿qué soy? ¿Un héroe o un villano?

—Eres tan humano.

Derrotado, cayó exhausto sobre un sillón y se cubrió la cabeza con las manos.

—Después de todo, resulta que no soy un buen padre, consigo por fin un corazón para mi hijo y ¿qué pasa? ¡Me enamoro de él enteramente y ya no quiero sacrificarlo! Y, tras eso, soy un ser humano despreciable por comerciar con la vida —sentenció cabizbajo—. Me odio por sucumbir a ese sentimiento, me odio por tener que hacer una elección —continuó—. Ya está tomada y es irrevocable. Yo-yo no puedo seguir jugando con la vida de ninguno. Acepto con resignación y profundo dolor que, si bien mi hijo nació sano y con total capacidad para gozar de una vida buena, no puedo hacer más por él. Me he aferrado obstinadamente a la esperanza de salvarlo y esto solo me ha llevado a estar a punto de dañar a otros —al decir esto, alzó a mirarme y un instante después retiró la mirada, acto insuficiente para evitar que una lágrima escapara de su frágil encierro—, a dañarte a ti, que lo único que desearía es darte cada día un amor más sincero y puro que alguien jamás haya recibido. Vete de aquí, mujer, vete y déjame guardarte en mi memoria. Nadie muere de amor, no así de injusticias e inequidades. No seré yo quien te cause ese mal. ¡Vete y que Dios te bendiga!

—¡Eduardo!

—¿Crees que no deseo ofrecerte mi mano sobre tu mano, mi oído atento a tus palabras, tus sentires y de lo que tu consciencia deseara compartirme, mi corazón partido, cien mil amaneceres, atardeceres y noches juntos? Y heme aquí, únicamente siendo capaz de decirte: «Vete y no dejes que mis ojos se vuelvan a regocijar de tu mirada». Esta será la única vez en la que esa mirada tuya no pueda sobre mi juicio. Mírame, solo soy un hombre más —decía en un intento de justificarse—. Soy tan débil que no sé lidiar con la adversidad. Yo no soy ese valiente que salva a sus seres amados, sino más bien los condeno a muerte. Y tú no eres una damisela en peligro necesitada de ser rescatada. Eres de las que tienen el valor suficiente para lanzarse al abismo por gusto propio enfrentando cualquier imposición mundana.

—No digas eso. Si supieras lo que siento en estos momentos. Somos dos simples mortales que no saben qué hacer con su destino. ¡Ah!, pero el amor transforma, el amor hace que nos queramos aferrar a la vida. Eso nos humaniza...

—Pero ¿eso nos perdonará? ¿Nos librará de un destino fatal? Me siento sumamente miserable. Yo no quiero perderte, no quiero perder a nadie.

—¿No es deprimente querer a alguien triste, a alguien vacío? Parece que lo leo en tus ojos, creo que me quieres. Te lo agradezco, mas no deseo ese cariño nacido de la lástima ni por una aparente simpatía y consideración por el dolor ajeno. Lo que nos debe importar es el niño, para nosotros ya todo es tarde e inútil.

—¡Basta ya, deja de hablar sandeces sobre que te tengo lástima! Enumera cualquier excusa, no me importa. Creo que, así como no me ha temblado la mano para comprar gentes y hasta sus

decisiones, así tampoco me va a fallar el pulso ante esta determinación. Ya te he dicho que desisto de continuar. No voy a hacer daño. No puedo dañar a quien amo. Yo me he dejado engeguercer estos años, me he forzado y forzado a los demás para tratar de hallar una cura que no hay. Entiéndelo tú, yo ya lo hice: reconozco que, a pesar de que mi hijo desea vivir y que podría darle la mejor de las vidas, sencillamente el salvarlo de la muerte se me escapa. Tengo que aceptar que no puedo forzar las cosas más allá de lo posible, que todo tiene un límite y que no puedo arrastrar en mi mezquindad a gente inocente. ¡Qué otras posibilidades no he pensado! Mi propia vida daría si mi sangre fuese compatible con la de él. Yo me convertiría en un saqueador de tumbas si fuese necesario —hablaba con un ardoroso sentir surgido de su pesar e impotencia; las venas del cuello se le remarcaban, lo mismo que sus arrugas y la piel de su rostro se volvía de un carmesí vivo—. ¿Crees que no se me ha pasado por la mente el desaparecer gente?

»Podría contratar los servicios de enfermeras que me indiquen cuál de las mujeres o niños moribundos que llegan diariamente al hospital tienen compatibilidades con el afán que persigo. Ahora esto ha quedado atrás. Antes yo hubiera atentado contra el mundo entero; hoy ya no tengo el coraje de lanzarme a la búsqueda de otro corazón. En los últimos tiempos me he humanizado mucho. Abomino la idea desquiciada que me ha llevado a todo esto. Sin embargo, me cuesta tanto aceptar la muerte. Veo a mi niño y pienso que puede crecer lozano, alegre y próspero. Siento que su vida vale tanto que no quiero perderlo. Y luego estás tú, tú que, aunque no me inspiraras estos sentimientos, tienes todo el derecho de tener una vida buena y justa, tanto como lo merece mi hijo.

—No quiero que tengas consideraciones conmigo, mucho menos lástima. Todo menos eso.

—¡Dale con eso! No hables así. Bien sabes que yo por ti siento todo, menos lástima. Date tu valor. He escuchado tu historia con detenimiento. La vida no ha sido fácil para ti y, a pesar de que narras con amargura tus desventuras, que parecen ser mayores que tus fuerzas, creo que en el fondo sigues siendo esa chiquilla ilusionada, deseosa de adquirir conocimientos y de salir adelante en la vida. Yo a usted la quiero. La quiero. La quiero de una manera honesta y buena. Dios sabe lo que deseo su compañía y a toda usted. Yo no comprendo tu falta de autoestima. ¡Si pudieras ver a través de mí como yo te percibo! La quiero y me pesa decirlo, porque es grande el sentimiento y aún más grande el dolor. Me quiere usted a mí, ¿verdad que sí? ¿Verdad que sí? Claro que sí. Somos dos personas que estamos hechas el uno para el otro. Yo te quiero por tu fuerza, tu valentía, por ese demoledor deseo de libertad y dignidad, no por tu abnegación y tu disposición a ser sacrificada. Me desagrada la idea de que alguien se entregue a otros prescindiendo de tus deseos propios. No me esquite la mirada. Mire cómo le tiemblan las manos, déjeme sostenerlas. Le estoy diciendo que la amo entre frases que van y otras que no van al caso.

—Usted habla de un gran amor, ¿está seguro de que yo soy para usted? Su descripción de mí es muy idílica. Y ya verá usted, cualquier amor apasionado con el tiempo y la costumbre se aclimata. Esta tempestad que nos azota puede desembocar en bochornosas y anodinas tardes donde ni una hoja se mueve. No se afane en balde —dije queriendo que cayera en mi trampa.

—Sabes bien que no, lo nuestro duraría tanto como esas estrellas en el firmamento que desde tiempos inmemoriales han guiado a los hombres a su destino. Para lo nuestro se tendría que inventar un nuevo nombre, uno que abarque todos los nombres posibles con los que, en cada lengua y cultura, le nombran al amor del bueno. Tendrían que inventar también un reloj que no lleve la cuenta y que dé cuerda de aquí al infinito.

—No siga. Si a usted le duele, imagínese a mí cuánto...

Detuve lo que iba a decir. Resultaba contraproducente a mi determinación y un aliciente a su convicción. No le diría del dolor del alma que al final de sus días encontró la liberación de sus

cadena hecha del acero de la indiferencia, del olvido, de la falta de sentido existencial; no le diría tampoco que intentara imaginar las circunstancias en las que ahora yo me hallaba cuando mi espíritu se expandía hacia el amor y que volvía a apreciar los colores del cielo y la sublime belleza de la luz filtrada entre las hojas de los árboles; no le diría que después de una vida de oscuridad al fin se abría ante mí la luz, una maravillosa luz de extraordinaria calidez y seducción, pues esa luz me cegó y fue mi perdición.

—¡Ah! —exhalé—. ¡Dejémonos de tantos estilismos al hablar! Vivir entre ilusiones y distorsiones nunca ha hecho bien. ¿Usted piensa que yo voy a vivir idílicamente? ¡Por favor! ¿Qué clase de vida me puede esperar si me toca arrastrar el lastre de que usted tuvo que negarse la oportunidad de intentar salvar a su hijo? Y luego ¡cómo vivir la vida sin usted, que me ha dado motivos por los cuales vivir y ahora también por los cuales morir! ¿Cómo voy a volver a una vida estéril y anodina después de haberme asomado a las puertas del paraíso? A mí no me queda nadie en este mundo: hermanos que son como un costal en el suelo, un padre con la mirada pegada al techo, una madre que me reniega y para quien soy una deshonra; y ahora tengo que aprender a sobrevivir sin usted. ¿Usted quiere que yo viva para agonizar en vida? Es usted muy cruel. Yo se lo dije desde el inicio, se lo dije, que no se me acerca —empecé a desfallecer—. Yo ya me había hecho a la idea de que mi sufrimiento iba a ser corto, que el consuelo de la muerte me ahorraría días y noches de amargura, que incluso haría algo bueno. Con mi muerte daría vida. ¿Y ahora qué? ¿Esperar sentada a que algún día me llegue la muerte? ¡Qué más da que sea hoy o mañana, si tarde o temprano he de morir, así como toda criatura que pone un pie en este mundo! Suéltame, suéltame y no me abras. Tu abrazo es una soga para mí, sus manos son tentáculos que me sofocan y tu aliento en mi nuca es amarga hiel.

»¿Comprendes el daño que nos quieres hacer a los tres? Si yo sigo viva, significa la muerte de su hijo y ni usted ni yo tendremos paz. Usted ha dicho que de amor no se muere nadie y puede que tenga mucha razón, no se muere, pero se sufre. Me está condenando como el preso atormentado que espera con pavor el día de su ejecución y que nunca llega. Yo con la muerte obtendré un descanso; con la vida, un calvario. ¡Escúchame! Tienes que ser racional y no irreflexivo: ¡todos moriremos algún día! Yo hace mucho que decidí cómo. La muerte no pregunta a nadie, pero en mi caso yo me le he adelantado. Yo soy quien la ha esperado desde hace mucho. La llamé durante noches eternas y ha llegado inexorable, sin admitir retrasos. Yo no me voy a echar hacia atrás. No le tengo miedo a la muerte; buscándola te hallé y hallándote la encontré. Así que, si no es de una u otra forma, yo me encargaré de poner fin a esto. ¡¿Me está escuchando?! No haga drama, señor. Déjeme, suéltame —repetía intentando deshacerme de su abrazo—. No le tengo apego a la vida. Ya me dio mucho más de lo que esperaba. Le conocí a usted y, bueno, jamás he aspirado a algo más. En todo momento he sabido que es algo vedado —logré zafarme o él deliberadamente aflojó la presión, yo qué sé. Lo que sí hice fue tomar distancia; su cercanía me quemaba.

—¡Para ya!

—Le juro que no me he dado nunca un chance de pensar en un futuro. Se lo juro. ¿Usted qué cree? ¿Que yo he estado maravillada con eso que usted llama la fortuna de la vida? No, señor. Es cierto que estas últimas semanas he experimentado cosas estupendas, mas nunca me las tomé en serio. Yo crecí y me endurecí sin derecho a ilusionarme. Yo sabía que, o aprovechaba esos instantes de felicidad, o nunca más los conocería. Le dije a usted que no se acercara y no hizo caso, así que aproveché lo que usted me ofreció. Ya viví cosas lindas y quedo agradecida.

—Por favor...

—No aspiro a más que solo descansar. No me obligue a llevar una vida que no deseo. El dolor

que yo pueda generarle pasará, porque para eso tendrá a su hijo. Usted sí tiene alguien por quien luchar. Yo-yo te entrego lo más valioso que descubrí que tengo, un corazón enamorado, un corazón que late eufórico, lleno de vida y vitalidad, un corazón que es correspondido. Es lo más hermoso y generoso que puedo dar y con gusto se lo doy a un alma pura como la de tu hijo, quien tiene tanto para vivir...

—¡Basta! —gritó—. Podrás quedarte la noche entera rechazando la vida a punta de justificaciones, ya te he dicho que mi decisión es irrevocable. Si te quieres matar, mátate. Yo no te haré daño. Con permiso.

Salió veloz del cuarto. Yo le seguí por el pasadizo entre cuartos hasta el zaguán. Si se iba, sabía que no le volvería a ver.

—¡Espera! —le grité, ocurriéndoseme algo a la ligera—. Hazme un último favor. Mañana me iré de aquí, eh, y-y tengo un par de cosas que adquiriré y me preguntaba si-si podría mandarme a Agustín para que me lleve las cositas, por favor.

—Preferiría que no. En cualquier momento, tomaría a Agustín del cuello y le obligaría a decirme el nuevo lugar donde te dejó. Así de voluble y desesperado estoy, así de fino es mi margen de quebrantar mi palabra e ir a por ti.

—No se preocupe, no estaré alojada mucho tiempo en ese otro lugar. Yo-yo me iré, señor.

Eduardo, indiferente a mis palabras, giró dándome la espalda.

—Agustín te llevará a donde le indique, prometo no sonsacarle nada. No deberás temer de mí, no pienso ser un maniaco en tu vida.

Luego, en un santiamén, devolvió los pasos andados, me tomó de la mano y la llevó a su corazón

—Mírame a los ojos y júrame que no te harás daño, júramelo.

—Lo juro —le mentí mirándole fríamente a esos ojos amados.

Liberó mi mano y ahora sí se alejó de mí. No quería verlo ir e, incapaz de contenerme, giré despacio al tiempo que las lágrimas acudieron raudas.

Aquella fue la última vez que lo vi; una desdibujada figura que se llevaba mi corazón.

Capítulo 15

Y al final la noche queda vacía
y tal vez te vuelva a encontrar.
Al final la ciudad queda dormida
y el sol no tardará en llegar.
Al final me quedo dormida
y tal vez te vuelva a encontrar.

SUITE DOBLE , *Al final*

—Donde el doctor Alfonso Martínez. Le agradezco, Agustín.

No tuve mucho tiempo para pensar, Eduardo se iba y sabía que iba a cumplir su palabra, así como había decidido desistir del negocio. No podía permitirlo. Se me ocurrió algo mientras corría detrás de él y a eso me dirigía ahora.

El viaje bien pudo ser algo rápido o lento, para mí el tiempo no contaba. Cuando escuché el aviso de Agustín de que habíamos llegado al consultorio, le hablé claro:

—Agustín, sé que usted es un trabajador fiel y discreto a don Eduardo. Le voy a pedir que, por favor, no le diga que me vino a dejarme aquí. Yo no sabía cómo llegar ni sé el nombre del consultorio. Anoche pasé en balde llamando a la central para que me dieran el teléfono del doctor Alfonso Martínez, así que recurrí a usted. Lo que yo voy a hacer es por el bien de Eduardo y de su hijo. Usted sabe lo que él lo ama. Si usted le dice que yo vine aquí, usted le está quitando la posibilidad de vivir al niño.

—Yo oigo mucho y entiendo cosas. Váyase tranquila, sé que lo hace por el niño. Que Dios la bendiga.

—Nuevamente, le agradezco. Buen día.

Me bajé y toqué la puerta por la que recordé que el mismo Martínez, Eduardo y yo habíamos ingresado a la casona reformada para servir de consultorios. Apareció una secretaria. Le indiqué que ocupaba hablar con el doctor Martínez. Me explicó que solo se atendía con cita y le insistí, pidiéndole que le diera mi nombre —el de mi prima—, que estaba segura de que me iba a atender. Me hizo entrar y unos diez minutos después estaba reunida con Martínez.

—Me sorprende verla aquí. ¿Qué se le ofrece? —dijo con recelo.

—Voy a ser breve y tajante. Figúrese que cierta situación y ciertos escrúpulos han llevado a don Eduardo a echarse atrás, lo cual me parece una soberana tontería. Yo ya dispuse del dinero que él me dio y no tengo cómo devolverlo. Yo ya estoy enterada de que el trasplante es para el niño, de que se trata de mi corazón y de que ello significa mi muerte. Estoy consciente de todo y reafirmo mi postura: acepto todo y deseo proseguir.

Se acomodó la corbata, expulsó ruidosamente el aire por la nariz, se recostó contra la silla; le pareció que no era una cómoda posición y se inclinó en el escritorio, colocando los codos como apoyo y con las manos unidas reposó la barbilla. Finalmente, se decidió a hablar:

—Mire, Eduardo me llamó hace un par de días diciéndome que se cancelaba todo y aparece usted diciendo que continuemos. Disculpe, yo con quien coordino y a quien respondo es a Eduardo, primero, como amigo y, segundo, como padre del paciente. ¿Qué espera usted que yo le diga a él, «Eduardo, préstame a tu hijo, en unos días te lo regreso», para luego devolvérselo con una herida en el pecho o en un ataúd? Las cosas no son así de simples. Además, yo no seré

quien lo opere, no tengo ese conocimiento, lo más que he llegado a hacerle son sangrías. Se trata de un especialista cubano —volvió a suspirar profundamente y dijo circunspecto—: Señorita, si él ya dijo que no, yo ya no tengo nada más que hacer. Lo siento, pero le voy a pedir que se retire.

—No puedo creerlo —exclamé, otra vez desesperada—, ¿van a dejar al niño morir cuando puede que esta sea la única oportunidad de salvarlo? Usted más que nadie sabe lo difícil que ha sido hallar a alguien que calzara en todo.

—No tengo nada más que decir y preciso seguir atendiendo a mis pacientes. La acompaño a la puerta. —Y se puso de pie.

La necesidad era la madre de la invención, ciertamente. Mi mente trabajaba veloz; toda información que recibía era valiosa, y mi memoria recuperó recuerdos claves. Así pues, actué. Fingí estar muy afectada por sus palabras, me tambaleé simulando marearme y le pedí reposar unos minutos en una de las bancas cercanas a la recepción. El doctor evaluó mis signos y se regresó tranquilo a su consultorio, no sin antes indicarle a una de las enfermeras que, cuando me sintiera mejor, me condujera a la salida y que, mientras, me pidiera un servicio de transporte. Esperé a que se metiera al consultorio para acercarme a la recepcionista diciéndole:

—Sí, sí, gracias, ya me siento mejor. Un vahído nada más. ¿Usted sería tan amable de hacerme dos favores? Deseo sacar cita con el doctor para la semana que viene, cualquier día y hora está bien y, lo segundo, es que el doctor dice que me facilite el contacto con el doctor Villa, Villa algo, me lo acaba de decir, y ya sabe, con estos mareos se me ha olvidado. Es un especialista cubano. Como él está apurado atendiendo a sus pacientes y yo llegué sin cita, no tiene tiempo de consultar su agenda.

Salí del consultorio con nada más que una vaga esperanza de cumplir mis planes a la cual debía sacarle el máximo provecho. Tenía el contacto del doctor José Ernesto Villafuerte.

Me dirigí primeramente al banco a sacar algo de dinero y luego a Correos y Telégrafos en San José, y allí pedí una llamada internacional:

—Por favor, ¿cómo puedo hacer para comunicarme con el doctor José Ernesto Villafuerte, que entiendo que no está en Cuba? Exacto. ¿Cómo? ¿Me lo podría repetir? ¿Ya está en Costa Rica? ¿Y usted me podría decir cómo lo encuentro? ¿Dónde se aloja? Eh, sí, soy la secretaria del paciente que exclusivamente viene a atender a Costa Rica. Me urge contactarlo.

Nunca había entrado en un hotel, así que fue normal sentirme completamente fuera de lugar y desorientada. Tras eso, el doctor se alojaba en uno de los mejores del país, el Hotel Costa Rica. Caía ya la tarde, le esperaba sentada en una butaca de esas que tienen un gran respaldo y se sitúan en torno a una mesita baja donde sirven el café, té y esas carajadas de gente de plata.

Era extraño estar con el rostro apacible, la mente centrada, el cruce de pierna casual, la respiración normal y los latidos sosegados, sabiendo la gravedad de la situación, pero que no suscitaba ningún sentimiento exabrupto, tal vez porque la encontraba inevitable y ya había tenido tiempo de asimilarla. A veces, eso sí, me detenía de sopetón y exclamaba internamente: «¡Por Dios, lo que estoy pronto a hacer! ¿Es posible acaso tanto desapego a la vida? —y me contestaba con otra pregunta obligatoria y sin respuesta—: ¿Ha válido algo esa vida que haga meritoria su existencia?».

—¿Azucena Carranza?

—Así es, señor —contesté inmediatamente, tomada por sorpresa—. ¿Y usted el doctor Villafuerte? —pregunté al voltear a verlo, aunque era obvio por lo particular de su acento.

—Para servirle.

—Doctor, no soy la secretaria de nadie. Dispense que lo haya buscado y le pida este tiempo, es mi última carta. Soy la donante para el trasplante.

—Hable bajo, por favor —me previno—. Si eso es cierto, ¿qué hace usted aquí?

—Necesito explicarle un par de cosas.

Pareció creerme, puesto que me dijo:

—¡Qué interesante que esté aquí! Me gustaría hablar con usted. —Había permanecido de pie y procedió a tomar asiento en la butaca de enfrente—. Aquí no hay nadie que la esté presionando o coaccionando, así que dígame, ¿está usted en sus facultades plenas? ¿No está siendo obligada a esto? ¿Está consciente de que, para ponérselo en palabra sencillas, esto que usted está haciendo no es otra cosa más que un suicidio consciente, voluntario?

—Sí.

—¿El caballero no la está obligando a ello?

—No, precisamente por eso estoy aquí.

—Algo aquí no calza.

—Exacto, doctor. Como le digo, soy la donante. El padre del receptor desistió de seguir. Él ya me pagó todo por adelantado, pero canceló todo de última hora. Yo estoy aquí porque quiero decirle que estoy tan determinada como desde un inicio. ¿Usted podría convencerlo de continuar?

—¿Él le está pidiendo el dinero de regreso?

—No, en absoluto.

—Señora, eso es algo difícil —dijo con simpleza—. En cuestión de dos días me regreso a Cuba. El señor Eduardo tuvo la deferencia de reunirse, informarme y pagar mis honorarios. No veo mucho que hacer. De esto hace un par de días y no me he retirado por dos razones: la primera, porque no había vuelos próximos, sino hasta pasado mañana y, segundo, como ya no era necesario mantener mi presencia en el país oculto, me reuní con un par de colegas, quienes me invitaron a exponer en un congreso médico. Al final no fue posible por ciertas discrepancias con la organización; en cambio, aproveché la ocasión para sostener un acercamiento con exdiscípulos del excelentísimo doctor Moreno Cañas, quienes tuvieron la amabilidad de exponerme sus principales logros. Quedé asombrado con la calidad de su trabajo, tanto como con la admiración y el aprecio con los que se expresan de su persona. Si no fuera por eso, ya me hubiera ido.

—Doctor, hay mucho por hacer, ¿no? No hay ningún obstáculo médico para echarse atrás, solo moral. Y ese es fácilmente superable. No nos andemos por las ramas. Veo de la madera que está usted hecho, me lo ha transmitido al instante.

—Parece que es una observadora.

—Eso y buena lectora. Me preparé para esta reunión. Me he dado a la búsqueda de averiguar todo sobre usted. Sé que esta es su oportunidad de oro. Y míreme a mí, soy perfecta para el trasplante.

El doctor se mostraba sereno, pero brillaba en sus ojos la chispa de la curiosidad médica.

—He hecho este tipo de cirugías en animales, en mendigos y presos; siempre en la clandestinidad, desde luego. Estoy vetado para ejercer ciertas intervenciones en mi país —hizo una pausa y prosiguió—: En los últimos trasplantes he tenido más éxito, los trasplantados han logrado sobrevivir unos cuantos días. Es cierto cuando dice que esta es una oportunidad de oro para todos. Creo realmente que el niño puede sobrevivir. Su sacrificio no sería en vano. Algo que se empieza a llamar circulación extracorpórea ha venido a revolucionar este tipo de cirugías tan dependientes de asegurar el fluido sanguíneo. Además, en colaboración con un médico austriaco, he logrado solucionar la gran incógnita de por qué hay sangres que se rechazan, aunque esto aún no lo damos a conocer a la comunidad científica. El principal problema es el rechazo. Si el rechazo se puede controlar, le garantizo la supervivencia. El caso de este niño tiene todos los

elementos para el éxito, pues hay total viabilidad entre su órgano y el que el niño requiere, a pesar de usted ser una adulta y él estar iniciando la pubertad. Se sorprendería de saber que hay más, mucho más de lo que se cree saber de casos de trasplantes. Mis colegas, cuando oyen la palabra, se santiguan. Parece que les resulta un sacrilegio pasar un corazón de un pecho a otro. Así que, ciertos médicos hemos avanzado mucho a ocultas. Es un tema muy delicado que acarrea una penalidad extrema para los doctores y demás cuerpo médico involucrado. Las autoridades aún no están abiertas a tal idea, pues, si bien es cierto, ha habido casos de éxito, la mayoría no lo son.

»Si nos dieran libertad absoluta para experimentar —dijo ansioso—, el avance sería portentoso. Conforme avanza la ciencia y el tiempo, se abrirán nuevas posibilidades. Sueño en grande imaginando que algún día exista un corazón-máquina, nada inverosímil si pensamos que el corazón no es otra cosa más que una bomba —contó entusiasmado, como en éxtasis, para luego aplacarse y agregar—: Ante estas cosas, créame que hasta mis colegas más cercanos se ríen de ello. Yo creo que, si llego a viejo, alcanzaré a verlo. Estoy plenamente seguro de ello, cuando abro un pecho y requiero mantener el corazón, por decirlo de alguna manera, vivo, recorro a un aparato eléctrico para realizar la estimulación cardíaca. Incluso el niño podría vivir conectado a una máquina de esta naturaleza, claro, sin necesidad de estar a corazón abierto, pero se trata de un armatoste pesado y errático. El niño requeriría pasar el resto de su vida postrado en una cama. La única solución real para ese niño es un trasplante.

—Y usted tiene el conocimiento y la capacidad para hacerlo, el cuerpo del niño aún está en condiciones de resistir la operación y mi corazón es el indicado. ¿Lo ve? Es la oportunidad ideal. Con todo lo que me dice, entonces bien vale la pena lo que me propongo.

—La compatibilidad ya no me preocupa, solo mínimamente el asunto de la edad, puede que el cuerpo del receptor no se halle con el órgano donado. Me tranquiliza que las radiografías muestren que su corazón tiene un tamaño que pueda ser adecuado para un cuerpo joven y débil como el del paciente. A ciencia cierta, esto solo el tiempo lo dirá. Como se lo dije al padre, hay muchas posibilidades de éxito de la operación y la supervivencia del paciente, aunque no son muy elevadas.

—Entonces, doctor, no le demos más vueltas al asunto: usted quiere triunfar porque tiene un caso donde se cumplen todas las condiciones necesarias y cuenta con el conocimiento y equipo requerido, y yo quiero pagar mi promesa y mi deber y hacer algo bueno por ese niño y su padre. Le propongo, doctor, que usted le haga creer a don Eduardo que en Cuba consiguió un órgano compatible. Eso es todo. Sería fácil, véalo bien: alguien llega al hospital, no se vale por sí mismo, incapaz de comunicarse, familiar o conocido alguno lo reclama. No portaba ningún tipo de identificación que permitiera saber de quién se trata. Usted, al tanto de ese caso, le realiza las pruebas necesarias y resulta compatible. Así que una noche, con poca guardia y enfermeras, se le da por muerto y el cuerpo desaparece del hospital para reaparecer en una sala de cirugía de una clínica privada. Me parece algo completamente creíble.

Pareció pensarlo toda una eternidad.

—Le compro todo, menos cierto punto, le cambio el paciente por un accidentado que queda en un estado vegetativo. En esa condición se puede dar por desahuciado. Déjeme y yo preparo la narración. Me entusiasma pensar que esta oportunidad no está perdida. De acuerdo. Yo salgo del país en dos días, creo que es tiempo suficiente para pedirle a mi asistente que prepare lo más urgente: un pasaporte falso. Ya he estado en Costa Rica en anteriores ocasiones y tengo mis contactos. En Cuba tendré tiempo para obtener el permiso de usar las instalaciones de la universidad en la que doy clases. Ocuparía también un certificado alterado de desahucio y otro

de defunción, reservar el salón de cirugía y demás gestiones. Yo tengo el equipo médico preparado, es el mismo que traje aquí. Todo esto llevaría al menos una semana para poder estar listos para la intervención y hacer la llamada al doctor Martínez sobre la oportuna casualidad de que encontré un donante idóneo en Cuba.

Así, pasmosamente impávida, había planeado mi cita con el patíbulo. Acto seguido, me despedí del médico. Habíamos acordado que en dos días me presentaría allí mismo sin cargar más que un par de mudadas, y él me entregaría el pasaporte y el boleto.

Decidí en esos días concentrarme en la fría lógica de la espera, sin detenerme a pensar en nada más que perturbara mi ánimo, como el hecho de que nunca antes había salido del país y que mañana lo haría para no volver. Deplorable e infructuoso esfuerzo. Era ridículo, descubrí que les tenía miedo a los aviones. También era ridículo que empezara una creciente nostalgia por todo lo que había sido parte de mi vida.

Me desperté en la pura madrugada de la víspera con el gran deseo de recorrer Heredia y despedirme de ella. Las últimas mañanas habían sido frías y nubladas, pero la de ese día fue espléndida, y Heredia estaba de ensueño. Le tenía gran cariño. El viento que alejó las nubes oscuras llevaba a todos lados aires frescos, susurrando a veces, cabalgando raudos en otras y desprendiendo a su paso los cogollos de las enredaderas de chayote y tacaco en las tapias de las casitas blancas con azul, de piso de tierra, de tersas guarías moradas guindando coquetas en los corredores. ¡Ay, todo aquello que dejaba, me di cuenta de que lo amaba tanto! Dejaba atrás los cafetales en los que otrora correteaba buscando la mejor calle cargada con matas al tope de granos. Me despedí de aquellas calles sin aceras y con el caño en el centro, del Parque Central, de sus bonitas y pesadas rejas que cerraban a las ocho de la noche en punto y mis recuerdos de colegio. A todo eso y más decía adiós. Me fijé en los detalles como nunca lo había hecho, tal vez porque siempre miraba al suelo al andar con la cabeza gacha toda una vida.

Descubrir ese cariño oculto me hizo darme cuenta de algo. Eduardo no era mi felicidad. Era una parte de ella, pero no su origen ni su fin. Por decirlo así, él fue una puerta que se abrió para mostrarme las cosas bonitas de la vida. ¿Cómo iba yo a encontrar felicidad si me hallaba sumergida en un foso oscuro y estrecho, donde ningún haz de luz me permitía contemplar que había belleza alrededor y en mí misma digna de ser apreciada? Conocerlo me impulsó a ponerme de pie y estirar el cuello, me hizo darme cuenta de que yo misma me había encerrado en un foso y que me negaba a salir de él y ver un gran mundo bello, florido, dulce y aromático. Mis sentidos despertaron a la vida y pude apreciarla a todo color.

Claro que me sentía triste, triste por perder todo aquello y mucho más triste porque no iba a verlo más. Me hubiera gustado apreciar su rostro una última vez, uno frente al otro, serenos como un buen par de viejos amigos y llevarme un grato recuerdo en vez de su imagen de espaldas a mí desdibujada por un río de lágrimas, yo en el zaguán, apoyándome desconsolada contra el borde de la puerta y él alejándose bajo la luz de una farola de la calle.

Llegó la tarde del día antes. El vuelo saldría en la pura mañanita, rayando la salida del sol, así que lo prudente era acostarme temprano. Tenía una última vuelta pendiente, por lo que me apuré a salir. No pasaría a casa, era inútil, a nadie le importaba, lo que sí me interesaba era pedir un favor. Llegué al San Vicente de Paúl y busqué al doctor Mariano Santamaría.

Siempre gentil, sacó un espacio de su ronda y me atendió.

—Hola, doctor. Me alegra saludarlo. Perdonará lo raro de todo esto, solo quería decirle que lo estimo mucho. Siempre lo he hecho, aunque me haya comportado muy malagradecida. Usted sabrá entenderme. No le quito más de su tiempo. Para variar, vengo a pedirle un favor —me explicaba torpemente y miraba hacia un punto a la distancia, esquivando el contacto visual—.

Está de más, pues siempre ha estado al tanto de mi familia, solo que confirmarlo me daría paz. Como le comenté, ahora le trabajo al señor Eduardo y eso me implica alejarme de mi familia por viajes y todo eso. Lo que quiero decirle es que le agradecería que usted vele porque ellos siempre estén bien. De cuando en cuando, echarles un ojo, solo eso le pido. Ya con eso yo quedo más que agradecida.

—Definitivamente, eso no tiene que decírmelo, delo por un hecho. Pero ¿es que tiene que estar lejos de ellos muy frecuentemente?

—Algo así, señor.

—¿Exactamente en qué le va a trabajar a ese hombre? Perdóneme que sea tan necio y me meta donde no me llaman. Las situaciones en torno a él me inquietan cada vez más. Hace un par de días vi al médico de cabecera de él, un tal Martínez, en compañía de nada más y nada menos de un reconocido médico de otro país sumamente cuestionado. Podrá ser muy inteligente y todo un talento con el bisturí, pero de ética sabe muy poco. Ese hombre no tiene escrúpulos y juega a experimentar con la vida. Lo que más me preocupa es que lo vi visitando, en compañía de ese Martínez, al hijo de su ahora patrón —dijo desdeñosamente—. Parece que con suma facilidad obtiene cualquier tipo de permiso para andar a su antojo revisando los historiales médicos.

—¿Cómo? ¿El niño volvió a recaer?

—Así es, permanece hospitalizado. Yo solo le advierto que tenga mucho cuidado con lo que su jefe le pida hacer o dejar de hacer. Cuídese, por favor.

—Pierda cuidado. Gracias nuevamente. ¡¿Ve?! Por eso yo siempre acudo a usted, le tengo una fe ciega a su intachable moral.

Hice que me iba, pero apenas desaparecí de su vista, me dirigí al área del hospital donde estaban los niños internados. Necesitaba ver al niño nuevamente, era tan parecido a su padre. Quería verlo y, a través de él, despedirme de Eduardo. Pronto ese niño y yo seríamos uno solo. Pronto y de cierta maquiavélica manera, yo residiría en su pecho latiente, cerca de su padre.

Como se trataba de un salón compartido donde las camillas estaban una a la par de la otra, me fue fácil ver que el niño no estaba solo. Allí estaba su padre. El corazón me dio un vuelco. Logré mantener los pies anclados y no correr a su encuentro. Esperé y esperé hasta que en cierto momento Eduardo se levantó y se retiró del salón. A pesar de que había logrado ver al padre, aun así, deseaba ver al niño. Parecía un deseo obseso de contemplarle ahora que todavía éramos cuerpos aparte. Así que me apresuré para aprovechar un par de segundos y luego retirarme.

El chiquillo permanecía con los ojos cerrados, lucía exhausto. Su respiración era muy frágil. Aunque muy creyente no fuera, elevé una sentida plegaria al cielo, pidiendo porque todo saliera bien. Me di la vuelta para marcharme y ahí estaba él, mirándome a unos cuantos pasos de distancia. Tuvo que haberse devuelto rápidamente, porque yo no me había tardado mucho junto al niño.

—¿Qué haces aquí?

—Nada, ya me iba. Bueno, no. Eh, yo-yo quería ver si-si era posible. Nada.

—No, dime. Por favor, espera, no te vayas. Te acompaño. Yo sí tengo que decirte algo. —Yo seguí caminando, así que él tuvo que decirme lo que quería decirme, no solo a mí, sino al resto de enfermos y enfermeras—. Me marchó del país. Nos marchamos, mi hijo, mi esposa y yo.

—¿Qué? ¿Cuándo? —Otro crujido en el pecho, me volteé asustada.

—En cuestión de dos semanas.

—Comprendo. —Sentí un gran dolor y a la vez alivio. Eso no echaría a perder lo planeado con el médico cubano, dije fríamente.

Cruzó rápidamente la distancia que nos separaba y me habló en voz baja:

—De aquí a entonces voy a estar fuera del Valle Central, necesito arreglar varios negocios con el café que tengo en la zona de Los Santos porque puede que no regrese más al país. Ya que la coincidencia nos reunió, quisiera que no nos despidiéramos entre estas cuatro frías paredes de hospital —dijo en tono sombrío y me tomó del codo delicadamente—. Recordemos nuestra última tarde juntos de una manera bonita, que podamos recordar el resto de nuestras vidas.

—No lo sé. Quedamos en que no más de esto. En verdad es bastante jodido tratar de hallar fuerzas después de cada uno de nuestros encuentros.

—Comprendo, disculpa. Yo solo soy un títere animado por una fuerza contracorriente, contra natura; dejo a un lado mi papel de padre abnegado porque deseo ir a donde tú vayas. Discúlpame, en verdad —dijo, liberando mi brazo de su cálida presión. Se volteó para volver a salir del salón y ahora era yo el títere de mis sentimientos, ¡cómo negarme cuando yo también deseaba fervorosamente estar con él en mis últimos días!

—De acuerdo. ¿Dónde? —jadeé alzando la voz, olvidando que estaba en un hospital y que un niño y su débil corazón estaban a una cama de distancia.

—Donde tú quieras —dijo movido por la sinrazón.

Salimos del hospital y el aire fresco nos dio de golpe en el rostro. Fue bueno, nos ayudó a despejar algo de la pesadumbre que nos embargaba.

Emití una risa queda, más que nada como un gesto minúsculo de gracia.

—No sé por qué pienso que un lugar idílico, que en este caso sería perfecto para despedirnos, sería el mar. Tal vez lo pienso así porque no lo conozco, ni el Caribe ni el océano Pacífico, y lo concibo como un ambiente mágico. Claro, te lo digo por decirlo, cualquiera de los dos queda demasiado lejos para ir hoy.

—No importa, podríamos ir mañana. Yo atrasaría mis gestiones un día.

—No, ¡qué va! Sería un viaje demasiado largo. Y yo también tengo que hacer cosas mañana. Pensándolo mejor, me gustaría ir al parquecito de la Inmaculada.

—No voy a dejar que te quedes con las ganas. Conocerás el mar hoy.

—¡Cómo crees! No sé nada de distancias, pero hoy no alcanzaríamos a llegar ni en el ferrocarril. Además, no creo que sea la gran cosa. ¿Agua al frente y a los lados? Para eso voy a una poza.

—Si es algo que has querido hacer y no has podido, yo deseo que lo conozcas y acompañarte. Así el recuerdo será más especial. Creo que funcionará —dijo consultando el horizonte y animándose de repente—. El cielo está espléndidamente despejado —sin entender por qué el cielo despejado era necesario para ver el mar, le escuché agregar—. ¡Déjame y verás! No nos tardaremos nada. Lo conocerás, aunque sea en chiquitico.

—¿Cómo?

—Ven, acompáñame —dijo extendiendo su mano, la cual tomé con la punta de los dedos. Él sonrió melancólicamente y yo le devolví la sonrisa. Me sentí como una jovencita apabullada ante un piropo de un admirador—. Deja y nada más me despido de mi niño. Gracias a Dios, ha vuelto a estabilizarse.

Le esperé afuera, en ningún momento dudé en irme, no sin él. Era justo que tuviéramos un último y lindo recuerdo. Eduardo apareció y me sentí como si fuéramos a una cita. ¡Mi primera cita! Las médicas no contaban, pensé tajantemente. Otra vez me tomó de la mano, apenas lo suficiente para un roce de dedos, y fuimos hacia donde estaba aparcado su carro. Le pidió a Agustín que se fuera en tren a casa y le dio el dinero suficiente.

—No nos tardaremos nada, ya verás. Para ser sincero, la única vez que lo hice siendo niño no me salió. Creo que las condiciones no se dieron.

—Dime de qué se trata, estoy intrigada.

—De eso justamente se trata. —Sonrió con malicia.

Le seguía la corriente, aunque estaba preocupada de ese viaje de él y que pudiera trastocar mis planes en Cuba, así que aproveché para preguntar.

—¿Se van de Costa Rica justamente en dos semanas, ni un día más ni un día menos?

—Así es, ya tengo los tiquetes —su voz volvió a ponerse seria—. No tiene sentido seguir en el país. —Empezó a conducir muy despacio porque por la calle andaban tanto las gentes, los carros, las carretas, los carretones y variedad de animales de tiro, y después, cuando el camino se despejó, no aumentó considerablemente la velocidad. Me parecía que quería rendir y alargar el tiempo.

—Umm, ¿y qué piensa Martínez de todo esto?

—No pienso hablar contigo nada que tenga que ver con el tema. Hablemos de todo, menos de eso. La tarde es nuestra, hagámosla agradable.

«La tarde de nuestra despedida», exclamé internamente.

—Pensaba que el amarillo era un color precioso, pero este verde oscuro te queda espectacular —dijo cambiándome el tema.

Extrañada, me miré el vestido. Lo había olvidado, ya no andaba vestida con mis pesadas, desgastadas y fofas ropas de siempre.

—¿Ves?, estoy cambiando. Estoy aprovechando la vida —seguía con la mentira.

—Así me gusta. Así es como tiene que ser. —Sonrió amargamente.

Mientras hablábamos, se encaminó hacia Mercedes Norte y extrañamente se detuvo allí.

—Si gustas bajar, llegamos.

—Me estás tomando el pelo. ¡Ah! ¡Ya sé! Un restaurante que se llama El Mar. ¿Hay algún restaurante escondido entre cafetales?

—No que yo sepa —me siguió la chanza.

—¿Una poza, una laguna?

—No.

—Ya dime.

—Déjame disfrutar este momento. Por primera vez, te veo intrigada. Andemos, es cerca de aquí.

Bajamos del carro y trepamos a una colina entre un cafetal de su propiedad. No era época de floración, sino que todas las matas lucían un parejo verde vivo, las matas que daban de comer al pueblo y las que permitían que Eduardo tuviera un vehículo tan lujoso como en el que vinimos.

—Ya entiendo, un mar de matas de café. Pues sí, entre colina y colina, parece un mar subiendo y bajando.

—Buena imaginación, pero no. ¡Anda! No pongas esa cara. Ya te digo: pocos lo saben, a pesar de estar encerrados en este Valle Central, es específicamente en este pedacito de Mercedes Norte que se puede ver el océano Pacífico. Creo que en Fátima también. Un amigo de mi padre, llamado Rosendo, geógrafo empírico, me aseguró que, además del mar, se puede ver una parte de tierra, sea una isla o parte de la península de Nicoya. ¿Lo intentamos? —preguntó emocionado.

—Con todo y que dice la gente que Costa Rica es pequeña, de ahí a decir que desde Heredia se puede ver el mar, eso sí que no es posible, ¡estamos en medio de un valle, esta zona no es alta, las montañas de alrededor nos impiden ver más allá y ni hablar de la distancia que es enorme! Te tuvo que tomar del pelo.

—Ya veremos. Se supone que es en dirección suroeste. Caminemos un poco más hacia la

izquierda, cuidado con esas bandolas. Unos pasos más hacia atrás. ¡Vaya! —jadeó y se volteó sorprendido a verme, con una sonrisa plena de comisura a comisura. Nunca lo vi tan guapo y jovial, quedé fascinada de sus ojos risueños cundidos en arruguitas a su alrededor y enmarcados en sus largas y guapas cejas. En esos minutos habíamos olvidado el pasado, presente y futuro, solo éramos dos curiosos departiendo la alegría de un descubrimiento y construyendo una anécdota. —Echa un vistazo —dijo mirando a la distancia y calculando un punto hacia el cual señalaba.

Yo trataba de mirar hacia donde me indicaba y, de repente, creí ver algo anormal, algo que no parecía un cerro a la distancia.

—Es más, toma estos prismáticos —me dijo mientras él dejaba de usarlos—. Siempre llevo unos, igual que un buen mapa en el carro —se explicó cuando le miré sorprendida preguntándome en qué momento había hecho aparecer un par de prismáticos.

—¡Avemaría Purísima, creo que sí, veo algo, Eduardo! —exclamé sorprendida—. ¿Así? —le pregunté insegura sobre cómo usar ese artificio.

—Así es —dijo acercándoseme más.

—¡Es increíble! —Estaba realmente maravillada—. ¿Cómo es esto posible? ¿Realmente estoy viendo el mar?

—Es el mar o, que diga, el océano. Lo estás conociendo por primera vez, disculpa que te lo presentara contenido entre cerros y celajes.

—No puede ser más perfecto. Me parece increíble.

—Igual a mí, parece ser que Mercedes Norte, aunque es una zona baja está libre de obstáculos y queda un trillo despejado en línea recta hacia Caldera. Se supone que esa tierra del otro lado del mar es parte de la península. Pienso que podría ser Cóbano.

Me empezó un escozor en los ojos. Yo ya había llorado tanto por cosas grandes y chicas que ya me era difícil soltar el llanto así no más. Y si lloraba era de pura alegría. Pero no lo hice, necesitaba los ojos sin una cortina de lágrimas para no perderme de aquello. Veía el mar por primera vez desde una tierra de cafetales heredianos, un delgado y estirado trozo de mar, que se parecía más a un celaje del mismítico cielo. Era un mar de dorados y refulgentes colores bañado por la cálida luz del sol mortecino. Era una cosita pequeña y fulgurante.

Sentí sus manos sobre mis hombros. Un peso que me hizo recobrar la melancolía olvidada.

—Me pregunto si el amor es como conocer el mar. Como te digo, no lo conozco cara a cara, pero pienso que una de las primeras expresiones de cualquier persona sería: «¡Es colosal!». Imagino que ha de resultar abrumador su inmensidad y ver esa cantidad de agua ir y venir hasta perderse en la lejanía. Es esa impresión que deja la primera vez que me pregunto si muta conforme pasa el tiempo. ¿Será que luego, de tanto verlo, simplemente uno ya no se asombra y navegar en él sería como estar aburridamente en un desvencijado botecito en un viejo pacífico que se menea al suave vaivén de la marea? Al hacer esa comparación, me pregunto:

—¿Sería acaso mejor opción morir de amor en vez de que dejar que el amor muera? Ignora la pregunta, es inútil la respuesta.

Permanecimos en silencio hasta que el mar se nos escondió y las sombras empezaron a tomar el cafetal.

—Muchas gracias, ahora puedo decir que conozco el mar. Es un gran recuerdo.

Caminamos lo suficiente para llegar a la entrada del cafetal, contiguo al patio de beneficio. Subimos al auto y nos regresamos a Heredia. Cuando pasábamos por la Gobernación, le pedí que me dejara frente al Fortín.

—Bien, aquí me bajo. No digas nada más ni, por favor, salgas del carro. La despedida fue allá,

con el mar, los celajes y el cafetal como escenario. No dejemos recuerdos en Heredia, que pisar esta ciudad no nos rememore nada. ¿Sabes? Yo también deseo que tengas una buena vida, tú y tu familia. ¡Que estés bien!

Dicho esto, salí del carro y, en efecto, pasó lo que debía pasar: ni yo voltee a verle ni él me siguió.

Así cerraba el capítulo de mi vida con Eduardo. Le conocí una noche en el Morazán y le dejé sin despedirme frente al Fortín. Todo lo que tiene un inicio debe tener un fin.

Si eres un alma sentimental, mejor no sigas leyendo a partir de aquí, pero si eres un alma sentimental tendrás que seguir leyendo. Este es mi diario, lo empecé cuando tomé la decisión de acabar con mi vida, no puedes esperar otra cosa más que eso. Te he mostrado cuanto he hecho y cuanto he pensado, te he mostrado la dicotomía de los sentimientos borrascosos que los últimos días de vida me desgajaron de raíz. No me juzgues, ni yo misma comprendo por qué me puse los grilletes y afilé con cariño la hoz.

Por descontado no pude conciliar el sueño, pasé con una constante opresión en el pecho que incluso a ratos no me dejaba respirar. En algún momento tuve fiebre y bañé las sábanas en sudor. A cierta hora de la madrugada, cuando aún era muy oscuro, pero los gallos ya cantaban, una rigidez extrema me entumeció el cuerpo y me apretó los pulmones.

Me abrumó la desesperación. Mis hombros se estremecieron, la saliva se me tornó amarga, los ojos los sentía arder, el latido pegado a la oreja me martillaba las sienes, las uñas débiles y roídas se me blanquearon ante la presión de los puños, la garganta se me trancó y perdí la noción del entorno. Todo se me volvió negro y fue cuando los pensamientos abominables, oscuros y cobardes me atacaron desde toda esquina. ¡Jamás, yo no podía morir en ese instante!

—¿Por qué no si lo has estado buscando todo este tiempo? —me decía una voz.

—¡Porque no!, no es ni el momento ni la situación adecuada —repliqué mientras el alma intentaba escapárseme del cuerpo.

—Tú me desprecias, ¿no? —cuestionó mi alma.

—Desprecio la vida que he llevado.

—¿Y la de ahora?

—¿Para qué preguntas eso?

—Para saber si vale la pena seguir hospedando tu cuerpo.

—Tienes que resistir algo más, aguántame. Yo debo hacer algo por Eduardo y por su niño. ¡Te dejaré salir pronto, en el mismo instante en que entregue mi corazón!

—No juegues conmigo. Yo soy la inmaterial, la que nunca dejará de existir. Soy la esencia, soy el soplo, soy la energía que mueve cada cosa y la mantiene en su lugar; yo soy tú. No te puedes liberar de ti misma, mas sí de tus miedos, tus obligaciones, tus escrúpulos. A la muerte no hay que temerle, es solo una transición. Pero dime, ¿qué hice para que quieras adelantar la transición?

—Tú nada, ya te dije, solo me cansé de vivir una vida que ya no quería. No se trata de miedos ni de escrúpulos; si dices que tú y yo somos una, deberías entenderme.

—Ahora ya no desprecias la vida, pero te amarran tus escrúpulos. Suéltalos, no creo que sea hora de partir todavía, no has entendido la fortuna de la vida.

De repente, sentí que la opresión en el pecho cedía, parpadeé repetidamente y pude ver una figura sobre mí. la opresión había sido solo momentánea, arremetía nuevamente. Era el Cojo, el maldito estaba vivo; sus muñones deformes me trataban de ahogar.

Abruptamente desperté jadeando. Tardé un rato en asimilar lo que había pasado. Todo había sido una pesadilla de cosas tan ilógicas como mi alma sermoneándome y un muerto reviviendo

solo para matarme.

El pavor empezó a menguar, el dominio de mis instintos volvía a mí y el frenético instante en que dudé lo acallé. Poco a poco, muy lentamente, deshice la rigidez de mis miembros, aclaré la garganta, las manos heladas secaron la frente cubierta de una humedad más fría aún. Tanteé a dar unos pasos y, como las piernas me respondieron bien, me levanté cuando Heredia aún dormía, me alisté y, acordando previamente un servicio de transporte a primera hora, me dirigí al hotel donde se hospedaba el doctor Villafuerte. No había marcha atrás ni para mi alma y sus remilgos.

Le esperé un rato y bajó junto con un asistente, sus maletas, equipo, dos pasaportes y dos boletos. De allí partimos hacia el aeropuerto de La Sabana, que llevaba pocos días de haberse estrenado. Anduve pegada al médico y su asistente, pues, para variar, tampoco había estado en un aeropuerto hasta ese entonces. Hice las filas respectivas, aguardé con expectación el momento de revisión del pasaporte y seguí el resto del camino hacia el avión.

«No has entendido la fortuna de la vida», repiqueteaba en mi cabeza.

«¡Sí, claro! Toda una vida como mula y luego conocer lo lindo del amor y lo amargo del sacrificio. ¡Vaya fortuna!». Y me obligué a no pensar más en esas majaderías.

Dejaba Costa Rica y con ella la vida, los sueños y las ilusiones, también las desdichas. Sobre todo, le dejaba a él.

El sol empezaba a asomarse, sus rayos cobrizos me daban de frente y, enceguecida por ellos, me detuve un instante en la escalerilla que conectaba con el avión para identificar la voz que a gritos me llamaba.

Mi corazón frenético dio golpes de tambor. ¡Por Dios, era Eduardo! ¡Esa figura que saltaba a grandes zancadas el espacio que nos separaba era mi Eduardo!

Bajé corriendo la escalerilla y me iba a lanzar en sus brazos cuando me di cuenta de que se trataba de Mariano Santamaría.

—¡Doctor!

—Dé-je-me-recu-perar el aliento —pidió—. ¿Usted es-tá loca? ¿O deschavetada?

—Es lo mismo, ¿no?

—Sé lo que se propone y no se lo permitiré.

—Lo siento, doctor, usted no me detendrá. Permiso —dije volteándome al tiempo que me sujetó de la muñeca. Las lágrimas empezaron a cubrir mi rostro. ¡Estúpida alma, tenía el descaro de asomarse!

—Usted me escuchará, y ya bien puede irse ese avión porque usted no se irá en él. Antes me escuchará. ¡Y usted lárguese, rata inescrupulosa! —gritó a alguien a mis espaldas, que debía ser el médico cubano.

A lo lejos se acercaba trotando un guarda de seguridad con bastantes gorduras. De aquí a que llegara, perfectamente Santamaría podía echarse un discurso de media hora.

—¡Todo calzaba, solo que no me di cuenta! Ayer, en el momento en que hablé con usted, no sabía que estaba en comunicación con este hombre. El doctor Elizondo, usted debe saber a quién me refiero, el de mostacho de morsa del Área de Neumología, me comentó que la vio reunida con ese remedo de médico y ahí el pánico me invadió. Fue fácil averiguar que Villafuerte se alojaba en el mismo hotel del congreso después del burumbún que se armó cuando quiso presentar una disertación muy poco ortodoxa; y fue fácil enterarme de que se dirigía camino al aeropuerto y que lo vieron salir con alguien que calzaba con su descripción. ¡Escúcheme! ¡No la soltaré! ¡Y usted no se arrime! Creo saber a qué se está prestando usted y no puedo creer que lo consienta. ¿Usted sabe bien a lo que va?

—Lo sé perfectamente. Es cansado repetirlo una y otra vez: lo acepto con total consciencia. Le

agradezco que no se meta, doctor.

—Está muy equivocada, si hasta está llorando.

—Doctor, no nos pongamos en mates. Mi vida no significa más que para mí misma. A nadie más le importa. ¿Qué importa lo que yo haga con ella? Si no es hoy, es mañana o algún día de aquí a cuarenta o menos años. Algún día moriré. Déjeme escoger cuándo y cómo. El porqué y el para qué ya lo tengo muy definido.

—Si su vida misma no le importa, eso no lo discutiré. Lo que sí voy a decirle es que, por favor, tenga la decencia de pensar en las consecuencias de su acción y de su omisión. Yo a usted la consideraba una persona cabal, juiciosa y muy recta. No puedo creer que se haya vendido y caído tan bajo.

—¿Usted qué sabe para juzgarme así? Y en todo caso, si es así, ¿a usted qué le importa? Siempre metiéndose donde no lo llaman. Tiene que alcanzar más méritos que eso para que lo declaren santo.

—Y usted ya no tiene que rebajarse más, porque más bajo no puede caer.

Tenía tanta cólera que me tratara así. ¿Qué diablos le pasaba?

«Te están diciendo tus verdades», se regocijó mi alma.

—Ni usted ni nadie tiene derecho a decidir sobre la vida del niño, absolutamente nadie más que él mismo. Y nadie se ha tomado la molestia de preguntarle qué es lo que él quiere. Ustedes están envueltos en sus dramas, en sus estrecheces de mente, en sus ideas sesgadas de lo que tiene que ser la vida y no pueden, bajo esas limitaciones, decidir por otros. Tú no tienes por qué ser una mártir, Eduardo no tiene por qué ser un canalla ni un mal padre. Por el contrario, ser un buen padre no significa aferrarse a un hijo, sino discernir sabiamente lo que es bueno para el niño y, por sobre todo, dos cosas: no hay afán en buscar la muerte. Sí, me refiero a ti; y dos, cuando la muerte llama, no hay que evadirla a toda costa. Sí, me refiero al niño. Aprendan a aceptar el ciclo natural de la vida. Cuando le toca a quien le toca, si la medicina éticamente aplicada ya no puede hacer nada, entonces, respeten eso. Contésteme, ¿se le ha preguntado alguna vez al niño qué es lo que él quiere? ¿Quiere ser forzado a vivir en una agonía interminable luchando cada día por no morir? ¿Él, con total convicción, quiere someterse a una operación de alto riesgo y que, si milagrosamente llegara a sobrevivir más allá de un par de días o semanas, no podría tener la vida normal que tanto desean para él? ¿Desea acaso él que lo dejen tranquilo y recibir una muerte natural, ni forzada ni acelerada ni retrasada? ¡Simplemente digna! No lo saben, ¡claro!, porque ni siquiera se les ha ocurrido preguntarle, ¿o me equivoco?

Fue como un golpe en la boca del estómago. Todo lo que decía era completamente correcto. Yo aferrada a mis planes, mi orgullo y mi falta de autoestima no consideraba los sentimientos y deseos de los demás. Yo, que siempre me había sentido indignada y furiosa porque las decisiones de otros me habían trastocado la vida, hacía exactamente lo mismo que tanto repudiaba. ¿Puede un adulto saber más que un niño? ¿Saber lo que realmente le conviene cuando se juega la vida? ¿Puede uno decidir sobre los demás?

Miraba entre sorprendida y asustada a Santamaría, no sabía qué decir.

—Santamaría tiene toda la razón —no lo dijo mi voz, lo dijo mi otra consciencia, Eduardo.

Eduardo todo, Eduardo nada.

—Que le bajen inmediatamente el equipaje a la señorita, por favor —dijo voces a terceros. Volteándose hacia el doctor Mariano, agregó—: Gracias, Santamaría, siempre voy a estar en deuda con usted. Y usted deje ir ese avión y luego déjeme decirle algo: mi alma ya está en paz. Deje a la suya atormentarse por decisiones que solo traen más mal que bien. Vámonos de aquí.

—Eduardo, me tiemblan las piernas y tengo seca la garganta. Yo... —En ese momento mi alma

y yo hicimos las paces, la fragmentación desapareció y volvimos a ser enteramente unidad; lo que dije fue lo más sincero y humilde que pude haber dicho en la vida—: Créeme que algún momento yo estuve plenamente convencida de lo que quería hacer, ahora solo sé que no quiero hacerlo, que actúo solo llevada por el deber.

—A mí no me debes nada, ni a mí ni a nadie. No tienes por qué justificar que quieres vivir. ¡Sería lo más ilógico del mundo tener que hacerlo! ¡Vive, vive! Eso ha sido lo que he querido que hicieras en todo momento: que te reconciliaras con la vida y la apreciaras lo suficiente como para querer vivirla.

—¿No me juzgarás mal?

—Quien se atreva a juzgarte es un imbécil. Lo único que te achaco es tu testarudez, ¿por qué tardaste tanto en reconocerlo abiertamente? Prácticamente, tuvimos que bajarte de un avión. ¿Tú crees, incauta embustera, que ayer en la tarde cuando estábamos juntos yo no sabía ya de tus planes? Agustín me informó de que te llevó donde Martínez y, asimismo, Alfonso me contó todo lo conversado. Lo que pasó fue que aún no había descubierto que te irías con el cubano en estos días, no fue sino hasta que hablé con Mariano que supe que este médico no había salido todavía del país y allí sí me puse como loco. Agradezco haber recurrido a Mariano. Desde un inicio esquivé cualquier conversación con él, no me inspiraba confianza, pues no se plegaba a mis indicaciones. Lamento haber tenido una conversación tan franca con él hasta ahora, ha hecho que la venda cayera sobre mis hombros. Todo esto no deja de ser ni más ni menos doloroso, pero al menos ya puedo estar en paz y no sabes el sosiego que a mi mente trae.

—Eduardo...

—Ven, deja ya ese afán, solo voltea para mirar.

No me había percatado de que ya habíamos recorrido cierta distancia de vuelta. Giré y me puse lado a lado con Eduardo. Vimos despegar el avión en un mar de luces cálidas del sol naciente sobre nuestros rostros.

—Mariano, gracias nuevamente. Yo me encargo de las maletas y de la señorita. —Eduardo se acercó, le estrechó la mano y le abrazó.

—No tomes decisiones por ella.

—No lo haré, ya aprendí la lección —dijo sonriendo amargamente.

—Y usted cuídese. No por nadie más. Usted debe cuidar su vida porque es lo más valioso que tiene y es toda suya. No lo haga por nadie, hágalo por usted —dicho esto, sonrió y agregó—: Me retiro.

—Al San Vicente de Paúl deberían renombrarlo San Mariano Santamaría —comenté mientras le veía irse.

—Es el hombre más intachable y recto que he conocido. No sé cómo no te enamoraste de él.

—Lo he estado un poco todos estos años.

—Espero que lo de hoy no te haya hecho enamorarte perdidamente de él.

—Imposible, desde hacer rato ya lo estoy de otra persona.

—Me alegra saber eso. Y, por cierto, ya va siendo hora.

—¿De qué?

—Creo que se te olvida algo.

—No que yo sepa. Ah, ya sé. Devolverte el dinero. —Sentía el alma y el cuerpo tan livianos, tan liberados que me puse a chancear.

—Las bromas no se te dan bien. Me refiero a algo que he querido saber desde un inicio.

—¿Qué podrá ser? No me digas, ahora resulta que desde el Fortín se puede ver el Pacífico y el Caribe. ¡Quién va a querer salir del Valle Central si tenemos a Heredia con mar a ambos lados!

Ignorando mi humor, aclaró:

—Sé muy bien que tu nombre no es Azucena, ¿por qué crees que nunca te he llamado por ese nombre? Solo te he seguido la corriente todo este tiempo. Dime tu nombre.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Para evocarlo cuando me vaya a dormir, en sueños y a la hora de levantarme. Me ha resultado bastante impráctico todo este tiempo cuando en mi martirio, en mis horas oscuras y en las horas dulce, te llamaba mi mente sin poder acudir a tu nombre.

—Eduardo, a mí me gusta mucho el nombre Azucena, me evoca dulces recuerdos de infancia. El mío nunca me ha agradado. Además, es el mismo nombre de mi madre y no logro aún conciliar del todo los sentimientos.

—Bien, no insistiré por ahora. En todo caso, tenemos que hablar de otra cosa. ¿Te parece en el carro? No sé por qué, pero hemos tenido un buen par de conversaciones en él.

Sonreíamos y lanzábamos bromas apartando momentáneamente la atmósfera lóbrega y pesada que inevitablemente era parte de nuestro entorno. Cuando estuvimos de nuevo en el carro, sin Agustín, retomamos la conversación:

—No creas que olvido que me juraste algo en vano.

—Tenía que hacerlo.

—Tenías, tenías, esa es la palabra. Hay que dejar de hacer lo que se tiene que hacer y empezar a hacer lo que se desea hacer.

—¡Qué terrible enredo de palabras!

—Tú me entiendes. Bueno, pongámonos serios. Quiero hacerte una promesa. —Y me tomó de la mano—: Prometo estar allí para cuando me necesites, prometo no imponerte nada que no desees, aunque yo crea que es lo conveniente, excepto está absurda idea de querer sacrificarte como cordero ante el altar. Prometo no quererte para una noche porque es demasiado poco, ni para un siglo porque no me alcanzará la vida y deseo cumplir mi promesa. Prometo quererte para lo que me reste de vida.

Besó con ternura mi mano, que reposaba sobre las suyas.

—Ahora, con mi promesa hecha, que espero que la recuerdes bien, quisiera que me acompañaras donde mi hijo. Hay algo que necesito preguntarle y te pido que estés allí para darme apoyo. Está claro que no puedo exigirle que viva a la fuerza solo porque así lo deseo.

—Cuenta con ello.

—También quiero decirte algo más. Ahora las cosas no son posibles. Creo que llegará el día en que logre conciliarme con la idea de aceptar que mi hijo parta de este mundo y que yo deba dejarlo ir. También tengo que superar el remordimiento que siento y dejar de culparme de que, por quererte a ti, le privo a él de una oportunidad, y mucho menos que eso me significará perderlo. Con respecto a mi esposa, está muy claro lo que tengo que hacer. Ocupo estar con ella y ayudarla a que salga adelante en su recuperación. Así como está, sería una canallada que la abandone. Posterior a eso, me las apañaré con mi padre y procederé con el divorcio, solo que quiero que sepas que no es algo fácil y que puede tomar demasiado tiempo. Ya sé que acabo de decir que debemos dejar de hacer las cosas que la razón, la moral o el deber nos apelan y responder más a nuestros deseos y sueños, solo que comprenderás que no he sido un marido ejemplar, pero pienso ser un compañero leal durante su restablecimiento. Es lo mínimo que puedo hacer por ella y me nace hacerlo. Es una buena mujer. ¿Puedes comprender mi postura?

—Claro que sí. Solo aclárame: ¿todo esto a qué va?

—Lo que te quiero decir es que puede que llegue el día en que ambos vayamos a ver el mar a tamaño real sin remordimientos del pasado, sin miedo del presente y con los brazos abiertos

hacia un bonito futuro venidero para ambos. Te estoy pidiendo paciencia para sanar mis heridas, dejar atrás mis limitaciones y poder estar contigo a plenitud, donde nada nos atormenta y podamos querernos bonito. ¿Te gustaría conocer ese mar?

—Suenas estupendo —dije trémulamente.

—¿Me esperarás?

—Creo que sí, estaré bastante ocupada volviendo realidad mis sueños, así que la espera no se me hará tan penosa.

—Bien —agregó, besándome nuevamente la mano, esta vez produciéndome cosquillas con su bigote—. Vayamos donde mi niño a hacerle la pregunta.

La historia de la humanidad no es el puñado de historias humanas. Se le da forma a partir de las intervenciones de unos cuantos, los notables, los poderosos, los que hicieron los cambios. El resto no contamos y si figuramos en los anales de la historia lo hacemos como las masas que obedecieron, los perdedores, las víctimas, los operadores de un cambio forzado. No contamos la historia, pero somos engullidos por ella y la historia vertiginosa de la humanidad bien puede girar en torno a esos «grandes» acontecimientos mundiales. Para mí la historia de la humanidad es esa que traza el recorrido del ser humano hacia el desarrollo de una plena consciencia sobre su existencia, el porqué y el para qué de esta.

Por eso quise contar mi historia. Aún sigo sin respuestas contundentes. Vivo, disfrutando cuando así se puede, siendo de ayuda y procurando generar el menor daño posible a otros, en un sano equilibrio de mi albedrío.

Hay mezclas de pobreza que son letales; a mí se me mezcló la material con una tremenda falta de autoestima. Nunca me sentí querida: mi papá, tan desamorizado, mi mamá, tan metida en sus rezos y en cuidar a los únicos hijos que parecían necesitar atención, hermanos con los que nunca confraternicé, sino que solo fueron una carga; mi querida prima, que murió y no me llevó; maestros a quienes yo admiraba y creía que yo les era de estima, pero que cuando abandoné el colegio ninguno se interesó por ayudarme a proseguir. Siempre me sentí tan al margen de todo, tan poco importante, tan solo de añadidura. Ante esa carencia, no hay dinero que valga.

¡Qué difícil es encontrar felicidad en uno mismo que, a final de cuentas, es todo lo que uno tiene!

Poco a poco percibo cómo se gesta un cambio en mí. Van cesando mis constantes quejas al mundo y a Dios, así como la amargura y el desgano hacia la vida. La autocompasión camuflada entre el orgullo, esa cosa tan detestable, la escupí lejos.

De cuando en cuando lloro y, si bien nunca las lágrimas han tenido un sabor tan salado ni tan punzante, hasta cierto punto han sido las lágrimas más justificadas del mundo. Estas no son lágrimas de miserias e infortunios, estas desbordan amor del bueno, amor a la vida en una mezcolanza de recuerdos y porvenires.

En cuanto a Eduardo, yo podría no ser la horma de su zapato ni yo calzar en su rompecabezas de la mujer ideal. Aunque en algo sí somos semejantes: le puedo comprender y él a mí, así que no nos juzgamos, nos aceptamos. Se trata de un amor imperfecto que basta para nosotros porque es poderoso, genuino e íntegro, y creo que está bien que sea así. Pienso que la perfección puede aburrir. Las cosas perfectas ya no pueden ser tocadas, no pueden ser intervenidas, porque no existe nivel superior a la perfección, así que cualquier cambio sobre ellas las demeritaría. En cambio, la imperfección es un camino permanente.

La vida puede concebirse como un cuarto iluminado completamente; para mí es claridad y oscuridad, y en la frontera de las sombras y las luces se distinguen toda clase de tonalidades y desde cada ángulo que se mire, la danza de la luz y la sombra arroja un resultado nuevo. Es allí cuando uno nota que de muchas tonalidades está compuesta la vida y el amor.

Pues bien, esto será lo último que escriba; no fue la narrativa de una muerte consumada, dichosamente no fue así. No habrá anestesia que empiece a desdibujarme el recuerdo del rostro que tanto amo, no me llegará un adormecimiento que me lleve al sueño eterno, no tendré que pedirle perdón a Dios por lo que hice.

Inicié contándola como la historia de una vida insípida, de alguien que, como se suponía, no fue capaz de cambiar su destino. Al final lo hice, socolloneada moralmente por otros, eso sí. Algo definitivamente cambió y no me refiero a haber conocido a Eduardo o a que ahora ya no padezco de privaciones materiales, sino que mi forma de ver el mundo mutó.

Supe que no quería vivir para sufrir ni morir para dejar de sufrir.

Y deseé que ningún ser humano, ninguna mujer ni hombre pasara por lo que yo estaba pasando.

Y deseé que toda persona, que toda mujer y hombre tuviera la oportunidad de elegir libremente.

Que la vida que les toque vivir sea producto de sus libres decisiones, sin ataduras, sin condiciones impuestas, sin la premisa de una moral implacable, de un remordimiento oneroso y de la necesidad de un amor que llene vacíos emocionales. ¡Que sepamos vivir y que nos rebelemos contra el mundo y nosotros mismos si es que desde nosotros mismos salen las cadenas!

Yo tenía treinta y cuatro años cuando este amor fue plantado. Sus brazos tiernos y trémulos se extendían para recibirme y tenía el más cálido tacto que corazón alguno pueda albergar, y elevaba mi espíritu y expandía mis pulmones, como un soplo portentoso de vida.

Yo tenía treinta y cuatro años cuando decidí morir y también tenía treinta y cuatro años cuando decidí vivir.

Índice

<u>Prólogo</u>	<u>7</u>
<u>Capítulo 1</u>	<u>11</u>
<u>Capítulo 2</u>	<u>21</u>
<u>Capítulo 3</u>	<u>39</u>
<u>Capítulo 4</u>	<u>71</u>
<u>Capítulo 5</u>	<u>81</u>
<u>Capítulo 6</u>	<u>105</u>
<u>Capítulo 7</u>	<u>135</u>
<u>Capítulo 8</u>	<u>147</u>
<u>Capítulo 9</u>	<u>163</u>
<u>Capítulo 10</u>	<u>195</u>
<u>Capítulo 11</u>	<u>203</u>
<u>Capítulo 12</u>	<u>209</u>
<u>Capítulo 13</u>	<u>225</u>
<u>Capítulo 14</u>	<u>237</u>
<u>Capítulo 15</u>	<u>247</u>